

Fray Enrique Domingo Lacordaire OP

VIDA DE SANTO DOMINGO DE GUZMÁN



www.traditio-op.org

TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRÆDICATORUM

Traducción de
Raimundo Castaño OP

Título del original en francés:
Vie de Saint Dominique de Guzman

EDITORIAL DIFUSIÓN - BUENOS AIRES

PRÓLOGO

Al publicar la “Memoria para el restablecimiento de la Orden de Predicadores en Francia” mi objeto fue poner bajo la protección de la opinión una obra útil, aunque tal vez atrevida. Posteriormente me he felicitado de ello. Ningún periódico ha señalado contra el libro ni contra la obra la animadversión del país; no ha habido labios que en público los haya denunciado desde las alturas de la tribuna; ningún hecho ha revelado desprecio, odio ni prevención; y, sin embargo, se trataba de santo Domingo y de los dominicos; se trataba de renovar en el suelo francés una institución calumniada durante largo tiempo en su Fundador y en sus sucesores. Mas pertenecemos a un siglo colocado en lugar que ofrece puntos de vista completamente nuevos y que, desde lo alto de las ruinas sobre las cuales le ha dado ser la Providencia, puede descubrir cosas ocultas a los períodos intermedios y a las pasiones que los regían. Los tiempos de las vicisitudes políticas permiten todo cuanto está bien y todo cuanto está mal; con el pasado desarraigan los odios del pasado; convierten al mundo en su campo de batalla, en que la verdad acampa junto al error, en que Dios desciende al fragor de la lucha, sabiendo la necesidad que tenemos de él.

Pero aunque haya de felicitarme por la acogida con que se ha honrado mi “Memoria” y mi deseo, siento que no he hecho cuanto debía por corresponderle. La gran figura de santo Domingo es la llave de cualquier escrito destinado a procurar una idea general de la Orden de Predicadores, y por ello me he dedicado inmediatamente, según me permitían los deberes del claustro, a trazar con mano resuelta y de la manera más decisiva la vida del santo Patriarca. Pocos franceses hay que tengan alguna noción sobre el asunto; la mayor parte ignora cuanto con dicho asunto se relaciona, salvo que inventó la Inquisición y dirigió la guerra de los Albigenses, ambas cosas tan absolutamente falsas, que sería curioso en la historia de la inteligencia humana saber cómo se ha llegado a creer tal cosa. Tal vez un día, si hallo adversarios serios, me vea precisado a examinar esta cuestión y demostrar el origen y progreso de las causas que han llegado a desfigurar en los oídos de la posteridad la armonía del nombre de santo Domingo. Por ahora me he limitado a describir los hechos de su vida tal cual me los han proporcionado los documentos contemporáneos, y por toda polémica me defiende tras de esos invencibles monumentos. A quien quiera que hable de santo Domingo de manera distinta de la que yo hablo, no tendré más que pedirle una línea del siglo XIII, y si se cree que soy demasiado exigente, me contentaré con una palabra.

Es cuanto tengo que decir del libro; hablemos ahora de la obra.

El 7 de marzo de 1839 salí de Francia con dos compañeros. Íbamos a Roma a tomar el hábito de la Orden de Predicadores y someternos al año de noviciado que precede a los votos. Al terminar el año nos arrodillamos dos franceses solamente a los pies de Nuestra Señora de la Quercia, y, por primera vez después de 50 años, volvió a ver a santo Domingo la Francia en el banquete de su familia. Hoy habitamos en el convento de Santa Sabina, situado en el monte Aventino. Somos seis franceses que abandonamos el mundo por diversos motivos, después de vivir una vida distinta de la que Dios nos concede actualmente. Aquí pasaremos algunos años aún, si Dios quiere, no por alejar el momento del combate, sino para prepararnos gravemente a una misión difícil y volver a Francia acompañados con nuestros derechos de ciudadanos, y además por los que resultan siempre de la abnegación contrastada por el tiempo. Duro nos es, sin duda, vernos separados de nuestra patria y no poder hacer el bien que allí nos fuese posible; pero, el que pedía a Abraham la sangre de su único hijo, hizo de la renuncia a un bien inmediato la condición de un bien mucho mayor. Es preciso que alguien siembre para que otro coseche. Rogamos a cuantos esperen algo de nosotros nos perdonen una ausencia necesaria, y no borren nuestro recuerdo de su corazón, ni nos rehúsen su intercesión cerca de Dios. Los años pasan rápidamente; cuando nos volvamos a encontrar en los campos de Israel y de Francia, no nos estará mal haber envejecido algo, y la Providencia sin duda habrá andado también su camino.

CAPÍTULO I

Situación de la Iglesia a fines del siglo XII

El siglo XII de la era cristiana alboreó entre magníficos auspicios. La fe y la opinión, fuertemente unidas, gobernaban conjuntamente el Occidente, formando de una multitud de pueblos obedientes y libres una sola comunidad. En la cumbre del orden social se asentaba el Pontífice del mundo, en un trono del cual descendía la majestad para socorrer y defender la ley divina traicionada por la debilidad de la naturaleza, y la justicia, para ayudar a la obediencia, que había llegado a ser intolerable, debido al exceso de poder. Era a la vez Vicario de Dios y de la humanidad, teniendo su brazo derecho sobre Jesucristo y el izquierdo sobre Europa; de esta manera el Pontífice romano alentaba a las generaciones hacia los caminos rectos, teniendo en sí el recurso de una debilidad personal infinita contra los abusos de su plenitud. Jamás la fe, la razón y la justicia se habían abrazado sobre un tan elevado pedestal; el restablecimiento de la unidad en las entrañas desgarradas del género humano nunca había parecido estar tan próximo y ser tan probable. Ya flotaba la bandera de la cristiandad en Jerusalén sobre la tumba del Salvador de los hombres, e invitaba a la Iglesia griega a una gloriosa reconciliación con la Iglesia latina. El islamismo, vencido en España y desterrado de las costas italianas, se veía atacado en el núcleo de su poder, y veinte pueblos marchaban juntos hacia las fronteras de la Humanidad regenerada para defender el Evangelio de Jesucristo contra la brutalidad de la ignorancia y el orgullo de la fuerza, prometiendo a Europa el término de aquellas emigraciones sangrientas, cuyo foco era Asia. ¿Quién podía predecir en dónde se detendrían las vías triunfales que acababan de abrir en Oriente los caballeros cristianos? ¿Quién podía prever lo que iba a suceder en el mundo bajo la dirección de un pontificado que había sabido crear en el interior una unidad tan extensa y un movimiento tan grande en el exterior?

Pero el siglo XII no terminó su carrera de la misma manera que la había comenzado, y al morir de la tarde, al inclinarse sobre el horizonte para acostarse en la eternidad y dormir, la Iglesia pareció inclinarse con él, con la frente cargada por un pesado porvenir. La cruz de Jesucristo no brillaba ya sobre los minaretes de Jerusalén; nuestros caballeros, vencidos por Saladino, conservaban con dificultad algunos pies de tierra en Siria; la Iglesia griega, lejos de haberse aproximado a la Iglesia romana, había sido confirmada en el cisma por la ingratitud y la deslealtad de los suyos ante los cruzados. Todo se había perdido en Oriente. La Historia ha

demostrado más tarde las consecuencias de este desastre: la toma de Constantinopla y la ocupación de una parte del territorio europeo por los turcos otomanos; una dura esclavitud impuesta a millones de cristianos que estaban bajo sus dominios, y sus ejércitos amenazaron al resto de la cristiandad, hasta la época de Luis XVI; tres siglos de incursiones por parte de los tártaros hasta llegar al corazón de Europa; Rusia adoptó el cisma griego, y estaba pronta a caer sobre el Occidente para destruir en él toda ley y toda libertad; Europa, trastornada por el debilitamiento de las razas musulmanas, de la misma manera que lo había sido debido a su encumbramiento, y la división de Asia, luchando con las mismas dificultades con que había tenido que luchar antes de su conquista. Montaigne dijo que “hay derrotas triunfales mejores que victorias”; podemos decir que el mal éxito del plan de Gregorio VII y de sus sucesores, con referencia a Oriente, ha revelado mejor su talento que el cumplimiento más victorioso de sus deseos.

El espectáculo interno de la Iglesia no era menos triste. Todos los esfuerzos de san Bernardo para el restablecimiento de la santa disciplina no sirvieron de nada contra el desbordamiento de la simonía, del fasto y la avaricia en el clero. La fuente de todos los males, pintados con tanta elocuencia por san Bernardo mismo, eran las riquezas de la Iglesia, que habían llegado a ser objeto de codicia universal. A la investidura violenta del báculo y el anillo había sucedido una usurpación sorda, una simonía cobarde y rastrera. “¡Oh gloria vana! - exclamaba Pedro de Blois -. ¡Oh ciega ambición! ¡Oh insaciable apetito por los honores terrenales! ¡Oh deseo de dignidades, que no es sino el gusano roedor de los corazones y el naufragio de las almas! ¿De dónde nos ha venido esta peste? ¿Cómo ha llegado a enardecerse esta presunción, que empuja a los indignos a ambicionar las dignidades, mostrándose más empeñados en conseguirlas cuanto menos merecedores son? Esos desgraciados se precipitan hacia la sede pastoral franqueando todas las puertas, sin preocuparse de sus almas ni de sus cuerpos; esa sede pastoral, que se ha convertido para ellos en sede envenenada, y para todos en causa de perdición.” (Carta al cardenal Octaviano.)

Treinta años antes decía san Bernardo con amarga ironía: “Los colegiales, los adolescentes impúberes, son elevados a las dignidades eclesiásticas a causa de la dignidad de su sangre, y pasan de la férula al gobierno del clero; más gozosos algunas veces por verse sustraídos a los azotes, que por haber obtenido un mandato; más orgullosos por haber escapado al imperio a que estaban sometidos, que por haber llegado al que adquirirían ahora.” (Carta XLII, a Enrique, Arzobispo de Sens.)

Tal era la desgracia de la Iglesia. La vemos convertir a precio de su sangre a naciones infieles a la doctrina de Jesucristo; la vemos suavizar sus costumbres, formar su inteligencia,

aclarar sus bosques, poblar sus ciudades y soledades de casas de oración; luego, cuando veinte generaciones de santos han atraído hacia esas piadosas moradas las bendiciones del Cielo y de la tierra, entonces, en lugar del rico atraído por Dios, que venía a llorar en ellas sus pecados; en vez del pobre contento de Dios, que plegaba sus fuertes rodillas con el voto de ser más pobre aún; en lugar de los santos, herederos de santos, veíais llegar al pobre que deseaba ser rico, el rico que deseaba ser poderoso, a las almas mediocres que ni llegaban a conocer el alcance de sus deseos. Pronto hizo caer la intriga el báculo episcopal o abacial en manos que no habían sido bendecidas por una pura intención; el mundo tuvo el placer de ver cómo sus favoritos regían la Iglesia de Dios y cómo cambiaban el amable yugo de Jesucristo por el dominio secular. En los claustros resonaba el eco de los perros de caza y el relincho de los caballos. ¿Quién será capaz de discernir entre la verdadera vocación y la falsa? ¿Quién poseerá la ciencia? ¿Quién tendrá el suficiente tiempo para pensar en ella? No se inquietaban por saber la manera cómo las almas han sido engendradas y dedicadas a Jesucristo, sino solamente por conocer su nacimiento carnal. La oración, la humildad, la penitencia, la abnegación, escapan como tímidos pajarillos a quienes se ha perturbado en su nido; los sepulcros de los santos son cosas extrañas en su propia casa.

Ese es el estado miserable a que una ambición sacrílega había reducido un número considerable de iglesias y monasterios de Occidente a fines del siglo XII, y si en muchos lugares no había llegado el mal a ser tan profundo, era grande, sin embargo. La Santa Sede, aunque conturbada por los cismas que había fomentado y sostenido contra ella el emperador Federico I, no había cesado de aportar sus remedios a tan grandes desórdenes: les había opuesto tres Concilios ecuménicos en cincuenta y seis años, pero sin llegar a realizar sino imperfectamente una reforma a que tan dignos acreedores eran los ilustres Pontífices que nacían sin interrupción de las cenizas de Gregorio VII.

Un día, hacia 1160, un rico habitante de Lyon, llamado Pedro Valdo, vio caer a su lado, muerto por el rayo, a uno de sus conciudadanos. Ese accidente le hizo reflexionar; distribuyó sus bienes entre los pobres y se consagró al servicio de Dios por completo. Como la reforma de la Iglesia era cosa que preocupaba a las mentes, le fue fácil, precisamente por su desinterés, creer que él era el llamado a desempeñar aquella misión, y reunió cierto número de hombres, a quienes persuadió a abrazar una vida apostólica. ¡Cuán poco difieren algunas veces los pensamientos que forman a los grandes hombres de los que producen perturbadores públicos! Si Pedro Valdo hubiese poseído más virtud y más talento, hubiese llegado a ser un Santo Domingo o un San Francisco de Asís; pero sucumbió a la tentación, que en todo tiempo ha perdido a los hombres de elevada inteligencia. Creyó imposible salvar

a la Iglesia por la Iglesia. Declaró que la verdadera Esposa de Jesucristo había sufrido un desfallecimiento en tiempos de Constantino aceptando el veneno de los bienes temporales; que la Iglesia Romana era la gran prostituta descrita en el Apocalipsis, la madre y la señora de todos los errores; que los preladados eran escribas y los religiosos fariseos; que el Pontífice romano y todos los obispos eran homicidas; que el clero no debía poseer diezmos ni tierras; que era un pecado dotar a las iglesias y a los conventos, y que todos los clérigos debían ganarse la vida por medio del trabajo de sus brazos, imitando el ejemplo de los Apóstoles; en fin, creyó que él, Pedro Valdo, venía a restablecer sobre sus primitivos cimientos la verdadera sociedad de los hijos de Dios. Dejo aparte los errores secundarios que necesariamente tenían que desprenderse de los primeros. Toda la fuerza de los valdenses residía en su ataque directo contra la Iglesia y en el contraste real o aparente de sus costumbres con las costumbres mal reguladas del clero de su época. Arnaldo de Brescia, muerto en Roma en la hoguera, fue su precursor. Fue éste un hombre cuya personalidad resalta mucho más en la Historia que la de Pedro Valdo; pero este último gozó de la ventaja de nacer más tarde, cuando el escándalo estaba ya maduro, y por ello tuvo un éxito muy alarmante. Fue el verdadero patriarca de las herejías occidentales, dándoles uno de los grandes caracteres que las distinguen de las herejías griegas; me refiero al carácter más práctico que metafísico.

A favor de las mismas circunstancias que protegían a los valdenses, se introdujo en Alemania una herejía de orden oriental, que también hizo su entrada en Italia y vino a asentar su campo principal en el Mediodía de Francia. Esta herejía, combatida siempre y siempre viva, remontaba su origen a fines del siglo III. Se formó en las fronteras de Persia y el Imperio romano por la mezcla de las ideas cristianas con la vieja doctrina persa, que atribuía el misterio de este mundo a la lucha entre dos principios coeternos, uno de ellos bueno y el otro malo. Esta clase de alianzas entre religiones y filosofías diversas era muy común en aquellos tiempos: es la tendencia de las inteligencias débiles a querer unir lo que es incompatible. Un persa llamado Manés dio su última forma a la mezcla monstruosa de que hablamos. Menos afortunado que los demás heresiarcas, su secta no logró llegar nunca al estado de sociedad pública, es decir, a tener templos, un sacerdocio y un pueblo reconocidos. Las leyes de los emperadores, apoyadas por la opinión, la perseguían con infatigable perseverancia, y esto fue precisamente lo que prolongó su vida. El estado de sociedad pública es una prueba que el error no puede soportar nunca más que durante corto tiempo, y este tiempo es tanto más corto cuanto el error reposa sobre cimientos más contradictorios y acarrea consecuencias más inmorales. Los Maniqueos, rechazados a la luz del sol, tuvieron que refugiarse en las tinieblas; formaron una sociedad secreta, único estado que permite al

error perpetuarse por mucho tiempo. La ventaja de estas asociaciones misteriosas es menor en cuanto a la facilidad de que disfrutaban de sustraerse a las leyes, que en cuanto a la que gozaban para escapar a la razón pública. Nada impide que algunos hombres, unidos por los dogmas más perversos y las más ridículas prácticas, recluten en la sombra inteligencias mal formadas, atraigan a los espíritus aventureros debido al encanto de sus iniciaciones, les persuadan por medio de una enseñanza sin comprobación; les aprisionen valiéndose de un fin grande y alejado, cuyo culto profundo, según creen ellos, se han transmitido cien generaciones; ligarles por las partes bajas del corazón del hombre, consagrando sus pasiones sobre altares desconocidos para el resto de la Humanidad. Existe hoy día en este mundo alguna sociedad secreta que no cuenta tal vez más de tres iniciados, y que remonta por una sucesión invisible hasta el antro de Trofonio o los subterráneos de los templos de Egipto. Esos hombres henchidos por el orgullo de tan raro depósito, pasan imperturbablemente a través de los siglos con profundo desprecio por todo cuanto tiene lugar, juzgándolo todo a través del prisma de la doctrina privilegiada que ha caído entre sus manos, y preocupados por el único deseo de engendrar un alma que, a su fallecimiento, sea la heredera de su felicidad oculta. Esos son los judíos del error. De esta manera vivieron los Maniqueos, apareciendo en esta o aquella página de la Historia de la misma manera que esos monstruos que siguen en el fondo del Océano caminos ignorados y algunas veces sacan su cabeza secular por encima de las olas. Pero lo maravilloso en su aparición durante el siglo XII fue que por primera vez llegaron a un comienzo de sociedad pública. ¡Espectáculo verdaderamente inaudito! Esos sectarios, a quienes el Bajo Imperio había tenido constantemente a sus pies, se establecía abiertamente en Francia, ante los ojos de esos Pontífices que eran lo suficientemente poderosos para obligar al mismo emperador a respetar la ley divina y la voluntad de las naciones cristianas. Ningún hecho revela con mayor seguridad la reacción sorda que minaba a Europa. Ramón VI, conde de Tolosa, figuraba a la cabeza de los Maniqueos de Francia, vulgarmente llamados albigenses. Era sobrino segundo de aquel famoso Ramón, conde San Gil, cuyo nombre figura entre los más grandes de la primera Cruzada, entre los de Godofredo de Bouillón, Balduino, Robert, Hugues, Boemond. Abdicó la herencia de gloria y de virtud que le habían transmitido sus antepasados para convertirse en jefe de la más detestable herejía nacida en el Oriente, subyugado tanto por los misterios propios de los Maniqueos como por la careta valdense que habían adoptado para penetrar en los pensamientos de Occidente.

No fue eso todo. La enseñanza de las escuelas católicas, reinstaurada después del largo interregno, se desarrollaba bajo la influencia de la filosofía de Aristóteles, y la tendencia de este movimiento era hacer prevalecer la razón sobre la fe en la exposición de los

dogmas cristianos. Abelardo, hombre célebre por sus pecados, más aún que por sus errores, fue una de las víctimas de este espíritu aplicado a la Teología. san Bernardo le acusó de transformar la fe, fundada sobre la palabra de Dios, en una pura opinión, asentada sobre principios y conclusiones de orden humano. Pero aunque había ganado una fácil victoria, honrada por la sumisión real de su adversario y por un raro ejemplo de reconciliación, no por ello había dejado el mal de continuar su curso. Difícil es, en todo tiempo, resistir a ciertos impulsos cuya fuerza viene de lejos y de arriba. Los tiempos griegos habían quedado grabados en la memoria de los hombres instruidos como el punto más elevado que el genio del hombre había podido alcanzar. El Cristianismo no había tenido descanso suficiente para crear una literatura que pudiese compararse a la de aquellos ni formarse una filosofía y una ciencia propias. El germen de ellas existía, sin duda alguna, en los escritos de los Padres de la Iglesia; pero era cosa mucho más cómoda aceptar un cuerpo filosófico y científico formado ya. Se aceptó, pues, a Aristóteles como representante de la sabiduría. Desgraciadamente, Aristóteles y el Evangelio no estaban siempre de acuerdo, y esto dio origen a tres partidos. Uno de ellos sacrificaba el filósofo a Jesucristo, de acuerdo con estas palabras: “No tenéis sino un solo Maestro, que es Cristo” (San Mateo, Capítulo XXIII, v. 10). El otro sacrificaba Jesucristo al filósofo, fundándose en que la razón era la primera luz del hombre, y por ello debía conservar siempre la primacía. El tercero admitía que había dos órdenes de verdad: el orden de la razón y el orden de la fe, y que lo que era verdad en uno de ellos podía ser falso en el otro.

En resumen: el cisma y la herejía, favorecidos por el mal estado de la disciplina eclesiástica y por la resurrección de las ciencias paganas, conmovía en Occidente la obra de Cristo, mientras el mal resultado de las Cruzadas acababa su ruina en Oriente, abriendo a los bárbaros las puertas de la cristiandad. Los Papas verdaderamente resistían con inmensa virtud los peligros crecientes de esta situación. Dominaron al emperador Federico I, animaron a los pueblos a emprender nuevas cruzadas, convocaban Concilios contra el error y la corrupción, vigilaban la pureza de la doctrina en las escuelas, estrechaban con sus poderosas manos la alianza entre la fe y la opinión europea, y de la sangre conmovida de aquel viejo trono pontificio se vio surgir a Inocencio III. Pero nadie puede sostener por sí solo el peso de las cosas divinas y humanas; los más grandes hombres tienen necesidad del concurso de mil fuerzas, y las que la Providencia había concedido al pasado parecían cedían bajo el peso del porvenir. La obra de Clodoveo, de san Benito, de Carlomagno y de Gregorio VII en pie aún y viviente, animada por los restos de sus talentos, llamaba en su ayuda a una nueva efusión del Espíritu, en el cual y solo en el cual reside la inmortalidad. En estos supremos momentos es

cuando hay que estar atento a los consejos de Dios. Trescientos años más tarde abandonará media Europa el error, para en un día sacar del error triunfos cuyo secreto comenzamos a entrever; pero entonces quiso ayudar a su Iglesia por la vía directa de la misericordia. Jesucristo miró sus pies y manos traspasados por nosotros, y con esta mirada de amor nacieron dos hombres: santo Domingo y san Francisco de Asís. La historia de estos dos hombres, tan semejantes y tan diversos, no debería separarse nunca; pero lo que Dios crea de una vez no es capaz de escribirlo una sola pluma. Mucho representa para nosotros poder dar solamente una ligera idea del santo patriarca Domingo a todos aquellos que no hayan estudiado sus actos.

CAPÍTULO II

Génesis de santo Domingo

En un valle de Castilla la Vieja, regado por el Duero, no lejos de Aranda, entre ésta y el burgo de Osma, existe un sencillito pueblecito llamado Caleruega en la lengua del país y Calaroga en la lengua más dulce de un gran número de historiadores. En aquel pueblecito nació santo Domingo en el año 1170 de la era cristiana. Debía su vida, después de Dios, a Félix de Guzmán y a Juana de Aza. Aquellos piadosos señores poseían en Caleruega un palacio en el cual vino al mundo santo Domingo, habitación de la que aun hoy se conserva algo. Alfonso “el Sabio”, rey de Castilla, de acuerdo con su esposa, sus hijos y los principales grandes de España, fundó en ella, en 1266, un monasterio de religiosas dominicas. En dicho monasterio pueden verse en departamentos más antiguos que el cuerpo del edificio y extraños a la arquitectura de un convento: una torre de guerra de la Edad Media, en la que se observan incrustadas las armas de los Guzmán; una fuente que lleva su nombre, y otros muchos vestigios, llamados por el pueblo, órgano de la tradición, el “Palacio de los Guzmanes”. La rama castellana de esta ilustre familia poseía su casa principal a algunas leguas de allí, en el castillo de Guzmán; el lugar en que recibían sepultura estaba también cerca de Caleruega, en Gumiel de Izán, en la capilla de una iglesia perteneciente a la Orden de los Cistercienses. Félix de Guzmán y Juana de Aza fueron transportados después de su muerte a esta capilla y enterrados en dos criptas, uno al lado del otro. Pero la misma veneración de que eran objeto no tardó en separarlos. Hacia 1318, el infante de Castilla Juan Manuel transfirió el cuerpo de Aza al convento de los dominicos de Peñafiel, que había edificado. Félix quedó solo en la tumba de sus antepasados, para ser testigo fiel del esplendor de la sangre que había transmitido a santo Domingo, y Juana fue a unirse a la posteridad espiritual de su hijo, para gozar de la gloria que aquél había adquirido prefiriendo la fecundidad que viene de Jesucristo a la fecundidad de la carne y de la sangre. (Consúltese la disertación latina del P. Brémond que lleva por título “De Gusmana stirpe sancti Dominici”; Romæ, 1740. Los continuadores de los “Actos de los Santos”, de los Bollandos, pusieron en duda si realmente santo Domingo pertenecía a la familia de los Guzmán; el padre Brémond les contestó por medio de esa obra.

Las pruebas en que abundaban han decidido por vía de crítica una cuestión que estaba ya decidida por tradición inmemorial).¹

Un signo célebre precedió al nacimiento de santo Domingo. Su madre vio en sueños el fruto de sus entrañas en forma de un perro que llevaba una antorcha entre sus dientes y que escapaba de su seno para abrasar toda la tierra. Inquieta por el presagio, cuyo sentido era oscuro, iba con frecuencia a orar sobre el sepulcro de santo Domingo de Silos, que había sido abad de un monasterio que llevaba este nombre y que no estaba muy lejos de la villa de Caleruega; en agradecimiento a los consuelos que allí había alcanzado, dio el nombre de Domingo al niño que había sido objeto de sus plegarias. Era el tercer hijo que salía de sus benditas entrañas. El mayor, Antonio, consagró su vida al servicio de los pobres y honró con su inmensa caridad el sacerdocio, cuyo hábito vestía; el segundo, Manés, murió con el hábito de fraile Predicador.

Cuando Domingo fue presentado en la iglesia para recibir el bautismo, un nuevo signo manifestó la grandeza de su predestinación. Su madrina, a quien los historiadores designan solamente con el nombre de noble señora, vio en sueños sobre la frente del bautizado una estrella radiante. Siempre quedó algún vestigio de dicha estrella sobre la faz de Domingo, y se ha observado, como signo singular de su fisonomía, que cierto esplendor surgía de su frente y atraía hacia él, el corazón de cuantos le miraban. La pila de mármol blanco en la que había recibido el baño santo fue transportada en 1605 al convento de los Padres Predicadores de Valladolid, por orden de Felipe III, quien quiso que su hijo fuese bautizado en ella. Hoy está en Santo Domingo el Real, en Madrid, y en ella reciben los infantes de España el sacramento de la regeneración.

Domingo no fue alimentado con leche extraña, pues su madre no quiso que corriese por sus venas otra sangre que no fuese la suya; ella le conservó a su lado, alimentándole de un seno del cual sólo podía sacar un alimento casto, y al alcance de unos labios de los que no podía oír sino palabras de verdad. A lo más, en aquel comercio materno podía temerse solamente la blandura involuntaria de sus pañales y aquella abundancia de cuidados que la ternura más cristiana no sabe contener siempre. Pero la gracia existente en él se rebeló pronto contra tal yugo. Tan pronto pudo mover sus piernas y bracitos a voluntad, salía secretamente de su cunita y se acostaba en tierra. Se podía decir que conocía ya la miseria de los hombres, la diferencia de su destino en este mundo, y que, provisto ya de amor hacia ellos, sufría por tener una cama mejor que el último de entre sus hermanos, o que, iniciado en los secretos de

¹ Puede verse sobre esto las “notas” del P. Gettino a la “Vida de Santo Domingo”, por el Beato Jordán de Sajonia.

la cuna de Jesucristo, quería tener una parecida a la suya. Nada más se sabe sobre los seis primeros años de su vida.

Cuando cumplió los siete años salió de la casa paterna y fue enviado a Gumiel de Izán, a casa de un tío suyo que desempeñaba en aquella iglesia las funciones de arcipreste. En aquel lugar, cerca del sepulcro de sus abuelos y bajo la doble autoridad de la sangre y del sacerdocio, fue en donde Domingo pasó la segunda parte de su infancia. “Antes que el mundo hubiese tocado este niño, fue confiado, como Samuel, a las lecciones de la Iglesia, a fin de que una disciplina saludable tomase posesión de su corazón, tierno aún; y, en efecto, sucedió que, edificado sobre tan sólidos cimientos, crecía tanto en edad como en inteligencia, elevándose día tras día, progresando felizmente, hasta elevarse a una excelsa virtud”. (Constantino de Orvieto: “Vida de Santo Domingo”, II, 3)

La Universidad de Palencia, en el reino de León, única que poseía en aquel tiempo España, fue la tercera escuela en donde se formó Domingo. Llegó allí la edad de quince años, y, por primera vez en su vida, se vio abandonado a su propia iniciativa, lejos del hermoso valle en que, bajo los techos de Caleruega y Gumiel de Izán, había dejado todos esos dulces recuerdos que rememoran su pueblo natal. La estancia en Palencia duró diez años, consagrando los seis primeros al estudio de las Letras y Filosofía, tal cual se enseñaban en aquella época. “Pero -dice un historiador- el angélico joven Domingo, aunque comprendía fácilmente las cosas humanas no le atraían sin embargo, porque buscaba en vano en ellas la sabiduría de Dios, que es Cristo. Ninguno de los filósofos, en efecto, la ha comunicado a los hombres; ningún príncipe de este mundo la ha llegado a conocer. Por eso, por miedo a consumir en inútiles trabajos la flor y la fuerza de su juventud, y para apagar la sed que le devoraba, fue a beber en las profundas fuentes de la Teología. Invocando y rogando a Cristo, que es la sabiduría del Padre, abrió su corazón a la verdadera ciencia, prestó sus oídos a los doctores de las santas Escrituras; y esta palabra divina le pareció tan dulce, la recibió con tal avidez y con tan ardientes deseos, que, durante los cuatro años que la estudió, pasaba muchas noches casi sin dormir, dando al estudio el tiempo del reposo. Con objeto de beber en aquel río de la sabiduría con castidad más digna aún de ella, se abstuvo de beber vino durante diez años. Era cosa maravillosa y amable ver aquel hombre, en el cual los pocos años de vida acusaban la juventud, pero que por la madurez de su conversación y la fuerza de sus costumbres revelaba al anciano. Superior a los placeres de su edad, solamente buscaba la justicia; estaba atento a no perder tiempo en nada; prefería el seno de la Iglesia, su madre, a los viajes sin objeto, el reposo sagrado de sus tabernáculos, y toda su vida se deslizaba entre una plegaria y un trabajo igualmente asiduos. Dios le recompensó con aquel ferviente amor

con el cual guardaba sus mandamientos, inspirándole un espíritu de sabiduría y de inteligencia que le permitía resolver sin dificultades los más difíciles problemas” (Teodorico de Apolda: “Vida de Santo Domingo”, cap. I, n. 17 y 18.)

Dos rasgos nos han quedado de aquellos diez años de vida en Palencia. Durante una plaga de hambre que desolaba a España, Domingo, no contento con dar a los pobres todo cuanto poseía, hasta sus vestidos, vendió sus libros, con notas de su puño, para entregarles lo que sacó de ellos, y al extrañarse algunos de que se privase de los medios de estudio, dijo estas palabras, que fueron las primeras que pronunció que hayan llegado a la posteridad: “¿Podría estudiar yo sobre pieles muertas, cuando hay hombres que mueren de hambre?” (“Actas de Bolonia”, declaración del señor Esteban, n. I.) Su ejemplo cundió, y los maestros y alumnos de la Universidad se vieron impelidos a acudir en auxilio de los desgraciados. Otra vez, al ver a una mujer, cuyo hijo estaba cautivo entre los moros, llorar amargamente por no poder pagar su rescate, le ofreció venderse él mismo para poder restituirle su hijo; pero Dios, que le reservaba para la redención espiritual de muchísimos hombres, no se lo permitió.

Cuando un viajero pasa a fines de otoño por un país despojado de todas sus cosechas, encuentra alguna vez colgando de un árbol un fruto escapado a la mano del labrador, y esta reliquia de la fertilidad desaparecida le basta para juzgar los campos desconocidos que atraviesa. De la misma manera, la Providencia, dejando en la sombra del pasado la juventud de su siervo Domingo, ha querido, sin embargo, que la Historia conservase algunos rasgos, revelaciones incompletas, pero conmovedoras, de un alma en que la pureza, la gracia, la inteligencia, la verdad y todas las virtudes eran efecto de un amor a Dios y a los hombres maduros antes de que fuese tiempo.

Llegó Domingo a cumplir los veinticinco años sin que Dios le hubiese manifestado aún lo que quería de él. Para el hombre del mundo la vida no es sino un espacio que hay que franquear, lo más lentamente posible, por el camino más cómodo; pero el cristiano no la considera de esta manera. Sabe que todo hombre es vicario de Jesucristo para trabajar por medio del sacrificio de sí mismo en la redención de la Humanidad, y que en el plan de esta grande obra cada uno de nosotros tiene señalado un lugar eternamente marcado y que dispone de la libertad de aceptarlo o rehusarlo. Sabe que si voluntariamente deserta de este lugar que la Providencia le ofrecía en la milicia de las criaturas útiles, será sustituido por otro mejor que él, y que se verá abandonado a su propia dirección en el ancho y corto camino del egoísmo. Estos pensamientos preocupan al cristiano a quien no ha sido revelada aún su predestinación, y convencido de que el medio más seguro para llegar a conocerla es su deseo de cumplirla, sea cual fuere, está presto a todo cuanto Dios le ordene. No desprecia ninguna de las

funciones necesarias a la república cristiana, porque en todas ellas pueden encontrarse tres cosas de las cuales depende su valor real: la voluntad de Dios, que las impone; el bien resultante de su fiel ejercicio, y la abnegación del corazón encargado de desempeñarlas. Cree firmemente que los que reciben menos honores no son los menos elevados, y que la corona de los santos no cae nunca desde el Cielo tan directamente como cuando ha de posarse sobre una cabeza pobre, encanecida por la humildad y aceptada a cambio de un duro servicio. Poco le importa, pues, el lugar que Dios le haya señalado; le basta con conocer su voluntad.

Dios había preparado al joven Domingo un mediador digno de él, quien debía, no solamente manifestarle su vocación, sino abrirle las puertas de su futuro camino y conducirlo por los caminos imprevistos en el terreno donde le esperaba la Providencia.

Entre los medios de reforma a que recurrían aquellos que se esforzaban por elevar la disciplina eclesiástica, existía uno particularmente recomendado por los soberanos Pontífices, y al decir esto me refiero al establecimiento de la vida del clero en comunidad. Los Apóstoles vivieron de este modo, y san Agustín, su imitador, había legado sobre este asunto la famosa regla que lleva su nombre. La vida en común no es más que la vida en familia, la vida de amor en su más alto grado de perfección, y es imposible practicarla fielmente sin inspirar a los que a ella se entregan los sentimientos de fraternidad, pobreza, paciencia y abnegación que son el alma del Cristianismo. Desde hacía siglo y medio, aproximadamente, se daba el nombre de canónigos regulares a los sacerdotes que abrazaban este género de vida, No formaban un solo cuerpo bajo un solo jefe, sino que cada casa tenía su prior, que dependía únicamente del obispo. Hay que exceptuar solamente la Orden de los canónigos regulares de Premontré, fundada en 1120 por san Norberto. Ahora bien: el Obispo de Osma, Martín de Bazán, celoso por contribuir a la restauración de la Iglesia, había convertido recientemente a los canónigos de su catedral en canónigos regulares; e instruido sobre el caso de que en la Universidad de Palencia había un joven de gran mérito, oriundo de su diócesis, concibió la esperanza de agregarlo a su Capítulo, así como a sus deseos de reforma. Encargó este asunto al hombre que había sido su principal apoyo en la difícil obra que acababa de llevar a cabo, hombre ilustre, tanto por su cuna como por su ciencia, su talento y la venerable belleza de su vida, pero que más tarde unió a estas cualidades, comunes a los demás, un título que nadie comparte con él. Hace siglos que el español D. Diego de Azevedo descansa bajo una losa que no he visto, y, sin embargo, pronuncio su nombre con un respeto que me conmueve. El fue el mediador escogido por Dios para esclarecer y conducir al patriarca de una dinastía, cuyo hijo soy yo, y cuando remonto la larga cadena de mis ascendientes espirituales le encuentro entre santo Domingo y Jesucristo.

La Historia no nos ha conservado las primeras conversaciones entre D. Diego con el joven Guzmán; pero fácil es adivinarlas por sus resultados. A los veinticinco años, un alma generosa lo único que busca es encauzar su vida. Lo único que pide al Cielo y a la tierra es una gran causa para entrar a su servicio con grande abnegación; el amor abunda en ella juntamente con la fuerza. Y si esto es así tratándose de un alma que ha recibido su temple de una naturaleza feliz, ¡cuánto más verdad será tratándose de aquella en que el Cristianismo y la naturaleza fluyen al unísono como dos ríos vírgenes de cuyas aguas no se ha desperdiciado una sola gota en vanas pasiones! Sin esfuerzo alguno escucho la conversación habida entre D. Diego y el noble estudiante de Palencia. En pocos momentos le enseñó lo que no se aprende en los libros y en las Universidades: el estado de la lucha entre el bien y el mal en este mundo, las profundas llagas producidas a la Iglesia, la tendencia general de los acontecimientos, y, en fin, todo cuanto forma el nudo secreto de un siglo. Domingo, iniciado en los males de su tiempo por un hombre que los comprendía, sintió, sin duda, la necesidad de aportar el tributo de su cuerpo y de su alma a la cristiandad doliente. Con una mirada tuvo bastante para hacerse cargo de su deber y ocupar su lugar: los vio en el sacerdocio, según la orden de Melquisedec, siguiendo a Jesucristo, único Salvador del mundo, única fuente de toda verdad, de todo bien, de toda gracia, de toda paz, de toda abnegación, y cuyos enemigos son los eternos enemigos del género humano, lleven el nombre que lleven y que hayan adoptado. Vio que este divino sacerdocio, envilecido por manos demasiado indignas, tenía necesidad de ser realzado ante Dios y ante los pueblos, y que únicamente podía serlo por la resurrección de las virtudes apostólicas en aquellos que con ellas se adornaban y a cuyo cargo estaban. El primer paso que hay que dar en toda renovación es que hagamos aquello que queremos hagan los demás; por ello el heredero de los Guzmán consagró su vida a Dios en el cabildo reformado de Osma, bajo la dirección de D. Diego, que era su prior.

“Entonces - dice el bienaventurado Jordán de Sajonia - comenzó a vérsese entre los canónigos, sus hermanos, como la antorcha que brilla, el primero por su santidad y el último de todos por la humildad de su corazón, esparciendo a su alrededor un olor de virtud que daba vida y un perfume parecido al incienso en los días de verano. Sus hermanos admiraban una religión tan sublime; le nombran su subprior, con objeto de que, colocado más alto, sus ejemplos fueran más visibles y más eficaces. En cuanto a él, como un olivo que produce retoños, como un ciprés que se eleva, pasaba el día y la noche en la iglesia, ocupándose sin descanso en la oración, y dejándose ver apenas fuera del claustro por miedo a robar el tiempo a su contemplación. Dios le había concedido la gracia de llorar por los pecadores, por los desdichados y por los afligidos; el llevaba sus males en un santuario interior de compasión, y

este amor doloroso le oprimía el corazón, traduciéndose al exterior en forma de lágrimas. Era costumbre suya, interrumpida rara vez, pasar la noche orando, y hablar con Dios, teniendo su puerta cerrada. Algunas veces se oían voces y como rugidos que salían de sus entrañas conmovidas que no podían contenerlos. Pedía con frecuencia a Dios especialmente una cosa, y era le concediese una verdadera caridad, un amor al que nada pareciese mucho tratándose de la salvación de los hombres, persuadido de que no llegaría a ser nunca un verdadero miembro de la familia de Cristo sino cuando se consagrara por entero, en la medida de sus fuerzas, a ganar almas, siguiendo el ejemplo del Salvador de todos, Nuestro Señor Jesucristo, inmolido sin reserva por nuestra redención. Leía un libro que llevaba por título “Conferencias de los Padres”, el cual trata al mismo tiempo de los vicios y de la perfección espiritual, y se esforzaba, al leerlo, por conocer y seguir todos los senderos del bien. Este libro, con la ayuda de la gracia, le elevó a una difícil pureza de conciencia, a una abundante luz en la contemplación y a un grado de perfección grandísimo.” (“Vida de Santo Domingo”, cap. I, número 8 y siguientes.)

La Providencia no se apresuraba respecto a Domingo, aunque su vida había de ser de corta duración. Le dejó durante nueve años en Osma para que se preparase para la misión, aun desconocida, que tenía que cumplir. En este intervalo, en 1201, D. Diego de Azevedo sucedió en la sede episcopal a Martín de Bazán. Casi en la misma época Domingo comenzó a anunciar al pueblo la palabra de Dios, pero sin alejarse mucho de Osma, y probablemente continuó en este ministerio, sobre el cual no poseemos ningún detalle, hasta 1203, momento solemne en que salió de España y se encaminó, sin saberlo, a la edad de treinta y cuatro años, hacia el lugar de sus destinos.

Aquí termina la génesis de santo Domingo, es decir, la sucesión de cosas que contribuyeron a formar su cuerpo y su alma y le prepararon para el fin providencial que debía llevar a cabo libremente. Todos los hombres tienen su génesis particular, proporcionada a su servicio futuro en este mundo, y la única cosa que puede explicarnos lo que son es el conocimiento de dicha génesis. La amistad nos abre esos pliegues profundos en los cuales están ocultos los misterios del pasado y del porvenir; la confesión nos los revela en otro sentido; la Historia busca la manera de llegar hasta ellos con objeto de conocer los acontecimientos en sus primeras fuentes y unir el hilo a la mano de quien los inició relatando los hechos bajo infinitas formas. Domingo, llamado por Dios para que fundase una nueva Orden que edificase la Iglesia por la pobreza, la predicación y la ciencia divina, tuvo una génesis cuya relación con esta predestinación es cosa manifiesta. Nació de una familia ilustre, porque la pobreza voluntaria es más conmovedora en aquel que desprecia una fortuna y una

jerarquía de las que puede disponer por ser cosas suyas. Nació en España, fuera del país que debía ser teatro de su apostolado, porque uno de los mayores sacrificios del apóstol es abandonar su patria para llevar la luz a otras naciones de las cuales ignora hasta el idioma. Pasó en el seno de una Universidad los diez primeros años de su juventud, con objeto de adquirir en ella la ciencia necesaria para las funciones evangélicas y transmitir su estimación y la cultura de su Orden. Durante nueve años más se amoldó a las prácticas de la vida en comunidad, con objeto de conocer sus recursos, sus dificultades y sus virtudes, y poder imponer un día a sus hermanos el yugo que durante tan largo tiempo había soportado. Ya en la cuna, Dios le había concedido el instinto y la gracia de la sujeción de su cuerpo a una vida dura; pues, lo mismo que el Apóstol, soporta la fatiga de los viajes, el calor, el frío, el hambre, la prisión, los azotes, la miseria; ¿Y cómo podría él sufrir todo esto si desde la primera hora no hubiese sometido su cuerpo al más rudo de los aprendizajes? También le concedió Dios un gusto precoz y ardiente por la oración, pues la oración es un acto potentísimo que pone a disposición del hombre las fuerzas celestes. El Cielo es inaccesible a la violencia; la oración hace que descienda hasta nosotros. Pero, ante todo y por encima de todo, Domingo recibió el don sin el cual nada son los otros dones: el don inmenso de la caridad, que le instaba perentoriamente día y noche a la abnegación en favor de sus hermanos, y le hacía sensible hasta el punto de verter lágrimas apenado por las aflicciones que les aquejaban. Por fin Dios le envió, para iniciarle en los misterios de su siglo, un hombre de fuerte temple, que fue su amigo, su obispo y, como veremos más adelante, su introductor en Francia y en Roma. Estos hechos, poco numerosos, pero continuos y profundos, se entrelazan lentamente en un cielo de treinta y cuatro años, y Domingo, formado por todos ellos, llega inmaculado a la más bella virilidad que pudiera desear un hombre que conozca a Dios.

CAPÍTULO III

Llegada de santo Domingo a Francia. - Su primer viaje a Roma. - Entrevista de Montpellier.

En aquellos días, el rey de Castilla, Alfonso VIII, tuvo la idea de casar a su hijo con una princesa de Dinamarca. Para las negociaciones escogió al obispo de Osma que, llevando consigo a Domingo, salió a fines del año 1203 para el norte de Alemania. Ambos al pasar a través del Languedoc, pudieron ser testigos del espantoso progreso de los Albigenses, y su corazón sufrió una amarguísima aflicción. Llegados a Tolosa, en cuya ciudad debían pasar una sola noche, Domingo se dio cuenta de que su posadero era hereje. Aunque el tiempo de que disponía era corto, no quiso que su paso fuese inútil para aquel hombre extraviado en cuya casa fueron recibidos. Jesucristo ya dijo a sus apóstoles: “Cuando entréis en una casa, saludadla diciendo: La paz sea en esta casa. Y si esta casa es digna de ella, vuestra paz descenderá sobre ella; si no fuera digna de ella, vuestra paz volverá a vosotros”. (San Mateo, X, 12, 13.)

Los santos para quienes todas las palabras de Jesucristo están siempre presentes, y que saben el poder de una bendición dada hasta a quien la ignora, se consideran como enviados de Dios ante toda criatura que encuentran, y se esfuerzan por no abandonarla sin haber depositado en su seno algún germen de misericordia. Domingo no se contentó con orar en secreto por su hostelero infiel; pasó la noche hablando con él, y la elocuencia imprevista de este extranjero conmovió de tal manera el corazón del hereje, que volvió a la fe antes de que despuntase el nuevo día. Entonces tuvo lugar otra maravilla: Domingo, conmovido por la conquista que acababa de efectuar en favor de la verdad y por el triste espectáculo de la devastación producida por el error, tuvo por vez primera el pensamiento de crear una Orden consagrada a la defensa de la Iglesia por medio de la predicación. Este pensamiento súbito se apoderó de él y no le abandonó ya. Salió de Francia sabedor ya del secreto de su futura carrera, como si Francia, celosa por no haber producido aquel grande hombre, hubiese obtenido de Dios el favor de que no pisara en vano su suelo, y que fuese ella, al menos, la que le diese el consejo decisivo de su vida.

Don Diego y Domingo, llegados, después de muchas fatigas, al término de su viaje, encontraron a la corte de Dinamarca dispuesta a efectuar la alianza que deseaba Castilla. Inmediatamente volvieron para ponerlo en conocimiento del rey Alfonso, retornando prontamente con gran aparato para acompañar a la princesa en su viaje a España, pero la

princesa murió en aquellos días. Don Diego, libre de su misión, envió al rey un correo y se dirigió a Roma.

No había en aquellos días cristiano alguno que consintiese morir sin haber posado sus labios sobre el sepulcro de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo. Los pobres venían desde lejanas tierras, haciendo a pie su viaje, a fin de visitar aquellas reliquias y recibir al menos una vez sobre sus cabezas la bendición del Vicario de Jesucristo. Don Diego y Domingo se arrodillaron uno al lado del otro sobre aquel sepulcro que rige al mundo, y al levantar sus frentes del polvo experimentaron una segunda dicha, la más grande que un cristiano puede gozar en este mundo, y fue la de ver en el trono pontificio a un hombre digno de ocuparlo: era Inocencio III. La Historia no nos ha dicho cuáles fueron las sensaciones que experimentaron sus almas ante el espectáculo de la ciudad universal. Los que vienen a Roma por primera vez, trayendo la unción del Cristianismo y la gracia de la juventud, saben la emoción que produce; los que no están en este caso difícilmente la comprenden, y yo gusto de la sobriedad de esos antiguos historiadores que se detienen allí donde acaba el poder de la palabra.

El obispo de Osma se había propuesto pedir una gracia al Soberano Pontífice. Había resuelto abdicar el episcopado y consagrar el resto de su vida a la predicación de la fe entre los cumanos, población bárbara acampada en los confines de Hungría, célebre por la crueldad de sus costumbres. Inocencio III rehusó acceder a este heroico deseo. Don Diego insistió para que, al menos, le fuese permitido, conservando su episcopado, ir a evangelizar a los infieles; pero el Papa persistió en su negativa y le ordenó volviese a su sede. Los dos peregrinos cruzaron los Alpes durante la primavera del año 1205, con intención de volver inmediatamente a España. No obstante, cedieron a la piadosa voluntad de visitar de paso uno de los más célebres monasterios de la cristiandad, y dando una gran vuelta, fueron a llamar a la puerta de la abadía de los Cistercienses. La sombra de san Bernardo habitaba aún el convento. Si no se veía en aquella casa la misma pobreza de tiempos anteriores, podían observarse restos de virtud bastante bellos para que el Obispo de Osma se prendase de aquello. Expuso a los religiosos el placer que experimentaría en vestir su ilustre hábito. Se lo concedieron al punto, y se consoló algo bajo aquellos hábitos monásticos del dolo que había sufrido al no serle posible convertirse en pobre misionero entre los bárbaros. Domingo se abstuvo de imitar en aquella ocasión a su amigo; pero salió de la abadía llevando consigo la estimación y afecto para con los religiosos de aquella Orden. Ambos, después de breve estancia en la abadía, volvieron a ponerse en camino, y al bajar, cosa probable, a lo largo de las riberas del Saona y el Ródano, llegaron a los poblados de Montpellier.

Tres hombres que han desempeñado un gran papel en los asuntos de la Iglesia en aquella época estaban entonces reunidos dentro de los muros de Montpellier: Arnoldo, abad de los Cistercienses, Raúl y Pedro de Castelnau, monjes de la misma Orden. El Papa Inocencio III les había nombrado legados apostólicos en las provincias de Aix, Arles y Narbona, con plenos poderes para hacer cuanto juzgasen útil para la represión de la herejía. Pero su legación, que llevaba ya más de un año, no había tenido buen éxito. El conde de Tolosa, señor de aquellas provincias, sostenía abiertamente a los herejes: los obispos rehusaron ayudar a los legados: unos por cobardía, otros por indiferencia y otros porque eran también herejes. El clero había llegado a ser despreciado por la gente, “hasta el punto - observa Guillermo de Puy-Laurens- que el nombre de eclesiástico había llegado a convertirse en proverbio como el de judío, y en lugar de decir: “prefiero ser “judío antes que eso”, muchos decían: “prefiero ser “eclesiástico”. Cuando los clérigos aparecían en público tenían el cuidado de arreglarse el cabello de manera que ocultase la tonsura, que llevaban lo más pequeña posible. Rara vez destinaban los caballeros a sus hijos a la carrera eclesiástica; pero presentaban los hijos de sus vasallos en las iglesias cuyos diezmos percibían, y los obispos conferían órdenes a quienes querían”. (“Crónica”, prólogo.) Inocencio III no había disimulado la magnitud del mal a sus legados. En una carta, fechada el 31 de mayo de 1204, les decía: “Aquellos a quienes san Pedro ha llamado para compartir su solicitud para guardar el pueblo de Israel, no vigilan su rebaño durante la noche; por el contrario, duermen y apartan sus manos del combate mientras Israel lucha como Madián. El pastor ha degenerado, convirtiéndose en mercenario; no apacienta su rebaño, sino que se ocupa de sí mismo; busca la leche y la lana de las ovejas; deja que el lobo haga cuanto quiera, que entre en el redil, y no se opone como dique ante los enemigos de la casa del Señor. Como mercenario, huye ante la perversidad que pudiera destruir, y se convierte en protector suyo a causa de su traición. Casi todos han desertado la causa de Dios, y muchos entre los que quedan no reportan ninguna utilidad”. (“Cartas de Inocencio III, lib. VII, carta LXXV.)

Los tres legados eran hombres de gran fe y gran carácter; pero abandonados por todos, no habían podido obrar ni por la vía de autoridad ni por la de persuasión. Ningún obispo de aquellas provincias había acudido a unirse a ellos para exhortar al conde Ramón VI a que recordase el papel glorioso que habían desempeñado sus antecesores. Sus conferencias con los herejes no habían dado tampoco resultados satisfactorios, pues aquellos les presentaban siempre la vida deplorable del clero y les recordaban las palabras del Señor, que dicen: “por sus frutos los conoceréis”. (San Mateo, XII, 16.). Estaban, pues, como anonadados, a pesar del temple vigoroso de sus almas, y se daban cuenta de que hay cargas

imposibles de sobrellevar por el hombre, cuando los pecados acumulados han proporcionado a las pasiones una presa demasiado grande, comparada con la realidad. Bajo el peso de esta impresión deliberaban entonces en Montpellier. Su unánime opinión era presentar al soberano Pontífice un relato exacto de aquel estado de cosas y resignar al mismo tiempo entre sus manos una carga que no podían llevar y un encargo que no podían cumplir con fruto y con honor. Pero lo que es cosa desesperada para los hombres no lo es para Dios. Desde hacía treinta años preparaba la Providencia una respuesta a las quejas de sus servidores y a las injurias de sus enemigos, y había llegado la hora de darla. En el momento en que los legados tomaban tan penosas resoluciones, supieron que D. Diego de Azevedo, Obispo de Osma, llegaba a Montpellier. Inmediatamente enviaron recado rogándole viniese a verlos, y D. Diego acudió a su invitación.

Dejemos la palabra al bienaventurado Jordán de Sajonia: “Los legados le reciben con honores y le piden consejo, sabiendo era hombre santo, maduro y lleno de celo por la fe. Dotado como estaba de circunspección e instruido en los caminos de Dios, comenzó a inquirir sobre los usos y costumbres de los herejes. Observa que atraían hacia su secta por el camino de persuasión, por la predicación y un exterior de santidad, mientras los legados estaban rodeados por un grande y fastuoso aparato de servidores, caballos y trajes. Entonces les dijo: “hermanos míos, no es así como debéis conducirlos “me parece imposible atraer a esos hombres con palabras cuando ellos se valen del ejemplo. Por medio del simulacro de “la pobreza y la austeridad evangélica seducen a las almas “sencillas; al presentarles un espectáculo contrario poco podréis edificar: destruiréis muchas cosas y nunca llegaréis a tocar en su corazón. Combatid el ejemplo con el ejemplo; “oponed a la fingida santidad la verdadera religión; no podemos triunfar contra el fasto engañoso de los falsos apóstoles sino por medio de una humildad que salte a la vista. “De esta manera se vio obligado san Pablo a demostrar su virtud, sus austeridades y los continuos peligros de su vida “a quienes presentaban contra él el mérito de sus trabajos”. Los legados le respondieron: “¿Qué consejos nos dais, venerable Padre?”. Y él les contestó: “Haced lo que yo hago”. En aquel instante el espíritu de Dios se apoderó de él; llamó a la gente de su escolta y ordenó que partiese para Osma con sus coches, equipajes y todo el aparato de que iba acompañado. Solamente guardó junto a sí un reducido número de eclesiásticos, y declaró que su intención era detenerse en aquellos países para dedicarse al servicio de la fe. También conservó consigo al subprior Domingo, a quien estimaba mucho y amaba con gran afecto; allí quedó el hermano Domingo, primer fundador de la Orden de los Predicadores, que a partir de aquel momento no se llamaba ya el subprior, sino el hermano Domingo, verdadero siervo del Señor por la

inocencia de su vida y el celo que sentía por sus mandamientos. Los legados, conmovidos por el consejo y el ejemplo que se les daba, accedieron al punto. Se deshicieron de sus coches, equipajes y despidieron a sus servidores; y conservando únicamente los libros necesarios para la controversia, partieron a pie, en estado de pobreza voluntaria, y bajo la dirección del obispo de Osma, a predicar la verdadera fe”. (“Vida de Santo Domingo”, capítulo I, n. 16 y siguientes.)

¡Con qué arte y paciencia había preparado Dios este desenlace! En las riberas de un río español, dos hombres, de edad diferente, reciben abundantemente el espíritu de Dios. Un día se encuentran, atraídos uno hacia el otro por el perfume de sus virtudes, como dos árboles preciosos plantados en un mismo bosque que se buscan y se inclinan para entrar en contacto. Después que una larga amistad haya confundido sus días y sus pensamientos, una voluntad imprevista los saca de su país, los pasea por Europa, desde los Pirineos hasta el mar Báltico, desde el Tíber hasta las colinas de Borgoña, y llegan precisamente, sin haber pensado en ello, a tiempo de dar a hombres desfallecidos, a pesar de su gran corazón, un consejo que cambia la faz de las cosas, salva el honor de la Iglesia y le prepara para un porvenir próximo legiones de apóstoles. Los enemigos de la Iglesia no han leído nunca atentamente su historia: de otro modo, hubieren observado la fecundidad invencible de sus recursos y la oportunidad maravillosa de esta fecundidad. La Iglesia se parece a aquel gigante, hijo de la tierra, que en su misma caída adquiriría una nueva fuerza; por la desgracia vuelve a las virtudes de su cuna, y recobra su potencia natural al perder el poder prestado que tenía del mundo. El mundo no podrá quitarle lo que ha recibido de él: es decir, la riqueza, la ilustración de la sangre, una parte en el gobierno temporal, privilegios de honor y de protección; vestido tejidos por una mano que no es pura, túnica de Dejanira que la Iglesia no puede llevar sobre su carne sagrada, sino únicamente sobre la estameña de su pobreza natal. Si el oro, en lugar de ser instrumento de la caridad y adorno de la verdad, altera tanto la una como la otra, es preciso que perezca, y el mundo entonces, al despojar a la Iglesia, no hace sino devolverle el traje nupcial que conserva procedente de su divino esposo y que nadie puede quitarle. Pues, ¿Cómo podremos quitar la desnudez a quien la quiere? ¿Cómo podremos quitar el nada a quien de él hace su tesoro? En el despojo voluntario es en donde Dios ha puesto la fuerza de su Iglesia, y ninguna mano puede penetrar en este abismo para tomar algo en él. Por eso los perseguidores hábiles han buscado antes la manera de corromper a la Iglesia que de despojarla. En eso estriba el último grado de la profundidad en el mal, y todo se perdería con esa astucia si Dios permitiese alguna vez que la corrupción fuese universal. Pero la

corrupción da nacimiento a la vida, y la conciencia renace de entre sus mismas ruinas: círculo vicioso cuyo secreto posee Dios y por el cual lo domina todo.

¿Qué podría haber de más desesperado en 1205 que el estado religioso del Languedoc? El príncipe era hereje apasionado: la mayor parte de los barones favorecían la herejía; los obispos no mostraban ninguna inquietud ni cuidado por cumplir sus deberes, y algunos, tales como el obispo de Tolosa y el arzobispo de Auch, estaban manchados por crímenes públicos el clero perdió la estimación; los católicos que habían continuado siendo fieles eran pocos; el error insultaba con el espectáculo de una virtud ficticia a los desórdenes de la Iglesia, y el desaliento había alcanzado hasta aquellos que tenían una fe inquebrantable en un corazón casto y fuerte. Pero dos cristianos de paso bastaron para cambiarlo todo. Realzaron el valor de los legados de la Santa Sede, confundieron a los herejes con un apostolado pobre y austero, afirmaron las almas vacilantes, conservaron a las firmes, arrancaron al episcopado de su apatía, un gran obispo ascendió a la sede de Tolosa, y si el buen éxito no fue decisivo, fue siempre lo bastante notable para manifestar de qué parte estaba la razón, la rectitud, la abnegación y la certidumbre de una causa divina.

CAPÍTULO IV

Apostolado de santo Domingo desde la entrevista de Montpellier hasta iniciarse la guerra de los Albigenses - Fundación del monasterio de Prouille.

Cuando quedó convenido entre los legados apostólicos y el obispo de Osma fue llevado a cabo sin tardar. El abad de Císter salió para Borgoña, en donde debía presidir el Capítulo General de su Orden, prometiendo traer en su compañía a su regreso algunos de aquella para que le ayudasen en su misión evangélica. Los otros dos legados, D. Diego, Domingo y algunos clérigos españoles emprendieron a pie el camino de Narbona y Tolosa. Durante su viaje se detuvieron en las villas y aldeas en las que, a juzgar por las circunstancias exteriores, creían podía ser útil su predicación, inspirándose siempre en el espíritu de Dios. Cuando resolvían evangelizar algún pueblo residían en él durante el tiempo proporcionado a la importancia del lugar y según la impresión que producían. Predicaban a los católicos en las iglesias y conferenciaban con los herejes en las casas particulares. La costumbre de estas conferencias remonta a muy antiguos tiempos: san Pablo las tenía con frecuencia con los Judíos; san Agustín con los Donatistas y Maniqueos de África. En efecto; si una de las causas del error es la obstinación de la voluntad, la ignorancia es tal vez su causa más general. La mayor parte de los hombres no rechaza la verdad sino debido al desconocimiento que de ella tiene, porque se la representan por medio de imágenes que nada tienen de real. Una de las funciones del apostolado es, pues, la exposición neta de la verdadera fe, desprovista de opiniones particulares que la oscurezcan, y dejando al espíritu del hombre la completa libertad que la palabra de Dios y la Iglesia, su intérprete, le han facilitado. Pero esta exposición no es posible sino cuando atrae a aquellos que la necesitan, y no es completa más que cuando se les respeta el derecho de discutirla, de la misma manera que nos reservamos el derecho de discutir nosotros su propia doctrina. Este es el objeto de las conferencias, palenque honorable en el que los hombres de buena fe llaman a los hombres de buena fe, en el que la palabra es un arma igual para todos y la conciencia el único juez.

Pero si el uso de las conferencias es antiguo, algo hubo de nuevo en los que tuvieron lugar en aquel tiempo con los Albigenses, algo nuevo y atrevido. Los católicos no temían la frecuente elección de sus adversarios como árbitros de la discusión, ni sentían temor alguno por someterse a su juicio. Rogaban a los más notables herejes presidiesen las asambleas, declarando de antemano que aceptarían su decisión sobre el valor de las cosas que se dijese

tanto por una como por la otra parte. Esta confianza heroica les dio buen resultado. Muchas veces obtuvieron el consuelo de ver que su presentimiento sobre la naturaleza del corazón del hombre no había sido equivocado, y adquirieron una prueba sorprendente de todos los recursos que en él están ocultos para hacer el bien.

Una de las primeras aldeas en donde se detuvieron fue Caramán, no lejos de Tolosa. Anunciaron la verdad con tanto éxito, durante ocho días, que sus habitantes querían de allí a los herejes, y al marcharse nuestros misioneros les acompañaron durante largo trecho. Quince días estuvieron en Beziers. Su pequeño ejército sufrió una disminución a causa de la retirada del legado Pedro de Castelnau, a quien sus amigos suplicaron se alejase a causa del odio particular que contra él mostraban los herejes. Se detuvieron en Carcasona como tercera estación; luego en Verfeil, en los alrededores de Tolosa; más tarde, en Fanjeaux, pueblecito situado sobre una colina entre Carcasona y Pamiers. Fanjeaux es célebre por un hecho milagroso que en él tuvo lugar, y que el bienaventurado Jordán de Sajonia cuenta de esta manera: “Sucedió que en Fanjeaux tuvo lugar una gran conferencia en presencia de una multitud de fieles e infieles que habían sido convocados. Los católicos habían preparado muchas memorias conteniendo razones y autoridades en apoyo de su fe; pero después de haberlas comparado unas con otras, prefirieron la que el bienaventurado siervo de Dios Domingo había escrito, y resolvieron oponerla a la memoria que los herejes presentasen por su parte. Se eligieron tres árbitros de común acuerdo para que juzgasen qué partido presentaba las mejores razones, y, en consecuencia la fe más sólida. Pero después de muchos discursos, dichos árbitros no pudieron llegar a un acuerdo, y decidieron echar al fuego las dos memorias, conviniendo que aquella de las dos que respetasen las llamas, no consumiéndola, sería la que contenía la verdadera doctrina. Entonces encendieron una grande hoguera, echando en ella ambos volúmenes; prontamente fue consumido por el fuego el de los herejes, mientras que el que había escrito el bienaventurado siervo de Dios, Domingo, no sólo quedó intacto, sino que las llamas lo apartaron de la hoguera en presencia de toda la asamblea. De nuevo lo echaron al fuego, repitiendo la operación, y otras tantas veces se reprodujo el acontecimiento, manifestando claramente en dónde estaba la verdadera fe y cuánta era la santidad de quien había escrito el libro”. (“Vida de Santo Domingo”, capítulo I, n. 20.)

El recuerdo de este prodigio, conservado por los historiadores, se conservaba fresco en Fanjeaux, debido también a la tradición, y en 1325 los habitantes de aquella aldea obtuvieron del rey Carlos el deseado permiso para comprar la casa donde había tenido lugar el hecho y edificar una capilla que los soberanos Pontífices han enriquecido concediéndole muchas gracias. Más tarde tuvo lugar un milagro parecido en Montreal, pero en secreto, entre

los herejes reunidos por la noche para examinar otra memoria del siervo de Dios. Se comprometieron a ocultar este prodigio; uno de ellos, que llegó a convertirse, lo hizo público.

No obstante, Domingo se dio cuenta de que una de las causas del progreso de la herejía era la habilidad con que los herejes se apoderaban de la educación de las jóvenes de familia noble cuando sus familias eran demasiado pobres para procurarles una educación conveniente a su jerarquía. Ante Dios pensó la manera de aportar remedio a esta seducción, y creyó llegar a ello fundando un monasterio destinado a recoger a las jóvenes católicas cuyo nacimiento y pobreza las expusiesen a los lazos que les preparaba el error. Existía en Prouille, lugar situado en una llanura entre Fanjeaux y Montreal, al pie de los Pirineos, una ermita dedicada a la Santísima Virgen y célebre desde hacía mucho tiempo por la veneración del pueblo. Domingo sentía gran afecto por Nuestra Señora de Prouille, pues con frecuencia había orado allí durante sus viajes apostólicos. Ya ascendiese o descendiese las primeras colinas de los Pirineos, el humilde santuario de Prouille se le presentaba, a la entrada de Languedoc, como un lugar de esperanza y de consuelo. Allí, al lado mismo de la iglesia, fue donde estableció su monasterio, con el consentimiento y ayuda del obispo Foulques, que recientemente había ocupado la sede de Tolosa. Foulques era un monje de la Orden de los Cistercienses, conocido por la pureza de su vida y el ardor de su fe; los católicos de Tolosa le eligieron obispo, después de su antecesor, Ramón de Rabanstens, fue privado del episcopado por un decreto del soberano Pontífice. Su elevación a una silla episcopal de tal importancia produjo un júbilo universal en la Iglesia, y cuando el legado Pedro de Castelnaud, que estaba gravemente enfermo, lo supo, se levantó de la cama y, juntando las manos, dio las gracias a Dios. Foulques no tardó en llegar a ser amigo de Domingo y de D. Diego. Favoreció con todo su poder la erección del monasterio de Prouille, al que concedió el goce, y más tarde la propiedad, de la ermita de Santa María, al lado de la cual lo había edificado santo Domingo. Berenguer, arzobispo de Narbona, le había ya precedido en aquella generosa protección, dando a las religiosas, cuatro meses después de su clausura, la iglesia de San Martín de Limoux, con todas las rentas que de ella dependían. Tiempo después, el conde Simón de Montfort y otros católicos distinguidos hicieron grandes dádivas a Prouille, que llegó a ser una casa de oración floreciente y célebre. Parecía que sobre ella flotaba siempre una gracia particular. La guerra civil y religiosa, que estalló pronto, no se acercó a sus muros sino para respetarlos, y mientras otras iglesias era expoliadas y destruidos otros monasterios por la herejía armada y victoriosa con frecuencia, aquellas jóvenes indefensas podían entregarse tranquilamente a la oración en Prouille a la sombra de su claustro. Y es que las primeras

obras de los santos tienen una virginidad que conmueve el corazón de Dios, y Aquel que protege la brizna de hierba contra la tempestad, cuida al lado de su cuna de las cosas grandes.

No se sabe de manera cierta cuáles fueron las costumbres y estatutos de las religiosas de Prouille durante sus primeros tiempos. A su cabeza tenían una priora, pero bajo la autoridad de Domingo, que guardó para sí la administración espiritual y temporal del monasterio, a fin de no separar a sus queridas hijas de la Orden futura que meditaba, procurando fuesen su primer brote. Sin embargo, sus trabajos apostólicos no le permitían residir en Prouille, y se alivió de la administración temporal encargándosela a un habitante de Pamiers que le había tomado afecto y cuyo nombre era Guillermo Claret. También llamó para que le ayudasen en la administración espiritual a uno o dos eclesiásticos, franceses o españoles, cuyos nombres se ignoran. En una parte del monasterio, situada fuera de la clausura, estaba la habitación de Domingo y sus compañeros, a fin de que esta morada, distinta pero bajo el mismo techo fuese una garantía de la unidad que debía existir un día entre los frailes Predicadores y las monjas Predicadoras, dos ramas salidas de su mismo tronco. Cuando terminaron todos los preparativos, el 27 de diciembre de 1206, día de san Juan Evangelista, Domingo tuvo la alegría de abrir las puertas de Nuestra Señora de Prouille a varias señoras y jóvenes que deseaban consagrarse a Dios bajo su dirección.

Tales fueron las primicias de las instituciones dominicanas. Comenzaron por un asilo en favor de la triple debilidad del sexo, del nacimiento y de la pobreza de la misma manera que la redención del mundo comenzó en el seno de una Virgen pobre e hija de David. Nuestra Señora de Prouille, solitaria y modesta, esperó largo tiempo aún al pie de las montañas a los religiosos y religiosas que debían entregársele sin medida y llevar su nombre a todos los extremos de la tierra. Hija mayor de un padre que se educaba lentamente bajo la dirección paciente de Dios, crecía en silencio honrada por la amistad de muchos grandes hombres y como mecida sobre sus rodillas. Domingo añadió entonces a su humilde y suave calificación la de prior de Prouille, de manera que se llamaba “fray Domingo, prior de Prouille”.

Algún tiempo después de esta fundación, Domingo, al predicar en Fanjeaux y quedar en la iglesia para orar, según tenía por costumbre, se vio sorprendido por la presencia de nueve damas nobles que vinieron a postrarse a sus pies, diciéndole: “Siervo de Dios, venid en nuestra ayuda. Si cuanto habéis predicado hoy es verdad, nuestro espíritu hace tiempo que está cegado por el error; pues los que vos llamáis herejes, y que nosotras llamamos “buenos hombres” es en quienes hemos creído hasta hoy y poseían el afecto de nuestro corazón. Ahora no sabemos qué pensar. Siervo de Dios, tened piedad de nosotras y rogad al Señor vuestro Dios que nos dé a conocer la ceguera en que vivíamos, para que muramos en estado

de salvación”. Domingo, reconcentrándose en sí mismo y orando, les dijo al cabo de algún tiempo: “Tened paciencia y esperad sin temor; creo que el Señor, que no quiere que se pierda nadie, va a mostrarnos a qué dueño habéis servido hasta ahora”. En efecto, de pronto vieron, en forma de un animal inmundo, al espíritu del error y del odio, y Domingo les dijo tranquilizándolas: “Por la figura que Dios ha hecho aparecer ante vosotras podéis juzgar a quién seguíais en pos de los herejes”. (B. Humbert: “Vida de Santo Domingo”, número 44.) Estas mujeres, dando gracias a Dios, se convirtieron inmediatamente y con firmeza a la religión católica; algunas de ellas llegaron a consagrarse a Dios en el monasterio de Prouille.

Durante la primavera de 1207 tuvo lugar una conferencia en Montreal entre los Albigenses y los católicos. Estos últimos eligieron entre sus adversarios cuatro árbitros, a los cuales se entregaron, tanto por una parte como por la otra, memorias sobre las cuestiones objeto de la controversia. La discusión pública duró quince días, transcurridos los cuales los árbitros se retiraron sin querer decidir. La conciencia les hacía sentir la superioridad de los católicos, pero no les daba los suficientes ánimos para declararse contra su partido. No obstante, ciento cincuenta hombres abjuraron la herejía y volvieron al seno de la Iglesia. El legado Pedro de Castelnau fue uno de los asistentes a esta conferencia. Pronto llegaron a Montreal también el abad del Císter, como otros doce abades de la misma Orden y unos veinte religiosos, todos gente de corazón, instruidos en las cosas divinas y de una santidad de vida digna de la misión que venían a llevar a cabo. Salieron del Císter al terminar el Capítulo General, y se pusieron en camino sin llevar consigo más que lo estrictamente necesario, de acuerdo con la recomendación del obispo de Osma. Este refuerzo exaltó los ánimos de los católicos. Después de laboriosos años, veían por fin el fruto de sus sudores, y que no habían contado en vano con la ayuda prometida a todos aquellos que trabajan por Dios dentro de la sinceridad de la abnegación. La provincia de Narbona había sido evangelizada por completo, muchas conversiones obtenidas, el orgullo de los herejes humillado por las virtudes que superaban a sus fuerzas; y los pueblos que seguían atentamente este movimiento podían comprender que la Iglesia católica no estaba muerta. El episcopado se había realzado en la persona de Foulques; Navarre, obispo de Conserans, le imitaba; aquellos de sus colegas cuya culpa había sido la debilidad solamente, salían de su aletargamiento. La erección del monasterio de Prouille había dado ánimos a la nobleza pobre y católica. Pero el mayor resultado era el haber reunido tantos hombres eminentes por sus virtudes, su ciencia y su carácter en un pensamiento común, el del apostolado, y haber dado a este apostolado naciente una consistencia inesperada. No obstante, faltaba aún la unidad a aquellos elementos regidos por cuatro autoridades diferentes: la de los legados, la de los obispos, la de los abades del

Císter y la de los españoles. Se trataba con frecuencia de la necesidad de establecer una Orden religiosa cuyo oficio fuese la predicación, y la llegada de los Cistercienses a Montreal, confirmando todo cuanto había sido hecho, inspiró el deseo más firme de ir más allá. En el fondo, era el obispo de Osma el que figuraba como jefe de la empresa, aunque en su calidad de simple obispo fuese inferior a los legados, y que, como obispo extranjero, dependía en su acción espiritual de los prelados franceses. Pero por medio de sus consejos había dado el impulso en el momento en que todo parecía desesperar; había sido el primero que había puesto sus manos al servicio de la obra, sin volver nunca la cabeza hacia atrás; hasta había llegado a conquistarse el afecto de los herejes, que decían de él “que era imposible que aquel hombre no hubiese sido predestinado para aquella función, y que, sin duda, había sido enviado para que viviese entre ellos para enseñar la verdadera doctrina”. (Bto. Jordán de Sajonia: “Vida de Santo Domingo”, cap. I n. 1.) Por fin, esa fuerza secreta que coloca a cada hombre en el lugar que debe ocupar le elevó sobre todos. Pensó volver a España para arreglar los asuntos de su diócesis, reunir recursos en favor del convento de Prouille, que los necesitaba; traer nuevos misioneros a Francia y sacar provecho del estado a que las cosas habían llegado. Una vez tomada esta resolución, salió a pie camino de España.

Al entrar en Pamiers, D. Diego encontró al obispo de Tolosa, al de Coserans y un gran número de abades de diversos monasterios, que, advertidos de su marcha, habían venido para saludarle. Su presencia dio lugar a una célebre disputa con los Valdenses, que dominaban en Pamiers bajo la protección del conde de Foix. El conde invitó a comer a los herejes y a los católicos, y les ofreció su palacio para que en él se celebrase la conferencia. Los católicos eligieron por árbitro a uno de sus adversarios más declarados, que pertenecía a la más elevada nobleza de la ciudad. El resultado superó con mucho a cuanto esperaban. Arnaldo de Campranham, que era el árbitro designado, dio su voto en favor de los católicos y abjuró la herejía; otro hereje distinguido, Durando de Huesca, no contento con convertirse en la verdadera fe, abrazó la vida religiosa en Cataluña, adonde fue a retirarse, y fue el padre de una nueva Congregación que llevaba el nombre de “Católicos pobres”. Estas dos abjuraciones, que no fueron las únicas, conmovieron profundamente la ciudad de Pamiers y atrajeron sobre los católicos grandes pruebas de estima y alegría por parte del pueblo. Después de este triunfo, que coronaba dignamente su apostolado, D. Diego se despidió de todos los reunidos para honrarle a su salida de Francia. Se ignora si Domingo le acompañó hasta allí; tal vez se separasen en Prouille y fuera bajo aquel techo amado donde sus ojos se vieran por última vez; pues Dios, en sus impenetrables consejos, tenía decidido que aquella mirada no se renovase entre ellos en este mundo.

Don Diego pasó los Pirineos, y por Aragón, siguiendo siempre a pie su camino, llegó a Osma; ocupó aquella sede episcopal, que no había ocupado desde hacía tres años, y cuando se preparaba de nuevo a salir de su patria, le llamó Dios a la ciudad permanente de los ángeles y de los hombres. Su cuerpo fue enterrado en una iglesia de su ciudad episcopal, bajo una losa que ostentaba grabada esta breve inscripción: “Aquí yace Diego de Azevedo, obispo de Osma. Murió en 1245 de nuestra era”. (La era de España había comenzado treinta y ocho años antes de la era cristiana.) Esta muerte, anunciada a la posteridad con tan poco fausto tuvo, no obstante, un efecto que reveló claramente el fin de un grande hombre. Tan pronto llegó su noticia a la otra parte de los Pirineos, se disipó la obra heroica cuyos elementos había reunido. Los abades y los religiosos del Císter volvieron a tomar el camino de sus monasterios; la mayor parte de los españoles, que D. Diego había dejado bajo las órdenes de Domingo, retornaron a España; de los tres legados, Raúl acababa de morir; Arnaldo no se había dejado ver más que un momento; Pedro de Castelnau estaba en Provenza, en vísperas de perecer víctima de un asesino. Quedaba un hombre que conservase el antiguo pensamiento de Tolosa y de Montpellier, hombre joven aun, extranjero, sin jurisdicción, que sólo se había destacado en segunda línea; sin que pudiese ocupar de pronto el lugar de un hombre como Azevedo, en el cual el episcopado, la antigüedad y la fama sostenían el talento y la virtud. Todo cuanto podía hacer Domingo era no sucumbir bajo el peso tremendo de aquella pérdida, y continuar firme al verse privado de un amigo como aquél. Necesitó ocho años de trabajos para llenar aquel vacío, y nunca hubo hombre que trabajase tan afanosamente para alcanzar su objetivo y que lograse llegar a él con tan maravillosa rapidez.

Varios milagros honraron el sepulcro de Azevedo. Más tarde, en la misma iglesia en donde reposaban sus restos, erigieron una capilla a santo Domingo, y la piedad los aproximó, transportando el cuerpo del uno y colocándolo bajo la imagen del otro. Pero como si Domingo no hubiese podido sufrir la vista a sus pies del que había sido su mediador en la tierra, una mano respetuosa levantó el cuerpo venerable en que había habitado el pensamiento de su amigo, y lo dio al convento de religiosos Predicadores de Málaga². A pesar de estos homenajes, la memoria de Azevedo no ha igualado a su mérito. Francia solamente le vio de paso; España le vio muy poco, y murió sin haber consumado nada. Dios le había destinado solamente a ser el precursor de un hombre más santo y más extraordinario que él: papel difícil que supone un corazón perfectamente desinteresado. Azevedo cumplió este fin con la misma sencillez con que pasaba los Pirineos a pie: se olvidaba siempre de sí mismo; pero la

² Desaparecida la comunidad por la exclaustación, hoy sólo se conserva la parte superior del cráneo en el convento de dominicos del Ángel

posteridad de santo Domingo guarda para él un recuerdo tan grande como era su humildad, y en cuanto a mí, debo confesar que me separo de él con la piedad de un hijo que acaba de cerrar los ojos a su padre.

Todo había sido dispensado por la muerte del Obispo de Osma; Domingo se encontró casi solo. Los dos o tres cooperadores que no le abandonaron eran solamente afectos a su persona por su buena voluntad, y podían marcharse de su lado de un momento a otro. Pronto dejó de ser la soledad la única desgracia de su situación; una guerra terrible vino a aumentar la amargura y las dificultades.

El legado Pedro de Castelnau había dicho con frecuencia que la religión no volvería a florecer en el Languedoc sino después que este país hubiese sido regado por la sangre de un mártir, y rogaba a Dios ardientemente le concediera la gracia de ser él la víctima. Sus deseos fueron cumplidos. Se había dirigido a San Gil, por invitación urgente del conde de Tolosa, a quien había castigado con la excomunión, y que quería, según decía, reconciliarse sinceramente con la Iglesia. El abad del Císter se unió a su colega para asistir a aquella entrevista, a la que ambos fueron con un deseo extremado de paz. Pero el conde no hizo más que burlarse de ellos, y parece que su deseo era obtener por medio del terror se le levantase la excomunión; amenazó a los legados con la muerte si se atrevían a salir de San Gil sin haberle absuelto. Los legados despreciaron sus amenazas y se retiraron con una escolta que los magistrados de la ciudad les habían prestado. Durmieron a orillas del Ródano, y al siguiente día por la mañana, despidiéndose de la gente que le acompañaba, se dispusieron a pasar el río. Entonces dos hombres se aproximaron, y uno de ellos hundió una lanza en el cuerpo de Pedro de Castelnau. El legado, herido de muerte, dijo a su asesino: “Que Dios te perdone como yo te perdono”. (Pedro de Vault-Cernay: “Historia de los Albigenses”, capítulo VIII.) Repitió varias veces aquellas palabras, y tuvo aún tiempo para exhortar a sus compañeros a servir a la Iglesia sin temor y sin descanso, y exhaló su último suspiro. Su cuerpo fue transportado a la abadía de San Gil. Fue asesinado en 15 de enero de 1208.

Esta violencia fue la señal de una guerra, en la que Domingo no tomó parte alguna, pues sólo fue para él una fuente de tribulaciones en el ejercicio de su apostolado. Sin embargo, los acontecimientos de aquella guerra estaban ligados a los de su vida, y es preciso que rápidamente tracemos su historia.

CAPÍTULO V

Guerra de los Albigenses

(Los principales historiadores contemporáneos de la guerra de los Albigenses son: Pedro de Vaulx-Cernay, monje de Citeaux, y Guillermo de Puy-Laurens, capellán del conde Ramón VII. La “Colección de cartas de Inocencio III” contiene preciosas referencias sobre este asunto. También puede consultarse la “Historia General de Languedoc”, por los Benedictinos de San Mauro y la “Historia del Papa Inocencio III y sus contemporáneos”, por Hurter, presidente del consistorio de Schaffausen).

La guerra es el acto por medio del cual un pueblo resiste la injusticia a precio de su sangre. Allí donde exista la injusticia hay causa legítima de guerra hasta obtener satisfacción. Luego la guerra es, después de la religión, el primero de los oficios humanos: ésta nos enseña el derecho, aquélla lo defiende; la religión es la palabra de Dios, la guerra su brazo. “Santo, Santo, Santo es el Señor, el Dios de los ejércitos”; es decir, el Dios de la justicia, el Dios que envía al fuerte en ayuda del débil oprimido, el Dios que echa por tierra la dominación soberbia, que crea a Ciro en contra de Babilonia, rompe en favor de los pueblos las puertas de bronce, transforma al verdugo en soldado y al soldado en víctima. Pero la guerra, lo mismo que las cosas santas, puede emplearse contra su propio fin, y en este caso se convierte en instrumento de opresión. Por eso, para juzgar su valor en un caso particular, es preciso conocer su objeto. Toda guerra de liberación es sagrada, toda guerra de opresión es maldita.

Hasta la época de las Cruzadas, la defensa del territorio y del gobierno legítimo de cada pueblo fue lo que ocupó casi por entero la santidad de la espada y lo que le servía de temple. El soldado moría en las fronteras de su patria, y éste era el nombre más excelso que inspiraba su corazón en los momentos de la batalla. Pero cuando Gregorio VII despertó en la mente de sus contemporáneos la idea de la república cristiana, el horizonte de abnegación se extendió juntamente con el de fraternidad. Europa, confederada por la fe, comprendió que todo pueblo católico oprimido, fuese quien fuese su opresor, tenía derecho a ser socorrido y podía poner la mano sobre el puño de su espada. De aquí nació la caballería; la guerra llegó a ser no sólo un servicio cristiano, sino un servicio monástico al mismo tiempo, y se vio a batallones de monjes cubiertos por el cilicio y la adarga ocupar los puestos avanzados en Occidente. Todas las almas que habían recibido el bautismo comprendieron claramente que eran siervas del derecho contra la fuerza, y que la obra de Dios, que escucha la menor queja

de sus hijos, debía estar pronta al primer grito de apuro. De la misma manera que el cazador, en pie y armado, escucha junto a un árbol de qué lado viene el viento, Europa en aquellos tiempos con la lanza empuñada y el pie en el estribo, escuchaba atentamente de qué lado llegaba el ruido de la injuria. Ya descendiese del trono o de la torre de un simple castillo, ya se precisara pasar los mares para alcanzarlo o simplemente montar a caballo, el tiempo, el lugar, el peligro, la dignidad no detenían a nadie. No se calculaba si había en ello beneficio o pérdida: la sangre, o se da sin calcular su precio, o no se da. La conciencia nos paga en este mundo, y Dios en el otro.

Entre los débiles que la caballería cristiana había tomado bajo su amparo había uno sagrado entre todos los demás, y era la Iglesia. Como la Iglesia no disponía de soldados ni baluartes para defenderse, había estado siempre a merced de los perseguidores. Cuando un príncipe no la quería bien, podía hacer cuanto quisiese contra ella. Pero cuando se hubo instalado la caballería, tomó bajo su protección la ciudad de Dios, primeramente, porque la ciudad de Dios era débil, y en segundo lugar, porque la causa de su libertad era la causa misma del género humano. Como oprimida, la Iglesia tenía derecho como los demás a gozar de la ayuda de los caballeros; por su título de institución fundada por Jesucristo para perpetuar la obra de liberación terrestre y la salvación eterna de los hombres, la Iglesia era la madre, la esposa, la hermana de cuantos poseyesen una buena sangre y una buena espada. Estoy persuadido de que no hay nadie hoy día incapaz de apreciar este orden de sentimientos; la gloria de nuestro siglo, entre tantas miserias, es el conocimiento de que hay intereses más elevados, más universales que los intereses de familia y de nación. La simpatía de los pueblos franquea de nuevo sus fronteras, y la voz de los oprimidos encuentra un eco en este mundo. ¿Qué francés dejaría de acompañar con sus votos, si no iba en persona, a un ejército de caballeros que partiese a través de Europa para ir a ayudar a Polonia? ¿Qué francés, aun no siendo creyente, no considerara crimen, entre los muchos de que es objeto aquel ilustre país, la violencia contra su religión, el destierro de sus sacerdotes y obispos, la expoliación de los monasterios, el rapto de las iglesias, la tortura de las conciencias? Si la detención arbitraria y el encarcelamiento del arzobispo de Colonia ha causado en la Europa Moderna tan viva emoción, ¿Cuál no sería la emoción causada en Europa en el siglo XIII al saber que un embajador apostólico acababa de ser asesinado a traición, matándole con una lanza?

No era, ni mucho menos, el primer acto de opresión por el cual la cristiandad tenía que pedir cuentas al conde de Tolosa. Desde hacía mucho tiempo no había seguridad alguna para los católicos en el país que dependía de su dominio. Los monasterios habían sido devastados, las iglesias robadas, y algunas las había convertido en fortaleza; había arrojado

de sus sillas a los obispos de Carpentras y de Vaison; un católico no podía alcanzar justicia cuando se las había con un hereje: todas las empresas del error estaban bajo su custodia, y afectaba por la religión un desprecio patente, que al tratarse de un príncipe puede considerarse como tiranía. Un día que el obispo de Orange vino a suplicarle no arruinase los lugares sagrados y se abstudiese, al menos en Domingo y fiestas, de permitir los males con que aniquilaba entonces la provincia de Arles, tomó la mano derecha del prelado y dijo: “Juro por esta mano no tener en cuenta ni los Domingos ni las fiestas y no sentir compasión por las personas ni las cosas eclesiásticas”. (“Cartas de Inocencio III”, lib. X, carta LXIX.) Francia, en aquellos tiempos, estaba infestada por gente guerrera sin ocupación, que, agrupada en bandas numerosas llenaba los caminos robando y asesinando. Perseguidos por Felipe Augusto, encontraron en tierras del conde de Tolosa, su vasallo, una impunidad segura, debida al ardor con que ellos cooperaban a sus deseos con sus predaciones y crueldades sacrílegas. Quitaban los vasos sagrados de los tabernáculos, profanaban el cuerpo de Jesucristo, arrancaban a las imágenes de los santos los ornamentos para cubrir con ellos a las mujeres de vida licenciosa; destruían las iglesias, no dejando piedra sobre piedra; mataban a los sacerdotes, azotándolos con vergajos o apaleándolos; muchos de ellos fueron desollados vivos. Una execrable traición del príncipe dejaba a sus súbditos sin defensa contra las persecuciones de los asesinos. Cuando, después de tantos crímenes de que era autor o cómplice, el conde de Tolosa recibió entre el número de sus amigos al asesino de Pedro de Castelnau, a quien colmó de favores, esto agotó la paciencia y llegó el momento en que la tiranía se desplomó debido a su exceso.

Nos engañaríamos si creyésemos que era fácil a la cristiandad castigar al conde de Tolosa. Su posición era formidable, y bien lo probaron los acontecimientos. Ramón VI murió victorioso sobre sus enemigos, después de catorce años de guerra; al morir transmitió a su hijo el patrimonio de sus antepasados, patrimonio que disfrutó hasta el momento de su muerte, y aquel gran feudo no entró a formar parte de la corona de Francia sino a consecuencia del matrimonio de un hermano de san Luis con la hija única del conde Ramón VII. La fuerza de esta casa era debida a muchas causas. Poseía latifundios en el país desde antiguos tiempos, y una ilustración merecida la recomendaba al amor de los pueblos. La herejía, al llegar a ser casi general, había servido entre el príncipe y sus súbditos de nuevo lazo de unión, separándoles del resto de la cristiandad, dando de esta manera a sus relaciones el nervio de una liga religiosa. Los vasallos de todas las jerarquías compartían los errores de sus soberanos y la codicia sentida por los bienes del clero los unía, tanto por sustentar las mismas ideas como por tener los mismos intereses. El número de católicos existente no era ni

lo bastante fervoroso ni lo bastante importante para debilitar aquel haz tan bien ligado cuyo nudo era el conde de Tolosa. Además tenía por aliados fieles de su causa a los condes de Foix y de Comminges, al vizconde de Béarn, al rey de Aragón Pedro II, cuya hermana había tomado por esposa, y estaba tranquilo en cuanto a La Guyana, que poseían los ingleses. Felipe Augusto, su soberano, ocupado en sus dominios por sus querellas con Inglaterra y el Imperio, no podía ser jefe de la Cruzada y sin este jefe, el único a quien podía temerse, el ejército de los cruzados, compuesto por bandas mal unidas, solamente podía prometerse frágiles victorias y una disolución natural más rápida aún que los reveses. Dueño de toda la línea de los Pirineos, teniendo a sus espaldas a Aragón para apoyarle, dos mares inofensivos, uno a la derecha, otro a la izquierda, rodeado por una multitud de plazas fuertes defendidas por vasallos afectos, el conde Ramón gozaba de mil probabilidades de superioridad sobre sus enemigos. La guerra de los Albigenses era pues, una guerra seria, en la que las dificultades morales superaban a las dificultades estratégicas. Porque ¿Qué se podría hacer con aquel país una vez vencido? Ya veremos como el sentido exquisito y generoso de Inocencio III decayó bajo el peso de sus aflicciones antes de morir como un soldado, pues no dejó nunca de comprender que allí había un abismo y un gran capitán que había comenzado venciendo.

Tan pronto se enteró Inocencio III de la muerte de Pedro de Castelnau, escribió una carta a los nobles, condes, barones, caballeros de las provincias de Narbona, Arles, Embrun, Aix y Viena, en la cual, después de haber pintado elocuentemente la muerte de su legado, declaraba castigado con la excomunión al conde de Tolosa, a sus vasallos y súbditos, desligados de su juramento de obediencia, sus personas y sus tierras proscritos de la cristiandad. Tenía en cuenta, sin embargo, el caso en que el conde se arrepintiese de sus crímenes, y le dejaba una puerta abierta para que pudiese entrar en paz con la Iglesia. Esta carta fue escrita el 10 de marzo de 1208. El soberano Pontífice escribía en términos semejantes a los arzobispos y obispos de las mismas provincias, al arzobispo de Lyon, al de Tours y al rey de Francia. (Libro XI, cartas XXVI, XXVII y XXVIII) Asoció al abad del Císter, único de sus legados que aún vivía, con Navarre, obispo de Conserans, y Hugo, obispo de Riez; y encargó particularmente al abad del Císter predicase la cruzada ayudado por sus religiosos. Los preparativos ocuparon todo el resto del año y la primavera del siguiente.

Sin embargo, atemorizado por cuanto pasaba, y sabiendo que los obispos de la provincia de Narbona habían diputado para que visitasen al Papa sus colegas de Tolosa y Conserans, a fin de que le informasen detalladamente de los males de sus iglesias, el conde Ramón envió por su parte a Roma al arzobispo de Auch y al antiguo obispo de Tolosa, Rabenstans. Estos personajes debían quejarse amargamente del abad Cisterciense, y decir al

soberano Pontífice que su señor estaba dispuesto a someterse y a dar a la Santa Sede toda clase de satisfacciones; si se le concedían legados más equitativos. Inocencio III consintió, y mandó salir con destino a Francia al notario apostólico Milón hombre de prudencia consumada, con la especial misión de escuchar y juzgar la causa del conde. Milón convocó en Valencia a una asamblea de obispos, en la que Ramón, que acudió a ella, aceptó las condiciones de paz que se le habían presentado y propuesto. Estas condiciones eran las siguientes: que arrojaría a los herejes de sus tierras, quitaría a los judíos todo empleo público, repararía los perjuicios y daños que había causado a los monasterios y a las iglesias, restablecería en sus sedes a los obispos de Carpentras y de Vaison, vigilaría la seguridad de los caminos, no exigiría impuestos contrarios a los usos y costumbres antiguos del país, y purgaría sus dominios de las bandas armadas que los infestaban. Como prenda de su sinceridad, Ramón puso en manos del legado al conde de Melgueil y siete ciudades de Provenza que le pertenecían, con la condición de perder su soberanía sobre ellas si faltaba al cumplimiento de su palabra. Se convino que su reconciliación solemne con la Iglesia tendría lugar en San Gil, según las formas usuales en aquellos tiempos. Si el conde de Tolosa obraba de buena fe, la penitencia pública a que se sometía, lejos de rebajarle ante sus contemporáneos y la posteridad, sería para él un título respetable ante todos los cristianos. Teodosio no perdió nada de su gloria por dejarse detener por san Ambrosio a las puertas de la catedral de Milán; lo que deshonor es el crimen, pues la expiación voluntaria, en un soberano sobre todo, es un homenaje que se rinde a Dios y a la Humanidad, que realza al que es capaz de rendirlo y le hace partícipe del honor invencible existente en Jesucristo crucificado. Tal vez el orgullo no comprenda lo que digo: pero ¿Qué importa? Hace largo tiempo que la cruz es dueña del mundo, sin que la soberbia haya podido adivinar el por qué. Dejemos a este ciego de nacimiento, y repitamos a quienes pueden comprenderlas las palabras de Aquel que ha conquistado la tierra y el Cielo por medio de un suplicio voluntariamente sufrido: “Porque el que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado”. (San Mateo, capítulo XXIII, 12.) Si el conde de Tolosa hubiere obrado de buena fe, la penitencia que había aceptado hubiese hecho se interesasen por él en todas partes. Los hombres desgraciados no conocerán nunca lo bastante el poder del arma que tienen entre sus manos. Pero el conde de Tolosa no obraba de buena fe; la política solamente era lo que le había arrancado las promesas que no sentía voluntad de cumplir; y cuando a las puertas de la abadía de San Gil, después de haber jurado sobre las reliquias de los santos y sobre el mismo cuerpo del Señor cumplir todo cuanto había prometido, presentó sus espaldas desnudas a la disciplina del legado, esto no dejó de ser una indigna escena de perjurio y de ignominia. Lo que no hubiere

debido sufrir en último extremo, lo soportaba este hombre in sacar la espada. Una memorable circunstancia vino a agravar su castigo y darle una gran ejemplaridad. Cuando quiso salir de la iglesia, la muchedumbre estaba tan apiñada, que no pudo dar un solo paso; se le franqueó una salida secreta a través de los subterráneos consagrados a los sepulcros, y pasó desnudo y acardenalado ante la tumba de Pedro de Castelnau.

Algunos días después de haber tenido lugar esta escena, es decir, el 18 de junio de 1209, el legado Milón fue a reunirse en Lyon al ejército de los cruzados. Este ejército llevaba a su cabeza al duque de Borgoña, los condes de Nevers, de San Pablo, de Bar, de Montfort; muchos otros señores notables, y algunos prelados. Inocencio III había ordenado, en caso de absolución del conde de Tolosa, que se respetase su dominio directo, pero que se marchase contra sus vasallos y sus aliados para obtener su sumisión. El ejército avanzó, pues, hacia el Languedoc, y apenas había llegado a Valencia, el conde Ramón se presentó en persona llevando la cruz. Pusieron cerco a Beziers, que, tomado por asalto de improviso, fue víctima del furor de los soldados, sin distinción de edad, sexo ni religión. Los legados, en sus cartas al soberano Pontífice, estimaron el número de muertos en cerca de veinte mil. Esta carnicería, que no había sido ni voluntaria ni prevista, fue uno de los acontecimientos que han dado a la guerra de los Albigenses un color que ningún historiador ha podido borrar. La toma de Carcasona siguió pronto a la de Beziers. Los habitantes se rindieron y salvaron sus vidas; la ciudad fue abandonada al saqueo, con premeditación. Difícil era inaugurar de peor manera una guerra justa en su principio.

Hasta aquel momento la Cruzada no tuvo por alma y jefe más que al abad del Císter. Después del éxito de Beziers y de Carcasona, los cruzados, entre los cuales muchos pensaban ya en la retirada, creyeron útil elegir un jefe militar. La elección fue puesta en manos de un consejo compuesto por el abad Cisterciense, dos obispos y cuatro caballeros, que no juzgaron a nadie más digno del mando que al conde Simón de Montfort. Este guerrero descendía de la casa de Hainaut; había sido fruto del matrimonio de Simón III, conde de Montfort y de Evreux, con una hija de Roberto, conde de Leicester, y había tomado por esposa a Alicia de Montmorency, mujer heroica como su nombre. No podía decirse que existiese un capitán más atrevido ni un caballero más religioso que el conde de Montfort y si hubiese unido a las eminentes cualidades que brillaban en su persona un fondo mayor de desinterés y de suavidad, ninguno de los cruzados de Oriente hubiese podido superarle en gloria. Tan pronto fue nombrado para mandar como General, se vio casi abandonado por todos. El conde de Nevers, el de Tolosa, el duque de Borgoña, se retiraron uno tras otro, dejando con Montfort una treintena de caballeros y un pequeño número de soldados. Fue esto un cambio de fortuna

ordinario en esta clase de expediciones, a las que cada uno se adhiere libremente y se retira de la misma manera.

Como se verá, lo único que quiero trazar es la intención general de la guerra y de las negociaciones. El nudo no es cosa fácil de deshacer, porque se disputaban la dirección dos planes: el del abad del Císter y el del Papa.

El plan del abad del Císter, de concierto con los principales obispos de Languedoc y de los países vecinos, era deshacer por completo la casa de Tolosa. Este plan era injusto e impolítico. Era injusto, porque si Ramón IV merecía su ruina, y era imposible fiarse de él en el porvenir, no ocurría lo mismo con su hijo, niño de doce años, que no era cómplice de los crímenes de su padre, ni incapaz de recibir una educación cristiana bajo una tutela desinteresada. Era impolítico, porque de esta manera se mezclaba a la cuestión religiosa, sobre la cual estaba de acuerdo la cristiandad, una cuestión de familia que pudiera dividir a aquélla; era también dar un color de ambición a una guerra emprendida por motivos más puros. Verdad es que el abad del Císter había tenido la rara felicidad de encontrar en el conde de Montfort un hombre formado expresamente para su plan, y tal vez no fue hasta después de haberle visto obrar cuando se le ocurrió la idea de aniquilar la casa de Tolosa. Pero las cualidades guerreras del conde de Montfort no eran para los súbditos y vasallos de aquella casa sino las cualidades de un enemigo, y el abad del Císter, que quería obrar con rapidez por miedo a no disponer siempre de las fuerzas necesarias a una cruzada, hubiese debido tener en cuenta que el tiempo, del cual desconfiaba, era necesario para sustituir en el gobierno de un país una familia vieja por una nueva; también hubiera debido tener en cuenta el temor de transformar una guerra católica en guerra personal entre los Ramón y los Montfort. El abuso que hizo de su autoridad para sostener un mal plan fue la causa de las culpas y violencias que quitaron a la Cruzada contra los Albigenses el carácter de santidad que desde otros puntos de vista poseía.

Inocencio III era un hombre distinto del abad del Císter. Ante todo ocupaba aquella silla privilegiada que, además de gozar de la ayuda eterna del Espíritu Santo, tiene la ventaja de ser extraña, por su misma excelsitud, a las pasiones que llegan a insinuarse hasta en la mejor de las causas. Mientras con demasiada frecuencia el celo inconsiderado quiere perder a los hombres juntamente con los errores, el papado se esforzó siempre por salvar a los hombres al matar los errores. Inocencio III no sentía deseo alguno de deshacer la casa de Tolosa; no llegó a desesperar de que el viejo conde Ramón volviese a los dignos sentimientos de sus padres. En las cartas de excomunión había previsto formalmente el caso de su arrepentimiento, y tan pronto tuvo noticia de los actos de San Gil se apresuró a obligar a que

no tocasen sus tierras. Pero el Papa no tenía a nadie en Francia para secundarle en sus generosas intenciones; no pudo luchar contra la fuerza de los acontecimientos, y sus vanos esfuerzos únicamente sirvieron para honrar su memoria. El conde Ramón, al abandonar el sistema práctico que había adoptado al principio, contribuyó al triunfo de los enemigos de su familia, y fue preciso que una mano suprema interviniese para cambiar de repente el aspecto de las cosas.

Aunque Montfort quedó con poca gente, no dejó de avanzar, tomar ciudades, perderlas y volverlas a tomar, mientras el conde de Tolosa, tranquilo por su reconciliación con la Iglesia, no parecía inquietarse por la caída de sus aliados y vasallos. Pero un concilio celebrado en Avignon por los metropolitanos de Viena, Arles, Embrun y Aix, bajo la presidencia de los dos legados Hugo y Milón, vino a hacerle perder su seguridad. El concilio que se inauguró el 16 de septiembre de 1208, le dio un plazo de seis semanas para cumplir las promesas que había hecho en San Gil, y de no cumplirlas quedaría excomulgado. Ramón, al recibir estas noticias, salió para Roma. Admitido en audiencia por el Padre Santo, que le recibió con testimonio de afecto, se quejó del rigor de los legados para con él, presentó testimonios auténticos de varias iglesias a las que había indemnizado y se declaró preparado a cumplir el resto de sus juramentos pidiendo también justificarse de la muerte de Pedro de Castelnau y de las inteligencias con los herejes de que se le acusaba. El Papa le animó en estos sentimientos y ordenó se reuniese un nuevo concilio de obispos en Francia para hacerse cargo de su justificación, con esta cláusula expresa: que si era culpable, se reservaría la sentencia a la Santa Sede. Ramón, al salir de Roma, visitó la corte del emperador y la del rey de Francia con la esperanza de obtener alguna ayuda, pero sin éxito. Le fue preciso, pues, presentarse ante el concilio que tenía que juzgar su causa, y que debía tener lugar en San Gil hacia mediados de septiembre del año 1210. Quiso justificarse en él de las dos acusaciones de inteligencia con los herejes y complicidad en el asesinato de Pedro de Castelnau; el concilio rehusó escucharle sobre estos dos puntos, requiriéndole sencillamente a que cumpliera su palabra purgando sus dominios de herejes y de la mala gente que los llenaba. Sea que Ramón no pudiese dar satisfacción a esta exigencia o que no sintiese voluntad para ello, el caso es que volvió a Tolosa persuadido de que el artificio era inútil y que desde aquel momento nada tenía que esperar de ninguna parte, sino confiarlo todo a la suerte de las armas. El concilio se abstuvo, no obstante, de castigarle con la excomunión, porque el soberano Pontífice se había reservado la sentencia e Inocencio III se contentó con escribirle una carta urgente y afectuosa, en la que le exhortaba, sin amenaza alguna, a cumplir lo que había prometido. (Lib. XIII, carta LXXXVIII.)

El rey de Aragón intervino por su parte con objeto de evitar una ruptura definitiva, teniendo lugar dos conferencias sobre este asunto en el invierno de 1211, una en Narbona y la otra en Montpellier. En la primera el conde de Tolosa rechazó abiertamente las condiciones que le habían sido impuestas en San Gil; en la segunda pareció que consentía al principio, pero más tarde se retiró de repente sin despedirse. El rey de Aragón, irritado por esta conducta, pidió en matrimonio una hija del conde Montfort, que a la sazón contaba tres años, para su hijo, niño de la misma edad, entregando éste a los cuidados del conde para que le educase bajo su dirección. Pero poco después se arrepintió, dando a su hermana en matrimonio al único hijo de Ramón, reforzando con esta alianza los lazos, muy estrechos ya, que le unían a la causa de la herejía.

Por fin el abad del Císter lanzó la excomunión, y envió al Papa un diputado con el fin de obtener fuese confirmada. Inocencio III la confirmó y Ramón se preparó para la guerra, asegurándose la fidelidad de sus súbditos y la ayuda de diversos señores, particularmente los condes de Foix y de Comminges. Rechazó a Montfort, que se había presentado ante los muros de Tolosa, y el ejército albigense fue a acampar ante Castelnaudary, cuyo sitio se vio obligado a levantar después de una sangrienta batalla. Los cruzados alcanzaron victorias tomando varias ciudades; el país de Foix y de Comminges se vieron invadidos, y Ramón se dirigió a España para implorar el socorro del rey de Aragón.

Lo que tuvo lugar entonces demuestra cuán incierto y combatido estaba el Papa. El rey de Aragón, antes de recurrir a las armas para proteger a su cuñado, juzgó a propósito intentar primero la vía de las negociaciones, enviando una embajada al soberano Pontífice para quejarse del conde de Montfort, que se apoderaba de los feudos pertenecientes a su corona, y de los legados apostólicos, que rehusaban en absoluto admitir la penitencia del conde de Tolosa. Inocencio III, prevenido por estas quejas, escribió reprochándolas a sus legados y ordenándoles reuniesen un concilio, compuesto de obispos y señores del país, para ver de procurar los medios sobre los que se pudiese asentar la paz. (Lib. XV, carta CCXI).

Pero mientras estas cartas, fechadas a principios del año 1213, estaban en camino, se reunió un concilio en Lavaur, a petición del rey de Aragón, quien por medio de solicitud escrita había suplicado a los legados y obispos devolviesen a los condes de Tolosa, de Comminges y de Foix, lo mismo que al vizconde de Béarn, las tierras que se les había quitado y levantarles la excomunión de la Iglesia a precio de la satisfacción que se les exigiese. En caso de rechazo en cuanto al viejo Ramón, el rey solicitaba para su hijo la justicia del concilio. El concilio decidió que no se debía admitir al conde de Tolosa ninguna justificación por haber violado su palabra constantemente; pero que se recibiría la penitencia

de los condes de Foix y de Comminges y del vizconde de Béarn tan pronto la deseasen. El rey de Aragón, juzgando que tal respuesta manifestaba una decisión premeditada contra la casa de Tolosa, declaró solemnemente que apelaba a la clemencia de la Santa Sede contra el inexorable rigor de los legados y obispos, y que tomaba bajo su real protección al conde Ramón y a su hijo. Aquel príncipe no podía ser sospechoso de hereje: había sometido su reino a la Iglesia romana en calidad de feudo apostólico y había servido valientemente a la cristiandad contra los moros en España. El peso de su nombre y de su espada hacía peligrosa la empresa. Por ello el concilio de Lavaur se apresuró a enviar cuatro diputados al soberano Pontífice, con una carta, con objeto de persuadirle de que la causa católica estaba perdida si no se privaba para siempre al conde de Tolosa de sus dominios, tanto a él como a sus herederos. Los arzobispos de Arles, Aix y Burdeos; los obispos de Maguelonne, Carpentras, Vaison, Bazas, Beziers y Perigueux, escribieron en el mismo sentido al Padre Santo. Inocencio III se quejó de haber sido engañado por el rey de Aragón; le envió a decir desistiese de su empresa y pactase una tregua con el conde de Montfort, esperando la llegada de un cardenal que iba a enviar a aquellos lugares. (Lib. XVI, carta XLVIII.) Pero la suerte había sido ya decidida. El rey reunió un ejército en Cataluña y Aragón, y, pasando los Pirineos, vino a unir sus tropas con las de los condes de Tolosa, Foix y Comminges.

Montfort estaba en Fanjeaux cuando se enteró de que el ejército confederado, compuesto por cuarenta mil infantes y dos mil caballos habían avanzado hacia Muret, plaza importante situada al sur del Garon, a tres leguas más arriba de Tolosa. Este fue el momento sublime de su vida. Solamente contaba en su servicio ochocientos caballos y un reducido número de infantes; súbitamente salió para Muret una mañana, acompañado por sus hombres de armas y los obispos de Tolosa, Nomes, Uzés, Lodève, Beziers, Agde, Comminges y tres abades Cistercienses. Al llegar el mismo día al monasterio de Bolbonne, perteneciente a la Orden del Císter, entró en la iglesia, orando en ella largo rato, y poniendo su espada sobre el altar, la recogió luego, diciendo a Dios: “¡Oh, Señor, que me habéis escogido, aunque indigno, para hacer la guerra en nombre vuestro; hoy tomo mi espada de este altar, a fin de recibir mis armas de vuestras manos, puesto que es por Vos por quien voy a combatir!” (Pedro de Vaulx-Cernay: “Historia de los Albigenses”, capítulo LXXI.)

Luego marchó a Saverdún, pasando allí la noche; al día siguiente se confesó, redactó su testamento y lo envió al abad de Bolbonne, rogándole lo transmitiese al soberano Pontífice, si perecía en el combate. Por la tarde franqueó el Gerona por un puente sin verse inquietado, y se encontró tras las torres de Muret, guardadas por una treintena de caballeros. Era el miércoles 12 de septiembre de 1213. Antes de poner pie en la ciudad se le unieron los

obispos, quienes le dejaron para ir al campo enemigo a pedir la paz; pero el rey de Aragón les contestó que no valía la pena que un rey y los obispos entrasen en conferencia por un puñado de gladiadores. A pesar del poco éxito de esta tentativa, cuando despuntó el alba, los obispos encargaron a un religioso fuese y dijera que ellos y todas las órdenes eclesiásticas vendrían descalzos a conjurarle para que tomase mejores soluciones. ¡Cuán pesaroso estaría el conde de Tolosa por sus perjuros y sus humillaciones sin fruto! ¡Cómo se acusaría entonces de no haber recurrido desde el comienzo a una guerra leal y valerosa, en lugar de dejar aplastar a sus amigos y deshonorar su causa! Pero se equivocaba: la guerra, como el artificio, debía serle funesta. Dios veía el corazón de aquel príncipe y no se compadecía de su suerte.

Los obispos se disponían a salir de Muret en acto de suplicaciones, cuando un cuerpo de caballeros enemigos se precipitó hacia sus puertas. Montfort dio orden a los suyos para que se dispusiesen en formación de batalla en la parte baja de la ciudad; él mismo revistió su armadura, después de haber orado en una iglesia, en la que el obispo de Uzés ofrecía el santo sacrificio de la misa. Volvió cuando estuvo armado, y, al doblar la rodilla, los lazos que unían la parte baja de su armadura se rompieron. Se pudo observar que en el momento en que colocaba el pie en el estribo, su caballo levantó la cabeza y le hirió. Estos presagios no conmovieron el corazón del caballero, aunque se da el caso que los hombres de su temple se muestren sensibles ante estas cosas. Se dirigió hacia sus tropas seguido de Foulques, obispo de Tolosa quien llevaba en sus manos el crucifijo. Los caballeros echaron pie a tierra para adorar a su Salvador y besar su imagen; pero el obispo de Comminges, viendo que el tiempo pasaba, tomó el crucifijo de manos de Foulques, y desde un lugar elevado arengó al ejército con pocas palabras y le bendijo. Después de esto, todos los eclesiásticos presentes se retiraron a la iglesia para orar, y Montfort salió de la ciudad a la cabeza de ochocientos caballos, sin infantería.

El frente de los confederados se extendía sobre una llanura al occidente de la ciudad. Montfort, que había salido por una puerta opuesta, como si hubiese querido huir, dividió su gente en tres escuadrones y se dirigió rectamente hacia el centro del enemigo. Su esperanza después de la que ponía en Dios, era cortar las líneas confederadas, producir el desorden y el espanto por lo atrevido del ataque y aprovecharse de todos los azares que la vista de los grandes capitanes descubre en el horror de un cuerpo a cuerpo. Esto fue lo que sucedió. El primer escuadrón rompió la vanguardia enemiga; el segundo penetró hasta sus últimas filas, en donde se hallaba el rey de Aragón rodeado de lo más escogido de los suyos; Montfort, que seguía de cerca con el tercero, tomó de flanco a los aragoneses, ya sorprendidos. La fortuna vaciló unos momentos; el tiempo era precioso, pues los batallones tan felizmente franqueados

más bien estaban sorprendidos que vencidos y podían atacar a Montfort por retaguardia. Un golpe, que dio con el rey de Aragón muerto en tierra, decidió la jornada. Los gritos y la huída de los aragoneses arrastró a los demás. Los obispos, que oraban con angustia en la iglesia de Muret, unos prosternados en el suelo, otros levantando sus manos al cielo hacia Dios, fueron prontamente atraídos hacia los muros por los ecos de la victoria, y pudieron ver la llanura cubierta por soldados que huían, perseguidos por la mano terrible de los cruzados. Un cuerpo de soldados que intentaba tomar la ciudad por asalto lanzó las armas a tierra y fue destruido en su huída. Mientras tanto, Montfort volvía de su persecución tras los vencidos, y al cruzar el campo de batalla encontró en tierra al rey de Aragón, ya despojado y desnudo. Bajó del caballo y besó llorando los restos magullados de aquel príncipe desgraciado. Pedro II, rey de Aragón, era un bravo caballero, amado por sus súbditos, católico sincero y digno de no morir de aquella suerte. Los lazos que unían sus dos hermanas con Ramón le obligaron a ir en ayuda de una causa que estimaba no ser ya la de la herejía, sino la de la justicia y el parentesco. Sucumbió por un secreto juicio de Dios; tal vez por haber despreciado las súplicas de los obispos y abusado en su corazón de una victoria que consideraba segura. Montfort, después de haberse ocupado de darle sepultura, entró en Murat descalzo, subió a la iglesia para dar gracias a Dios por su protección, y dio a los pobres el caballo y la armadura con los que había combatido. Esta memorable batalla, fruto de una conciencia que se creía segura de luchar por Dios, figurará siempre entre los bellos actos de fe llevados a cabo por los hombres en este mundo.

Domingo estaba en Muret con los siete obispos que hemos mencionado y los tres abades del Císter. Algunos historiadores antiguos han escrito que iba a la cabeza de los combatientes, con la cruz en la mano; en la casa de la Inquisición de Tolosa se enseñaba un crucifijo agujereado por las flechas, diciendo que era el que había llevado Domingo en la batalla de Muret. Pero los historiadores modernos no dicen nada parecido; por el contrario, afirman que Domingo quedó en la ciudad orando, juntamente con los obispos y los religiosos. Bernardo Guidonis, uno de los autores que han escrito sobre su vida y que habitó en la Inquisición de Tolosa desde 1308 hasta 1322, no hace referencia alguna sobre el crucifijo que se ha visto allí más tarde.

La batalla de Muret dio un golpe mortal a los asuntos del conde de Tolosa. Sus aliados y los habitantes de su capital ofrecieron sumisión al soberano Pontífice, el cual encargó al cardenal Pedro de Benevento les reconciliase con la Iglesia y obligase al conde de Montfort a enviar a España al nuevo rey de Aragón, niño de corta edad que conservaba rehén desde que su padre se lo había enviado para educarlo y casarlo con su hija. El cardenal

cumplió su doble misión en el invierno de 1214. Hasta llegó, cosa verdaderamente notable, a conceder la absolución al conde de Tolosa; pero este acto de misericordia no sirvió al vencido para sus intereses temporales. En el mes de diciembre siguiente se reunió un concilio en Montpellier para decidir a quién pertenecía la soberanía del país conquistado. El concilio acordó unánimemente que pertenecía al conde de Montfort, cuya brillante y fuerte espada había fallado los destinos de la guerra; sin embargo el soberano Pontífice, en carta del 17 de abril de 1215 (véase “Concilios de Labbé”, t. XIII, pág. 888), declaró que Montfort conservaría en depósito su conquista hasta que el concilio ecuménico de Letrán, al que había reservado esta cuestión, pronunciase su sentencia definitiva. Era éste un último esfuerzo por parte de Inocencio III para salvar la casa de Tolosa. El conde Ramón, abandonado por todos, se había retirado a la corte de Inglaterra con su hijo.

El día 11 de noviembre de 1215, al salir el sol y bañar los Apeninos, encontró en la solitaria iglesia de San Juan de Letrán la asamblea más augusta del mundo. En ella tomaron asiento setenta y dos primados y metropolitanos, cuatrocientos doce obispos, más de ochocientos abades y priores de monasterios, una multitud de procuradores de abadías y obispados ausentes; los embajadores del rey de los Romanos, el emperador de Constantinopla, de los reyes de Francia, Inglaterra, Hungría, Aragón, Jerusalén y Chipre; los diputados de una infinita multitud de príncipes, ciudades y señores, y sobre todos ellos la venerable figura de Inocencio III. El abad del Císter, arzobispo de Narbona, sobresalía entre los asistentes; el conde Simón de Montfort estaba representado por su hermano Guy de Montfort; los dos Ramones vinieron personalmente, como los condes de Foix y de Comminges. El día señalado para juzgar esta grande causa de la cruzada albigense, los dos Ramones entraron en la asamblea, juntamente con los condes de Foix de Comminges, prosternándose los cuatro al pie del trono apostólico. Al levantarse, expusieron la manera cómo habían sido despojados de sus feudos, a pesar de su completa sumisión a la Iglesia romana y la absolución que les había concedido el legado Pedro de Benevento. Un cardenal tomó la palabra en su favor con mucha fuerza y elocuencia; el abad de Saint-Tibère y el chantre de la iglesia de Lyon hicieron lo mismo; este último, sobre todo, pareció conmover al Papa. Pero la mayor parte de los obispos, especialmente los franceses, votaron en contra de los que suplicaban, protestando y diciendo que la religión católica desaparecería del Languedoc si se les restituían sus posesiones, y que toda la sangre vertida por aquella causa sería sangre y abnegación perdidas. El concilio declaró, pues, al conde Ramón desposeído de sus feudos, que se le transferían con ello definitivamente al conde de Montfort, asignándole una pensión de cuatrocientos marcos de plata, con la condición de que viviría fuera de sus

antiguos dominios; su mujer, Leonor, conservaría los bienes que constituían su dote. El marquesado de Provenza se reservaba al joven Ramón, su hijo, para que entrase en posesión al llegar a su mayor edad si era fiel a la Iglesia. En cuanto a los condes de Foix y de Comminges, su causa fue diferida para examen más maduro. Es digno de observar que el marquesado de Provenza, destinado al joven Ramón, estaba constituido por ciudades que su padre había abandonado a la Santa Sede, en el caso en que dejase de cumplir las promesas hechas en San Gil; varias veces se había propuesto al soberano Pontífice las reuniese al dominio apostólico; pero nunca quiso consentir en ello, y no se valió de los derechos que había adquirido sino para conservarlos a la casa de Tolosa.

Después de la clausura del concilio, el joven Ramón, que se había granjeado la estimación de todos por su noble conducta, fue a despedirse del Papa. No le ocultó que se creía injustamente privado del patrimonio de sus antepasados, y le dijo, con una firmeza ingenua y respetuosa, que aprovecharía todas las ocasiones para recobrar gloriosamente lo que había perdido sin culpa. Inocencio, conmovido por la desgracia y los ánimos de aquel joven de dieciocho años, le concedió esta bendición profética: “Hijo mío, Dios quiera que en todos vuestros actos podáis comenzar bien y terminar mejor”. (“Historia General del Languedoc”, t. III.)

Investido Montfort por Felipe Augusto con los títulos de duque de Narbona y conde de Tolosa, no gozó mucho tiempo del poder que había adquirido tan laboriosamente. El año 1216 no había terminado aún cuando el joven Ramón era dueño ya de una parte de Provenza. Tolosa, por otra parte, cansada ya del yugo de su nuevo conde, llamó al viejo Ramón, haciéndole venir del refugio que había buscado en la corte de Inglaterra, y le abrió sus puertas. Gran número de señores, al recibir las noticias de este cambio de fortuna, se apresuraron a prestar juramento de fidelidad a su antiguo señor. El vencedor de Muret pudo comprender entonces que no era suficiente ganar batallas, ni conquistar ciudades por asalto, para adquirir el prestigio que gobierna a los pueblos; se había enfrentado, por desgracia, con aquella fuerza honrada existente en la humanidad, y que hace que no se pueda reinar sobre los hombres cuando no se reina sobre sus corazones. Arrojado de Tolosa, a la cual en vano había desarmado y aterrado por medio de suplicios, puso cerco tristemente ante sus muros, que no debía ya franquear. La larga duración del cerco, la incertidumbre del porvenir, los reproches que le dirigía por su inacción el cardenal Bertrand, legado apostólico, así como también el desaliento que causan los reveses cuando llegan tarde, produjeron en el esforzado caballero una melancolía que llegó hasta hacerle pedir a Dios que le llamase a su seno. El 25 de junio de 1218 le dijeron, muy temprano, que los enemigos estaban emboscados en los

fosos del castillo. Pidió sus armas y, después de revestirlas, fue a oír misa. Ya estaba comenzada cuando se le advirtió que las máquinas de guerra habían sido asaltadas y en peligro de quedar destruidas. “Permitidme - dijo - que vea el sacramento de nuestra redención.” Llegó otro mensajero y le anunció que sus tropas no podían resistir. “No iré hasta que no haya visto a mi Salvador.” (Pedro de Vaul-Cernay. “Historia de los Albigenses”, capítulo LXXXVI.) Al fin, al elevar la hostia el sacerdote, Montfort, de rodillas en tierra y elevando sus brazos al cielo, pronunció estas palabras: “NUNC DIMITTIS”, y salió. Su presencia en el campo de batalla hizo retroceder al enemigo hasta los fosos de la plaza; pero aquella fue su última victoria. Recibió una pedrada en la cabeza; se golpeó el pecho, se encomendó a Dios y a la bienaventurada Virgen María y cayó muerto.

La fortuna continuó favoreciendo a los Ramones. De los dos hijos que había dejado el conde de Montfort, el más joven murió ante los muros de Castelnaudary. Cuatro años de malos éxitos persuadieron al mayor de que no era capaz de estar al frente de la herencia que le había dejado su padre y cedió todos sus derechos en favor del rey de Francia. El viejo Ramón, tranquilo en Tolosa bajo la protección de las victorias de su hijo tuvo aún tiempo para volver sus ojos hacia Dios, que le había castigado y restablecido luego en sus dominios. El día 12 de julio de 1222, al volver de orar a la puerta de una iglesia, pues continuaba excomulgado, se sintió enfermo, y envió buscar apresuradamente al abad de San Sernín para que le reconciliase con la Iglesia. El abad le encontró ya sin poder hablar. El viejo conde, al verle, levantó los ojos al cielo y le tomó ambas manos entre las suyas hasta que exhaló el último suspiro. Su cuerpo fue transportado a la iglesia de los Caballeros de San Juan de Jerusalén, cuyo lugar había elegido para que le diesen sepultura; pero no se atrevieron a enterrarle a causa de su excomunió. Le dejaron allí en un féretro abierto y tres siglos más tarde se le podía ver aún acostado, sin que mano alguna fuese lo suficientemente atrevida para clavar una tabla sobre aquella madera consagrada por la muerte y el tiempo. La cuestión de su inhumación, a petición de su hijo, fue agitada durante los pontificados de Gregorio IX e Inocencio IV. Numerosos testimonios aseguraron que antes de morir había dado verdaderas pruebas de arrepentimiento: sin embargo, se temía remover aquellas cenizas, concediéndoles honores demasiado tardíos.

Ramón VII sobrevivió veintiséis años a su padre. Supo defenderse hasta contra las armas de Francia; pero demasiado débil para sostener continuamente tal esfuerzo, convino un tratado con san Luis en 1228, tratado que terminó aquella larga guerra. El matrimonio de su única hija con el conde de Poitiers, uno de los hermanos del rey con la cesión del condado de Tolosa como dote; el abandono de algunos territorios; la promesa de ser fiel a la Iglesia y de

servirse de su autoridad contra los herejes, tales fueron las condiciones principales de la paz. La Iglesia la confirmó, devolviendo su comunión al joven conde, que, como penitencia, prometió servir a la cristiandad en Palestina durante cinco años. Veinte años después pensó seriamente en cumplir lo prometido y salió para Tierra Santa. Pero Dios le detuvo en el camino. Se sintió enfermo en París, no lejos de Rodez, desde donde, al hacerse transportar a Milhaud, murió el 26 de septiembre de 1248, rodeado de los obispos de Tolosa, Agen, Cahors y Rodez; de los cónsules de Tolosa y una multitud de señores, llegados todos para recibir el adiós de un príncipe a quien amaban, y en el cual se extinguió, en su línea masculina, la rama mayor de una ilustre raza. Cuando trajeron el santo Viático al conde, se levantó de su lecho y se puso de rodillas en tierra ante el cuerpo de su Señor, realizando a su muerte, como en su vida, el voto que Inocencio III había expresado en otro tiempo, dirigiéndose a él, al bendecirle en su juventud, diciéndole: “Hijo mío, Dios quiera que en todos vuestros actos podáis comenzar bien y terminar mejor”.

CAPÍTULO VI

Apostolado de santo Domingo desde el principio de la guerra de los Albigenses hasta el cuarto concilio de Letrán. - Institución del Rosario. - Reunión de santo Domingo y de sus primeros discípulos en una casa de Tolosa.

El momento en que estalló la guerra de los Albigenses fue precisamente aquel en que se reveló toda la virtud y todo el genio de Domingo. Tenía que temer dos escollos: abandonar su misión en un país regado por la sangre y lleno de alarmas, o tomar en la guerra la misma participación que los religiosos del Císter. En ambos casos dejaba de cumplir su destino. Si huía, desertaba del apostolado; y si se mezclaba en la cruzada, privaba a su vida y a su palabra del carácter apostólico. Por eso no hizo ni una cosa ni otra. Tolosa era, en Europa, la capital de la herejía; era, pues, en Tolosa en donde debía procurar obrar preferentemente, imitando a los primeros apóstoles, quienes, lejos de huir del mal, iban siempre a buscarlo precisamente en el foco de su gravedad. San Pedro fijó primeramente su residencia en Antioquía, la reina de Oriente, enviando a su discípulo san Marcos a Alejandría, una de las ciudades más ricas y más comerciales del mundo; san Pablo habitó durante largo tiempo en Corinto, afamado entre las ciudades griegas, a causa del esplendor de su corrupción; ambos, sin haberse puesto de acuerdo, vinieron a morir en Roma. “No está bien que un profeta, decía Jesucristo, perezca fuera de Jerusalén.” (San Lucas, XIII, 33.) - Era, pues, en Tolosa, foco y faro de todos los errores, en donde convenía a Domingo levantar su tienda, fuese cual fuera el cariz de los asuntos. Los hombres de poca fe esperan la paz, según dicen ellos, para obrar; el Apóstol siembra en la tempestad para cosechar cuando llega el buen tiempo. Recuerda las palabras de su Maestro que dicen: “Oiréis hablar de batallas y ruido de batallas; procurad no perder la serenidad”. (San Mateo, XXIV.) Pero al perseverar en su misión a pesar de los terrores de la guerra, Domingo comprendió que entonces menos que nunca debía alterar la fisonomía pacífica y abnegada. Por muy justo que sea desenvainar la espada contra aquellos que imprimen a la verdad con la violencia, es cosa difícil que la verdad no sufra por esta protección y no se ha haga cómplice de los excesos inseparables de todo conflicto sangriento. La espada no se detiene precisamente en el límite del derecho; es naturaleza suya volver a su vaina con dificultad una vez caldeada en manos del hombre. Para combatir al lado de la justicia hay que ser ángeles, pues el espíritu humano siente retrocesos tan rápidos, que los opresores vencidos pudieran tener la esperanza de encontrar asilo en la parcialidad de la

compasión. Era de importancia soberana que Domingo continuase fiel al plan del magnánimo Azevedo, y que al lado de la caballería armada para defender la libertad de la Iglesia apareciese el hombre evangélico, fiado solamente en la fuerza de la gracia y de la persuasión. En Polonia, cuando el sacerdote recitaba el Evangelio en el altar, el caballero desenvainaba su espada hasta su mitad y escuchaba en esta apostura militar la dulce palabra de Cristo. He aquí las verdaderas relaciones de la ciudad del mundo con la ciudad de Dios, representada por el sacerdote, habla, ruega, bendice y se ofrece en sacrificio; la ciudad del mundo, representada por el caballero, escucha en silencio, unida a todos los actos del sacerdote, y empuña su espada atenta, no para imponer la fe, sino para asegurar su libertad. El sacerdote y el caballero cumplen en el misterio del Cristianismo dos funciones que no deben confundirse nunca, entre las cuales la primera debe ser siempre más visible que la segunda. Mientras el sacerdote canta en voz alta el Evangelio ante el pueblo y a la luz de los cirios, el caballero retiene su espada desenvainada hasta su mitad, porque la misericordia le habla al mismo tiempo que la justicia y porque el Evangelio mismo, por el que está preparado, le dice al oído: “Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra”. (San Mateo, V. 4.)

Domingo y Montfort fueron los dos héroes de la guerra de los Albigenses: el uno como caballero, el otro como sacerdote. Ya hemos visto la manera cómo Montfort cumplió su deber; veamos ahora cómo cumplió el suyo Domingo.

Se habrá observado, sin duda, que no se le nombra en parte alguna en los actos de esta guerra. Estaba ausente de los concilios, de las conferencias, de las reconciliaciones, de los asedios, de los triunfos; no se hace mención de él en ninguna de las cartas que se enviaban o venían de Roma. Le encontramos una sola vez en Muret, orando en una iglesia en el momento en que tenía lugar una batalla. Este silencio unánime de los historiadores es tanto más significativo cuanto que aquéllos pertenecen a escuelas diferentes: unos, religiosos; otros, laicos; unos favorables a los cruzados; otros, amigos de Ramón. No es posible creer que si Domingo hubiese desempeñado un papel cualquiera en las negociaciones y los hechos militares de la Cruzada, todos estos historiadores lo hubiesen llamado de común acuerdo. Nos han legado respecto a él acciones de otro orden; ¿Por qué razón callar las otras? He aquí los fragmentos que nos han conservado de su vida en aquella época:

“Después de la vuelta del obispo Diego a su diócesis - dice el bienaventurado Humberto - , santo Domingo, que quedó casi solo con algunos compañeros que no le estaban sometidos por ningún voto, sostuvo durante diez años la fe católica en diversos lugares de la provincia de Narbona, particularmente en Carcasona y Fanjeaux. Se había entregado por completo a la salvación de las almas por medio de la predicación, y sufrió con resignación

grande muchas afrentas, ignominias y angustias por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo.” (“Crónica”, n.2.)

Domingo había escogido Fanjeaux por residencia porque desde esta ciudad, situada sobre una altura, se descubría en la llanura el monasterio de Nuestra Señora de Prouille. En cuanto a Carcasona, que tampoco estaba alejada de aquel retiro, dio otra razón de su preferencia. Interrogado un día a qué razón se debía no vivir en Tolosa y en su diócesis, respondió. “Porque en la diócesis de Tolosa encuentro mucha gente que me honra con su amistad, mientras que en Carcasona todos están en contra mía”. (Constantino d’Orvieto: “Vida de Santo Domingo”, n. 44.) En efecto, los enemigos de la fe insultaban, valiéndose de todos los pretextos, al siervo de Dios; le escupían en la cara, le lanzaban pellas de barro, le echaban pajas a la capa para burlarse de él; pero él, superior a todo, como el Apóstol, se sentía dichoso de ser juzgado digno de sufrir oprobios en nombre de Jesús. Los herejes pensaron hasta en quitarle la vida. Una vez que le amenazaron con ello, les respondió: “No soy digno del martirio, pues aun no merezco tal muerte”. (Constantino d’Orvieto: “Vida de Santo Domingo”, n. 12.) Por eso, teniendo que pasar una vez por un lugar en donde sabía se le había preparado un lazo, no sólo pasó por allí, sino que lo hizo intrépidamente cantando con alegría. Extrañados por su constancia, los herejes le preguntaron otra vez, para tentarle, qué hubiese hecho si hubiese caído en sus manos, y él contestó: “Os hubiese rogado no me mataseis de un solo golpe, sino que me cortaseis los miembros uno por uno, y, después de haber puesto los pedazos ante mí, acabaseis por sacarme los ojos, dejándome medio muerto en mi sangre o acabándome de matar a placer”. (Constantino d’Orvieto: “Vida de Santo Domingo”, n. 12.)

Teodorico de Apolda cuenta el siguiente rasgo: “Sucedió que debía tener lugar una conferencia solemne con los herejes; un obispo se disponía a acudir a ella con gran pompa. Entonces el humilde heraldo de Cristo le dijo: “No es “de ese modo, padre mío, no es de esa manera como hay que obrar contra los hijos del orgullo. Los adversarios de “la verdad deben convencerse por medio de ejemplos de humildad, paciencia, religión y todas las virtudes, pero no “por el fausto de la grandeza y la ostentación de la gloria secular. Armémonos con la oración, y, dejando que brillen en nosotros los signos de la humildad, avancemos descalzos al encuentro de los Goliats”. El obispo hizo caso de aquel piadoso consejo, y todos se descalzaron. Como no conocían el terreno tuvieron que seguir a un hereje que encontraron en su camino, hereje a quien creyeron ortodoxo, y que les prometió conducirles directamente a su destino. Pero por malicia les hizo pasar por un bosque lleno de espinas, con las que se hirieron los pies, corriendo pronto la sangre a lo largo de sus piernas. Entonces el atleta de

Dios, paciente y gozoso, exhortó a sus compañeros a dar gracias por lo que sufrían diciéndoles: “Confíad en el Señor, amados míos; tenemos la victoria asegurada, puesto que estamos expiando nuestros pecados a costa de nuestra sangre”. El hereje conmovido por aquella admirable paciencia, confesó su malicia y abjuró la herejía. (“Vida de Santo Domingo”, capítulo II, n. 35.)

Había en los alrededores de Tolosa algunas damas nobles a quienes la austeridad de los herejes había alejado de la fe. Domingo, al principio de una Cuaresma, fue a pedirles hospitalidad, con la intención de atraerlas al seno de la Iglesia. No entró en controversia alguna con ellas, pero durante toda la Cuaresma comió y bebió solamente pan y agua, tanto él como su compañero. Cuando quisieron prepararles las camas la primera noche, pidieron dos tablas para acostarse y hasta Pascua no durmieron en otro lecho, contentándose con un corto sueño, que interrumpían para orar. Ésta elocuencia muda fue tan poderosa para aquellas mujeres, que reconocieron el amor en el sacrificio y la verdad en el amor.

Se recordará que en Palencia quiso venderse Domingo para rescatar de la esclavitud al hijo de una pobre mujer. La misma voluntad demostró en el Languedoc respecto a un hereje que le confesó que si se inclinaba del lado de la herejía era a causa de su miseria; resolvió venderse para procurarle el sustento, y así lo hubiese hecho si la Divina Providencia no hubiese procurado a aquel desgraciado otros medios de existencia.

Un hecho aún más singular todavía nos prueba los recursos de su bondad. “Algunos herejes - dice Teodorico de Apolda - , apresados y convictos en tierras de Tolosa, fueron enviados al juicio secular porque rehusaban volver a la fe, el cual les condenó a la hoguera. Domingo dirigió su vista hacia uno de ellos, con un corazón iniciado en los secretos de Dios, y dijo a los oficiales del tribunal: “Poned a éste aparte, y guardaos de quemarle”. Luego, volviéndose hacia el hereje, con gran dulzura le dijo: “Yo sé, hijo mío, que necesitáis algún tiempo, pero que por fin seréis bueno y santo”. ¡Cosa amable como maravillosa! Aquel hombre vivió aún veinte años en la herejía, al cabo de los cuales, tocado por la gracia, pidió el hábito de la Orden, en la que vivió y murió con fidelidad.” (“Vida de Santo Domingo, cap. IV, número 54.)

Constantino d’Orvieto y el bienaventurado Humberto, al citar este mismo rasgo, añaden una circunstancia que exige alguna explicación. Dicen que los herejes de que se trata habían sido “convencidos” por Domingo antes de ser entregados al brazo secular. Estas son las únicas palabras del siglo XIII por las que se haya creído poder inducir la participación del santo en los procedimientos criminales. Pero los historiadores de la guerra de los Albigenses nos dicen muy claramente lo que era aquella “convicción” de los herejes. Los herejes no

estaban en estado de sociedad secreta en el Languedoc; estaban armados y combatían por sus errores a la luz del sol. Cuando la suerte de la guerra ponía alguno de ellos en manos de los cruzados, se les enviaba gente de la Iglesia para exponerles los dogmas católicos y hacerles sentir la extravagancia de los suyos. A aquello se llamaba “convencerles”, no de ser herejes, puesto que no lo ocultaban ni mucho menos, sino de estar en un camino falso, opuesto a las Escrituras, la tradición y la razón. Se les suplicaba de la manera más perentoria abdicasen de su herejía, prometiéndoles el perdón a este precio. Los que accedían a este llamamiento eran perdonados, y los que se resistían hasta el fin eran entregados al brazo secular. La “convicción” de los herejes era, pues, un oficio de abnegación, en el cual la fuerza del talento y la elocuencia de la caridad estaban animadas por la esperanza de arrancar a los desgraciados a la muerte. Que santo Domingo haya desempeñado este oficio al menos una vez no es posible dudar, puesto que dos historiadores contemporáneos lo afirman; pero valerse de estos textos para acusarle de rigor contra los herejes es confundir al sacerdote que asiste al criminal con el juez que le condena o el verdugo que le mata.

Tal vez se extrañe alguien de que Domingo tuviese autoridad bastante para arrancar un hereje al suplicio por medio de una simple predicación. Pero además de la fama de su santidad, que debía atraer toda la confianza a su palabra, había sido investido por los legados de la Santa Sede con el poder de “reconciliar” a los herejes con la Iglesia. De esto poseemos la prueba en dos cédulas, ambas sin fecha, pero que no pueden dejar de pertenecer a esta época de su vida.

Una de ellas está concebida en estos términos: “A todos los fieles a Cristo a quienes llegaren las siguientes líneas, el hermano Domingo, canónigo de Osma, humilde ministro de la predicación: ¡salud y caridad sincera en el Señor! Damos a conocer a vuestra discreción que hemos permitido a Ramón Guillermo d’Hauterive Pélagianire reciba en su casa de Tolosa, para que viva su vida ordinaria, a Guillermo Huguecion, que nos ha dicho llevó en otro tiempo el hábito de los herejes. Se lo permitimos hasta que recibamos órdenes contrarias o las reciba él directamente de parte del cardenal, y esta cohabitación no será considerada como perjudicial ni deshonra”. (Echard: “Escritores de la Orden de Predicadores”, t.I, página 9, nota.)

La otra cédula dice lo que sigue. “A todos los fieles a Cristo a quienes llegaren las siguientes líneas, el hermano Domingo, canónigo de Osma: ¡salud en Cristo! Por autoridad del señor abad de Citeaux, “que nos ha encargado este oficio”, hemos “reconciliado” con la Iglesia al portador de la presente, Ponce Roger, convertido por la gracia de Dios de la herejía a la fe, y ordenamos, en virtud del juramento que ha prestado ante nos, que durante tres

Domingos o días festivos vaya desde la entrada del pueblo hasta la iglesia desnudo hasta la cintura, siendo azotado por el sacerdote. Le ordenamos también que se abstenga en todo tiempo de carne, huevos, queso y todo cuanto tenga origen carnal, excepto los días de Pascua, Corpus y Navidad, en los cuales podrá comer todo eso, como protesta contra sus antiguos errores. Hará tres cuaresmas cada año, ayunando y absteniéndose de pescado, a menos que la enfermedad de su cuerpo o los calores del verano exijan dispensa. Vestirá los hábitos religiosos, tanto en su forma como en su color, a los cuales les agregará en sus extremos exteriores dos crucecitas. Todos los días, si puede, oirá misa y asistirá a vísperas los de fiesta. Recitará diez “Pater Noster” siete veces al día y veinte más a medianoche. Observará la castidad, y una vez cada mes, por la mañana, presentará esta cédula al cura del pueblo de Céré. Ordenamos a esta capellán ponga gran cuidado en que su penitente observe una buena vida, y este último observará todo cuanto acabamos de decir, hasta que el Señor legado ordene otra cosa. Si descuidase, con desprecio en cuanto a su observancia, cuanto acabamos de decir, se le tendrá por excomulgado, perjuro y hereje, y se le separará de la sociedad de los fieles.” (Echard. Escritores de la Orden de Predicadores, t. I, página 8, nota.)

A los que encontraren estas prescripciones excesivas y extrañas a las penitencias canónicas de la Iglesia primitiva, les remito a los usos penitenciarios de los claustros y a las prácticas que voluntariamente se imponían en público muchos cristianos de la Edad Media para expiar sus faltas. Todo el mundo sabe, por citar un solo ejemplo, que Enrique II, rey de Inglaterra, se hizo azotar por algunos monjes con vergajos sobre la tumba de Thomas Becket, Arzobispo de Cantorbery, a cuyo asesinato había dado lugar. Hoy mismo, en las grandes basílicas de Roma, el sacerdote, después de haber absuelto al penitente, le da un pequeño golpe en la espalda con una larga vara. Santo Domingo se conformaba, naturalmente, a las costumbres de su siglo, y, para cuantos las conocen, existe en las actas que se acaban de leer un notable espíritu de bondad.

Su desinterés no era menor que su caridad y su dulzura. Rehusó los obispados de Beziers, Conserans y Comminges, que le habían sido ofrecidos, y dijo una vez que huiría por la noche con su cayado antes que aceptar el episcopado u otra dignidad, cualquiera que fuese.

Veamos el retrato que ha trazado Guillermo de Pedro, abad de un monasterio de Saint-Paul, en Francia, uno de los que le conocieron particularmente durante los doce años de su apostolado en el Languedoc, y que fue oído como testigo en Tolosa durante el proceso de su canonización: “El bienaventurado Domingo poseía una fe ardiente por la salvación de las almas y un celo sin límites para con ellas. Era tan ferviente predicador, que durante el día y la noche, en las iglesias y en las casas, en los campos y en los caminos, no cesaba de anunciar la

palabra de Dios. Fue adversario de los herejes, a los cuales se oponía con la predicación y la controversia en cuantas ocasiones se presentaban. Amaba la pobreza hasta el extremo de renunciar a la posesión de granjas, castillos y rentas, con las que había sido enriquecida su Orden en muchos lugares. Era de una frugalidad tan austera, que comía solamente pan y una sopa, excepto en raras ocasiones, por respeto a sus hermanos y las personas que estaban sentadas a la mesa, pues quería que los demás lo tuviesen todo en abundancia, en la medida de lo posible. He oído decir a muchos que era virgen. Rehusó el obispado de Conserans, y no quiso gobernar aquella Iglesia, aunque fue elegido pastor y prelado para ello. Yo no he visto hombre más humilde, que despreciase más la gloria de este mundo y todo cuanto con ella se relaciona. Recibía injurias, maldiciones y oprobios con paciencia y gozo, como si le concediesen una gran recompensa. No le inquietaban las persecuciones; caminaba con frecuencia entre el peligro con intrépida seguridad, y el temor no le hizo abandonar su camino ni una sola vez. Al contrario, cuando le vencía el suelo, se acostaba a lo largo del camino y dormía. Era más religioso que todos cuantos he conocido. Se despreciaba mucho y no se tenía por nada. Consolaba con tierna bondad a sus hermanos enfermos, soportando admirablemente sus debilidades. Si sabía que alguno de ellos era presa de tribulaciones, le exhortaba a la paciencia y le daba ánimos como mejor podía. Celoso de las constituciones, reprendía paternalmente a los que no las cumplían. Era el ejemplo de sus hermanos en todo: en la palabra, las acciones, la alimentación, el vestido y las buenas costumbres. No he conocido nunca un hombre en quien la oración fuese tan habitual, ni que derramase lágrimas con tal abundancia. Cuando estaba orando, lanzaba gritos que se oían desde lejos, y decía a Dios en aquellos quejidos: “Señor, apiadaos de los hombres. ¿Qué será de los pecadores?” Pasaba de esta manera las noches sin dormir, llorando y gimiendo por los pecados de los demás. Era generoso, hospitalario y daba de buena gana a los pobres todo cuanto poseía. Amaba y honraba a los religiosos y a todos los que eran amigos de la religión. No he oído decir ni he sabido pernoctase en sitio que no fuese la iglesia, cuando encontraba una en su camino; si no encontraba iglesia, se acostaba sobre un banco o en tierra, o se tendía sobre las cuerdas del lecho que le habían preparado, después de quitar las sábanas y los colchones. Siempre le vi con túnica generalmente remendada. Llevaba siempre hábitos más viejos que los de sus religiosos. Fue aficionado a los asuntos de la fe y de la paz, y siempre que pudo muy fiel promotor, tanto de la una como de la otra”. (“Actas de Tolosa, número 15.)

El don de los milagros se desarrollaba en Domingo al lado de sus virtudes. Un día, al pasar un río en una canoa, el barquero, cuando se encontraban en la otra orilla, le pidió un dinero por su trabajo. “Soy - dijo Domingo - discípulo y siervo de Cristo; no llevo conmigo ni

oro ni plata; Dios os pagará más tarde el precio de mi pasaje.” El barquero, descontento, comenzó a tirar de su capa, diciéndole: “O dejáis la capa o me pagáis lo debido”. Domingo, levantando los ojos al cielo, se reconcentró un momento, y mirando a la tierra, mostró al barquero una pieza de plata que la Providencia acababa de enviarle, y le dijo: “Hermano, ahí tenéis lo que pedís; tomadlo y dejadme ir en paz”. (El B. Humbert: “Vida de Santo Domingo”, n. 39.)

Mientras los cruzados estaban ante Tolosa, en el año 1211, unos peregrinos ingleses, que se dirigían a Santiago de Compostela, queriendo evitar su entrada en la ciudad a causa de la excomunión que había sido lanzada contra ella, tomaron una barca para pasar el Garona. Pero la barca, a causa de su mucha carga, zozobró; eran alrededor de cuarenta. A los gritos de los peregrinos y soldados, Domingo salió de una iglesia vecina y se echó en tierra con los brazos en cruz, implorando a Dios en favor de los peregrinos, ya sumergidos. Terminada su plegaria, se levantó, y volviendo hacia el río, dijo en alta voz: “Os ordeno en nombre de Cristo vengáis todos a la ribera”. (Teodorico de Apolda: “Vida de Santo Domingo”, capítulo III, n. 48.) Súbitamente los náufragos aparecieron sobre las aguas, y asiéndose de las largas picas que les tendían los soldados, ganaron la orilla.

El primer prior del convento de Santiago, de París, llamado por los historiadores Mateo de Francia, fue el cooperador de Domingo, a causa de otro milagro de que había sido testigo. Era prior de una colegiata de canónigos en la ciudad de Castres. Domingo veía con frecuencia a visitar su iglesia, porque encerraba las reliquias del mártir san Vicente, y pasaba ordinariamente el tiempo orando hasta el mediodía. Un día dejó pasar aquella hora, que era la de la comida, y el prior envió a uno de los clérigos para que le buscase. El clérigo vio a Domingo, en el aire, a medio codo del suelo, ante el altar; corrió a advertir al prior que encontró a Domingo en aquel estado de éxtasis. Este espectáculo le produjo tan viva impresión, que poco tiempo después se hizo compañero del siervo de Dios, el cual, según su costumbre para con todos cuantos admitía a compartir su apostolado, le prometió “el pan de la vida y el agua del Cielo”.

Los historiadores cuentan brevemente que lanzó al demonio del cuerpo de un hombre; que queriendo orar en una iglesia cuyas puertas estaban cerradas, se encontró de pronto dentro de ella; que viajando con un religioso cuya lengua no entendía, y que no entendía tampoco la suya, departieron durante tres días como si hubiesen hablado el mismo idioma; que habiendo dejado caer en el Ariege los libros que llevaba consigo, los sacó algún tiempo después un pescador, sin que se hubiesen estropeado por el contacto del agua. Todos estos

hechos flotan esparcidos y sin ligazón en la Historia, y la recogemos en sus riberas como santos restos.

También Dios había comunicado a su siervo el espíritu de la profecía. Durante la Cuaresma del año 1213, que pasó en Carcasona predicando y ejerciendo las funciones de Vicario General que le había confiado el obispo ausente, fue interrogado por un religioso Cisterciense sobre el resultado de la guerra. “Maestro Domingo - le dijo aquel religioso - , ¿No tendrán fin estos males?” Y como Domingo callase, el religioso se apresuró a preguntarle de nuevo, sabiendo que Dios le revelaba muchas cosas. Domingo le dijo al fin: “Sí, estos males acabarán; aún se derramará mucha sangre, y un rey perderá su vida en una batalla”. Los que escuchaban esta predicción creyeron hablaba del hijo mayor de Felipe Augusto, quien había hecho voto de cruzarse contra los Albigenses; pero Domingo los tranquilizó diciendo: “No temáis por el rey de Francia; es otro rey, y muy pronto, el que sucumbirá en las vicisitudes de esta guerra”. (El B. Humbert: “Vida de Santo Domingo”, N. 48.) Poco después el rey de Aragón encontró la muerte en Muret.

La guerra, por su duración y sus alternativas, parecía ser obstáculo casi invencible contra el constante deseo de Domingo, que era la fundación de una Orden religiosa consagrada al ministerio de la predicación. Por ello no cesaba de pedir a Dios se restableciese la paz, y con objeto de obtenerla y acelerar el triunfo de la fe, instituyó, no sin cierta inspiración interior, esa manera de orar que luego se extendió en la Iglesia universal con el nombre de “Rosario”. Cuando el arcángel Gabriel fue enviado de Dios a la bienaventurada Virgen María para anunciarle el misterio de la encarnación del Hijo de Dios en su casto seno, la saludó con estas palabras: “Yo te saludo, llena de gracia; el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres”. (San Lucas, capítulo I, n. 28) Estas palabras, las más felices que haya podido oír criatura alguna, se han repetido época tras época en labios de los cristianos, que desde el fondo de este valle de lágrimas no cesan de decir a la Madre de su Salvador: “Dios te salve, María”. Los jerarcas del Cielo hacían diputado a uno de sus principales para que se dirigiese a la humilde hija de David y se presentase con esta gloriosa salutación; y ahora que está sentada por encima de los ángeles y de todos los coros celestiales, el género humano que la contó entre sus hijas y hermanas, le envía desde ese mundo la salutación angélica: “Yo te saludo, María”. Cuando la escuchó por primera vez en boca de Gabriel, concibió inmediatamente en sus entrañas purísimas al Verbo de Dios; y ahora, cada vez que los labios humanos repiten esas palabras, que fueron el signo de su maternidad, sus entrañas se conmueven al recuerdo de un momento que no tuvo par en el Cielo ni en la tierra, y toda la eternidad se llena de una dicha que se siente todavía.

Ahora bien: aunque los cristianos tenían la costumbre de dirigir sus corazones de esta manera hacía María, el uso inmemorial de esta salutación no tenía regulación ni solemnidad. Los fieles no se reunían para dirigirla a su amadísima protectora; cada uno seguía para ello el ímpetu particular de su amor. Domingo, que no ignoraba el poder de la asociación en la plegaria, creyó útil aplicarla a la salutación angélica, y que este clamor común a todo un pueblo reunido ascendería hasta el Cielo con gran imperio. La misma brevedad de las palabras del ángel exigía fuesen repetidas cierto número de veces, de la misma manera que esas aclamaciones uniformes que el agradecimiento de las naciones lanza al paso de sus soberanos. Pero la repetición podía engendrar la distracción del espíritu. Domingo pensó en ello y distribuyó las saluciones orales en varias series, a cada una de las cuales unió el pensamiento de uno de los misterios de nuestra redención, que fueron, uno tras otro, para la bienaventurada Virgen motivo de alegría, de dolor y de triunfo. De esta manera la meditación íntima se unía a la plegaria pública; y el pueblo, al saludar a su Madre y a su Reina, la seguía desde el fondo de su corazón en cada uno de los acontecimientos principales de su vida. Domingo formó una hermandad para asegurar mejor la duración y la solemnidad de esta manera de suplicar.

Su piadoso pensamiento fue bendecido por el mayor de los éxitos: por el éxito popular. El pueblo cristiano ha transmitido su afecto por él siglo tras siglo con una increíble fidelidad. Las cofradías del Rosario se han multiplicado hasta el infinito; no existe cristiano en el mundo que no posea, con el nombre mismo con el que se le indica, una de las fracciones. ¿Quién de entre nosotros ha dejado de oír por la tarde, en las iglesias del campo, la voz grave de los campesinos recitando, formando dos coros, la salutación angélica? ¿Quién no ha encontrado procesiones de peregrinos haciendo pasar entre sus dedos las cuentas del Rosario, amenizando la duración del camino con la repetición alternada del nombre de María? Siempre que una cosa llega a la perpetuidad y a la universalidad, necesariamente encierra una misteriosa armonía con las necesidades y los destinos del hombre. El racionalista sonrío al ver pasar largas hileras de gente que repiten una misma palabra; el que ve las cosas ilustrado por mejor luz, comprende que el amor no tiene más que una sola palabra y que, diciéndola sin cesar, no la repite nunca.

La devoción del Rosario, interrumpida por la peste que devastó la Europa durante el siglo XIV, fue renovada durante el siguiente siglo por el B. Alano de Rupe, dominico bretón. En 1573, el soberano Pontífice Gregorio XIII, en memoria de la famosa batalla de Lepanto, ganada contra los turcos en tiempos de un Papa dominico, el día mismo en que las cofradías del Rosario celebraban en Roma y el mundo cristiano procesiones públicas, instituyó la fiesta

que toda la Iglesia celebra todos los años el primer Domingo de octubre con el nombre de fiesta del Rosario. (Sobre los orígenes del Rosario podemos consultar la disertación del P. Mamachi en los “Anales de la Orden de Padres Predicadores”, t. I. P. 316 y siguientes. Los bolandistas pusieron en duda si realmente era Domingo el autor del Rosario; Mamachi expone documentos que, además de la constante tradición, mantienen al santo patriarca en posesión de tal honor)

Tales eran las armas a que recurría Domingo contra la herejía y contra los males de la guerra; la predicación entre las injurias, la controversia, la paciencia, la pobreza voluntaria, una vida dura para sí mismo, el don de los milagros, y, por fin, la promoción del culto de la Santísima Virgen por medio de la institución del Rosario. Diez años pasaron sobre su cabeza desde la entrevista que tuvo en Montpellier hasta el concilio de Letrán, con una uniformidad tal, que los historiadores contemporáneos sólo se han dado cuenta de un corto número de actos en esta humilde y heroica perseverancia en las mismas virtudes. El temor a la monotonía ha detenido sus plumas; pero registrar algunos días de la vida de Domingo es lo mismo que registrar algunos años. Esta ausencia de acontecimientos en la vida de un gran hombre en una época tan llena de movimiento es el rasgo que dibuja la figura de Domingo, al lado de la de Montfort. Unidos por una sincera amistad y por un fin común, su carácter fue tan diferente como lo es la armadura de un caballero comparada con la estameña de un religioso. El sol de la Historia reluce sobre la coraza de Montfort, y en ella ilumina bellos actos mezclados con sombras: sobre la capa de Domingo apenas deja caer uno de sus rayos; pero este rayo es tan puro y tan santo, que su poco esplendor sirve de esplendente testimonio. La luz falta por que el siervo de Dios se ha retirado del ruido y de la sangre, porque, fiel a su misión, solamente ha despegado sus labios para bendecir, su corazón para orar, su mano para servir a su amor, y porque la virtud, cuando está sola, no tiene más sol que a Dios.

Contaba Domingo cuarenta y seis años cuando comenzó a recoger el fruto de sus grandes méritos. Triunfantes los cruzados, le abrieron las puertas de Tolosa en 1215, y la Providencia, que reúne a un mismo tiempo a los elementos más diversos, le envió dos hombres, que eran los que necesitaba, para asentar los primeros cimientos de la Orden de frailes Predicadores. Ambos eran ciudadanos de Tolosa, distinguidos por su cuna y de mérito personal notable. Uno de ellos, llamado Pedro Cellani, adornaba su gran fortuna con su inmensa virtud; el otro, a quién únicamente conocemos por el nombre de Tomás, era elocuente y de costumbres singularmente amables. Impulsados por una misma inspiración del Espíritu Santo, se entregaron juntos a Domingo, y Pedro Cellani le regaló su propia casa, que era hermosa y situada cerca del castillo de Narbona. Domingo reunió en aquella casa a los

que se habían juntado con él; eran seis: Pedro Cellani, Tomás y otros cuatro. Era un grupo bastante reducido, y no obstante, había costado diez años de apostolado y cuarenta y cinco de vida inmolada a Dios. ¡Cuán poco conocen las condiciones de las cosas duraderas de la vida aquellos que sienten prisas en su camino! ¡Cuán poco las conocen también aquellos a quienes rechaza un siglo lleno de tempestades! Desde el día en que Domingo, al pasar por Tolosa por vez primera, empleó toda una noche para convertir a un hereje, entrevió el pensamiento de su Orden; pero el tiempo se había mostrado inexorable para con él. La prematura muerte de su amigo y maestro Azevedo le dejó huérfano en tierra extranjera; una guerra sangrienta le tenía rodeado por todas partes; el odio de los herejes, contenido antes por la misma certidumbre de su dominación, se había exaltado; la atención y abnegación de los católicos, al tomar un curso distinto al del apostolado, dejó reducido a Domingo a la soledad desesperante. No obstante, Dios sopla sobre las nubes y las disipa; el conde de Tolosa, que debía morir en su casa tranquilo y victorioso, se vio vencido durante algún tiempo por una batalla decisiva e imprevista; Dios dio a su siervo algunos meses de paz, y la Orden de Predicadores se estableció entre dos tempestades en la capital de la herejía.

Domingo revistió a sus compañeros con el hábito que él mismo llevaba; es decir, una túnica de lana blanca, una sobrepelliz de lino, una capa y una capucha de lana negra. Era el hábito de los canónigos regulares, cuyo uso había conservado desde su entrada en el cabildo de Osma. Tanto él como los suyos lo vistieron hasta un acontecimiento memorable de que hablaremos en su lugar y fue causa de un cambio en su vestidura. Comenzaron también a llevar una vida uniforme, siguiendo cierto reglamento. Este establecimiento se fundaba con la cooperación y por autoridad del obispo de Tolosa, que continuaba siendo Foulques, aquel generoso monje del Císter que desde el origen hemos visto afecto a los proyectos de Azevedo y Domingo. No se contentó con favorecer espiritualmente su realización; de su liberalidad para con la Orden tenemos un documento insigne, que el agradecimiento de la Orden de Predicadores debe eternizar con toda su alma: “En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, hacemos saber a todos los presentes y venideros que Nos, Foulques, por la gracia de Dios humilde ministro de la sede de Tolosa, deseando extirpar la herejía, desterrar los vicios, enseñar a los hombres la regla de la fe y formarles dentro de las buenas costumbres, instituímos por predicadores en nuestra diócesis a Fr. Domingo y sus compañeros, los cuales se han propuesto ir en pobreza evangélica, a pie y como religiosos, anunciando la divina palabra. Y puesto que el trabajar es digno de su alimentación, y no hay que cerrar la boca al buey que pisa el grano, sino, al contrario, el que predica el Evangelio debe vivir del Evangelio, queremos que fray Domingo y sus compañeros, al sembrar la verdad en nuestra

diócesis, recojan en ella también lo necesario para conservar su vida. Por ello, y con el consentimiento de nuestro cabildo de San Esteban y de toda la clerecía de nuestra diócesis, les asignamos a perpetuidad, así como a todos aquellos a quienes el celo del Señor y la salvación de las almas afecten de la misma manera al oficio de la predicación, la sexta parte de los diezmos de que gozan las fábricas de nuestras iglesias parroquiales, a fin de que con ella puedan subvenir a sus necesidades y que puedan descansar de cuando en cuando de sus fatigas. Si queda algo a fines de año, queremos y ordenamos que se emplee en el ornato de nuestras iglesias parroquiales o en ayuda de los pobres, según parezca más conveniente al obispo. Pues ya que está regulado por el derecho de que cierta porción de los diezmos debe consagrarse a los pobres, nos vemos obligados sin dudas a admitir en la participación a todos aquellos que abracen la pobreza por Jesucristo con el fin de enriquecer el mundo con su ejemplo y el don celeste de su doctrina; de tal manera, que aquellos de quienes recibimos las cosas temporales reciban directa o indirectamente de nuestras manos las cosas espirituales. Dado en el año 1215 del Verbo encarnado, reinando en Francia el rey Felipe y ocupando el principado de Tolosa el conde de Montfort”. (Echard: “Escritores de la Orden de Predicadores”, t. I, página 12, nota.)

Este acto de munificencia no fue el único que vino en ayuda de los frailes Predicadores. “En aquel tiempo - dicen los historiadores - , el señor Simón, conde de Montfort, príncipe ilustre, que combatió contra los herejes con la “espada material”, y el bienaventurado Domingo, que les combatió con la “espada de la palabra de Dios”, trabaron una grande familiaridad y amistad.” (El B. Humbert: “Crónica”, n.3; Teodorico de Apolda: “Vida de Santo Domingo,” cap. III, n. 45; Nicolás de Treveth: “Crónica”). Montfort hizo dádiva a su amigo del castillo y tierra de de Cassanel, en la diócesis de Agen. Ya había precedentemente confirmado muchas donaciones en favor del monasterio de Prouille, cuyas posesiones había aumentado por sí mismo. Su estima y su afecto por Domingo no se habían limitado a este género de testimonios; le rogó bautizase a su hija, prometida durante algún tiempo al heredero del reino de Aragón, y bendijese los esponsales de su hijo mayor, el conde Amalrico, con Beatriz, hija del delfín de Viena.

Ya veremos cómo un día Domingo, proveyo y próximo a volver a Dios, se arrepintió de haber aceptado posesiones temporales: se libró de ellas como de una carga antes de entrar en el sepulcro, dejando por patrimonio a sus hijos esa Providencia cotidiana que sostiene a todas las criaturas laboriosas, y cuyas palabras escritas dicen: “Deja al Señor el cuidado de tu vida: Él te alimentará”. (Salmo LVI, 23)

CAPÍTULO VII

Segundo viaje de santo Domingo a Roma. - Aprobación provisional de la Orden de Predicadores por Inocencio III. - Encuentro de santo Domingo con san Francisco.

Al punto de realización a que había llegado el pensamiento de Domingo le era permitido esperar para su obra la aprobación de la Sede Apostólica; por ello, aprovechando la ocasión de la próxima celebración del concilio de Letrán, salió para Roma con el obispo de Tolosa en el otoño del año 1215. Pero antes de despedirse de sus discípulos llevó a cabo un acto notable, que trazó para siempre a su Orden uno de los grandes caminos por los que debía seguir. Poseía Tolosa entonces un doctor célebre que ocupaba con mucha brillantez la cátedra de Teología. Se llamaba Alejandro; un día estaba trabajando muy temprano en su celda cuando, a causa del sueño, se distrajo un poco de su estudio y quedó dormido profundamente. Durante este reposo vio siete estrellas que se presentaban ante sus ojos, pequeñas al principio, pero que, aumentando en grandor y claridad, acabaron por iluminar a Francia y al mundo. Despertando en medio de este ensueño al rayar el alba, llamó a sus servidores, que tenían la costumbre de traerle sus libros, y se dirigió a su escuela. En el momento en que entraba, Domingo se ofreció a acompañarle con sus discípulos, vistiendo todos la túnica blanca y la capa negra de canónigos regulares. Le dijeron que eran religiosos que predicaban el Evangelio, tanto a los fieles como a los infieles, en el país de Tolosa y que deseaban ardientemente escuchar sus lecciones. Alejandro comprendió que eran las siete estrellas que acababa de ver en sueños, y estando más tarde en la corte del rey de Inglaterra, cuando ya la Orden de Predicadores había llegado a adquirir una inmensa fama, contó la manera como había tenido por alumnos a los primeros hijos de aquella nueva religión.

Domingo, después de haber confiado sus discípulos a la guardia de la oración y del estudio, se encaminó a Roma. Hacia once años que D. Diego y él la visitaran juntos por primera vez, siendo peregrinos ambos y no sabiendo aún por qué les había conducido Dios desde tan lejos a los pies de su Vicario. Ahora Domingo traía al Padre común de la cristiandad el fruto de su bendición, y, a pesar de la muerte, que le había quitado el compañero de su antigua peregrinación, no venía solo. Su destino era encontrar para este propósito ilustres amistades. Mientras España, su patria de nacimiento, guardaba en el sepulcro al amigo y protector de su juventud, Francia, su patria adoptiva le había procurado otro amigo en la persona de Foulques. También tuvo la dicha de volver a encontrar a

Inocencio III en la Silla de san Pedro. No obstante, este gran Pontífice no se mostró al principio favorable a sus deseos. Consintió sin trabajo tomar bajo la tutela de la iglesia romana el monasterio de Prouille y había ordenado redactar cartas fechadas el 8 de octubre de 1215; pero no podía decidirse a aprobar una Orden nueva, consagrada a edificar la Iglesia sobre la predicación.

Los historiadores exponen dos razones respecto a su repugnancia. En primer lugar, la predicación era un oficio transmitido de los Apóstoles a los obispos, y parecía contrario a la tradición conceder su función a una Orden que no fuese episcopal. Bien es verdad que desde hacía mucho tiempo los obispos se abstendían voluntariamente del honor de anunciar la palabra de Dios y que el cuarto concilio de Letrán, recientemente celebrado, les había ordenado colocar en la cátedra cristiana sacerdotes capaces de representarlos. Pero una cosa era que cada obispo dispusiese la predicación en su diócesis, eligiendo vicarios revocables, y otra confiar a una Orden que hacía de su vida función perpetua y universal la enseñanza del Evangelio. ¿No equivalía esto a fundar en la Iglesia una Orden apostólica? ¿Podía haber en la Iglesia otra Orden apostólica que no fuese el episcopado? Tal fue la cuestión que hizo surgir el celo de Domingo, cuestión capaz de tener en suspenso el talento de Inocencio III. Y además de las razones consideradas desde el punto de vista tradicional, había otras sacadas de la experiencia y la necesidad. Era cosa cierta que el apostolado desaparecía de la Iglesia y que los progresos crecientes del error eran debidos a la ausencia de una enseñanza hábil y abnegada. Los concilios reunidos en el Languedoc durante la guerra de los Albigenses habían llegado a la unanimidad en la recordación de esta parte de sus deberes a los obispos. Pero lo que hace los apóstoles es la gracia de Dios y no las ordenanzas de los concilios. Una vez que volvieron los obispos a sus palacios a la salida de estas asambleas, adujeron por excusa a su inercia evangélica la carga de la administración diocesana, los asuntos de Estado, en los cuales tenían una participación, y la potencia de las cosas establecidas, que los caracteres más fuertes encuentran dificultades para vencer. Tampoco les era cosa fácil crear lugartenientes a su palabra. No se puede decir de improviso a un sacerdote; “¡Sé apóstol!” Las costumbres apostólicas son fruto de un género de vida particular. En la Iglesia primitiva eran comunes porque, teniendo que conquistar al mundo, todos los espíritus se dirigían hacia el solo género de acción que podía alcanzar este fin. Pero cuando la Iglesia había llegado a ser la dueña de las naciones, el ministerio pastoral prevaleció sobre el apostolado; se procuraba más bien conservar que extender el reino de Jesucristo. Ahora bien, por una ley que sujeta todas las cosas creadas, en el punto preciso que cesa el avance, comienza a introducirse la muerte. El régimen de conservación, que basta al mayor número de inteligencias, es incapaz de retener a

algunas almas ardientes: los domina una fidelidad que les impulsa a que avancen, de la misma manera que los soldados se cansan de estar en un campo atrincherado, de que no se sacan nunca para conducirles ante el enemigo. Estas almas, aisladas al principio, se unen en la sombra; se procuran al azar el movimiento que les falta, hasta que un día, creyéndose bastante fuertes contra la Iglesia, le hacen saber por medio de una súbita irrupción que la verdad no gobierna en este mundo los espíritus sino con la condición de conquistarles sin cesar. El estado de Europa revelaba a Inocencio III con demasiada claridad esta ley de la humanidad. ¿Debía rehusar la ayuda que llegaba tan a propósito? ¿Debía resistir la inspiración de Dios porque, elevando a más de un digno obispo en su Iglesia, le procuraba como cooperadores un cuerpo de religiosos?

Sin embargo, un decreto promulgado en el seno del concilio de Letrán presentaba en esta cuestión un obstáculo a la libertad de su pensamiento. El concilio había decidido en efecto, que para evitar la confusión y todos los inconvenientes que nacen de la multiplicación de las Órdenes monásticas no se permitiese el establecimiento de nuevas. ¿Era posible violar tan pronto una solemne resolución?

Dios, que presta a la Iglesia romana una ayuda cuya perpetuidad es una de las maravillas visibles de su sabiduría, y que solamente había querido poner a prueba a su siervo Domingo por medio de una última tribulación, puso término a las ansiedades de Inocencio III. Una noche que este Pontífice dormía en el palacio de San Juan de Letrán vio en sueños la basílica a punto de desplomarse y que Domingo era el que sostenía con sus hombros los muros vacilantes. Advertido de la voluntad de Dios por medio de esta inspiración, mandó llamar al hombre apostólico y le ordenó volviese al Languedoc para escoger allí, de acuerdo con sus compañeros, aquella de las reglas antiguas que le pareciese más apropiada para formar la nueva milicia con que deseaba enriquecer a la Iglesia. Era un medio para salvar el decreto del concilio de Letrán y procurar a un nuevo Instituto el sello y la protección de la antigüedad.

Domingo experimentó en Roma otro placer muy vivo. No era el único a quien la Providencia había elegido en aquellos críticos tiempos para detener la decadencia de la Iglesia. Mientras reavivaba en las santas y profundas fuentes de su corazón el río de la palabra apostólica, otro hombre también había recibido la vocación de suscitar, en medio de una opulencia corruptora de las almas, la estimación y la práctica de la pobreza. Este sublime amante de Jesucristo había nacido en las laderas de las montañas de Umbría, en la ciudad de Asís; era hijo de un avariento comerciante. La lengua francesa, que había aprendido por intereses del negocio de su padre, fue causa de que se le diese el nombre de Francisco, que no

era ni el que le correspondía por su cuna ni el que adquirió con el bautismo. A la edad de veinticuatro años, de vuelta de un viaje a Roma, el espíritu de Dios, que le había solicitado con frecuencia otras veces, se apoderó de él por completo. Conducido por su padre ante el obispo de Asís para que renunciase a todos sus derechos de familia, el heroico joven se despojó de los vestidos que llevaba y los puso a los pies del obispo diciendo: “Ahora podré decir con más verdad que nunca: “Padre nuestro, que estás en los Cielos”. (San Buenaventura. “Vida de san Francisco”, cap. II.) Algún tiempo después, asistiendo al sacrificio de la Misa, oyó leer el Evangelio en que Jesucristo recomienda a sus Apóstoles no posean ni oro ni plata, no lleven dinero en sus cintos, ni siquiera una alforja por el camino; ni dos túnicas, ni zapatos, ni palo. Al oír aquellas palabras experimentó un goce indecible; se quitó el calzado, dejó su bastón, arrojó con horror el poco dinero que poseía, y durante el resto de su vida únicamente tuvo para cubrir y ceñir su desnudez unos calzoncillos, una túnica y una cuerda. Aun sentía temor por estas riquezas; y antes de morir se hizo poner desnudo en el suelo por sus hermanos, de la misma manera que al principio de su perfecta conversión a Dios se había desnudado ante el obispo de Asís. Todo esto tenía lugar mientras Domingo evangelizaba el Languedoc con peligro de su vida y aplastaba a la herejía con el espectáculo de su apostolado. Sin saberlo se había establecido una maravillosa correspondencia entre aquellos dos hombres, y la fraternidad de su carrera subsistió hasta en acontecimientos que siguieron a su fallecimiento. Domingo tenía doce años más; pero preparado de manera más sabia para su misión, fue alcanzado a tiempo por su joven hermano, que no había tenido necesidad de ir a las Universidades para aprender en ellas la ciencia de la pobreza y del amor. Casi en la misma época en que Domingo ponía en Nuestra Señora de Prouille los cimientos de su Orden, al pie de los Pirineos, Francisco colocaba las bases de la suya en Nuestra Señora de los Ángeles, al pie de los Apeninos. Un antiguo santuario de la bienaventurada Virgen, Madre de Dios, había sido para ambos la humilde y dulce piedra angular de su edificio. Nuestra Señora de Prouille era el lugar amado entre todos por Domingo: Nuestra Señora de los Ángeles era el rincón de tierra al que Francisco había reservado un sitio de afecto en la inmensidad de su corazón, apartado de todo lo visible. Ambos comenzaron su vida pública por una peregrinación a Roma; tanto el uno como el otro volvieron a ella para solicitar del soberano Pontífice la aprobación de sus Órdenes. Inocencio III les rechazó al principio; pero la misma visión le obligó a conceder a ambos la aprobación verbal y provisional. Domingo, como Francisco, encerró en la flexibilidad austera de su regla a los hombres, las mujeres y gente del mundo, haciendo de tres Órdenes una sola potencia, que combatía por Jesucristo con todas las armas de la naturaleza y de la gracia. Domingo

comenzó por las mujeres, y Francisco por los hombres. El mismo Pontífice, Honorio III, confirmó sus institutos con bulas apostólicas; el mismo Gregorio IX les canonizó. Por fin los dos más grandes doctores de todos los siglos florecieron sobre sus sepulcros: santo Tomás, sobre el de Domingo; san Buenaventura, sobre el de Francisco.

Sin embargo, estos dos hombres, cuyos destinos ofrecían al Cielo y a la tierra tan admirables armonías, no se conocían. Ambos habitaron en Roma por el tiempo del concilio de Letrán, y no parece que el nombre del uno hubiese llegado nunca al oído del otro. Una noche, Domingo, que estaba orando como de costumbre, vio a Jesucristo irritado contra el mundo, y a su Madre que le presentaba dos hombres para apaciguarle. Él se reconoció en uno de ellos; pero no sabía quién era el otro, y mirándole atentamente, su imagen no se borró nunca de su espíritu. Al día siguiente, en una iglesia, se ignora cuál fue, vio bajo el hábito de mendicante, la figura que le había sido mostrada la noche precedente, y corriendo hacia aquel pobre, le apretó entre sus brazos con santa efusión, entrecortada por estas palabras: “Sois mi compañero; caminaréis conmigo; sostengámonos, y nada podrá prevalecer contra nosotros”. (Gérard de Frachet: “Vidas de los Hermanos”, lib. I, cap. I.) Luego le contó la visión que había tenido, y sus corazones se fundieron uno en otro entre estos abrazos y discursos.

El abrazo de Domingo y Francisco se ha transmitido de generación en generación en las personas de su posteridad. Una franca amistad que une hoy día aún a ambas Órdenes de Predicadores y Menores. Se han encontrado en iguales oficios en todos los puntos del globo; han edificado sus conventos en los mismos lugares; han ido a mendigar a las mismas puertas; su sangre, derramada por Jesucristo, se ha mezclado mil veces en el mismo sacrificio y la misma gloria; han cubierto con su librea los hombros de príncipes y princesas, han poblado el Cielo con sus santos; sus virtudes, su poder, su fama, sus necesidades, se han aproximado sin cesar en todos los sitios, y nunca una sombra de celos ha empañado el cristal sin mácula de su amistad, seis veces secular. Se han esparcido juntos por el mundo, de la misma manera que se extienden y entrelazan las ramas gozosas de dos troncos parecidos en edad y fuerza; han adquirido y compartido el afecto de los pueblos, como dos hermanos gemelos reposan sobre el seno de su única madre; se han dirigido a Dios por los mismos caminos, como dos perfumes preciosos ascienden libremente hasta el mismo punto del cielo. Todos los años, cuando llega en Roma la fiesta de santo Domingo, salen las carrozas del convento de Santa María de la Minerva, en donde reside el General de los dominicos, y van a buscar al convento de “Ara-Coeli” al General de los franciscanos. Este llega acompañado por gran número de sus hermanos. Los dominicos y franciscanos, reunidos en dos hileras se dirigen al altar mayor de la Minerva, y después de haberse saludado recíprocamente, los primeros van al coro; los

últimos quedan en el altar para celebrar el oficio del amigo de su Padre. Sentados luego a la misma mesa, parten juntos el pan, que no les ha faltado nunca desde hace siglos; y una vez terminada la comida juntos, el cantos de los franciscanos y el de los dominicos entonan, en medio del refectorio, esta antífona: “El seráfico Francisco y apostólico Domingo nos han enseñado vuestra ley, ¡oh Señor!” El cambio de estas ceremonias tiene lugar en el convento de “Ara-Coeli” cuando llega la fiesta de san Francisco; y lo mismo sucede en todo el mundo, allí en donde hay un convento de dominicos y un convento de franciscanos cercano uno al otro y que permitan a sus habitantes exteriorizar un signo visible del piadoso y hereditario amor que les une.

CAPÍTULO VIII

Reunión de santo Domingo y sus discípulos en Nuestra Señora de Prouille - Regla y Constituciones de la Orden - Fundación del convento de San Román de Tolosa

Dios, durante la ausencia de Domingo, bendijo y multiplicó su rebaño. En vez de los seis discípulos que había dejado en Tolosa en casa de Pedro Cellani, encontró a su vuelta quince o dieciséis. Después de las cordialidades propias de la primera entrevista, los citó en Nuestra Señora de Prouille para deliberar, de acuerdo con las órdenes del Papa, sobre el asunto de la elección de una regla. Hasta entonces, es decir, hasta la primavera de 1216 su comunidad había tenido solamente una forma provisional e indeterminada, y Domingo se había ocupado más de obrar que de escribir, imitando a Jesucristo, que preparó a sus apóstoles para su misión por medio de la palabra y el ejemplo, pero no con reglamentos escritos. Pero había llegado la hora de crear la legislación de la familia dominicana; pues es preciso que las leyes secunden las costumbres, a fin de perpetuar la tradición. Domingo, que ya era padre, iba a convertirse en legislador. Después de haber sacado de su seno una generación de hombres parecidos a él iba a ocuparse de su fecundidad y armarlos contra el porvenir con la fuerza misteriosa que procura la duración. Si la perpetuación de una raza por la carne y por la sangre es una obra maestra de virtudes y de habilidad; si la fundación de los imperios es el primer grado del genio humano, ¿Qué no será establecer una sociedad puramente espiritual, que no debe su vida a los afectos de la naturaleza ni encarga su defensa a la espada y la coraza? Los antiguos legisladores, poseídos por sus deberes, asentaron las naciones, con un engaño que no tenía de ello más que la apariencia, sobre el pedestal de la Divinidad. Nacido en tiempo de Jesucristo, cuando la plenitud de la realidad había ocupado el lugar de las ruinas y las ficciones, Domingo no había tenido necesidad de engañar para ser verídico. Antes que atreverse a trazar una ley con sus manos mortales, había ido a ponerse a los pies del representante de Dios implorar de la más elevada paternidad visible la bendición, que es el germen de las largas posteridades. Retirado más tarde a su soledad, bajo la protección de aquella que fue su Madre sin cesar de ser Virgen, rogó a Dios ardientemente le comunicase una parte de aquel espíritu que ha procurado a la Iglesia Católica inquebrantables cimientos. Dos hombres nacidos con un siglo de intervalo, san Agustín y san Benito, fueron en Occidente los patriarcas de la vida religiosa; pero ni uno ni otro se propuso el mismo fin que Domingo. san Agustín, recién convertido, se encerró en una casa de Tagaste, su ciudad natal,

para dedicarse con algunos amigos al estudio y a la contemplación de las cosas divinas. Elevado más tarde al sacerdocio, se procuró en Hipona otro monasterio, que, como el primero, No era sino una reminiscencia de aquellos famosos institutos cenobíticos de Oriente, cuyos arquitectos fueron san Antonio y san Basilio. Cuando sucedió al anciano Valerio en la silla episcopal de Hipona, cambió su punto de vista, sin variar el ardiente amor que le conducía a encadenar su vida entre los lazos de la fraternidad. Abrió su casa al clero de Hipona, y formó con sus cooperadores una sola comunidad, siguiendo el ejemplo de san Atanasio y san Eusebio de Verielli, imitadores, a su vez, de los Apóstoles. Este monasterio episcopal fue el que sirvió de modelo y de punto de partida a los canónigos regulares, como el de Tagaste sirvió a los religiosos conocidos con el nombre de Ermitaños de san Agustín. En cuanto a san Benito, su obra era aún más manifiestamente extraña al fin que se proponía Domingo, pues no hizo sino resucitar la pura vida claustral, compartida entre el canto del coro y el trabajo manual.

Obligado a elegir por antepasado uno de aquellos dos grandes hombres, Domingo prefirió a san Agustín. Las razones de esto son fáciles de comprender. Aunque el ilustre Obispo no hubiese tenido la idea de instituir una Orden apostólica, había sido un apóstol y doctor y pasó sus días anunciando la palabra de Dios y defendiendo su integridad contra todos los herejes de su tiempo. ¿Bajo qué patrono más natural se podía colocar la naciente Orden de Frailes Predicadores? Para Domingo no era un patronato nuevo; durante largos años había formado parte del Cabildo regular de Osma, y las tradiciones de su pasada carrera concertaban al hacer esta elección con las conveniencias de su vocación actual. La regla de san Agustín, hay que tenerlo presente, reunía sobre las demás la ventaja inapreciable de ser la simple exposición de los deberes fundamentales de la vida religiosa. No se trazaba ninguna forma de gobierno; no se prescribía observancia alguna, excepto la comunidad de bienes, la oración, la frugalidad, la vigilancia de los religiosos en cuanto a sus sentidos, la mutua corrección de sus defectos, la obediencia al superior del monasterio y, por encima de todo, la caridad, cuyo nombre y unción llenan esas admirables y demasiado breves páginas. Domingo, al someterse a sus prescripciones, no aceptaba, pues, hablando con propiedad, sino el yugo de los consejos evangélicos: su pensamiento se encontraba bien en aquel cuadro hospitalario, esbozado por una mano que parecía haber intentado crear una ciudad en lugar de un claustro. En aquella ciudad común lo que faltaba construir, bajo la protección de sus viejas murallas, era el edificio de la Orden de Predicadores.

Pero se presentó una cuestión previa: ¿Debía adoptar una Orden destinada al apostolado la tradición de las costumbres monásticas, o aproximarse a la existencia más libre

del sacerdocio secular, abandonando la mayor parte de los usos claustrales? No se podían comprender en esta duda los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, sin los cuales no se consigue ninguna sociedad espiritual, de la misma manera que no se concibe un pueblo sin la pobreza del impuesto, la castidad del matrimonio y la obediencia a las mismas leyes y a los mismos jefes. Pero ¿Convenía al fin del apostolado conservar costumbres tales como la recitación pública del oficio divino, la abstinencia perpetua de la carne, los largos ayunos, el silencio, el capítulo llamado de culpas, las penitencias por las faltas en contra de la regla y el trabajo manual? Toda esta rigurosa disciplina, adecuada a la formación del corazón solitario del Monje y a santificar el descanso de sus días, ¿Era compatible con la heroica libertad de un apóstol que emprende derecho su camino, sembrando a derecha e izquierda el buen grano de la verdad? Domingo lo creyó así. Creyó qué reemplazando el trabajo manual por el estudio de la ciencia divina, mitigando ciertas prácticas, haciendo uso de dispensas para con los religiosos más estrictamente ocupados en la enseñanza y la predicación, Sería posible reconciliar la acción apostólica con la observancia monástica. Tal vez ni se presentase a su talento la idea de la separación, pues el apóstol no es solamente un hombre que sabe y enseña por medio de la palabra; es un hombre que predica el Cristianismo con todo su ser, y cuya sola presencia es ya una aparición de Jesucristo. Pero ¿Qué hay de mejor para imprimirle los sagrados estigmas de este parecido que las austeridades del claustro? ¿No era el mismo Domingo la mezcla íntima del monje y el apóstol? El estudio, la oración, la predicación, el ayuno, dormir en tierra, caminar descalzo, pasar del acto de la penitencia al del proselitismo, ¿No constituida esto su vida diaria? ¿Y quién mejor que él podía conocer todas las afinidades del desierto y el apostolado?

Las tradiciones monásticas fueron recibidas en Prouille con algunas modificaciones, entre las cuales la primera y la más general era ésta: “Que cada prelado tenga en su convento el poder de dispensar a los religiosos de las comunes observancias, cuando lo juzgue útil, sobre todo en las cosas que pudieren oponer obstáculos al estudio o la predicación, o al bien de las almas; pues nuestra Orden ha sido instituida especialmente y desde su origen para la predicación y la salvación de las almas, y todos nuestros esfuerzos deben tender sin cesar hacia el provecho espiritual del prójimo”. (“Constituciones de la Orden de Padres Predicadores”, prólogo.)

Por eso quedó estatuido que el oficio divino se diría en la iglesia breve y sucintamente, para no disminuir la devoción de los religiosos y quitarles tiempo para el estudio; que Durante los viajes, quedaran exentos de ayunos regulares, excepto por todo el Adviento, en ciertas vigiliias y el viernes de cada semana; que podrían comer carne fuera de

los conventos de la Orden; que el silencio no sería absoluto; que la comunicación con los extraños se permitiría el interés de los mismos conventos, exceptuando las mujeres; que cierto número de estudiantes serían enviados a las más famosas universidades; que se recibirían títulos científicos; que se establecerían escuelas: siendo todo esto constituciones que, sin destruir en el fraile predicador al hombre monástico, le elevarían a la jerarquía del hombre apostólico.

Desde el punto de vista administrativo, cada convento debería estar gobernado por un prior conventual; cada provincia, compuesta por cierto número de conventos, por un prior provincial; la Orden entera, por un jefe único que, más tarde recibió el nombre de Maestro General. La autoridad, descendiendo desde lo más elevado y unida al trono del mismo sumo Pontífice, debía fortalecer todos los grados de esta jerarquía, mientras la elección, remontándose desde abajo hasta la cumbre, mantendría entre la obediencia y el mando el espíritu de fraternidad. De esta manera brujería sobre la frente de todo depositario del poder un doble signo: la elección de sus hermanos y la confirmación del poder superior. La elección del prior pertenecería a su convento; la del provincial, a la provincia, representada por los priores y un diputado de cada convento; y a la Orden entera, representada por los provinciales y dos diputados de cada provincia, correspondía la del Maestro General, y, por una progresión contraria, el Maestro General confirmaría al prior de la provincia, y este último al prior del convento. Todas las funciones eran temporales, excepto la suprema, a fin de que la Providencia y estabilidad se uniese a la emulación del cambio. A intervalos cortos se celebrarían capítulos generales, con objeto de equilibrar el poder del Maestro General; y los capítulos provinciales, el correspondiente al prior provincial; al prior conventual se le proporcionaba un consejo para que le ayudase en el desempeño de los deberes más importantes de su cargo. La experiencia ha probado la sabiduría de este modo de gobernar. Por este medio la Orden de Frailes Predicadores ha cumplido libremente sus destinos, preservada de la licencia lo mismo que de la opresión. El respeto sincero a la autoridad se alía con la franqueza y la naturalidad, que revela desde el primer momento al cristiano libertado del temor por medio del amor. La mayor parte de las Órdenes religiosas han sufrido reformas que las han dividido en distintas ramas: la de Predicadores indivisa por las vicisitudes de seis siglos de existencia. Ha visto crecer sus ramas vigorosas en todo el universo, sin que una sola se haya separado nunca del tronco que la ha nutrido.

Quedaba la cuestión de saber la manera cómo la Orden proveería a su subsistencia. Domingo, desde el primer día de su apostolado, había dejado esta cuestión al cuidado de la bondad de Dios. Había vivido de limosnas cotidianas y revertido sobre el monasterio de

Prouille todas las liberalidades que superaban los límites de sus necesidades del momento. Al fin, después de haber visto crecer a su familia espiritual, fue cuando aceptó de Foulques la sexta parte de los diezmos de la diócesis de Tolosa, y del conde de Montfort la tierra de Cassanel. Pero todos sus recuerdos y todo su corazón estaban del lado de la pobreza. Veía demasiado bien las llagas que la opulencia había causado a la Iglesia para desear a su Orden otra riqueza que no fuera la de la virtud. Sin embargo, la Asamblea de Prouille confió al porvenir el definitivo establecimiento de la mendicidad. Domingo temía, sin duda, algún obstáculo por parte de Roma ante pensamiento tan atrevido, y prefirió reservar su ejecución a época que no fuese tan crítica.

Tales fueron las leyes fundamentales consagradas por los patriarcas del instituto dominicano. Comparándolas con las de los canónigos regulares Premonstratenses, se veía, a pesar de la diversidad de su objeto, semejanzas que atestiguaban que Domingo había estudiado cuidadosamente la obra de san Norberto. Es probable el Cabildo de Osma tuviera esta ocasión, y que la reforma premonstratense sirviera de modelo a la reforma de aquel cabildo.

Entretanto, Foulques, cuya mano no se cansaba de abrirse en favor de los deseos de Domingo, le dio tres iglesias de una sola vez: una en Tolosa, bajo la invocación de san Román, mártir; otra en Pamiers; y la tercera situada entre Soreze y Puy-Laurens, conocida por el nombre de Nuestra Señora de Lescure. Cada una de estas Iglesias estaba destinada a recibir un convento de religiosos Predicadores; la última de ellas no llegó a poseerlo, y la de Pamiers lo tuvo muy tarde, en 1269. Convenía, como ya hemos dicho, que la grande y herética Tolosa viese fundar dentro de sus muros el primer convento dominico de la línea masculina. Aunque los padres estuvieron reunidos desde el año precedente en una misma casa, esta casa no tenía nada de monasterio, propiamente dicho, conocer la vida que en ella se observaba, y era preciso poner de acuerdo la vida y la habitación. Adosado a la iglesia de San Román se elevó rápidamente un claustro modesto. Un claustro es un patio rodeado de un pórtico. En medio del patio, de acuerdo con las antiguas tradiciones, debía haber un pozo, símbolo de aquella agua viva de la Escritura que “resurge a la vida eterna”. Bajo las losas del pórtico se abrirían las sepulturas; a lo largo de los muros se grabarían inscripciones funerarias; en el arco formado por el nacimiento de las bóvedas se pintarían los actos de los santos de la Orden o del monasterio. Este lugar era sagrado; los mismos religiosos no pasarían por él sino en silencio, teniendo en la mente el pensamiento de la muerte y la memoria de sus antepasados. La sacristía, el refectorio, las grandes salas comunes rodeaban esta grave galería, que comunicaba también con la iglesia por medio de dos puertas: una que

daba acceso al coro; la otra, a las naves. Una escalera conducía a los pisos superiores, contruidos encima del pórtico, siguiendo el mismo plan. Cuatro ventanas, abiertas en los cuatro lados de los corredores, procuraban abundante luz; cuatro lámparas proyectaban sus rayos durante la noche. A lo largo de estos corredores, altos y anchos, cuyo único lujo debe ser la limpieza, la vista extasiada descubría a derecha e izquierda una hilera simétrica de puertas exactamente iguales. En el espacio que la separaba pendían antiguos cuadros, mapas geográficos, planos de ciudades y viejos castillos, el catálogo de los monasterios de la Orden, mil recuerdos sencillos del Cielo y de la tierra.

Al tañido de una campana todas aquellas puertas se abrían con una especie de suavidad y de respeto. Viejos encanecidos y serenos, hombres de precoz madurez, adolescentes en los que la penitencia y la juventud formaban un matiz de belleza desconocida para el mundo de todas las épocas de la vida, aparecían llevando el mismo hábito. La celda de los cenobitas era pobre, bastante grande para contener un jergón de paja o crin, una mesa y dos sillas; un crucifijo y algunas imágenes piadosas era lo que les servía de adorno. De este sepulcro, que habitaba durante sus años mortales, pasaba el religioso a la tumba que precede a la inmortalidad. En aquel lugar no se encontraba separado de sus hermanos, tanto vivos como muertos. Se le enterraba, envuelto en sus hábitos, bajo las losas del coro; sus cenizas se mezclaban con las cenizas de sus antepasados, mientras las alabanzas del Señor, cantadas por sus contemporáneos y descendientes del claustro, conmovían aún lo que quedarse sensible en sus restos. ¡Oh amables y santas casas! Sobre la tierra, se han erigido sublimes sepulturas, se han hecho para Dios moradas casi divinas; pero el arte y el corazón del hombre no han ido nunca más lejos que en la creación del monasterio.

El de San Román era habitable a fines del mes de agosto del año 1216. Era de humilde estructura. Las celdas medían seis pies de anchura y un poco menos de longitud; sus tabiques no tenían ni la altura de un hombre, para que los religiosos, aunque dedicados a sus oficios con libertad, estuviesen siempre semipresentes unos a otros. Todos los muebles eran modestos. La Orden conservó este convento hasta 1232. En esta época los dominicos de Tolosa se trasladaron a una casa y una iglesia más espaciaosas, de las que los despojó la revolución francesa y cuyos magníficos rostros sirven hoy de cuartel y almacenes.

CAPÍTULO IX

Tercer viaje de santo Domingo a Roma - Confirmación de la Orden por Honorio III - Enseñanza de santo Domingo en el palacio del Papa

Mientras se edificaba rápidamente a la vista de Domingo el convento de San Román, una noticia imprevista vino a entristecer el corazón del santo patriarca. Inocencio III había muerto en Perugia el 16 de julio; y dos días después, el cardenal Conti, de la antigua raza de los Sabelli, había ascendido, tras una elección precipitada, al solio pontificio, tomando el nombre de Honorio III. Aquella pérdida privaba los asuntos dominicanos de un protector seguro, exponiéndoles a todos a los cambios inherentes a una nueva corte. Inocencio III pertenecía aquella escasa familia de hombres que la Providencia había concedido a Domingo para que pudieran apreciar y ayudar su obra; era de la sangre de Azevedo, Foulques y Montfort, generosa constelación cuyos astros se apagaron uno tras otro. Azevedo fue el primero en desaparecer, llevando consigo el tejido desecho de sus heroicos deseos; Y ahora que Domingo había laboriosamente reunido a sus hijos bajo los auspicios de Inocencio III, este gran Papa se eclipsaba a su vez, sin haber consumado su obra, cuyo sello final se había propuesto aplicar. Pero esta prueba fue de corta duración. Domingo cruzó los Alpes por tercera vez, y pronto obtuvo del nuevo Pontífice, a pesar de los obstáculos de la nueva administración, el premio debido a sus largos trabajos. El 22 de diciembre del año 1216, su Orden fue solemnemente confirmada por dos bulas, cuyo texto glorioso es el siguiente:

“Honorio, obispo, siervo de los siervos de Dios, a sus queridos hijos Domingo, prior de San Román, de Tolosa, y sus religiosos presentes y futuros que hicieron profesión de vida regular, salud y bendición apostólica. Conviene colocar bajo la salvaguardia apostólica a los que abracen la vida religiosa, por temor a que los ataques temerarios no les desvíen de su designio o deshagan, Dios no lo quiera, la fuerza sagrada de la religión. Por esto, queridos hermanos en el Señor, accedemos sin trabajo a vuestras justas aspiraciones, y por el presente privilegio recibimos bajo la protección del bienaventurado apóstol Pedro y la nuestra, a la iglesia de San Román, de Tolosa, en la cual os habéis consagrado al servicio divino. Nos estatuímos, en primer lugar, que la Orden canónica establecida en dicha iglesia, de acuerdo con Dios y la regla de san Agustín, se observe perpetua e inviolablemente, y, además, que los bienes justamente adquiridos por esta iglesia, o que pudieren serle concedidos por concesiones de Pontífices, largueza de reyes y príncipes, donaciones de fieles y de cualquiera

manera que fuere, con tal que fuere legítima, continúen firmes e intactos en vuestras manos y las de vuestros sucesores. Hemos creído también útil designar determinadamente las posesiones siguientes, a saber: el lugar mismo en donde está situada la iglesia de San Román, con todas sus dependencias; la iglesia de Prouille, con todas sus dependencias: la Iglesia de Nuestra Señora de Lescure, con todas sus dependencias; el hospital de Tolosa llamado Arnaud-Bérard, con todas sus dependencias, y los diezmos que nuestro venerable hermano Foulques, obispo de Tolosa, con su piadosa y previsora liberalidad, os ha pedido con el consentimiento de su Cabildo, como puede verse por sus actas. Que nadie presuma poder exigiros los diezmos, ya se trate de los campos que cultiváis con vuestras propias manos o a vuestras expensas, ya del producto de vuestros ganados. Os permitimos recibáis y retengáis entre vosotros, sin temor a contradicciones, a los clérigos y laicos deseosos de abandonar la vida secular, con tal de que no estén ligados a ella por otros compromisos. Prohibimos a vuestros religiosos, después que hayan profesado, pasen a contraer otros lazos sin la licencia de su prior, a no ser para abrazar una religión más austera, y, quienquiera que fuere, admitir estos tránsfugas sin vuestro consentimiento. Os ocuparéis del servicio de las iglesias parroquiales que os pertenecen, eligiendo y presentando al obispo diocesano sacerdotes dignos de obtener de su mano el gobierno de las almas, y los cuales serán responsables ante él de las cosas temporales. Prohibimos se imponga a vuestra iglesia nuevas e inusitadas cargas, ni que se castigue, tanto a ella como a vosotros, con sentencias de excomunión y censura, a no ser debido a causa manifiesta y razonable. Si se fulminase una censura general, podréis celebrar el divino oficio en voz baja, sin campanas y a puerta cerrada, después de haber hecho salir a los excomulgados y censurados. En cuanto al crisma, los santos óleos, la consagración de los altares o basílicas, la ordenación de vuestros sacerdotes, los recibiréis del obispo diocesano, sí fuere católico, en la gracia y comunión de la Santa Sede, y que consienta concedérselo sin condiciones injustas; en caso contrario, os dirigiréis a un obispo católico, al que os plazca elegir, con tal que esté en gracia y comunión con la Santa Sede, y satisfará vuestras demandas en virtud de nuestra autoridad. Os concedemos la libertad de sepultura en vuestra iglesia, ordenando que nadie se oponga a la devolución y última voluntad de aquellos que quieran ser enterrados en ella, a menos que no hayan sido censurados o excomulgados y salvo el derecho de las iglesias a que pertenezca el hacerse cargo de los cuerpos de los cuerpos de los difuntos. A vuestra muerte y a la de vuestros sucesores que ocupen el cargo de prior del mismo lugar, nadie pretenderá el gobierno aprovechando astucia o violencia, sino solamente aquel que haya sido elegido con el consentimiento de todos o de la mayor y mejor parte de los frailes, de acuerdo con Dios y la regla de san Agustín. También ratificamos las

libertades, inmunidades y costumbres razonables antiguamente introducidas en vuestra iglesia y conservadas hasta el día de hoy, y queremos que sean siempre inviolables. Que nadie, pues, entre los hombres ose molestar a esta iglesia, quitarle y retener sus bienes, disminuirlos o sujetarles a vejámenes, sino que queden intactos para el empleo y sostenimiento de aquellos a quienes han sido concedidos, salvo la autoridad apostólica y la jurisdicción canónica del obispo diocesano. Si alguna persona, eclesiástica o secular, conociendo esta constitución que acabamos de escribir, no teme quebrantarla, y, después de advertida por segunda y tercera vez, rehusase satisfacerla, quedará privada de todo poder y honor, y debe tener entendido que se ha hecho culpable de iniquidad ante el juicio divino; Entonces será separada de la comunión del cuerpo y de la sangre de nuestro Dios, Señor y Redentor Jesucristo, y en el juicio final sufrirá una severa pena. Aquellos que, por el contrario, conserven a este lugar sus derechos, la paz de Nuestro Señor Jesucristo sea con ellos, reciban en este mundo el fruto de una buena acción y del juez soberano una recompensa eterna. Así sea”. (“Bulario de la Orden de Predicadores”, página 2.)

La segunda bula, documento tan corto como profético, está concebida en los siguientes términos:

“Honorio, obispo, siervo de los siervos de Dios, a su querido hijo Domingo, prior de la iglesia de San Román de Tolosa, y a vuestros religiosos qué han hecho y hagan profesión de vida regular, salud y bendición apostólica. Nos, considerando que los frailes de vuestra Orden serán los campeones de la fe y verdaderas lumbreras del mundo, confirmamos vuestra Orden, con todas sus tierras y posesiones presentes y futuras, y tomamos bajo nuestro gobierno y protección la Orden misma, con todos tus bienes y todos sus derechos”. (“Bulario de la Orden de Predicadores”, pág. 4.)

Estas dos bulas fueron dadas el mismo día en Santa Sabina. La primera, además de la firma de Honorio, está revestida con la de diez y ocho cardenales. Por muy favorable que fuese su contenido, los deseos de Domingo no habían sido colmados del todo, pues deseaba que el nombre mismo de su Orden fuese testimonio perpetuo del objeto que se había propuesto al instituirlo. A partir del origen de su apostolado se había complacido con el uso de la palabra “predicador”. Se ve, por un acto de homenaje al cual asistió el 21 de junio de 1211, qué servía de un sello en el que estaban grabadas estas palabras: “Sello de fray Domingo, Predicador”. Cuando vino a Roma en tiempos del Concilio de Letrán, se proponía, dice el bienaventurado Jordán de Sajonia, obtener del Papa una Orden que tuviera por “oficio y por nombre el de Predicadores”. En aquella época tuvo lugar un acontecimiento notable. Inocencio III, que acababa de animar a Domingo con una aprobación verbal, tuvo necesidad

de escribirle. Llamó a su secretario y le dijo: “Escribe sobre estas cosas al hermano Domingo y a sus compañeros”; y deteniéndose un poco, dijo: “No escribas así, sino de esta manera: A fray Domingo y aquellos que predicán con él en la región de Tolosa”; luego, deteniéndose de nuevo, dijo: “Escribe de esta manera: al Maestro Domingo y a los frailes Predicadores”. (Esteban de Salanhac: “De las cuatro cosas que Dios ha honrado a la Orden de Predicadores”). Sin embargo, Honorio, en sus bulas, se abstuvo de dar a la nueva Orden ninguna denominación.

Sin duda, para reparar este silencio, un mes más tarde, el 26 de enero de 1217, dictó las cartas siguientes:

“Honorio, obispo, siervo de los siervos de Dios, a sus queridos hijos el prior y frailes de San Román, salud y bendición apostólica. Nos rendimos digna acción de gracias al dispensador de todos los dones por el que os ha concedido, y en el cual esperamos veros perseverar hasta el fin. Consumidos interiormente por el fuego de la caridad, esparcís al exterior una fama edificante que regocija los corazones sanos y cura a cuantos están enfermos. Vosotros les presentáis, cómo hábiles médicos, mandrágoras espirituales que les preservan de la esterilidad; es decir, la semilla de la palabra de Dios, caldeada por una saludable elocuencia. Fieles servidores, El talento que os ha sido confiado fructifica en vuestras manos, y lo restituiréis al Señor con superabundancia. Como atletas invencibles de Cristo, lleváis el escudo de la fe y el casco de la salvación sin temor a aquellos que pueden matar el cuerpo, empleando con magnanimidad contra los enemigos de la fe esta palabra de Dios, que va más lejos que la espada más afilada, y odiando vuestras almas en este mundo para encontrarlas en la vida eterna. Pero puesto que es el fin, y no el combate, lo que corona, y que sólo la perseverancia recoge el fruto de todas las virtudes, rogamos y exhortamos seriamente vuestra caridad con estas cartas apostólicas, y para la remisión de vuestros pecados, os fortalezcáis cada vez más en el Señor, y extendáis el Evangelio a tiempo y contratiempo y cumpláis por fin plenamente el deber de “evangelistas”. Sí sufrís por esta causa algunas tribulaciones, no debéis solamente soportarlas con igualdad de alma, sino regocijaros, y triunfad con el apóstol por haber sido juzgados dignos de sufrir oprobios el nombre de Jesús. Porque estas ligeras y breves aflicciones son a cambio de un peso inmenso de gloria, con la que no puede compararse los males de este tiempo. Os pedimos también, ya que os conservamos en nuestro seno como hijos especialmente amados, intercedáis por Nos cerca de Dios con el sacrificio de vuestras plegarias, con el fin de que tal vez conceda a vuestros sufragios lo que Nos no llegamos a obtener por nuestros propios méritos “. (“Bulario de la Orden de Predicadores”, pág. 4.)

De esta manera el “oficio y nombre” de frailes Predicadores fueron adjudicados apostólicamente a los religiosos dominicos. La gradación en las tres actas que acabamos de citar es muy notable. En la primera, deliberada en consistorio y asignada por los cardenales, no se trata en absoluto del objeto de la Orden. Se la designa sencillamente como “una Orden canónica sujeta a la regla de san Agustín”. La segunda bula es más clara en su brevedad; en ella se llama a los hijos de Domingo “campeones de la fe y verdaderas lumbreras del mundo”. Por fin, el tercer documento los califica abiertamente de “predicadores”, los alaba por el pasado de sus trabajos apostólicos y les da ánimos para el porvenir. El misterio de estas actas ha puesto a prueba la penetración de los historiadores. Estos han buscado ante todo las razones que han movido al soberano Pontífice a conceder dos bulas en un mismo día sobre el mismo objeto: han conjeturado que la primera estaba destinada a quedar en los archivos de la Orden; la segunda, para servir de una especie de pasaporte cotidiano. Pero, ¿Por ventura necesita una Orden solemnemente aprobada por la Santa Sede presentar una bula al primero que se presente? ¿No lleva en sí misma su autenticidad? Y, caso de oposición, ¿No es cosa evidente que el acta necesaria es la que contiene sus libertades y sus privilegios, antes que el acta de unas cuantas líneas que no determina su situación canónica? En el reconocimiento progresivo de los religiosos Predicadores hay desde luego una singularidad que nos conduce a otra explicación. Nos parece probable existiese en la corte pontificia alguna oposición al establecimiento de una “Orden apostólica”, y que esta fuera la causa del silencio absoluto en la bula principal sobre el objeto de la nueva religión que autorizaba. Pero alentado por Domingo e inspirado por Dios, el soberano Pontífice firmó el mismo día una declaración del motivo especial que le había animado, y un mes más tarde creyó conveniente no guardar reservas en la expresión de su pensamiento y voluntad.

El día 7 de febrero siguiente, Honorio confirmó por medio de un breve, ex profeso para ello, una disposición de su primera bula: era la que prohibía a los Frailes Predicadores el abandono de su religión por otra, a menos que fuese más austera.

Domingo, habiendo obtenido de Roma de esta manera todo cuanto había esperado, debió sentir prisa por volver al lado de los tuyos. Pero la Cuaresma, que estaba en vísperas de comenzar, le retuvo. Aprovechó la ocasión para ejercer en la capital del mundo cristiano el ministerio apostólico que se le acababa de confiar. Su éxito fue muy grande. En el mismo palacio del Papa explicó las epístolas de san Pablo en presencia de un auditorio considerable. Este hecho nos indica que, además de la controversia con los herejes, seguía en su predicación el método de los Padres de la Iglesia, explicando al pueblo las Sagradas Escrituras, no con frases sueltas tomadas al azar, sino con orden, de manera que la Historia, el

dogma y la moral se apoyasen unos sobre otros, y que la enseñanza fuese el fondo de la elocuencia. La cátedra es, en efecto, una escuela de Teología popular. Ella es la que, por los labios del sacerdote iniciado en todos los misterios de la ciencia divina, debe hacer brotar y derramar sobre este mundo las ondas de la doctrina eterna con la tradición del pasado y las esperanzas del porvenir. Según este oleaje ascienda o descienda, aumentará la fe en este mundo. Domingo, escogido por Dios para reanimar el apostolado en la Iglesia, había reflexionado, sin duda, sobre las condiciones de la palabra evangélica, y, a juzgar por el primer ensayo que hizo en Roma en el apogeo de su madurez, debemos creer que concedía gran importancia a la exposición seguida de las Sagradas Escrituras. Una creación memorable comprobó el fruto de sus enseñanzas. El Papa, celoso porque esto no fuese una ventaja pasajera para el pueblo romano, y sobre todo para la gente de su corte, a quién había sido especialmente destinada, la erigió en oficio perpetuo, cuyo titular debería llamarse “Maestro del Sacro Palacio”. Domingo fue el primero investido con este cargo, que sus descendientes han cumplido con honor hasta nuestros días. El tiempo se ha encargado de aumentar sus derechos y deberes. De predicador y doctor que tenía en el Vaticano una escuela espiritual, el Maestro del Sacro Palacio se ha convertido en teólogo del Papa, en censor universal de los libros que se imprimen o introducen en Roma, en el único que tiene poder suficiente para elevar al doctorado en la universidad romana, en elector de aquellos que predicán delante del Padre Santo en las solemnidades: funciones que desempeña aún con numerosos privilegios de honor, y cuya herencia se ha transmitido única e inviolablemente a los hijos de santo Domingo.

Durante el tiempo que el santo patriarca se daba a conocer en Roma por sus predicadores, frecuentaba la casa del cardenal Ugolino, obispo de Ostia. Ugolino, perteneciente a la noble familia de los Conti, era un anciano venerable que contaba veinte años de púrpura y setenta y tres de edad. Era amigo de san Francisco de Asís, quién le predijo la tiara y le escribió varias veces en los siguientes términos: “Al muy reverendo padre y señor Ugolino, futuro obispo de todo el mundo y padre de las naciones”. A pesar del peso de sus años, se sintió atraído hacia Domingo en la misma manera que se había sentido por san Francisco, y su corazón, joven aún, se consideró capaz de amar a ambos, otorgándoles igual amistad. Es privilegio de ciertas almas ser fecundas en cálidas atracciones hasta sus últimos días, y el de Domingo era no perder un afecto sino para conquistar otro. El anciano cardenal Ugolino, destinado a morir casi centenario en el trono pontificio, le fue dado por Dios para que fuese su introductor en el sepulcro y el protector de su memoria, para celebrar sus

funerales con la piedad del amigo y grabar su nombre en el libro de los santos con la infalibilidad del Pontífice. No fue este el único fruto de esa ilustre amistad.

Había en casa del cardenal cierto joven italiano llamado Guillermo de Monferrato, que había venido a Roma para celebrar las fiestas de Pascua. La vista y la conversación de Domingo afectaron grandemente al joven, y acabaron por inspirarle resoluciones que nos cuenta por sí mismo de la manera siguiente: “Hace diez y seis años, poco más o menos, que llegue a Roma para pasar en ella el tiempo de la Cuaresma, y el Papa que reina hoy, que era entonces obispo de Ostia, me recibió en su casa. Por aquel tiempo, fray Domingo, fundador y primer Maestro de la Orden de Predicadores, estaba en la corte romana y visitaba con frecuencia el señor obispo de Ostia. Esto fue lo que me proporcionó ocasión de conocerle; su conversación me agradó, y comencé a sentir afecto hacia él. Con gran frecuencia departíamos sobre cosas referentes a nuestra salvación y a la de los demás, y me parece no haber visto nunca hombre más religioso, aunque durante mi vida he hablado con muchos hombres que lo eran. Pero ninguno de ellos me había parecido animado por un celo tan grande por la salvación del género humano. Aquel mismo año fui a estudiar Teología a París, porque había convenido con él que después de haberla estudiado dos años, y cuando hubiera terminado el establecimiento de su Orden, iríamos juntos a trabajar en la conversión de los paganos que viven en Persia y en los países del Norte”. (“Actas de Bolonia”, segundo testimonio). De este modo seducía Domingo al mismo tiempo el corazón de un anciano y el de un joven, y entonces su Orden apenas estaba confirmada, cuando ya pensaba abrirle en persona las puertas del norte y del oriente. Su alma, sintiéndose estrechada en la Europa civilizada, se lanzaba hacia los pueblos que el cristianismo no había iluminado aún; deseaba terminar su carrera y adornar su apostolado con el sello del martirio.

Una visión fue lo que le animó en sus ardientes deseos. Un día que oraba en San Pedro por la conversión y dilatación de su Orden, se sintió arrobado. Los dos apóstoles Pedro y Pablo se le aparecieron; Pedro le presentó un cayado, Pablo un libro, y oyó una voz que le decía: “Ve y predica, Pues para eso has sido elegido”. (B. Humb.: “Vida de Santo Domingo”, n. 26.) Al mismo tiempo veía como sus discípulos se extendían de dos en dos por todo el mundo para evangelizarle. Desde aquel día llevó constantemente consigo las epístolas de san Pablo y el Evangelio de san Mateo, y ya en viaje, ya en la ciudad, llevaba siempre un cayado en la mano.

CAPÍTULO X

Nueva asamblea de frailes Predicadores en Nuestra Señora de Prouille, y su dispersión por Europa

Domingo salió de Roma después de terminadas las fiestas de Pascua del año 1218, y no tardó en reunirse con sus hermanos. Estos eran entonces dieciséis, a saber: ocho franceses, siete españoles y un inglés.

Los franceses eran: Guillermo Claret, Mateo de Francia, Beltrán de Garriga, Tomás, Pedro Cellani, Esteban de Metz, Natal de Prouille y Oderico de Normandía. La Historia nos ha conservado, además de sus nombres, algunos rasgos que esbozan la fisonomía de la mayor parte de ellos.

Guillermo de Claret era oriundo de Pamiers y uno de los más antiguos compañeros de Domingo. El obispo de Osmá, al salir de Francia, le había propuesto para el gobierno temporal de la misión del Languedoc. Se dice que, después de haber consagrado a la Orden más de veinte años de su vida, hizo de nuevo fotos en la abadía Bolbonne, de los Cistercienses, y hasta quiso transferirles el monasterio de Prouille.

Mateo de Francia pasó su juventud en las escuelas de París. El conde de Montfort le estableció como prior de una colegiata de canónigos en San Vicente de Castres. Allí fue donde Mateo conoció a Domingo, y cuando, al verle un día elevado sobre la tierra en un éxtasis, se entregó plenamente a él. Fue el fundador del famoso convento de san Santiago, de París. Su cuerpo reposaba allí en el coro, al pie de la silla que había ocupado como prior del monasterio.

Beltrán de Garriga, llamado así debido al lugar en que nació (pueblecito del Languedoc, cercano a Alais), era hombre de austeridad admirable. Domingo le aconsejó un día llorase menos por sus pecados y más por los ajenos. Le confió el gobierno de San Román durante su último viaje a Italia. Beltrán murió en 1230, y fue inhumado en Orange, en una casa de religiosas, en donde sus reliquias obraron milagros. Estas fueron transportadas en 1427, por orden del Papa Martino V, al convento de Predicadores de la misma ciudad.

Tomás era un distinguido habitante de Tolosa. Jordán de Sajonia le llama “hombre lleno de gracias y de elocuencia”. (“Vida de Santo Domingo”, cap. I.) Se hizo discípulo de Domingo en el año 1215, al mismo tiempo que Pedro Cellani, su conciudadano.

Pedro Cellani, joven, rico, honrado, mucho más noble de corazón que de nacimiento, entregó al mismo tiempo a Domingo su persona y su casa. Fue el fundador del convento de Limoges. Una gran veneración le acompañó hasta el sepulcro, al que bajó en 1259, después de haber desempeñado, en los tiempos más difíciles, el cargo de inquisidor, que le impuso Gregorio IX.

Esteban de Metz habitaba en Carcasona como Domingo desde el año 1213. Fue el fundador del convento de Metz, y por ello se le dio el nombre por el que se le distingue en la Historia.

Nada se sabe de notable sobre Natal de Prouille.

Oderico de Normandía no era sacerdote; fue el primer hermano converso de la Orden.

He aquí los elementos franceses de la familia Dominicana en aquella época. Pocos fueron en número, pero obraron de manera tan rápida y tan extensa, que se puede decir en verdad de Francia que fue la mina y el crisol de donde salieron los frailes Predicadores. Con hijas de Francia fundó Domingo Nuestra Señora de Prouille, la cuna de su Orden; dos franceses fueron los que, entregándose a él, dan lugar a la fundación de San Román en Tolosa; Mateo de Francia será aquí en veremos más tarde fundar a Santiago de París, y otro francés, que nos es aún desconocido, a San Nicolás de Bolonia. Estudiando la predestinación de Francia, tal cual nos la revelan su situación territorial, su historia y su genio, fácil es comprender la gran parte que Dios le concedió en la formación de una Orden apostólica. Se ha dicho de este pueblo que es un soldado; pero sobre todo, es un misionero, pues hasta su misma espada es de proselitismo. Ningún pueblo contribuyó más que Francia a extender en Occidente el reino de Jesucristo, y a partir de las Cruzadas, su nombre equivalía el nombre de cristiano en la lengua de los reinos de Oriente. Había recibido con el bautismo el don de creer y amar con la misma intensidad, y la situación maravillosa, correspondiente a su carácter, abría a sus conquistas todos los continentes del mundo. Francia es un buque cuyo puerto es Europa, y que ancla en todos los mares. ¿Debemos extrañarnos que Dios lo hubiese escogido para que fuese en manos de Domingo el instrumento principal de una Orden destinada para una acción universal? No obstante, España no era infiel al grande hombre a quien había nutrido en sus entrañas, y aunque ocupada en su paciente y gloriosa lucha contra los antiguos dominadores de su suelo, había enviado bastantes soldados al ejército espiritual de su Guzmán.

Dichos soldados eran: Domingo de Segovia, Suero Gómez, el beato Manés, Miguel de Fabra, Miguel de Uzero, Pedro de Madrid y Juan de Navarra.

Domingo de Segovia era uno de los más antiguos compañeros del apóstol del Languedoc; Jordán de Sajonia le llama “hombre de una humildad cabal; pequeño por su ciencia, pero magnífico por su virtud”. (“Vida de Santo Domingo”, cap. I.) Se cuenta de él que una vez llegó una mujer sin pudor expresamente para poner a prueba su santidad; y el hizo lo siguiente: se acostó en la estancia entre tizones ardientes, y dijo a la tentadora: “Sí es verdad que me amas, aquí tienes el lugar y el momento para probármelo.” (“Vida de Santo Domingo” cap. I.)

Suero Gómez era uno de los principales señores de la corte de Sancho I, rey de Portugal. Los rumores de la Cruzada contra los albigenses le atraieron hacia el Languedoc, en donde sirvió como caballero la causa católica. Pero llamado por Dios, se dio cuenta de que existía una milicia mejor, y lo abandonó todo para predicar a Jesucristo y vivir pobremente. Fue el fundador del convento de Santarén, situado a algunas leguas de Lisboa, al lado del Tajo. El rey Alfonso II le dio grandes pruebas de confianza. Murió en 1233, honrado con el título de santo por varios historiadores.

El beato Manés de Guzmán era hermano de santo Domingo. Se ignora en qué época tomó el hábito de la Orden y por qué motivo. Murió hacia 1230, y fue inhumado en Gumiel de Izán, en el sepulcro de sus antepasados.

Miguel de Fabra fue el primer lector o profesor de Teología que tuvo la Orden. Enseñó en el convento de París; fue confesor y predicador de Jaime, rey de Aragón, y fundó los conventos españoles de Mallorca y Valencia. Antiguos escritores alaban su celo apostólico, sus servicios en la guerra contra los moros, su asiduidad en la oración y la contemplación y sus milagros. Primeramente fue enterrado en la sepultura común de los religiosos en Valencia; pero el prior, advertido por un prodigio para que transportase sus restos a un lugar más honroso, los depositó con gran pompa en una capilla del convento dedicado a san Pedro Mártir.

Nada nos ha transmitido la tradición de notable sobre Miguel de Uzero y sobre Pedro de Madrid.

Juan de Navarra recibió el hábito de la Orden el 28 de agosto de 1216, día de san Agustín. Es el único de los primeros compañeros de Domingo que ha figurado como testigo en el proceso de su canonización, y por su declaración se sabe que con frecuencia había habitado y viajado con él.

Por fin, Inglaterra mezcló una gota de su sangre a la sangre francesa y española de esta primera generación de la dinastía dominicana, como si todos los pueblos marítimos de

Europa hubiesen tenido que aportar su tributo. El inglés afecto a Domingo se llamaba Lorenzo.

Si grande fue el gozo a la llegada del santo patriarca, la extrañeza no fue menor cuando se supo la resolución que había traído consigo de dispersar inmediatamente su rebaño. Todo el mundo estaba persuadido de que lo retendría durante largo tiempo en la santa y estudiosa oscuridad del claustro. Esto parecía expuesto a romper la unidad de un cuerpo débil ya de sí. ¿Qué podía esperarse de algunos hombres esparcidos por los caminos de Europa antes de que la fama de la nueva Orden los precediese? El arzobispo de Narbona, el obispo de Tolosa, El conde de Montfort, todos aquellos que se interesaban por la obra naciente, amonestaron a Domingo para que no expusiese el éxito debido a una ambición prematura por el bien. Pero él, tranquilo e inquebrantable en su deseo, les contestaba: “Señores míos, padres míos: no os opongáis a mis deseos, Pues bien sé lo que me hago” (“Actas de Bolonia”, declaración de Juan de Navarra, número 2.) Pensaba en la visión que había tenido en la Basílica de San Pedro, y resonaban en su oído las palabras de los dos apóstoles, que le decían: “Ve y predica.” Otra advertencia había recibido sobre la ruina próxima del conde de Montfort. Vio en sueños un árbol frondoso que cubría la tierra con sus ramas y servía de abrigo a los pájaros del cielo, cuando un golpe imprevisto lo derribó, disipando todo cuanto se había confiado al asilo de su sombra. Cuando es Dios el que envía estos presagios misteriosos, proyecta al mismo tiempo sobre ellos cierta luz que aclara su sentido. Domingo comprendió que Montfort era el árbol cuya caída iba a echar por tierra las esperanzas de los católicos, y que no era prudente edificar sobre un sepulcro. Una consideración superior propia venía a unirse a estas revelaciones para que no siguiese el consejo de sus amigos. Pensaba que el apóstol se forma antes con la acción que por la contemplación, y que el medio más seguro para reclutar su Orden era echarla intrépidamente en el centro de las agitaciones del espíritu humano. Él mismo dio a sus discípulos esta memorable razón, bajo una forma tan ingeniosa como sólida, diciéndoles: “El grano no fructifica cuando se le mantiene amontonado.” (Constantino d’Orvieto, n. 21. El B. Humbert, n. 26.)

Tres ciudades gobernaban en aquel tiempo a Europa; Roma, París, y Bolonia; Roma, por sus universidades, que eran el punto de reunión de la juventud de todas las naciones. Fueron precisamente aquellas tres ciudades las que Domingo escogió para que fuesen las capitales de su Orden y recibiesen inmediatamente sus enjambres. Pero no podía tampoco olvidar a su patria, aunque no hubiera entrado aún en el movimiento general de Europa, ni abandonar el Languedoc, que disfrutó de las primicias de sus trabajos. Ya veremos, pues, qué trabajo se proponía llevar a cabo al mismo tiempo y con qué elementos. Dieciséis hombres le

parecían suficientes para conservar Prouille y Tolosa, Para ocupar Roma, París, Bolonia y España. No se limitaban a eso sus proyectos: aspiraba, como hemos visto, a evangelizar a los infieles de ultramar y ya dejaba crecer su barba a la manera de los orientales con objeto de estar presto al primer viento favorable. Por efecto de la misma previsión, deseaba que sus religiosos eligiesen canónicamente uno de entre ellos para que ocupase el lugar que él dejara al marchar. Habiéndolo regulado todo de esta manera en su pensamiento, y después de gozar durante algún tiempo de la vida en comunidad con todos los suyos, los convocó en el monasterio de Prouille para el día de la Asunción, que estaba próximo.

Aquel día una numerosa concurrencia de gente se acumulaba a las puertas de la iglesia de Prouille. Una parte de ellos había sido atraída por la antigua devoción a aquel lugar; otra parte la había conducido allí la curiosidad; el afecto y la abnegación había llevado hasta allí a los obispos, a los caballeros y al conde de Montfort. Domingo ofreció el santo Sacrificio en aquel altar, que con tanta frecuencia había sido testigo de sus lágrimas secretas; recibió los votos solemnes de sus hermanos, que hasta entonces no le habían sido afectos sino por la constancia de su corazón, o que únicamente habían hecho los votos sencillos, y al final del discurso que les dirigió volviéndose hacia la gente, le habló en estos términos: “Desde hace muchos años os exhorto inútilmente con dulzura, predicándoos, orando y llorando; pero, según el proverbio de mi país, donde la bendición nada puede, algo podrá hacer el palo. Por eso excitaremos contra vosotros a los príncipes y a los prelados, quienes, desgraciadamente, armarán contra esta tierra a las naciones y los reinos, y muchos perecerán por la espada; las tierras serán devastadas, las murallas derribadas, y todos vosotros quedaréis reducidos, ¡oh dolor!, a la esclavitud. De esta manera alcanzará el castigo lo que no ha podido alcanzar la bendición y la dulzura.” (“Manuscrito de Prouille”, que figuró entre los documentos del convento de Tolosa, por el padre Percín, pág. 20, n. 47.) Esta despedida de Domingo, dirigida a la tierra ingrata que había regado durante doce años con sus sudores, parecía un testamento adecuado contra aquellos que un día debían profanar su memoria. Fija para siempre el carácter de su apostolado, cuya eficacia había consistido por completo en “la dulzura de la predicación, la oración y las lágrimas.” La amenaza profética que contienen estas palabras recuerda por su acento esta célebre lamentación: “¡Ah, Si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que toca a tu paz! Mas ahora está encubierto a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te acercarán con baluarte, y te pondrán cerco, y de todas partes te pondrán en estrecho. Y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán sobre ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación.” (San Lucas, XIX, 42, 43, 44,) Domingo no dice que excite personalmente a los príncipes y a los prelados; pero no

separa su persona de la cristiandad entera, y dice en forma que comprende la solidaridad general. “¡Considerad que excitaremos contra vosotros a los príncipes y a los preladados!” Pero él, extraño a todo cuanto se había llevado a cabo en el orden guerrero y de la justicia, gimiendo por las desgracias que pudieren venir, se marcha sin haber intervenido en asuntos sangrientos; sale de Francia y abandona con ella el teatro de las contiendas y las batallas; va a fundar conventos en Italia, Francia y España, y con el cayado del viajero en la mano y las alforjas al hombro, va a dedicar a estas pacíficas creaciones el resto de una vida ya devorada por el sacrificio.

Una vez terminada la ceremonia pública, Domingo declara a sus religiosos sus intenciones sobre cada uno de ellos. Guillermo Claret y Natal de Prouille quedarán en el monasterio de Nuestra Señora de Prouille; Tomás y Pedro Cellani en San Román de Tolosa. Para España tenía destinados a Domingo de Segovia, Suero Gómez, Miguel de Uzero y Pedro de Madrid. París disponía de tres franceses: Mateo de Francia, Beltrán de Garriga y Oderico de Normandía; tres españoles: el beato Manés de Guzmán, Miguel de Fabra y Juan de Navarra, y con ellos el inglés Lorenzo. Domingo se había reservado únicamente a Esteban de Metz para la fundación de conventos en Roma y Bolonia. Los frailes, antes de separarse, eligieron a Mateo de Francia como Abad; es decir, como superior General de la Orden, bajo la autoridad suprema de Domingo. Este título, que llevaba en sí algo de magnífico a causa de la gran consideración que habían alcanzado los jefes de la Orden en las antiguas religiones, se concedió solamente esta vez, y desapareció para siempre con la persona de Mateo. Convinieron dar el más humilde de “Maestro” al que fuere llamado al gobierno General de la Orden.

Esta manera de dividirse el mundo unos cuantos hombres era en sí misma un espectáculo extraordinario; pero lo fue mucho más por sus circunstancias. Los nuevos apóstoles partieron a pie, sin dinero, despojados de todo recurso humano, con la misión no solamente de predicar, sino de fundar conventos. Uno solo de entre ellos, Juan de Navarra, rehusó ponerse en camino en tales condiciones y pidió dinero. Domingo, viendo que un fraile Predicador no tenía confianza en la Providencia, rompió a llorar y se echó a los pies de aquel hombre de poca fe. Pero no pudiendo vencer su desconfianza con Dios, ordenó le entregasen doce dineros.

Cuando todo estuvo preparado, el 13 de septiembre de 1217, cuatro años después de la Batalla de Muret, el viejo conde Ramón entró en Tolosa: la obra del abad del Císter había sido destruida, pero la de Dios estaba ya cumplida.

CAPÍTULO XI

Cuarto viaje de Domingo a Roma - Fundación de los conventos de san Sixto y de Santa Sabina - Milagros que acompañaron a estas dos fundaciones

Domingo no abandonó el Languedoc inmediatamente después de la dispersión de sus hijos. La prueba la tenemos en un tratado que concertó el 11 de septiembre siguiente respecto a los diezmos que Foulques le había concedido precedentemente. Se trataba de saber hasta dónde alcanzaba este derecho. Se convino no exigirlos a las parroquias cuya población fuese inferior a diez familias, y se eligieron árbitros para zanjar todas las dificultades que pudiesen surgir de allí en adelante. Hecho esto, Domingo cruzó los Alpes a pie, según era su costumbre. Le acompañaba únicamente Esteban de Metz. La Historia le pierde de vista hasta que llega a Milán, en donde le encuentra a las puertas de la Colegiata de San Nazario pidiendo hospitalidad a los canónigos. Estos le recibieron como uno de los suyos a causa del hábito canonical que vestía.

Su primer cuidado al llegar a Roma fue buscar un lugar conveniente para la fundación de un convento. Al pie meridional del Monte Celio, a lo largo de la vía Apia, frente a las gigantescas ruinas de las termas de Caracalla, se elevaba una antigua iglesia, dedicada a san Sixto II, Papa y mártir. Otros cinco Papas, mártires como él, reposaban a su lado en este sepulcro. En uno de los flancos de la iglesia, nuevamente reedificada, existía un claustro casi terminado. La profunda soledad de la iglesia y del claustro contrastaba con los recientes trabajos cuyas huellas se observaban en muchos sitios. Se adivinaba que un súbito acontecimiento había interrumpido la ejecución de un pensamiento. En efecto: fue la muerte de Inocencio III lo que había suspendido aquella renovación de un lugar antiguo y célebre. El claustro había sido destinado por él para reunir bajo una misma regla diversas religiosas que vivían en Roma con demasiada libertad. Domingo, que ignoraba esta circunstancia, se apresuró a pedir la iglesia y el monasterio al sumo Pontífice; Honorio III le hizo verbalmente la concesión.

En tres o cuatro meses Domingo reunió en san Sixto hasta unas cien religiosas. La fecundidad rápida y prodigiosa sucedía en él a la lentitud que siempre había caracterizado su destino. Aquel hombre, que no había comenzado su verdadera carrera hasta llegar a los treinta y cinco años y que había necesitado doce para formar dieciséis discípulos, los veía llegar ahora ante sí de la misma manera que las espigas maduras caen a la acción de la hoz

del segador. No hay que extrañarse, pues, de esto, porque una ley de la gracia y de la naturaleza hace que la fuerza durante largo tiempo contenida obre con impetuosidad cuando llega a romper sus trabas o sus diques. Existe en todas las cosas un punto de madurez que hace que el éxito sea tan rápido como inevitable. San Sixto, colocado en el camino que seguían antiguamente los triunfadores romanos para ascender al Capitolio, fue testigo durante un año decenas más maravillosas que los espectáculos a que habían acostumbrado a la vía Apia los generales romanos. En ningún sitio ni en ningún tiempo manifestó Domingo más la autoridad que Dios le había concedido sobre las almas, y nunca le obedeció la naturaleza con presteza tan respetuosa. Este fue el momento triunfal de su vida.

Lo primero que tuvo que hacer fue terminar el monasterio. Mientras se trabajaba en este menester, Domingo continuó el curso de sus predicaciones en las iglesias y de su enseñanza en el palacio del Papa. Su palabra le creaba todos los días algún nuevo discípulo, que iba a vivir en la parte habitable del convento; salía por la mañana con su cayado y volvía por la tarde trayendo algún adepto, y el edificio espiritual de San Sixto progresa va al par que el edificio material. El demonio, celoso de tan felices progresos, quiso perturbar su alegría. Un día que los religiosos habían llevado a un arquitecto bajo la bóveda que se trataba de demoler o reparar, la obra se desplomó y enterró al hombre bajo sus ruinas. Una gran desolación se apoderó de los frailes, reunidos en derredor de los escombros que cubrían el cuerpo del desgraciado; genial por su incertidumbre sobre el estado del alma en el momento en que fue sorprendida, por los rumores desfavorables que correrían entre la gente, y la consternación les hizo incapaces durante largo rato de tomar un acuerdo. Domingo llegó, hizo retirar el cuerpo del montón de piedras bajo las cuales yacía aplastado; se lo trajeron, y rogó a Aquel que había prometido que nada rehusaría a la fe; y la vida, obedeciendo su ruego, realismo los restos ensangrentados que yacían ante él.

Otra vez, el procurador del convento, Santiago de Melle, enfermó tan gravemente, que se le administraron los últimos sacramentos. Los padres rodeaban su lecho, protegiendo con sus oraciones el éxodo de su alma, entristecidos por la pérdida de un hombre que les era por entonces muy necesario, por la razón de que nadie era tan conocido en Roma como él. Domingo, que veía la pena que sentían sus hijos, ordenó saliesen todos de la habitación; cerró la puerta, y una vez a solas con el enfermo, se entregó a una oración tan ferviente, que retuvo la vida en los labios del moribundo. Luego llamó a los religiosos y se los devolvió sano y salvo.

El oficio de procurador, que desempeñaba Santiago de Melle, consistía en proveer, con ayuda de la Providencia, a las necesidades extremas de San Sixto, Pues el convento no

contaba con renta alguna. Vivía de limosinas cotidianas, recogidas de puerta en puerta por los frailes. Una mañana Santiago de Melle vino a prevenir a Domingo diciéndole que no había nada en la casa para la comida, si no se echaba mano de dos o tres panes; ante esta noticia Domingo no perdió la serenidad; ordenó al procurador dividirse lo poco que había en cuarenta porciones, de acuerdo con el número de religiosos, y que tocase la campana llamando a comer a la hora acostumbrada. Al entrar en el refectorio, cada uno de los religiosos encontró un pedazo de pan en su sitio; se rezaron las oraciones de la bendición con mucha más alegría que de costumbre, y se sentaron. Domingo estaba en la mesa prioral, con los ojos de su corazón elevados hacia Dios. Después de unos instantes de espera, dos jóvenes vestidos de blanco aparecieron en el refectorio, y adelantándose hasta la mesa en donde estaba Domingo, depositaron los panes que habían traído en sus mantos.

Este mismo milagro se renovó más tarde en circunstancias que hay que oír de la misma boca de los antiguos: “Cuando los religiosos habitaban aún junto a la iglesia de San Sixto, en número de cien, cierto día el bienaventurado Domingo ordenó a fray Juan de Calabria a fray Alberto el Romano fuesen por la ciudad a buscar limosnas. Recorrieron inútilmente las calles desde la mañana hasta las tres de la tarde, hora en que volvieron el convento. Cuando ya estaban junto a la iglesia de San Anastasio encontraron una mujer que sentía una gran devoción por la Orden, la cual, al ver que nada llevaban, les dio un pan. “No quiero - les dijo - que volváis con las manos vacías”. Un poco más adelante encontraron a un hombre que les pidió limosna. Se excusaron diciéndole que nada tenían tampoco para ellos. Pero como el hombre insistiese, se dijeron uno al otro: “¿Para qué tenemos con un solo pan? Démoslo a este hombre por amor a Dios.” Le entregaron el pan, e inmediatamente le perdieron de vista. Al entrar en el convento, el piadoso Domingo, a quien el Espíritu Santo había revelado ya todo cuanto había sucedido, vino a su encuentro y les dijo alegremente: “Hijos míos, ¿No traéis nada?” “Nada, padre”, contestaron. Y le contaron todo cuanto había acaecido, y que el pan que llevaban lo habían dado a un pobre. Él entonces dijo: “era un ángel del Señor; el Señor sabrá alimentar bien a los tuyos; Vamos a orar.” entró en la iglesia, y saliendo al momento, dijo a los hermanos llamasen a la comunidad al refectorio. Los religiosos dijeron: “Padre santo, ¿Cómo queréis que les llamemos, si no hay nada que servir a la mesa?” Tardaron en cumplir la orden que habían recibido. Entonces el bienaventurado Domingo mandó llamar a fray Rogerio, encargado de la despensa, y le ordenó reuniese a todos para la comida, porque el Señor proveería a sus necesidades. Pusieron los manteles en las mesas, colocaron los vasos; y al dar la señal, Toda la comunidad entró en el refectorio. El bienaventurado padre pronunció las palabras de la bendición, y todos se sentaron: luego fray

Enrique el Romano comenzó la lectura. Mientras tanto, el bienaventurado Domingo oraba con las manos juntas sobre la mesa, y de pronto, de acuerdo con lo que había prometido por inspiración del Espíritu Santo, dos bellos jóvenes, ministros de la Divina Providencia, entraron por medio del refectorio, llegando algunos panes en unas blancas alforjas que pendían de sus hombros. Comenzaron la distribución por las filas inferiores, uno por la derecha, el otro por la izquierda, dejando delante de cada cual un pan entero de admirable aspecto. Luego, al llegar al bienaventurado Domingo, depositaron ante él otro pan entero, inclinaron la cabeza y desaparecieron, sin que se haya sabido nunca de dónde vinieron ni a dónde fueron. El bienaventurado Domingo dijo, entonces: “Hermanos míos, comed el pan que el Señor os ha enviado.” después dijo a los hermanos que servían que trajeran el vino, y estos contestaron: “Padre santo, no queda.” entonces el bienaventurado Domingo, lleno de espíritu profético, les dijo: “Id al depósito y traed a vuestros hermanos el vino que el Señor les ha enviado.” Fueron, y encontraron el moyo lleno de vino hasta los bordes, un vino excelente que se apresuraron a llevar a la comunidad. Entonces el bienaventurado Domingo dijo: “bebed, hermanos míos, el fino que el Señor os ha enviado.” comieron y bebieron cuando quisieron aquel día, el siguiente y otro. Al terminar la comida del tercer día, hizo que diesen a los pobres cuánto pan y vino quedaba, no permitiendo que guardasen más en el convento. Durante aquellos tres días nadie salió a pedir limosna, porque el Señor había enviado pan y vino en abundancia. El bienaventurado padre dirigió a todos con tal ocasión un precioso discurso para que no desconfiasen jamás de la Divina Providencia, aún encontrándose en la mayor penuria. Fray Tancredo, prior del convento; fray Odón el Romaní, fray Enrique, del mismo lugar; fray Lorenzo, el de Inglaterra; fray Gaudión y fray Juan el Romano Y muchos otros presenciaron este milagro, que contaron a sor Cecilia y demás religiosas que vivían aún en el monasterio de Santa María, a la otra parte del Tíber. Hasta les llevaron de aquel pan y de aquel vino, y las religiosas los conservaron durante largo tiempo como reliquias. Fray Alberto, a quien el bienaventurado Domingo había enviado a pedir limosna con un compañero, fue uno de los dos a quienes el bienaventurado Domingo predijo la muerte en Roma. El otro era fray Gregorio, hombre de gran belleza y de gracia perfecta. Fray Gregorio fue el primero que descansó en el Señor, después de haber recibido piadosamente los sacramentos. Tres días después, fray Alberto, también después de recibir los sacramentos piadosamente, salió de esta cárcel tenebrosa para elevarse al palacio del Cielo.” (Relato de sor Cecilia, n. 3.)

Este ingenuo relato nos permite penetrar en el interior de la familia de San Sixto, y nos transporta mejor que todas las descripciones a los tiempos primitivos de la Orden. Por él

vemos la manera como sin oro ni plata surgían populosos monasterios; la manera como la fe suplía la fortuna, y la exquisita sencillez con que vivían aquellos hombres, entre los cuales muchos habían habitado en Palacios. Fray Tancredo, Prior de San Sixto, era un caballero de noble origen, agregado a la corte del emperador Federico II. Se encontraba en Bolonia a principios del año 1218, cuando Domingo envió algunos padres, como veremos a su tiempo y lugar, y un día, sin que supiese por qué, comenzó a pensar y considerar el peligro que corría su salvación eterna. Trastornado por este pensamiento súbito, dirigió una plegaria a la Santísima Virgen; la noche siguiente, Nuestra Señora se le apareció en sueños y le dijo: “Entra en mi Orden.” despertó y volvió a dormirse. En este segundo sueño vio dos hombres que vestían el hábito de Frailes Predicadores, y uno de ellos, ya anciano, le dijo: “Tú pides a la Santísima Virgen que te dirija por el camino de la salvación; ven a nosotros y te salvarás.” (Gerardo de Frachet: “Vida de los Hermanos”, lib IV, cap. XIV.) Tancredo, que no conocía a un el hábito de la Orden, creyó que era una ilusión. Se levantó a la mañana siguiente: rogó a su hostelero le condujese a una iglesia para oír misa. El hostelero le llevó a una pequeña iglesia llamada Santa María de Mascarella, que recientemente había sido donada a nuestros religiosos. Tan pronto entró en ella, encontró a dos frailes, en uno de los cuales reconoció inmediatamente al viejo que había visto en sueños. Después de haber arreglado todos sus asuntos, tomó el hábito, y vino a Roma a unirse a Domingo.

Fray Enrique, de quien se habla también en el relato de sor Cecilia, era un joven noble, romano. Sus padres, indignados porque se había entregado a la Orden, resolvieron arrebatárselo. Advertido Domingo de su intención, hizo salir al joven con algunos compañeros por la vía Nomentana. Pero sus padres se lanzaron en su persecución, llegando a la orilla del Anio cuando Enrique acababa de pasarlo. Al verse tan próximo a caer en sus manos, elevó su corazón a Dios, recomendándose a su protección por los méritos de su siervo Domingo. Inmediatamente las aguas del torrente se encresparon ante su vista, y en vano se empeñaron en franquearlo los caballeros que estaban en la otra orilla. Enrique volvió tranquilamente a San Sixto después que se hubieron retirado.

Fray Lorenzo de Inglaterra, otro de los testigos del milagro de los panes, era el mismo que Domingo había enviado a París al dispersar a sus religiosos. Volvió más tarde con Juan de Navarra. Otros dos, Domingo de Segovia y Miguel de Uzero, volvieron de España, en donde nada hicieron.

Entretanto, Honorio III había tomado con cariño el deseo de su antecesor de reunir en un solo monasterio, bajo una misma regla, a las religiosas esparcidas en diversos conventos de Roma, haciéndoselo saber a Domingo, como hombre que podía dirigir mejor obra tan

difícil y llevarla a cabo. Domingo aceptó con tanto mayor gozo cuánto que la proposición del Papa era un medio para restituir san Sixto a su destino primitivo, fundando en él una comunidad de religiosas dominicas, siguiendo el modelo de Nuestra Señora de Prouille. Lo único que pidió fue que se nombrasen cardenales adjuntos para suplir la debilidad de su autoridad. El Papa le designó tres: Ugolino, obispo de Ostia; Esteban de Fossanova, titular de los Santos Apóstoles, y Nicolás, obispo tusculano. A cambio de la morada de San Sixto, le donó la iglesia y el monasterio de Santa Sabina, situado en el monte Aventino, al lado de su propio palacio. Los preparativos se efectuaban al mismo tiempo en Santa Sabina y San Sixto. En un monasterio para recibir a las religiosas, y en el otro para que se trasladasen los frailes.

Domingo, ocupado por este doble cuidado, no se cansaba de continuar sus predicaciones. Un día que debía predicar en San Marcos, una mujer que tenía su hijo enfermo lo abandonó todo por venir a escuchar su palabra. Al salir del sermón, encontró a su hijo sin vida. Su esperanza fue tan pronta como su dolor. Tomó consigo una sirvienta para que le llevase el niño, y salió presurosa hacia San Sixto, sin tener tiempo para derramar una lágrima. Entrando en el patio del convento por la vía Apia, dejaban a la izquierda la iglesia y el monasterio, y tenían delante la puerta de una habitación baja y aislada a la que llamaban capítulo. Domingo estaba de pie en aquella puerta cuando la desgraciada madre llegaba al patio. Ella se lanzó a él, tomó al niño, le puso a los pies del santo, y con miradas y ruegos pidió la vida para su hijo. Domingo se retiró un momento hacia el interior del capítulo, volvió al umbral, hizo la señal de la cruz sobre el niño, se inclinó para tomarle por la mano, le levantó con vida y le devolvió a su madre, ordenándole no dijese a nadie lo que acababa de suceder. Pero la noticia se extendió por Roma inmediatamente. El Papa quiso que se publicase este milagro en todas las iglesias desde el púlpito; Domingo se opuso, amenazando con marcharse a vivir entre los infieles y abandonar Roma para siempre. Se habló mucho sobre este asunto, y la veneración que ya se tenía por él llegó a su colmo. Por donde pasaba, la gente le seguía como un ángel de Dios; tanto los grandes como el pueblo se estimaban felices en tocarle; le cortaban trozos de la capa para hacer reliquias, de manera que apenas le llegaba aquella a las rodillas. Algunas veces los religiosos se oponían a que le cortasen de tal manera los vestidos; Pero él les decía: “Dejadles, puesto que esa es su devoción.” (Relato de la hermana Cecilia, n. I.) fray Tancredo, fray Odón, fray Enrique, fray Gregorio, fray Alberto y otros muchos presenciaron aquel milagro.

Aunque era grande la santidad de Domingo, no allanaba todas las dificultades que encontraba la reunión de las religiosas romanas en san Sixto. La mayor parte de ellas rehusaron sacrificar la libertad que hasta entonces habían gozado de salir del claustro y visitar

a sus parientes. Pero Dios vino en ayuda de su siervo. Había en Roma un monasterio de jóvenes llamado Santa María, a la otra parte del Tíber; en él se conservaba una de las imágenes de la Virgen atribuidas por la tradición al pincel de san Lucas. Aquella imagen era célebre y venerada por el pueblo, porque el Papa san Gregorio había vencido la plaga de la peste llevándola en procesión por la ciudad. Se creía también que después que el Papa Sergio III había ordenado la colocasen en la Basílica de san Juan de Letrán, había vuelto por sí misma a su antigua morada. La abadesa de aquel monasterio y todas las religiosas, excepto una, se ofrecieron voluntariamente a Domingo e hicieron profesión de obediencia ante él; pero con la condición de que se llevarían consigo la imagen de la Santísima Virgen, y que si la imagen abandonaba san Sixto por sí misma para volver a su iglesia primitiva, su voto de obediencia quedaría nublado. Domingo aceptó la condición, y en virtud de la autoridad que acababan de confiarle, les prohibió franqueasen desde entonces el umbral del convento. Estas jóvenes pertenecían a la más alta nobleza de Roma.

Cuando sus padres se enteraron del compromiso que habían contraído y el nuevo intento de la reforma, vinieron a Santa María para disuadirlas del cumplimiento de cuanto habían prometido. Cegados por la pasión, trataron a Domingo de desconocido y aventurero. Sus discursos quebraron los ánimos de las religiosas; muchas de ellas se arrepintieron del voto que habían hecho. Domingo, que había sido advertido interiormente, llegó una mañana a verlas, y después de haber celebrado misa y pronunciado un sermón, les dijo: “Sé, hijas mías, que sentís haber tomado aquella resolución y que queréis salir del camino del Señor. Aquellas de entre vosotras que continúen fieles a su promesa, harán de nuevo profesión ante mí.” (Relato de Sor Cecilia, número 13.) entonces, todas a la vez, con la abadesa a la cabeza, renovaron el acto que las despojaba de su libertad. Domingo tomó las llaves del convento, Y puso en él hermanos conversos para que lo vigilasen día y noche, prohibiendo a las hermanas hablar, a quien quiera que fuese, sin testigos de allí en adelante.

Así las cosas, se reunieron en san Sixto el día de ceniza, 28 de febrero del año 1218, los cardenales Ugolino, Esteban de Fossanova y Nicolás, siendo Pascua en dicho año el 15 de abril. La abadesa de Santa María del Tíber, por su parte, fue con sus religiosas para resignar solemnemente su oficio y ceder a Domingo y sus compañeros todos sus derechos sobre el convento. “Estando el bienaventurado Domingo reunido con los cardenales, en presencia de la abadesa y sus religiosas, entró precipitadamente un hombre mesándose los cabellos y lanzando grandes gritos. Le preguntaron qué ocurría, y contestó: “¡el sobrino de monseñor Esteban ha caído del caballo, y se ha matado!” El joven de que se hablaba se llamaba Napoleón. Al oír la noticia, su tío se inclinó desfallecido sobre el pecho del santo patriarca.

Acudieron a socorrerle; el bienaventurado Domingo se levantó, le roció con agua bendita; y dejándole en brazos de otros, corrió hacia el lugar en donde yacía el cuerpo del joven horriblemente destrozado. Ordenó le transportasen a una habitación separada y que le encerrasen en ella. Luego dijo a fray Tancredo y a los demás padres que lo preparasen todo para la misa. El bienaventurado Domingo, los cardenales, los religiosos, la abadesa y las religiosas se dirigieron, pues, al lugar en donde estaba el altar, y el bienaventurado Domingo celebró con gran abundancia de lágrimas. Pero cuando llegó a la elevación del cuerpo del Señor, teniéndolo en alto en sus manos, según la costumbre, se le vio elevarse de la tierra a un codo de altura; al verle fueron todos presa de gran estupor. Terminada la misa, volvió a ver el cuerpo del difunto, acompañado de los cardenales, la abadesa, las religiosas y todos cuando se encontraban en la iglesia, y cuando llegó a su lado arregló sus miembros, uno tras otro, con su santas manos; luego se prosternó en tierra, orando y llorando. Tres veces tocó la cara y los miembros del difunto para colocarlos en su lugar, y tres veces se prosternó. Cuando se levantó por tercera vez, hizo la señal de la cruz sobre el muerto; y estando en pie al lado de su cabeza, con las manos tendidas hacia el cielo, elevó su cuerpo de la tierra más de un codo, exclamando en altavoz: “¡Oh joven Napoleón! te digo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo que te levantes!” inmediatamente a la vista de todos cuantos había atraído tan sorprendente espectáculo, el joven se levantó sano y salvo, y dijo al bienaventurado Domingo: “Padre, dadme de comer.” el bienaventurado Domingo le dio de comer y de beber, y le devolvió gozoso y sin ninguna señal de herida a su tío el cardenal.” (Relato de sor Cecilia, n. 2.)

Cuatro días después, el primer Domingo de Cuaresma, las religiosas de Santa María del Tíber, otras religiosas del monasterio de Santa Bibiana y de diversos conventos y algunas mujeres del pueblo, entraron en san Sixto, en donde santo Domingo les dio el hábito de la Orden. Entre todas eran cuarenta y cuatro. Había entre ellas una hermana de Santa María del Tíber. A ella le debemos los principales rasgos de la vida del santo patriarca en aquella época. Ella nos los ha conservado en una memoria escrita que dictó, la cual es una obra maestra de narración sencilla y verídica.

La noche del mismo día en que las religiosas entraron en san Sixto, fue transferida a este lugar la imagen de Santa María del Tíber. La trasladaron de noche, porque los romanos se oponían a este cambio. Domingo, acompañado por los cardenales Esteban y Nicolás, precedido y seguido por mucha gente que llevaba velas, conducía la imagen sobre sus hombros. Todos iban descalzos. Las religiosas, descalzas y rezando, esperaban la imagen en San Sixto en cuya iglesia se instaló felizmente.

Todos estos hechos, comprendiendo el viaje de Francia a Roma, tuvieron lugar dentro del espacio de cinco a seis meses, desde el 11 de septiembre de 1217 a principios de marzo del año siguiente. Sin embargo, a pesar de tantas ocupaciones y deberes, Domingo encontraba aún tiempo para entregarse a obras particulares de caridad. Iba con frecuencia a visitar a las “reclusas”, es decir, a las mujeres que voluntariamente se habían encerrado en huecos de murallas para no salir de ellos jamás. Estas mujeres se encontraban en diversos puntos de la ciudad, en las laderas desiertas del monte Palatino, en el fondo de las antiguas torres de guerra, en los arcos de los acueductos en ruinas, como centinelas de la eternidad destacadas en aquellos restos. Domingo iba a visitarlas al caer de la tarde; les llevaba en su corazón aumento de fuerzas que había reservado en él para ellas; después de haber hablado a la muchedumbre, iba a hablar a la soledad. Una de estas reclusas, llamada Lucía, que habitaba detrás de la iglesia de san Anastasio, en el camino de San Sixto, sufría de un mal devorador en un brazo, que dejaba al descubierto el hueso. Domingo la curó una tarde con una simple bendición. Otra, cuyo pecho estaba comido por los gusanos, tenía su alojamiento en una torre vecina a la puerta de San Juan de Letrán. Domingo la confesaba, y de cuando en cuando le llevaba la sagrada Eucaristía. Una vez le rogó le dejase ver uno de los gusanos que la atormentaban y que ella guardaba amorosamente en su seno, como enviado por la Providencia. Bona (así se llamaba esta mujer) consintió el deseo de Domingo; pero el gusano se convirtió en una piedra preciosa en manos del taumaturgo, y el pecho de Bona quedó purificado y sano como el de un niño.

Domingo estaba entonces en el esplendor de la madurez. Su cuerpo y alma habían llegado a esa época de la vida en que la incipiente vejez constituye una perfección y una gracia del vigor. “De mediana estatura, delgado talle, cara bella y un poco coloreado por la sangre; cabellos y barbas de una rubicundez bastante viva y bonitos ojos. En la frente, entre las cejas, surgía cierta luz radiante que atraía el respeto y el amor. Estaba siempre alegre, y era agradable, excepto cuando sentía compasión por alguna aflicción del prójimo. Sus manos eran largas y bellas; su voz, alta, noble y sonora. No fue nunca calvo, y toda su corona religiosa estaba sembrada por algunos cabellos blancos.” (Relato de sor Cecilia, n. 14.)

Así nos lo pinta sor Cecilia, que le conoció en aquellos heroicos tiempos de San Sixto y Santa Sabina.

CAPÍTULO XII

Estancia de Domingo en Santa Sabina - san Jacinto y el beato Ceslao entran en la Orden -
Unción del beato Reginaldo por la Santísima Virgen

La iglesia de Santa Sabina, junto a la cual habitaban los dominicos desde su salida de San Sixto, está dirigida en el monte Aventino. Un antigua inscripción nos atestigua fue fundada durante el pontificado de Celestino I, a principios del siglo V, por un sacerdote de Iliria llamado Pedro. Sus muros se elevaban sobre el lugar más alto y más abrupto del monte, por encima de la estrecha ribera en que el Tíber rumorea en su camino hacia Roma, rozando sus olas los restos del puente que Horacio Cocles defendió contra Porsena. Dos hileras de columnas antiguas, que soportan un techo sin adornos, dividen la iglesia en tres naves, terminadas cada una de ellas por un altar. Esta era la basílica primitiva en toda la gloria de su sencillez. Las reliquias de Santa Sabina, que murió por Jesucristo en tiempos de Adriano, descansan bajo el altar mayor, todo lo cerca posible al lugar de su martirio, indicado por la tradición. Otros huesos preciosos figuraban al lado de los suyos. La iglesia tocaba al palacio de los Sabelli, ocupado entonces por Honorio III, sitio en donde había sido fechada la bula de aprobación de nuestra Orden. Desde las ventanas de esta habitación, una parte de la cual había sido cedida a Domingo, la vista caía sobre el interior de Roma y se detenía en las colinas del Vaticano. 12 rampas sinuosas conducían a la ciudad: una descendía hacia el Tíber; la otra. Hacia uno de los ángulos del monte Palatino, cerca de la iglesia de Santa Anastasia. Este era el camino que Domingo seguía casi a diario de Santa Sabina a San Sixto. Ninguna senda terrestre conserva más huellas de sus pasos, pues casi todos los días, durante más de seis meses, descendía o remontaba la pendiente, llevando de uno al otro convento el ardor de su caridad.

Cuando el viajero entra en Santa Sabina, que continúa siendo una de las obras maestras de Roma, y visita con cuidado las piadosas naves, observa en una capilla lateral unos frascos antiguos. Uno de ellos representa a nuestro padre santo Domingo dando el hábito a un joven arrodillado ante él, mientras otro joven está tendido en tierra; tanto la cara del uno como la del otro quedan ocultas a la vista del espectador; y, no obstante, ambos causan la misma emoción. Esos dos jóvenes son dos polacos: Jacinto y Ceslao Odrowaz. habían acompañado a Roma a su tío Yvo Odrowaz, obispo electo de Cracovia, Y conducidos probablemente a San Sixto por el cardenal Ugolino, antiguo condiscípulo de Yvo en la

universidad de París, asistieron a la resurrección del joven Napoleón. El obispo rogó a Domingo inmediatamente le diese algunos religiosos para llevarlos él consigo a Polonia. El santo le objetó que no había ninguno que estuviese iniciado en la lengua y costumbres polacas y que si alguien de los suyos quisiera tomar el hábito, este sería el mejor medio para propagar la Orden en Polonia y los países del Norte. Jacinto y Ceslao se ofrecieron entonces espontáneamente. Se cree que eran hermanos; pero está fuera de dudas que pertenecían a la misma familia. Su corazón se parecía como se parecía su sangre. Consagrados a Jesucristo por el sacerdocio, honraron a su Maestro a los ojos de su patria, y la juventud en ellos no era sino una virtud más. Jacinto era canónigo de la iglesia de Cracovia; Ceslao, prefecto o preboste de la iglesia de Sandomira. Ambos tomaron el hábito juntos en la iglesia de Santa Sabina, juntamente con otros dos compañeros de viaje, conocidos en la historia de los dominicos con los nombres de Enrique de Moravia y Hermán de Teutona. Polonia y Alemania, únicos países de Europa que no habían dado aún hijos a la Orden de Predicadores, le aportaron atendida su tributo sobre esta colina misteriosa que los romanos no habían comprendido en su sagrado recinto, y cuyo nombre significa “mansión de pájaros”. (“Dirarum nidis domus opportuna volucrum.” Virg. Aen., lib. VIII.)

¡Cuán grandes y sencillos son los caminos de Dios! Ugolino Conti de Italia e Yvo Odrowaz de Polonia se encontraron en la universidad de París. Allí pasaron juntos algunos días de su juventud; luego, el tiempo, que confirma o rompe la amistad lo mismo que todas las cosas, puso entre sus corazones un abismo de más de cuarenta años. Yvo, elevado al episcopado, se vio obligado a ir a Roma, y en ella encontró al purpurado amigo de pasados años. El cardenal condujo un día a su amigo a la iglesia de San Sixto para darle a conocer a un hombre cuyo nombre no había oído nunca, y aquel mismo día la virtud de aquel hombre se manifestó de improviso por el acto más elevado del poder, por un acto de soberanía sobre la vida y sobre la muerte. Yvo, subyugado, pide a Domingo alguno de sus compañeros, sin saber que en tiempo pasado había ido a París para procurar a Domingo algunos de sus compañeros, y que ahora venía a Roma trayéndole cuatro nobles jóvenes del septentrión, predestinados por Dios para sembrar conventos de Predicadores en Alemania, Polonia, Prusia y hasta en el corazón de Rusia.

Jacinto y sus acompañantes estuvieron poco tiempo en Santa Sabina. En cuanto estuvieron suficientemente instruidos sobre las reglas de la Orden, marcharon con el obispo de Cracovia. Al pasar por Friesach, ciudad de la antigua Nórica, situada entre el Drave y el Muhr, viéronse impulsados por el Espíritu Santo a anunciar en aquella comarca la palabra de Dios. Su predicación cambio aquel país de punta a cabo. Animados por el éxito, tuvieron la

idea de erigir allí un convento. En seis meses lo lograron, dejándolo bajo la dirección de Hermán, el teutón, poblado ya por muchos habitantes. A su vuelta a Cracovia, el obispo les donó una vivienda para que la convirtiesen en convento; era aquella una casa de madera que dependía del obispado. Estas fueron las primicias de la Orden en las regiones septentrionales. Ceslao fundó los conventos de Praga y de Breslau, y Jacinto plantó las tiendas dominicanas hasta la región de Kiev, ante los ojos de los cismáticos griegos y el rumor de las invasiones tártaras.

Tanto el norte como el sur parecía habían entablado competencia en cuanto a ver cuál de los dos enviaba a Domingo mejores trabajadores. Había entonces en Francia un célebre doctor llamado Reginaldo, que había enseñado Derecho canónico en París durante cinco años, y que a la sazón era deán del cabildo de San Aniano de Orleans. En el año 1218 fue a Roma para visitar el sepulcro de los Santos Apóstoles, proponiéndose marchar luego a Jerusalén para venerar allí el del Señor. Pero esta doble peregrinación no era más que el prelude de un nuevo género de vida que había resuelto abrazar. “Dios le había inspirado el deseo de abandonarlo todo para dedicarse a la predicación del Evangelio y se estaba preparando para este ministerio, sin saber aún de qué manera lo cumpliría, Pues ignoraba hubiera sido instituida una Orden de Predicadores. Sucedió que en una conversación confidencial que sostuvo con un cardenal, abrió su corazón sobre este asunto, diciéndole pensaba abandonarlo todo para predicar la doctrina de Jesucristo por todas partes en estado de pobreza voluntaria. Entonces el cardenal le dijo: “precisamente acaba de constituirse una Orden que tiene por fin unir la práctica de la pobreza al oficio de la predicación, Y tenemos en la ciudad al General de la nueva Orden, que se ocupa en anunciar la palabra de Dios.” al oír esto el maestro Reginaldo, se apresuró a ir en busca del bienaventurado Domingo y revelarle el secreto de su alma. La vista del santo y la gracia de sus discursos le sedujeron, y resolvió desde aquel momento a entrar en la Orden. Pero la adversidad, que es lo que sirve de prueba a todos los santos proyectos, no tardó en oponerse al suyo. Enfermó tan gravemente, que la naturaleza parecía sucumbir bajo los asaltos de la muerte; tanto, que los médicos desesperaban de salvarle. El bienaventurado Domingo, afligido al considerar la pérdida de aquel cuyos servicios no había podido utilizar aún, se dirigió la Divina Misericordia con insistencia, suplicándole, según contó luego a sus hermanos, no le privase de un hijo que había sido más bien concebido que nacido, y le concediese la vida, al menos por algún tiempo. Mientras oraba dirigiendo esta súplica, la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios y Señora del mundo, acompañada por dos jóvenes de una belleza inconmensurable, se apareció al maestro Reginaldo, despierto y consumido por el ardor de la fiebre, oyó a la Reina

del Cielo que le decía: “Pídemelo que quieras y te lo concederé.” Al comenzar a deliberar, una de las jóvenes que acompañaban a la Bienaventurada Virgen le sugirió la idea de no pedir nada, si no entregarse a la voluntad de la Reina de la Misericordia, cosa que aceptó de muy buena gana. Entonces aquella, extendiendo su mano virginal, le hizo una unción sobre los ojos, las orejas, la nariz, la boca, las manos, los riñones y los pies, pronunciando al mismo tiempo palabras apropiadas a cada una de las unciones. Sólo he podido comprender las palabras relativas a la unción de los riñones y de los pies. Al tocar los riñones dijo: “ciñan tus lomos el cordón de la castidad”, y al tocar los pies dijo: “un hijo tus pies para la predicación del Evangelio de paz.” luego le mostró el hábito de los Frailes Predicadores, diciéndole: “he aquí el hábito de tu Orden”, y desapareció ante sus ojos. Reginaldo se sintió curado al momento, ungido como lo había sido por la Madre de Aquel que posee el secreto de toda salvación. A la mañana siguiente, cuando Domingo vino a verle y le preguntó familiarmente cómo se encontraba, respondió que no sentía ya mal alguno, y le contó su visión. ambos dieron juntos devotamente gracias a Dios, Qué hiera y cura las heridas.” (el beato Humberto: “Vida de Santo Domingo”.)

Dos días después, estando Reginaldo sentado con Domingo y un religioso de la Orden de los Hospitalarios, se renovó la unción milagrosa en él en presencia de aquellos, como si la augusta Madre de Dios concediese a aquel acto una considerable importancia y hubiese querido llevarlo a efecto ante testigos. En efecto: Reginaldo era en este caso el representante de la Orden de Religiosos Predicadores, y la Reina del Cielo y de la tierra contraía una alianza en su persona con la Orden entera. El rosario había sido el primer signo de esta alianza, y la joya de la Orden en el momento de su bautismo; la unción de Reginaldo, indicio de virilidad y confirmación, debía ser también un signo duradero y conmemorativo. Por eso la Bienaventurada Virgen, al presentar al nuevo predicador el hábito de la Orden, no se lo presentó tal como se llevaba entonces, sino con un cambio notable que es necesario explicar.

Ya hemos dicho que Domingo fue durante largo tiempo canónigo de Osma y que en Francia había continuado el uso de su hábito, habiéndolo adoptado también para su Orden. Este hábito consistía en una túnica de lana blanca recubierta por una sobrepelliz de lino, envueltas ambas por una capa y una capucha de lana negra. Pero en el vestido que la Santísima Virgen mostró a Reginaldo, la sobrepelliz de lino estaba reemplazada por un escapulario de lana blanca; es decir, por una simple banda de tela, destinada a cubrir la espalda y el pecho, descendiendo por ambos lados hasta las rodillas. Este vestido no era nuevo. Se habla de él en la vida de los religiosos de Oriente, que lo adoptaron, sin duda, como complemento de la túnica, cuando el trabajo o el calor les obligaba a despojarse del

manto. Nacido del sentimiento de pudor, cayendo como un velo sobre el corazón del hombre, el escapulario había llegado hacer en la tradición cristiana el símbolo de la pureza, y en consecuencia, el hábito de María, la Reina de las Vírgenes. Al mismo tiempo que ceñía María en la persona de Reginaldo toda nuestra Orden con el “cíngulo de pureza” y preparaba sus pies para la “predicación del Evangelio de paz”, con el escapulario le daba el signo exterior de esta virtud de los ángeles, sin la cual es imposible sentir y anunciar las cosas celestiales.

Después de este gran acontecimiento, uno de los más famosos de la antigüedad Dominicana, Reginaldo salió para Tierra Santa, de dónde le veremos volver en su día, y la Orden abandonó la sobrepelliz de lino, reemplazándola por el escapulario de lana, convertido en parte principal y característica de su indumentaria. Cuando un religioso predicador Hace profesión, su escapulario es lo único que bendice el prior que recibe sus votos, y en ningún caso puede salir de su celda sin haberse revestido con él, ni para que le lleven al sepulcro. La Santísima Virgen manifestó de otra manera también, en la misma época, la ternura materna que sentía por la Orden. “una tarde que Domingo había quedado orando en la iglesia, salió de ella cuando ya era de noche, y entró en el dormitorio donde los frailes tenían sus celdas y dormían ya. Cuando hubo terminado lo que había venido a hacer, se puso de nuevo a orar en uno de los extremos del dormitorio, y Mirando por casualidad al opuesto, vio que se adelantaban tres señoras, entre las cuales, la que iba en el centro parecía la más bella y más venerable. Sus compañeras llevaban, una, un magnífico acetre; la otra, un hisopo, que presentaba a su Señora, la cual roció a los religiosos e hizo la señal de la cruz sobre ellos. Pero al llegar ante cierto religioso, pasó sin bendecirle. Al notar Domingo quién era el interesado, fue hasta la mujer que bendecía y que estaba en mitad del dormitorio, cerca de la lámpara suspendida en aquel lugar; se prosternó a sus pies, y aunque ya la hubo reconocido, la suplicó le dijiste quién era. En aquel tiempo, esa bella y devota antífona “salve Regina”, no se cantaba en el convento de los religiosos y religiosas de Roma; solamente se recitaba de rodillas, después de las completas. La mujer que bendecía respondió al bienaventurado Domingo: “soy aquella a quien invocáis todas las noches y cuando decís *eia ergo advocata nostra*, me prosterno ante mi hijo por la conservación de esta Orden.” entonces el bienaventurado Domingo se informó sobre quiénes eran aquellas dos jóvenes que la acompañaban. La Santísima Virgen contestó: “una es Cecilia, la otra Catalina.” Domingo preguntó aún porque había pasado uno de los religiosos sin bendecirlo, y le contestó: “porque no estaba de manera conveniente.” y habiendo terminado su ronda, rociado y bendecido al resto de los frailes, desapareció. Domingo volvió a orar al lugar en donde estaba antes, y apenas comenzó su oración, se vio arrebatado en espíritu hasta llegar a Dios. Vio al Señor,

que tenía a su derecha a la Bienaventurada Virgen, y le pareció que Nuestra Señora estaba revestida con un manto de color zafiro. Mirando a su alrededor, vio ante Dios religiosos de todas las Ordenes; pero no vio a ninguno de los suyos. Entonces rompió a llorar amargamente, no atreviéndose aproximarse al Señor ni a su Madre. Nuestra Señora le hizo con la mano señal para que se acercase; pero él no osó hacerlo, hasta que el Señor le hizo el mismo signo. Entonces fue y se prosternó ante ellos llorando amargamente. El Señor le dijo: “¿Por qué lloras tan amargamente?” y él respondió: “Lloro porque veo aquí religiosos de todas las órdenes y no veo ninguno de la mía.” Entonces el Señor dijo: “¿Quieres ver tu Orden?”. Domingo respondió temblando: “sí, Señor.” el Señor puso su mano sobre el hombro de la Bienaventurada Virgen, diciendo a Domingo: “yo he confiado tu Orden a mi Madre.” y luego dijo: “verdaderamente, ¿Quieres ver tu Orden?” y él contestó: “sí, Señor.” En aquel momento la Bienaventurada Virgen abrió el manto que la revestía, y extendiéndolo ante los ojos de bienaventurado Domingo, de tal manera que cubriera con su inmensidad toda la patria celestial, vio bajo él una multitud de sus hermanos. Domingo se prosternó para dar gracias a Dios y a la Bienaventurada María, su Madre, y la visión desapareció, volvió en sí, y tocó a maitines. Una vez terminados los maitines, convocó a sus hermanos a capítulo y les pronunció un bello discurso sobre el amor y la veneración que debían sentir hacia la Bienaventurada Virgen, y, entre otras cosas, los relató su visión. A la salida del capítulo se retiró a solas con el religioso a quien la Bienaventurada Virgen no había bendecido, y le preguntó con dulzura si no le había ocultado algún pecado secreto, pues aquel mismo religioso había confiado al bienaventurado Domingo su confesión general. El aludido contestó: “padre, nada tengo sobre la conciencia, a no ser que esta noche al despertarme me encontrado en la cama sin vestidura alguna.” el bienaventurado Domingo contó esta visión a la hermana Cecilia y a las demás hermanas de San Sixto, pero atribuyéndola a otro; pero los religiosos que estaban presentes hicieron una señal a las religiosas para indicar que era a él a quien se había presentado. Aprovechando esta ocasión, el bienaventurado Domingo ordenó a todos que en cualquier sitio que hiciese noche, se acostase con túnica y calzas.” (relato de sor Cecilia, n. 7.)

El segundo domingo de Cuaresma siguiente al traslado de las religiosas a San Sixto, Domingo les dedicó un sermón solemne en la iglesia, en presencia de un gran número de gente del pueblo, y lanzó al demonio fuera del cuerpo de una mujer que perturbaba la asamblea con sus gritos. Otra vez, al presentarse en el torno del monasterio, sin que le esperasen, preguntó a la tornera cómo se encontraban las hermanas Teodora, Tedrana y Ninfa, y al decirle que sufrían fiebre, dijo a la tornera: “Vaya a decirles de mi parte que les

ordenos que no tengan fiebre.” (relato de sor Cecilia, n. 9.) la tornera fue, y cuando les intimó la orden del santo se encontraron curadas.

Era perpetua costumbre del venerable padre emplear todo el día atrayéndose almas, ya por medio de la predicación, ya confesando, ya con obras de caridad. Por la tarde se dirigía a visitar a las monjas, y, en presencia de los religiosos, les pronunciaba un discurso o una conferencia sobre los deberes de la Orden, pues ellas no tenían otro maestro que las instruyese. Una tarde se entretuvo más que de costumbre, y las hermanas, creyendo que ya no vendría, abandonaron la oración y se dirigieron a sus celdas. Pero de pronto los frailes tocaron la campanilla que servía de señal a la comunidad cuando el bienaventurado Domingo venía a verlas. Se apresuraron todas a volver a la iglesia, y al abrir la reja, le encontraron ya sentado con los padres esperándolas. El bienaventurado Domingo les dijo: “hijas mías, vengo de pescar, y el Señor me ha enviado un pez muy grande.” esto lo decía por fray Gaudió, a quien había recibido en su Orden, y que era hijo único de cierto señor llamado Alejandro, ciudadano romano y hombre magnífico. Después les dio una gran conferencia, que les produjo gran consuelo. Luego les dijo: “Bueno será que tomemos un refrigerio.” y llamando al hermano Roger, que era el dispensero, le ordenó fuese a traer vino y una copa. El hermano los trajo, y el bienaventurado Domingo le ordenó llenase la copa hasta el borde. Luego la bendijo y bebió él primero, después de lo cual vivieron todos los demás presentes. Eran en número de veinticinco, contando los sacerdotes y los legos, y todos bebieron cuanto quisieron, sin que la copa bajase del nivel. Cuando hubieron bebido todos, el bienaventurado Domingo dijo: “quiero que todas mis hijas beban también.” y llamando a la hermana Nubia, le dijo: “Vete al torno, toma la copa y da de beber a todas las religiosas.” aquella fue con una compañera y tomó la copa, llena hasta su borde, no cayendo ni una sola gota. La priora bebió la primera, y luego todas las hermanas tanto como quisieron, mientras el bienaventurado Domingo les repetía frecuentemente: “bebed cuanto queráis, hijas mías.” eran el número de ciento cuarenta, y todas bebieron cuanto quisieron; no obstante la copa seguía estando llena, como si no se hiciese otra cosa más que verter vino en ella, y cuando la trajeron de nuevo estaba aún llena hasta su borde. Una vez hecho esto, el bienaventurado Domingo dijo: “el Señor quiere que vaya a Santa Sabina.” pero fray Tancredo, prior de los religiosos; fray Odón, prior de las monjas, y todos los religiosos y la priora con sus hermanas, se esforzaron por retenerle, diciéndole: “Padre santo, la hora ha pasado; es cerca de medianoche, y no está bien que se retiren ustedes.” Él, sin embargo, rehusaba acceder a sus súplicas, y decía: “el Señor quiere absolutamente que me marche; Él nos enviará su ángel para que nos acompañe.” tomó, pues, por compañero a fray Tancredo, prior de los religiosos, y a fray Odón, prior de

las hermanas, y se puso en camino. Al llegar a la puerta de la iglesia para salir, de acuerdo con la promesa de Domingo, un joven de gran belleza se ofreció para acompañarles; llevaba un bastón en la mano, y rompió la marcha. entonces el bienaventurado Domingo hizo pasar delante a sus compañeros; El joven iba delante, y é el último, Llegando de esta manera hasta la puerta de la iglesia de Santa Sabina, que encontraron cerrada. El joven que les precedía se apoyó sobre un lado de la puerta, y aquélla se abrió inmediatamente; entró él primero, luego los frailes, y tras ellos el bienaventurado Domingo. Después el joven salió y la puerta se cerró inmediatamente. Fray Tancredo dijo al bienaventurado Domingo: “Padre santo, ¿Quién es ese joven que ha venido con nosotros?” “Hijo mío, - contestó aquél - , es un ángel del Señor, a quien el Señor ha enviado para que nos guardase.” tocaron a maitines entonces, y los padres descendieron al coro, sorprendidos al ver en él al bienaventurado Domingo, e inquietos por saber la manera cómo había entrado estando las puertas cerradas. Había en el convento un joven novicio, ciudadano romano, llamado el hermano Santiago que, descarriado por una violenta tentación, había resuelto abandonar la Orden después de los maitines, cuando abriesen las puertas de la iglesia. Domingo, que había recibido la revelación, mandó Llamar al novicio a la salida de maitines, advirtiéndole dulcemente no cediese a las astucias del enemigo; al contrario, persistiese animosamente en el servicio de Cristo. El joven, insensible a sus consejos y súplicas, se quitó el hábito, diciéndole que había tomado la irrevocable resolución de salir. El muy misericordioso padre, conmovido por la compasión, le dijo: “hijo mío, espera un poco; después ya harás lo que quieras”, y se puso a orar prosternado en tierra. Entonces se vio cuáles eran los méritos de Domingo cerca de Dios y cuán fácilmente podía obtener lo que deseaba. En efecto: aún no había terminado su plegaria, cuando el joven se echó a sus pies anegado en llanto, conjurándole para que le devolviese el hábito que se había quitado movido por la violencia de la tentación, prometiéndole no abandonar nunca la Orden. El venerable Domingo le devolvió el hábito, no sin aconsejarle aún continuase firme en el servicio de Cristo; esto se cumplió, pues éste religioso vivió mucho tiempo en la Orden, siendo su conducta edificante. Al siguiente día, por la mañana, el bienaventurado Domingo volvió a San Sixto con sus compañeros, y los religiosos relataron en su presencia a sor Cecilia y a las demás hermanas lo que había sucedido, y el bienaventurado Domingo confirmó sus discursos, diciendo: “hijas mías, el enemigo de Dios quería quitarnos una oveja del rebaño; Pero el Señor la ha libertado de sus manos.” (relato de Sor Cecilia, n. 6.)

En el año 1575, durante el pontificado de Gregorio XIII, las religiosas de San Sixto, ahuyentadas de su retiro por el aire febril de la campaña romana, vinieron a establecerse en el quirinal, en el nuevo monasterio de Santo Domingo y San Sixto, llevando consigo en su

emigración la imagen de la Santísima Virgen. San Sixto, despojado y abandonado, quedó bajo la guardia de sus recuerdos. Nada quedó en él: ni mármoles preciosos, ni bronce cincelados, ni columnas tomadas por el cristianismo a la antigüedad profana, ni cuadros pintados sobre el alabastro inmortal; nada, en fin, que atrajese la vista de nadie. Cuando el forastero, después de visitar la tumba de Cecilia Metella y el bosque de la ninfa Egeria, vuelve a Roma por la vía Apia, descubre antes sí, a su derecha, una especie de caserón grande y triste, coronado por uno de esos campanarios afilados, tan raros en los puntos de vista romanos; pasa por allí sin preguntar qué es aquello. ¿Qué le importa “San Sixto El Antiguo”? hasta aquellos que buscan amorosamente la pista de los santos, desconocen el tesoro oculto entre aquellos muros, al que el tiempo ha respetado su humildad. Pasan sin que nada les abierta el lugar que habitó uno de los más grandes hombres del cristianismo, y en dónde abro tantas maravillas. El patio exterior, la iglesia, los cuerpos del monasterio, el cercado, existen aún, y hasta la Revolución Francesa los generales de la Orden conservaron una habitación. El Papa Benedicto XIII, durante el siglo último, tenía la costumbre de pasar algunos días de la primavera y el otoño, y restauró la iglesia, que amenazaba la ruina. Actualmente ocupa el cuerpo del monasterio una oficina del estado, excepto aquella famosa sala del capítulo, en la que Domingo resucitó tres muertos. Se ha levantado un altar en el lugar mismo en donde ofreció el santo sacrificio por el joven Napoleón. La iglesia queda como una de las estaciones del sacerdocio romano, que el miércoles de la tercera semana de Cuaresma viene a celebrar allí el oficio solemne del día.

Santa Sabina ha sido más dichosa. Desde el año 1273, durante el pontificado de Gregorio X, dejó de ser residencia del Maestro General, que se trasladó al centro de Roma, al convento de Santa María sopra Minerva. el Aventino ha quedado tan solitario como la vía Apia, y los pájaros, que fueron sus primeros habitantes, no lo habitan ya. Pero una colonia de hijos de Domingo no ha cesado de vivir a la sombra de los muros de Santa Sabina, protegida también por la belleza de su arquitectura. En la iglesia, sobre un trozo de columna, se ve una gruesa piedra negra, que la tradición afirma lanzó el demonio contra Domingo para interrumpir sus meditaciones por la noche. El convento posee también la estrecha celda en la que se retiraba alguna vez, la sala en donde dio el hábito a san Jacinto y al bienaventurado Ceslao, y, en un rincón del jardín, un naranjo, plantado por él, ofrece hojas y fruto a la piadosa mano del ciudadano o del viajero.

CAPÍTULO XIII

Fundación de los conventos de Santiago de París y san Nicolás de Bolonia

Los religiosos que Domingo había enviado a París después de la asamblea de Prouille se dividieron en dos grupos. El primero estaba integrado por Manés, Miguel de Fabra y Oderico, y llegó a su destino el 12 de septiembre. El segundo lo formaban Mateo de Francia, Beltrán de Garriga, Juan de Navarra y Lorenzo de Inglaterra, y llegó tres semanas más tarde. Se alojaron en el centro de la ciudad, en una casa que alquilaron cerca del hospital de Nuestra Señora, a las puertas del arzobispado. Excepto Mateo de Francia, que pasó parte de su juventud en las escuelas de la universidad, ninguno de ellos era conocido en París. Así vivieron diez meses en extrema necesidad, animados por el recuerdo de Domingo y una revelación que había recibido Lorenzo de Inglaterra sobre el lugar futuro de su establecimiento.

Por aquel tiempo, Juan de Barastre, decano de San Quintín, capellán del rey y profesor de la Universidad de París, fundó cerca de una de las puertas de la ciudad, denominada de Narbona o de Orleans, un hospicio para los extranjeros pobres. La capilla del hospicio estaba dedicada al apóstol Santiago, tan celebrado en España, y cuyo sepulcro atrae a los fieles, constituyendo una de las grandes peregrinaciones del mundo cristiano. Sea que los frailes españoles se hubieran presentado en el hospital por devoción, o debido a otra causa, el resultado fue que Juan de Barastre supo que en París había nuevos religiosos dedicados a predicar el Evangelio de la misma manera que lo hicieron los apóstoles. Les conoció, les admiró, les tomó afecto, y comprendiendo, sin duda, la importancia de su institución, el 6 de agosto de 1218 les puso en posesión de dicha casa de Santiago, que había destinado a Jesucristo, representado por los extranjeros pobres. Jesucristo, agradecido, le envió más ilustres huéspedes que aquellos a quienes esperaba recibir, y el modesto asilo de la puerta de Orleans se convirtió en vivienda de apóstoles, escuela de sabios y tumba de reyes. El 3 de mayo de 1221, Juan de Barastre confirmó con un acta auténtica la donación que había hecho a los religiosos, y la Universidad de París, a ruegos de Honorio III, abandonó los derechos que poseía sobre estos lugares, estipulando, sin embargo, que sus doctores, al fallecer, serían honrados con los mismos sufragios espirituales que los miembros de la Orden, a título de cofradía.

Disponiendo ya de un alojamiento estable y público, los religiosos comenzaron a darse a conocer. La gente venía a escucharles, y obtenían adeptos entre los innumerables estudiantes que, de todos los puntos de Europa, traían a París el ardor común de su juventud y el diverso genio de sus naciones. A partir del verano de 1219, el convento de Santiago contaba con treinta religiosos. Entre los que tomaron el hábito en aquella época, el único cuyo recuerdo ha llegado hasta nosotros es Enrique de Marburgo. Había sido enviado a París hacía muchos años por uno de sus tíos, piadoso caballero que habitaba en la ciudad de Marburgo. Habiendo fallecido, se le apareció en sueños y le dijo: “toma la cruz para expiar mis culpas y pasa el mar. Cuando vuelvas de Jerusalén encontrarás en París una Orden nueva de Predicadores, a la que te entregarás. No temas su pobreza y no desprecies su reducido número, pues llegarán a formar un pueblo y se fortalecerán con la salvación de muchos hombres.” (Gérard de Frachet: “Vidas de los Hermanos”, lib. IV, cap. XIII.) Enrique pasó el mar, y de vuelta a París en los días en que los frailes comenzaban a establecerse en aquella ciudad, abrazó su institución sin vacilar. Fue uno de los primeros y más célebres Predicadores del convento de Santiago. El rey san Luis le tomó afecto, Llevándole consigo a Palestina en el año 1254. Murió a la vuelta del viaje.

He aquí un rasgo que acostumbraba a contar, refiriéndose a los primeros tiempos de los dominicos en París: “sucedió que dos religiosos “en camino” no habían comido nada aún al dar las tres de la tarde, y se preguntaban cómo podrían apaciguar el hambre en un país desconocido que cruzaban. Mientras estaban en esto, un hombre en traje de viajero se les presentó y les dijo: “¿Qué estáis hablando, hombres de poca fe? Buscad primeramente el reino de Dios, y lo demás ya os será dado con abundancia. Habéis mostrado bastante fe al sacrificaros y dedicaros a Dios, ¿Y Ahora teméis que no cuide de alimentaros? Pasad este campo, y cuando entréis en el valle que está más abajo, encontraréis un pueblecito; entrad en su iglesia, el párroco os invitará; llegar a un caballero que querrá que vayáis su casa casi por fuerza; pero el patrono de la iglesia intervendrá, y conducir al párroco, al caballero y a vosotros mismos a su casa, en donde os tratará magníficamente. Tened confianza en el Señor, excitad la confianza en él entre vuestros hermanos.” Dicho esto desapareció; luego todo sucedió como había sido predicho. Los religiosos, al volver a París, relataron lo sucedido a fray Enrique y al corto número de religiosos que había entonces allí.” (Gérard de Frachet, “Vidas de los Hermanos”, lib. I. Capítulo V)

Esta extremada penuria de los religiosos había sido probablemente la causa de que dos de entre ellos, Juan de Navarra y Lorenzo de Inglaterra, fuesen a Roma a vivir con Domingo. El santo, desde el momento de su llegada en el mes de enero de 1218, ordenó a

Juan de Navarra partirse para Bolonia, acompañado de otro fraile que los historiadores llaman Beltrán, para distinguirlo de Beltrán de Garriga. Poco después les envió a Miguel de Uzero y Domingo de Segovia, vueltos de España; otros dos frailes, Ricardo y Cristino, y el lego fray Pedro. Esta pequeña colonia obtuvo en Bolonia, como sabemos, no se sabe cómo, una casa y una iglesia llamadas Santa María de Mascarella. Pero tocante a lo demás vivía en una profunda miseria, sin poder sobrellevar el peso de una ciudad grande, en la que tanto la religión como los negocios y los placeres tienen su curso regulado, y en la cual la novedad no conmueve sino en condiciones difíciles. Todo cambió de aspecto a llegar un hombre. Reginaldo apareció en Bolonia el 21 de diciembre de 1218, a su vuelta de Tierra Santa, y muy pronto se vio la ciudad conmovida hasta sus cimientos. Nada puede compararse con este éxito de la elocuencia divina. En 8 días Reginaldo se adueñó de la ciudad de Bolonia. Los eclesiásticos, los jurisconsultos, los alumnos y los profesores de la Universidad entraban en grupos a formar parte de una Orden que aún era desconocida la víspera. Grandes talentos llegaron a temer oír la palabra del orador por miedo a que le sedujese. “ cuando fray Reginaldo, de santa memoria, deán que fue de Orleans - nos dice un historiador - predicaba en Bolonia, y atraía hacia la Orden a los eclesiásticos y doctores afamados, maese Moneta, que enseñaba entonces las Artes y era famoso en toda Lombardía, al ver la conversión de tan gran número de hombres, comenzó a temer por sí mismo. Por eso evitaba con cuidado encontrarse con fray Reginaldo y apartaba a sus discípulos de su camino. Pero el día de la fiesta de san Esteban sus alumnos le hicieron ir a la iglesia para que escuchase el sermón, y al no poder sustraerse a la asistencia a la fiesta, ya por ir entre ellos o debido a otra cualquier razón, les dijo: “vamos primeramente a San Prócuro a oír misa; no una, sino tres.” Moneta deseaba que pasase el tiempo expresamente para no asistir a la predicación. No obstante, sus alumnos le dieron prisa, y por fin acabó por decirles: “vamos, pues.” cuando llegaron a la iglesia el sermón no había terminado aún, y la concurrencia era tan numerosa, que Moneta se vio obligado a oírlo desde el umbral de la puerta. Apenas prestó atención, quedó convencido. El orador exclamaba en aquel momento: “¡veo el Cielo abierto! sí, el Cielo está abierto para quien quiere ver y para quien desea entrar; las puertas están abiertas para quien quiera franquearlas. No cerréis vuestro corazón, vuestra boca, ni vuestras manos por temor a que el Cielo se os cierre también. ¿Por qué tardáis tanto en venir? os he dicho que el Cielo está abierto.” Tan pronto bajo Reginaldo del púlpito, Moneta, conmovido por Dios, fue a buscarle; le expuso su estado y sus ocupaciones e hizo voto de obediencia ante él. Pero como un sinfín de compromisos le privaban de su libertad, continuó vistiendo el traje mundano durante un año, cosa que le aconsejó fray Reginaldo; sin embargo, trabajó con todas sus

fuerzas para procurarle oyentes y discípulos, y cada vez que le traía un adepto parecía tomar el hábito juntamente con él. (Gérard de Frachet, “Vidas de los Hermanos”, lib. I, capítulo III.)

Otro hermano, Juan de Bolonia, relataba que los que cultivaban la viña de San Nicolás habían visto frecuentemente luces y apariciones de esplendor. Fray Claro recordaba que durante su infancia, al pasar un día cerca de dicha viña, su padre, a quien acompañaba, le dijo: “hijo mío, en este lugar se ha oído con frecuencia el canto de los ángeles, y esto es un gran presagio para el porvenir.” y al decir el niño que tal vez fuesen hombres lo que se había oído, su padre contestó: “hijo mío, la voz de los hombres es muy distinta a la de los ángeles, y no puede confundirse con ella.” (Gérard de Frachet, “Vidas de los Hermanos”, lib. I, cap. III)

Los dominicos transferidos a San Nicolás durante la primavera del año 1219 continuaron aumentando en número, gracias a las predicaciones de Reginaldo, al buen olor de sus virtudes y a una protección de Dios, que se manifestaba de cuando en cuando por maravillosos relatos. Veamos la manera cómo fue llamado a la Orden un estudiante de la universidad: “una noche, durante su sueño, se creyó sólo en un campo y sorprendido por una tempestad. Corrió hacia la primera casa que encontró; llamó, pidió hospitalidad, y una voz le contestó: “yo soy la justicia, y puesto que tú no eres justo, no entrarás en mi casa.” llamó a otra puerta, y le contestaron: “yo soy la verdad, y no te recibo porque la verdad no ayuda más que a los que la aman.” llamó a otras puertas, y le rechazaron diciéndole: “yo soy la paz; no hay paz para el impío, sino únicamente para el hombre de buena voluntad.” Por fin se dirigió a otra puerta, y, al abrirla, le dijo una persona: “yo soy la misericordia. Si quieres salvarte de la tempestad, ve al convento de San Nicolás, que habitan los frailes Predicadores, y allí encontrarás el establo de la penitencia, el pesebre de la continencia, la hierba de la doctrina, el asno de la sencillez, el buey de la discreción. Allí está María, que te iluminará; José, que te ayudará, y Jesús que te salvará.” (Gérard de Frachet, “Vidas de los Hermanos”, lib. I, cap. III.) El estudiante, al despertar de este sueño, creyó era una advertencia del Cielo y se conformó.

Ningún atractivo humano cooperó en estas conversiones de jóvenes y hombres ya avanzados en la carrera de los empleos públicos. Nada era más duro que la vida de los frailes. La pobreza de una Orden naciente se dejaba sentir con toda clase de privaciones; su cuerpo, lo mismo que su espíritu, fatigado por el trabajo de la propagación evangélica, encontraba como reparación el ayuno y la abstinencia; una noche corta, acostados sobre una cama austera, sucedía a las largas horas del día. Las más pequeñas faltas contra la regla eran severamente castigadas. Habiendo aceptado un hermano converso, sin permiso, no recuerdo

qué tela grosera, Reginaldo le ordenó descubrirse sus espaldas, según la costumbre, para recibir la disciplina en presencia de los demás. El culpable rehusó cumplir la orden; Reginaldo hizo que los otros le descubriesen, y, levantando los ojos, arrasados por las lágrimas, al cielo, dijo: “¡Oh Señor Jesucristo, qué habéis dado a vuestro siervo Benito poder para echar al demonio del cuerpo de sus monjes por medio de los azotes de la disciplina! concededme la gracia de vencer la tentación de este pobre hermano por este medio.” (Gérard de Frachet, “Vidas de los Hermanos”, lib. IV, cap. II) Luego le golpeó con tal fuerza, que los presentes se conmovieron, derramando lágrimas.

Se concibe que la naturaleza estuviese vencida en hombres capaces de someterse a tales tratamientos. Y esta victoria que obtenían sobre sí mismos con la represión sangrienta del orgullo y de los sentidos la cedían gloriosamente al mundo. Pues, ¿Cómo podía influir el mundo en estos corazones, fortalecidos de tal manera contra la afrenta y el dolor? cosa admirable es que tal religión se sirva para elevar a los hombres de los mismos medios de que se vale el mundo para envilecerlos. La religión devuelve al hombre la libertad por medio de las prácticas de la servidumbre; ella le hizo rey crucificándole. Las penitencias del claustro no constituían, ni mucho menos, la más ruda prueba a que eran sometidos los novicios jóvenes e ilustres que se apresuraban a pasar las puertas de San Nicolás de Bolonia. La tentación principal de las obras nacientes está en su novedad misma, en ese oscuro horizonte en donde flotan las cosas que no se han consolidado aún. Cuando un establecimiento cuenta siglos de existencia, de sus piedras se desprende un aroma de estabilidad que conforta al hombre en las dudas de su corazón. Duerme sobre ellas con la misma confianza del niño que duerme en las viejas rodillas de su abuelo; en ellas se mece de la misma manera que el grumete en un bajel que ha cruzado cien veces el océano. Pero las obras nuevas tienen una triste armonía con los lados débiles del corazón humano: se trastornan recíprocamente. San Nicolás de Bolonia no fue el abrigo contra esas sordas tempestades que, según la ley de la Providencia, deben probar y purificar todas las obras divinas en las que el hombre es colaborador. “en los tiempos en que la Orden de Predicadores era solamente un pequeño rebaño - nos dice un historiador -, una especie de vivero reciente, despertó entre los frailes del convento de Bolonia tal tentación de desaliento, que muchos de ellos consultaban respecto a la Orden a que debían pasar luego, persuadidos de que la suya, tan reciente y tan débil, no podría durar mucho tiempo. Dos de los religiosos más considerados habían llegado hasta obtener de un legado apostólico permiso para entrar en la Orden del Císter, y presentaron sus Cartas al beato Reginaldo, que había sido deán, en otro tiempo, de San Aniano Orleans, vicario entonces del bienaventurado Domingo. Habiendo reunido capítulo el beato Reginaldo y expuesto el asunto con gran dolor, los

asistentes rompieron a sollozar y una tribulación increíble se apoderó de sus almas. Fray Reginaldo, modo y con sus ojos dirigidos al cielo, miró a Dios, en quien depositaba toda su confianza. Fray Claro de Toscana se levantó para exhortar a los demás; era este un hombre bueno y de gran autoridad, en serio en otro tiempo Artes y Derecho canónico, y que después fue prior de la provincia romana, penitenciario y capellán del Papa. Apenas terminó su discurso dieron entrar al maestro Rolando de Cremona, doctor excelente y afamado, que enseñaba filosofía en Bolonia, y que fue el primero entre los padres que profesó Teología en París. Se encontraba más bien ebrio de alegría que transportado por el espíritu de Dios, y sin mediar otras palabras, pidió tomar el hábito. El padre Reginaldo, fuera de sí, se quitó su escapulario y se lo puso al cuello al recién llegado. El sacristán tocó la campana y los frailes entonaron el “veni creator spiritus”; mientras cantaban con voz apagada por las lágrimas y sollozos, acudió la gente, inundando la iglesia una muchedumbre de hombres, mujeres y estudiantes; la ciudad entera se conmovió ante los rumores que corrían por ella sobre el asunto; la devoción que sentían por los religiosos se renovó; todas las tentaciones se desvanecieron, y los sobredichos, que habían tomado y la resolución de abandonar la Orden, se precipitaron el medio del capítulo, renunciando a la licencia apostólica que habían obtenido y prometiendo perseverar hasta su muerte.” (Gérard de Frachet, “Vidas de los Hermanos”, lib.I, cap. IV.)

Tales fueron los comienzos de San Nicolás de Bolonia y Santiago de París, las dos piedras angulares del edificio dominicano. Allí, en el foco de las más sabias universidades de Europa, vino a formarse un vivero de Predicadores y doctores; allí se reunían alternativamente todos los años, de acuerdo con el texto primitivo de las constituciones, los diputados de todas las provincias de la Orden allí vivieron; siglo tras siglo hombres a quienes no pudo superar ninguno de sus contemporáneos, y que perpetuaban entre los pueblos el respeto a la institución que les había nutrido. San Nicolás de Bolonia tuvo la gloria de poseer a Domingo durante sus últimos años y de ser su sepulcro; Santiago de París llegó a ser un panteón famoso por otras razones. Amado tiernamente por el rey san Luis, recibió bajo sus mármoles las vísceras y el corazón de una multitud de príncipes de sangre francesa. Roberto, sexto hijo del rey santo y vástago de la casa de Borbón, fue bautizado en su pila por el bienaventurado Humberto, quinto General de la Orden, y enterrado en dicha iglesia. Su hijo, su nieto y su bisnieto fueron también enterrados allí, en la misma sepultura, sobre la cual se grabó este epitafio: “aquí está la estirpe de los borbones. Aquí está enterrado el primer príncipe de su nombre. Este sepulcro es la cuna de los reyes.” (“Hic stirps Borbonidum. Hic primus de nomine princeps conditur. Hi tumuli velut incunabula regum.” Esta inscripción es

de Santeuil.) ¡Singular destino! el convento de Santiago, en el cual había sido bautizada la familia de Borbón en la persona de su fundador y en la que reposaban sus cuatro primeras generaciones, fue el lugar de dónde salieron los golpes que la derribaron del trono de Francia. (no fue precisamente en el convento de Santiago en donde el grupo de jacobinos se reunía, si no en otro convento de dominicos situado en el centro de la calle San Honorato) los más implacables destructores de la monarquía celebraban sus sesiones en un claustro desolado, y el nombre que llevaron los dominicos franceses salía sangrando de la boca de los pueblos. Hoy día, Santiago no llega a ser ni una ruina: un conjunto de casas y casuchas cubre sus restos con su innoble sombra, y es probable que la casa de Borbón no sepa que fue la tumba de sus primeros antepasados por la completa indiferencia con que ha sido tratado.

CAPÍTULO XIV

Viaje de santo Domingo a España y Francia - Vigilias en la cueva de Segovia - manera como viajaba y vivía

Cuando Domingo hubo fundado San Sixto y Santa Sabina, después de un año de trabajo, volvió sus ojos hacia las lejanas comarcas sobre las que había dispersado sus primeros hijos. Experimentó el deseo de verlos, de fortalecerlos con su presencia y bendecir a Dios con ellos por los males y los bienes que les había concedido. En el otoño del año 1218 partió, acompañado por algunos religiosos de su Orden y un religioso menor llamado Alberto, que se unió a ellos en el camino. Cuando llegaron a cierto lugar de la Lombardía se detuvieron en una posada y se sentaron a la mesa con algunos viajeros que allí estaban. Sirvieron carne; pero Domingo y los suyos rehusaron comerla. La posadera, viendo que se contentaban con comer pan y beber un poco de vino, montó en cólera contra el santo y le llenó de injurias. En vano intentó Domingo desarmarle con su paciencia y sus buenas palabras: ni él ni los presentes pudieron detener el torrente de maldiciones que salía de aquella boca. Por fin, Domingo le dijo con dulzura: “hija mía, para que aprendáis a recibir caritativamente a los siervos de Dios por respeto a su Maestro, a quien sirven, ruego al Señor os imponga silencio.” (Pedro Cali: “Vida de Santo Domingo”, n. 20.) apenas hubo terminado, cuando la hostera quedó muda. Ocho meses después, cuando el santo volvió a pasar por el mismo lugar en su viaje hacia España, aquella mujer le reconoció, y echándose a sus pies le pidió perdón anegada en lágrimas. Domingo le hizo sobre la boca la señal de la Cruz, y su lengua se soltó inmediatamente. Fray Alberto, a quién se debe este relato, cuenta también que un perro desgarró su túnica y que el santo juntó los trozos con un poco de barro, remendándola.

Al cruzar Domingo se encontró en los caminos del Languedoc, que tan familiares le eran, hallándolo todo muy cambiado. No pudo alcanzar el consuelo de orar sobre el sepulcro de su magnánimo amigo el conde de Montfort, porque sus restos habían sido transferidos a la abadía de Fontevraud, lejos de aquella tierra en que había sido coronado duque y conde y en la que su espada, que desapareció con él, no podía proteger ya su féretro. Después de una rápida visita a San Román de Tolosa y a Nuestra Señora de Prouille, Domingo se apresuró a volver a su patria, cuyo suelo no había pisado desde hacía quince años. Cuando salió de España era simplemente canónigo de Osma; volvía a ella siendo apóstol, taumaturgo, fundador de una orden, legislador, patriarca, martillo de las herejías de su tiempo y uno de los

más poderosos siervos de la iglesia y de la verdad. Toda esta gloria constituía su equipaje y su carga. Quien le encontrarse entre las gargantas de los pirineos con el rostro mirando a España, le hubiera tomado por algún mendicante extranjero que venía a vivir bajo el rico sol de Iberia. ¿Hacia dónde dirigió primeramente sus pasos? ¿Fue hacia el valle del Duero? ¿Le esperaban en el Palacio de donde la muerte había hecho salir a sus padres? ¿Fue a orar sobre su tumba a Gumiel de Izán, y sobre la de Azevedo en Osma? ¿Se le vio arrodillado sobre las losas de la abadía de Santo Domingo de Silos, en donde su madre recibió consuelo por medio de presagios enigmáticos? Nada nos dice la Historia sobre todo esto, y nada tiene que decirnos, porque el corazón del santo nos lo cuenta todo. Había aprendido de Jesucristo la manera de elevar todos los sentimientos naturales, sin destruir ninguno de ellos. El primer lugar en donde ciertamente le encontramos a su regreso a España es una prueba de la ternura que había conservado por su país natal. Fue en Segovia, ciudad entonces una de las principales de Castilla la Vieja; en esa ciudad es donde la Historia le vuelve a poner en escena. Se alojó en casa de una pobre mujer, que muy pronto comprendió el tesoro que en su casa tenía. A partir del día de su llegada al Languedoc, Domingo había contraído de la costumbre de llevar un rudo cilicio sobre su cuerpo, unas veces de lana, otras de crin. Estando en Segovia en casa de aquella pobre mujer, se quitó la camisa de lana que llevaba interiormente para ponerse otra de un tejido un poco más áspero. Su hostelera se dio cuenta de ello, y, debido a un sentimiento de veneración, escondió en un cofre la túnica de que el santo se había despojado. Poco tiempo después la habitación se prendió fuego, estando ella ausente, quemándose todos los muebles, excepto el cofre que contenía, juntamente con la reliquia, sus más preciadas cosas.

Otro milagro excitó el agradecimiento público del pueblo de Segovia. Se acercaba en las fiestas de Navidad del año 1218; una sequía persistente había impedido hasta entonces la siembra de las tierras. Todo el pueblo se hallaba reunido en las afueras de la ciudad para pedir a Dios, con una rogativa, terminase aquella plaga. Domingo apareció el medio de la muchedumbre, y después de algunas palabras que no disiparon la inquietud general, exclamó: “cesad, hermanos míos, en vuestros temores: confiad en la misericordia de Dios; pues hoy mismo os enviará una abundante lluvia, y vuestra tristeza se trocará en alegría.” (Gérard de Frachet, “Vidas de los Hermanos”, lib. II, cap. IV.) Aunque no hubo signo precedente alguno de cambio de tiempo, el cielo no tardó en obscurecerse las nubes se acumularon y el discurso del santo fue interrumpido por una violenta lluvia que dispersó a la asamblea. Los habitantes de Segovia consagraron el recuerdo de este milagro edificando una capilla en el mismo sitio en que había tenido lugar aquel prodigio.

Otra vez fue Domingo a un consejo en el que se hallaban reunidos los principales habitantes de la ciudad, y después de haber leído las cartas del rey, tomo la palabra en estos términos: “ ya acabáis, hermanos míos, de oír la voluntad del rey terrenal y mortal; escuchad ahora los mandamientos del Rey Celeste e Inmortal.” al oír estas palabras, un dijo en alta voz, encolerizado: “ ese hablador quiere tenernos aquí todo el día y no dejarnos ir a comer.” y al mismo tiempo tiró de la brida de su caballo para marcharse a casa. El siervo de Dios le dijo: “os retiráis ahora; pero no pasará un año sin que en el mismo sitio en que estáis en este momento falte el caballo a su caballero para escapar de sus enemigos, y en vano huiréis resguardaros en la torre que habéis construido en vuestra casa.” (Gérard de Frachet, “Vidas de los Hermanos”, lib. II, cap. VIII.)La profecía se realizó tal cual se había anunciado pues antes de fines de aquel año fue muerto aquel señor, juntamente con su hijo y uno de sus parientes, precisamente en el mismo sitio en que se encontraba cuando Domingo le dirigió la palabra.

Segovia está situada entre dos colinas separadas por un río; en la del Norte, al exterior de las murallas de la ciudad, encontró Domingo una gruta silvestre adecuada a los misterios de la penitencia y de la contemplación. Allí fue en donde puso los cimientos de un convento al que dio el nombre de Santa Cruz. Mientras levantaban las paredes en las humildes proporciones que tanto amaba el santo, hizo de la cueva su oratoria nocturno, pues tenía la costumbre de consagrar una parte de la noche a la oración y a toda clase de ejercicios misteriosos. El día lo consagraba a los hombres, a la predicación, a los viajes, a los asuntos, y cuando el sol se ponía e invitaba a todos al reposo, él abandonaba el mundo y buscaba en Dios el descanso necesario a su alma y a su cuerpo. Se quedaba en el coro a la salida de las completas, después de haber tenido cuidado de que ninguno de sus hijos le imitase, ya por no quererles imponer un ejemplo superior a sus fuerzas, ya por un santo pudor que le hiciese temer el descubrimiento de los secretos de sus relaciones con Dios. Pero la curiosidad venció más de una vez a sus precauciones: algunos de ellos se ocultaban en la oscuridad de la iglesia para espiar sus vigiliias, y de esta manera llegaron a saber algunos detalles conmovedores. Cuando se sentía solo, protegido en su amor por la sombra y el silencio, abría su pecho a Dios de una manera inefable. El templo, símbolo de la ciudad de permanente de los ángeles y de los santos, se convertía para él en un ser viviente, al que con movía con sus lágrimas, sus gemidos y clamores. Llevaba a cabo una especie de ronda, deteniéndose en cada uno de los altares para orar, ya inclinado profundamente, prosternado, o arrodillado. Ordinariamente comenzaba a reverenciar a Jesucristo con una profunda inclinación, como si el altar, signo y memoria de su sacrificio, hubiese sido su persona; luego se prosternaba, tocando la tierra con

la frente, y se le oía decir estas palabras: “Señor, ten piedad de mí; de mí, que soy un pecador”; y las de David cuando decía: “mi alma está pegada al suelo; concededme la vida según vuestra promesa”, y otras frases semejantes. Cuando se había levantado miraba fijamente al crucifijo; luego doblar las rodillas cierto número de veces, mirándolo y adorándolo al mismo tiempo. De cuando en cuando, esta contemplación muda quedaba interrumpida por exclamaciones, y decía: “Señor, yo os he llamado; no os apartéis de mí, no me neguéis vuestra palabra”, y otras expresiones sacadas del Evangelio. Algunas veces su genuflexión se prolongaba; la palabra no llegaba de su corazón a sus labios y parecía entrever el Cielo con su mente, y enjugaba las lágrimas en sus mejillas; su pecho se veía anhelante como el del viajero que se acerca a su patria. Otras veces estaba de pie, con las manos abiertas ante sí como un libro, pareciendo que leía atentamente, o levantaba los brazos a la altura de los hombros, como un hombre que escucha, o se cubría los ojos con las manos para meditar profundamente. También se le veía sobre la punta de los pies, con el rostro hacia el cielo, juntas las manos por encima de la cabeza en forma de flecha; luego las separaba, como haciendo una súplica, y las volvía a unir, como si hubiera conseguido lo que pedía, y en este estado, en el que parecía no tocaba la tierra, tenía la costumbre de decir: “Señor, escuchadme mientras os dirijo mis ruegos, mientras elevó mis manos hacia vuestra sagrada mansión.” tenía una manera de orar, que raras veces empleaba, cuando quería obtener de Dios alguna gracia extraordinaria: se ponía en pie, con los brazos muy extendidos en cruz, imitando a Jesucristo moribundo y elevando hacia su Padre aquellos clamores potentes que salvaron al mundo. En estos casos decía con voz grave y clara: “Señor, yo os he implorado, he tendido mis brazos hacia Vos todo el día; mi alma está ante Vos como una tierra sedienta; escuchadme prontamente.” De esta manera oró cuando resucitó al joven Napoleón; pero los que presenciaron aquel acto no entendieron las palabras que pronunciaba, y no se atrevieron nunca a preguntarle lo que había dicho.

Además de las súplicas particulares que inspiraban a Domingo las necesidades y los acontecimientos diarios, tenía siempre presente la causa de la Iglesia Universal en su espíritu. Oraba por la extensión de la fe en el corazón de los cristianos, por los pueblos asentados aún en la esclavitud del error, por las almas que sufrían en el Purgatorio por el resto de sus pecados. “poseía una caridad tan ardiente por las almas - dice uno de los testigos en el proceso de su canonización -, que se extendía no sólo a todos los fieles, sino también a los infieles y hasta aquellos que están sufriendo los dolores del infierno, y por ellos vertía muchas lágrimas.” (“Actas de Bolonia”, declaración de fray Ventura, n. 9) no le bastaban las lágrimas: tres veces cada noche mezclaba su sangre a sus plegarias, satisfaciendo de esta

manera, cuánto podía, esta sed de inmolación que constituye la mitad generosa del amor. Se oía cómo castigaba su cuerpo con cadenas de hierro, y la cueva de Segovia, que fue testigo de todos los excesos de su penitencia, guardó durante siglos las señales de la sangre que en ella había derramado. En su corazón dividida esta sangre en tres partes: la primera era por sus pecados; la segunda, por los pecados de los que viven; la tercera, en sufragio de los muertos. Más de una vez obligó a algunos de sus religiosos a que le azotase, con objeto de aumentar la humillación y el dolor de su sacrificio. Llegará un día que, en presencia del Cielo y de la tierra, los ángeles de Dios llevarán al altar del juicio dos copas llenas; una mano irrecusable las pesará, y se sabrá, para gloria eterna de los santos, que cada gota de sangre dada por amor ha ahorrado muchas oleadas.

Cuando Domingo había velado, orado, llorado y ofrecido su cuerpo y su alma como sacrificio durante largo tiempo, si la campana que tocaba a maitines no le anunciaba que los religiosos se despertaban, subía hacerles una visita, como si le hubiese separado de ellos una larga ausencia. Entraba en sus celdas sin hacer ruido, hacía el signo de la cruz sobre ellos y cubría a aquellos cuyas vestiduras se habían desarreglado durante el sueño. luego volvía al coro a esperarlos. Alguna vez el sueño le sorprendía en los piadosos misterios de su noche; en este caso se le encontraba apoyado en un altar o tendido sobre las losas. Cuando tocaban a maitines se reunía con los frailes; yendo de un lado al otro del coro, los exhortaba a salmodiar con todas sus fuerzas y con gozo. Después del oficio se retiraba a dormir a un rincón de la casa, pues no tenía celda propia, como los demás, y se acostaba vestido en cualquier sitio: sobre un banco, en el suelo, sobre un montón de paja, y algunas veces en la camilla que servía para llevar los cadáveres. Su sueño era tan corto durante la noche, que se dormía con frecuencia durante las comidas.

Dejó en Segovia como Prior a fray Corbalán, y se dirigió a Madrid, donde se encontró que fray Pedro de Madrid, uno de los que Domingo envió España cuando la dispersión de los de los religiosos, había empezado la construcción de un convento. Estaba situado fuera de los muros de la ciudad; pero Domingo cambió su destino, pues en lugar de frailes estableció monjas, dedicándolas a Santo Domingo de Silos. Este nombre de Silos desapareció más tarde, y el convento quedó dedicado a su fundador, en virtud de una transformación insensible, en la que todos pusieron sus manos. Es digno de observación que en España, lo mismo que en Francia y en Italia, el santo patriarca empleaba tanto celo en la creación de casas de religiosas como en las de religiosos, acordándose y siempre Nuestra Señora de Prouille había sido las primicias de su instituto. Por las religiosas de Madrid se conserva una carta que les escribió poco después de su fundación, y que está concebida en estos términos: “fray Domingo,

Maestro General de los Predicadores, a la madre priora y a todo el convento de las hermanas de Madrid, salud y perfeccionamiento de la vida en gracia de Dios Nuestro Señor. Nos regocijamos sumamente y agradecemos al Señor vuestro progreso espiritual y el haberos sacado del fango de este mundo. Hijas mías, luchad contra vuestro antiguo enemigo por medio de las oraciones y los ayunos, pues únicamente será coronado aquel que haya luchado. Hasta este día no disfrutabais de una casa conveniente para seguir todas las reglas de nuestra santa religión; pero en esta hora no os queda excusa alguna, puesto que, por la gracia de Dios, gozáis de una casa en la que la observancia regular puede cumplirse con exactitud. Por eso quiero que de hoy en adelante se guarde silencio en todos los lugares señalados por las constituciones, a saber: el coro, el refectorio, los claustros, y que en todos los lugares viváis de acuerdo con vuestras reglas. Que ninguna de entre vosotras salga de la puerta del convento; que ninguna persona entre en él, a no ser un obispo o un prelado para predicar, o bien para hacer una visita pública. No omitáis las disciplinas, las vigiliias; sed obedientes a vuestra priora; no perdáis el tiempo en conversaciones vanas. Y puesto que nos es imposible su venir a vuestras necesidades temporales, no queriendo tampoco agravarlas, prohibimos a cualquier religioso, sea quien fuere, reciba novicias a vuestro cargo; este poder dependerá solamente de la priora, juntamente con el consejo del convento. Ordenamos a nuestro muy amado hermano Manés, que tanto ha trabajado por vuestra casa y os ha establecido en vuestro santo estado, disponga las cosas como le parezca bien para que viváis santa y religiosamente. Le concedemos poderes para que os visite, os corrija y hasta para deponer a la priora, si lo juzgase necesario, pero con el consentimiento de la mayor parte de las religiosas; también podrá concederos dispensas cuando lo estime prudente. Adiós en Cristo.” (Mamachi: “Anales de la Orden de Predicadores”, volumen I, pág. 60 del Apéndice.)

Otros muchos conventos de España reclaman el honor de haber sido fundados o preparados por Domingo. Los historiadores primitivos callan sobre este asunto; por eso no creemos a propósito recordar estas pretensiones, que no se avienen suficientemente con la brevedad de la estancia de Domingo en España. Mencionaremos únicamente Palencia, donde pasó el santo diez años de su juventud, y en donde estableció el convento denominado de San Pablo.

En Guadalajara, no lejos de Madrid, de regreso a Francia, fue Domingo abandonado por casi todos los que le acompañaban. Sólo tres compañeros le siguieron fielmente; estos fueron fray Beltrán y dos conversos. Domingo se volvió hacia uno de ellos, preguntándole si quería marcharse también, y aquel contestó: “no quiera Dios que abandone la cabeza para seguir a los pies.” (Vicente de Beauvais: “espejo histórico”, lib. XXX, cap. LXXVII.) Esta

defección había sido anunciada a Domingo por una revelación. Oró, sin inquietarse por las ovejas perdidas, y tuvo el consuelo de verlas regresar casi todas al redil. Probablemente sería en favor de este grupo lo que hizo al llegar cerca de Tolosa; no tenía qué comer ni beber más que un vaso de vino para los ocho que eran, y él lo multiplicó milagrosamente, “ movido a compasión, según dicen los historiadores, por algunos de ellos que habían sido delicadamente alimentados cuando pertenecieron al mundo.” (Gérard de Frachet, “Vidas de los Hermanos”, lib. II, cap. V.)

En Tolosa encontró Domingo a Beltrán de Garriga, uno de sus más antiguos discípulos. Juntos emprendieron el camino de París, visitando de paso el célebre lugar de peregrinación de Roc-Amadour, viejo santuario dedicado a la bienaventurada Virgen, situado en una soledad escarpada y Silvestre de Quercy. “al siguiente día de la noche que habían consagrado a esta devoción se les unieron en el camino algunos peregrinos alemanes, quienes al oírles recitar salmos y letanías le siguieron piadosamente. Al llegar al pueblo próximo, los nuevos compañeros les invitaron a comer, cosa que repitieron los cuatro días sucesivos. Al llegar el quinto día, el bienaventurado Domingo dijo conmovido a Beltrán de Garriga: “ fray Beltrán, me remuerde la conciencia al ver que cosechamos solamente lo temporal de estos peregrinos, sin poder sembrar en ellos lo espiritual; por eso, si os parece bien, nos arrodillaremos y pediremos a Dios la gracia de comprender y hablar su lengua con objeto de poder anunciarles al Señor Jesucristo.” después de haber orado comenzaron a expresarse en alemán, con gran sorpresa de los peregrinos, y durante los cuatro días que estuvieron juntos hasta la llegada a Orleans, hablaron de Nuestro Señor Jesucristo. Al llegar a Orleans, los peregrinos siguieron el camino de Chartres, y dejaron a Domingo y Beltrán en el de París, después de haberse despedido de ellos y haberse encomendado a sus oraciones. Al día siguiente el bienaventurado padre dijo a Beltrán: “hermano, ya llegamos a París; si los demás se enteran del milagro que el Señor ha hecho, nos considerarán como santos, siendo como somos pecadores, y si llega a oídos de la gente del mundo, nuestra humildad correrá gran riesgo; por eso os prohíbo digáis nada de esto a nadie hasta después de mi muerte.” (Gérard de Frachet, “Vidas de los Hermanos”, lib. II, cap. X.)

Una de las primeras casas que llamaron la atención a Domingo a su entrada en París por la puerta de Orleans fue el convento de Santiago. Este edificio contaba ya con treinta religiosos. El santo patriarca se detuvo en él algunos días, Durante los cuales dio el hábito a Guillermo de Monferrato, a quién conoció en Roma en casa del cardenal Ugolino, Y qué le prometió ser fraile predicador después de haber estudiado dos años de Teología en la Universidad de París. Cumplió su palabra, entrando a formar parte de la Orden. Domingo

encontró también a un bachiller sajón llamado Jordán. Era este un hombre ingenioso, elocuente, amable y amante de Dios. Nació en la diócesis de Paderborn, de la noble familia de condes de Eberstein, y su viaje a París obedecía a su deseo de beber en las fuentes de la ciencia divina. Instigado por Dios, que le destinaba a ser el primer sucesor de Domingo en el gobierno general de la Orden de Predicadores, se sentía atraído hacia el grande hombre, cuyo heredero debía ser un día; le describió las ardientes huellas que Jesucristo había impresionado en su corazón. Domingo, cuyo contacto era ordinariamente tan decisivo, no quiso precipitar los acontecimientos en esta alma predestinada; aconsejó al joven sajón ejercitarse en el yugo del Señor recibiendo la orden de diácono, y le dejó a merced de la inspiración del Cielo, en espera de la mano que debía recogerle cuando llegase a la madurez.

Nada manifiesta mejor el atrevimiento y la rapidez del genio de Domingo como la acción ejercida por su corta estancia en el convento de Santiago. Desde hacía casi un año el trabajo incansable de muchos hombres de mérito había conseguido reunir treinta religiosos, y todo el esfuerzo de esta comunidad de naciente se enderezó a aumentar su número, superando toda clase de dificultades. Al llegar Domingo dirigió su mirada hacia el pequeño rebaño francés y lo creyó suficiente para poblar toda Francia de Frailes Predicadores. Siguiendo sus órdenes, Pedro Cellani salió para Limoges; Felipe, para Reims; Guerrio, para Metz; Guillermo, para Poitiers, y algunos se destinaron a Orleans, con la misión de predicar en las ciudades y fundar conventos en ellas. Pedro Cellani objetó su ignorancia, la penuria de libros en que se hallaba; pero Domingo le contestó, con intrépida confianza en Dios: “Ve, hijo mío, ve sin temor; yo pensaré en ti dos veces cada día ante Dios; no tengas dudas. Tú atraerás muchas almas, recogerás muchos frutos, acrecerás y te multiplicarás, y el Señor será contigo.” (Bernard Guidonis: “Catálogo de los Generales de la Orden”.) Pedro Cellani relataba más tarde, en la intimidad, qué tantas veces como se había visto perturbado, tanto interior como exteriormente, se había serenado pensando en aquella promesa, invocando a Dios y a Domingo, y que siempre había salido vencedor.

Domingo salió de París por la puerta de Borgoña. En Chatillon-sur-Seine volvió a la vida al sobrino de un eclesiástico en cuya casa estaba alojado. El niño cayó del piso alto y le recogieron medio muerto. Su tío dio una gran comida en honor del santo, y al ver Domingo que la madre del niño no comía porque tenía fiebre, le ofreció un poco de anguila que había bendecido, diciéndole comience por la virtud de Dios, y este remedio la curó inmediatamente.

Después de esto el glorioso padre volvió a Italia, acompañado por un hermano converso llamado Juan; este hermano se sintió enfermo súbitamente al cruzar los Alpes lombardos, a causa del hambre, no pudiendo caminar ni aún levantarse del suelo. El piadoso

padre le dijo: “¿Qué tienes, hijo mío, que no andas?” él contestó: “Padre santo, es que me muero de hambre.” Entonces el santo le respondió: “Anímate, hijo mío, y andemos un poco más; ya llegaremos algún sitio en donde podamos reparar nuestras fuerzas.” pero al replicar el hermano que le era imposible dar un paso más, el santo, con la bondad y conmiseración de que estaba lleno, recurrió a su refugio acostumbrado, que era la oración. Oró brevemente. Y dirigiéndose al hermano, le dijo: “levántate, hijo mío: dirígete a ese lugar que ves ante nosotros y trae lo que encuentres en él.” el hermano se levantó con gran dificultad, se dirigió hacia el lugar que le había sido indicado, y a distancia de un tiro de piedra encontró un pan de admirable blancura, envuelto en una tela muy blanca; lo trajo, y después de haber recibido permiso del santo, comió hasta que repuso sus fuerzas. Cuando terminó, el siervo de Dios le preguntó si podía andar ya, puesto que había acallado su hambre, y el hermano dijo que sí. “levantaos, pues, y dejad el resto del pan, envuelto en su lienzo, en el mismo lugar en donde lo habéis hallado.” el hermano obedeció, y continuaron su camino. Un poco más lejos, el hermano, concentrándose en sí mismo, se dijo: “¡Oh, Dios mío! ¿Quién ha puesto ese pan allí y quién será el que lo ha traído? ¡Ni he pensado aún en quién pudiera ser!” Entonces dijo al santo: “padre mío, ¿De dónde ha venido ese pan y quién lo ha depositado en aquel lugar?” entonces éste verdadero amante y guardián de la humildad respondió: “hijo mío, ¿No habéis comido tanto cuanto teníais gana?” “Sí”, respondió el otro. “pues ya que habéis comido cuanto habéis querido, dad gracias a Dios, y no os inquietéis más sobre ese asunto.” (Gérard de Frachet, “Vidas de los Hermanos”, libro II, cap. IV.)

Detengámonos en este sendero de los Alpes lombardos en donde faltó ánimos al compañero de Domingo, y, como viajeros que somos y seguimos tan piadoso rastro, no envidiemos la dicha de considerarlos de más cerca.

Domingo viajaba a pie, con un cayado en la mano y su lío de ropa al hombro. Cuando estaba lejos de los lugares habitados, se quitaba el calzado y caminaba descalzo. Si alguna piedra le hería durante su camino, exclamaba alegre: “esa es nuestra penitencia.” (“Actas de Bolonia”, declaración de Juan de navarra, n. 3.) una vez, yendo en compañía del hermano Bonvisio, al pasar por un lugar sembrado de guijarros de punta, le dijo: “¡Ah, desgraciado de mí! recuerdo que una vez me tuve que calzar al pasar por este sitio.” y el hermano le preguntó la causa, a lo cual respondió: “porque había llovido mucho.” (“Actas de Bolonia”, declaración de Bonvisio de Plasencia, n. 2.) Cuando se acercaba a una ciudad o a un pueblo volvía a calzarse hasta haber salido de allí. Cuando encontraba un río o un torrente que era preciso cruzar, hacía la señal de la cruz sobre sus aguas y entraba osadamente el primero, dando ejemplo a sus compañeros. Cuando llovía, cantaba himnos en alta voz: el “Ave Maris

Stella”, el “Veni Creator Spiritus”. No llevaba encima ni oro, ni plata, ni cobre, procurando estar siempre a merced de los hombres y de la Providencia. Se alojaba preferentemente en los monasterios, no deteniéndose nunca, sólo llevado de flojedad, sino de acuerdo con el deseo y la fatiga de los que le acompañaban. Comía lo que le presentaban en la mesa, excepto las carnes, pues hasta yendo de camino observaba rigurosamente la abstinencia y los ayunos de la Orden, aunque dispensase el ayuno a sus compañeros. Cuanto peor le trataban, más contento estaba. Estando enfermo se le vio comer legumbres y frutas antes que recurrir a los platos delicados. Cuando tenía que alojarse en casas pertenecientes a la gente del mundo, apagaba la sed antes en una fuente, por miedo a que la necesidad no le hiciese beber ávidamente, cosa inconveniente para la modestia de un religioso, y por temor a escandalizar a los asistentes. Algunas veces mendigaba su panel de puerta en puerta; daba las gracias siempre humildemente a los que le daban, hasta ponerse de rodillas en algunas ocasiones. Se acostaba vestido, y su lecho era paja o tablas.

El viaje no interrumpía nunca ninguna de sus prácticas piadosas. Ofrecía a Dios el santo sacrificio todos los días si encontraba alguna iglesia, acompañándolo con abundantes lágrimas, pues le era imposible celebrar los divinos Misterios sin enternecerse. Cuando el curso de la ceremonia le anunciaba la aproximación de Aquel a quien había amado preferentemente a partir de su más tierna edad, los que estaban presentes se daban cuenta de ello a causa de la emoción que sentía en todo su ser; las lágrimas se sucedían unas a otras sobre aquella cara pálida y radiante. Pronunciaba la oración dominical con un acento seráfico que hacía sensible la presencia del Padre que está en los Cielos. Por la mañana guardaba y hacía guardar silencio a sus compañeros hasta las nueve, y por la noche, después de las completas. En el intervalo, hablaba de Dios, ya en forma de conversación, ya a modo de controversia teológica y de todas maneras imaginables. Algunas veces, y sobre todo en los lugares solitarios, rogaba a sus compañeros anduviesen a alguna distancia de él, diciéndoles graciosamente con el profeta Oseas: “yo le llevaré a la soledad y le hablaré al corazón.” entonces les precedía o les seguía meditando algún pasaje de las Escrituras. Los religiosos observaron que en estas ocasiones tenía la costumbre de hacer algún movimiento con la mano ante su cara, como si quisiese apartar algún insecto importuno, atribuían a estas meditaciones familiares sobre los textos sagrados la maravillosa inteligencia que de ellos había adquirido. Era tan poderosa su costumbre de estar con Dios, que casi no levantaba sus ojos de la tierra. Jamás entraba en la casa en donde le concedían hospitalidad sin haber visitado antes la iglesia para orar, siempre que hubiera una en el pueblo. Después de la comida se retiraba a una habitación para leer el Evangelio de San Mateo o las epístolas de san Pablo, que siempre

llevaba consigo. Se sentaba, abría el libro, hacía la señal de la cruz y leía atentamente. Pero pronto la Palabra Divina le producía el éxtasis. gesticulaba como si hablase con alguien; parecía escuchar, discutir, luchar; sonreía y lloraba alternativamente; miraba fijamente, luego bajaba los ojos, hablaba bajo, se golpeaba el pecho. De la lectura pasaba incesantemente a la oración, de la meditación a la contemplación; de cuando en cuando besaba el libro amorosamente, como para agradecerle la dicha que le procuraba, sumergiéndose cada vez más en estas delicias, se cubría la cara con las manos o con la capucha. Cuando llegaba la noche iba a la iglesia a practicar sus vigiliias y penitencias acostumbradas, y de no tener iglesia a su disposición se acostaba en alguna habitación apartada, de la cual salían sus gemidos a su pesar, interrumpiendo el sueño de sus acompañantes. Les despertaba a la hora de maitines para recitar el oficio común, y cuando se alojaba en algún convento, aunque fuese extraño a su Orden, se encargaba de llamar a los religiosos, despertándolos, a la hora del coro.

Predicaba a cuantos se presentaban en su camino, en las ciudades, los pueblos, aldeas y hasta en los monasterios. Su palabra era inflamada. iniciado por sus largos estudios en Palencia y Osma en todos los misterios de la Teología cristiana, estos salían de su corazón juntamente con oleadas de amor, que revelaban la verdad aún a los más empedernidos. Un joven le preguntó, encantado por su elocuencia, en qué libros había estudiado y aprendido aquello, y él le respondió: “hijo mío, en el libro de la caridad más que en ningún otro, pues ese libro lo enseña todo.” (Gérard de Frachet, “Vidas de los Hermanos”, lib. II, capítulo XV) También lloraba con frecuencia en el púlpito, y generalmente se le veía presa de aquella melancolía sobrenatural que produce el sentimiento profundo de las cosas invisibles. Cuando veía desde lejos el grupo de viviendas de una ciudad o de una aldea, El pensamiento de las miserias de los hombres y de sus pecados le sumergían en una reflexión triste, cuyo reflejo aparecía prontamente sobre su rostro. Pasaba rápidamente de este modo por las más diversas expresiones de amor, alegría, turbación, serenidad, sucediéndose aquellas en las arrugas de su frente, dándole la majestad del hombre y elevándola hasta una increíble potencia de seducción. “Era amable para con todos - dice uno de los testigos en el proceso de su canonización -: a los ricos, a los pobres, a los judíos y a los infieles, muy numerosos en España, en donde todos le amaban, excepto los herejes y los enemigos de la Iglesia, A quiénes convencía con sus controversias y sus predicaciones.” (“Actas de Bolonia”, declaración de Juan de Navarra, n. 3).

CAPÍTULO XV

Quinto viaje de Domingo a Roma - Muerte del beato Reginaldo - El beato Jordán de Sajonia entra en la Orden

En la fuerza del verano del año 1219 Domingo descendía otra vez las rampas escarpadas de los Alpes, volviendo a ver la rica y vasta llanura destinada a poseer una de las mayores épocas de su vida. Castilla la Vieja le alimentó durante su infancia y su juventud; el Languedoc devoró los mejores años de su madurez; Roma era el centro a donde le había conducido siempre el ardor de su fe; Lombardía debía ser su sepulcro. Se ignora por qué itinerario vino; los historiadores primitivos callan su itinerario hasta su llegada a Bolonia. Sabemos que fue recibido en el convento de San Nicolás con júbilo inmenso por los muchos religiosos que en él vivían, bajo el priorato de Reginaldo. Su primer acto fue de desinterés. Oderico Gallicani, ciudadano de Bolonia, había dado recientemente a la Orden, en forma legal, tierras de un considerable valor. Domingo rasgó el contrato en presencia del obispo, declarando que quería que los religiosos mendigas en su pan cada día y que no les permitiría nunca tener posesiones. En verdad, ninguna virtud le era más querida que la pobreza. Llevaba siempre una sola túnica, cualquiera que fuese la estación, y de un tejido pobre, con la cual no se afrentaba de presentarse ante los más grandes señores. Quería que sus hermanos fuesen vestidos como él, que habitasen casas pequeñas, que ni aún ante el altar se sirviesen de sedas ni púrpuras, y que, excepto los cálices, no poseyesen ningún vaso de oro ni plata. En la mesa observaba el mismo espíritu de limitación y penitencia. Los demás comían dos platos; él, uno solo. Rodolfo de Faenza, procurador del convento de Bolonia, relataba que, habiendo aumentado alguna vez lo ordinario que servía a los religiosos durante la estancia de Domingo, el santo le llamó y le dijo al oído: “¿Por qué matan a los frailes con esas pitanzas?” (“Actas de Bolonia”, declaración de Rodolfo de Faenza, número 2.)

Cuando faltaba el pan o el vino en el convento de San Nicolás, cosa que sucedía de cuando en cuando, el hermano Rodolfo iba a buscar a Domingo. El santo le ordenaba rezase; el mismo le seguía a la iglesia para orar con él, y la Providencia se portaba tan bien, que procuraba la comida para sus hijos. Un día de ayuno, toda la comunidad estaba sentada a la mesa en el refectorio, cuando el hermano Bonvisio vino a decir a Domingo que no tenían absolutamente nada. El santo levantó los ojos y manos al cielo con gesto alegre, y dio gracias a Dios por ser tan pobre. Inmediatamente entraron en el refectorio dos jóvenes desconocidos,

llevando uno de ellos pan y el otro higos secos, que distribuyeron entre los religiosos. Otro día, que únicamente había dos panes en el convento, Domingo ordenó que los cortasen en pequeños trozos; bendijo el cesto que los contenía, y dijo al que servía que diera la vuelta al refectorio dando a cada hermano dos o tres pedacitos. Cuando acabó su vuelta, Domingo le ordenó diese otra, y continuase hasta que todos quedasen satisfechos. Los religiosos ordinariamente bebían agua, pero procuraban tener siempre un poco de vino para los enfermos. Un día del enfermero vino a quejarse ante Domingo, diciéndole que no tenía ya vino para los enfermos, trayéndole la vasija vacía. El siervo de Dios se puso en oración, según su costumbre, exhortando a los demás por humildad a que hiciesen lo mismo, y cuando el enfermero levantó la vasija observó que estaba llena.

Los historiadores han empleado pocas palabras para dar a conocer el gozo de los religiosos de Bolonia a la llegada de Domingo; pero se consigue sin trabajo el efecto de su presencia entre todos aquellos hombres, que no le conocían aún, no obstante ser sus hijos. Con sus ojos veían al español que les había convertido a Dios por boca de un francés, y que, resucitando las maravillas primitivas de la Iglesia, había reunido en una comunidad de apóstoles cristianos de todas las naciones. Ellos le veían, y sus virtudes, sus milagros, su palabra, su fisonomía, formaban un espectáculo que su misma imaginación no había podido figurarse. Durante el corto tiempo que estuvo entre ellos, Domingo acrecentó aún su santa y numerosa familia por el ascendiente que ejercía, tanto en el interior como en el exterior. Nada hubo tan singular como la toma de hábito de Esteban de España. El mismo nos la relata en estos términos: “mientras estudiaba en Bolonia, el hermano Domingo vino y predicó a los estudiantes, así como a otras personas. Fui a confesarme con él y creí observar que me apreciaba. Una noche, Alice ponerme a cenar en la fonda con mis compañeros, envió a dos frailes para decirme: “el hermano Domingo quiere veros y desea que vengáis inmediatamente.” yo respondí que iría tan pronto hubiese terminado de cenar. Ellos me contestaron que me esperaba inmediatamente. Me levanté, pues, abandonándolo todo para seguirles, y llegué a San Nicolás, en donde encontré a Domingo en medio de muchos religiosos. Al verme les dijo: “enseñadle cómo se hace la postración.” cuando me lo hubieron enseñado, me prosterné con docilidad, y me dio el hábito de fraile predicador, diciéndome: “quiero proporcionaros armas con las cuales podáis luchar contra el demonio durante todo el tiempo que dure vuestra vida.” entonces admiré muchísimo, y nunca he dejado de considerar sin extrañeza, por qué instinto el hermano Domingo me llamó y me revistió con el hábito de fraile predicador, pues nunca le hablé de mi intención de ser

religioso; sin duda obró de aquella manera por inspiración o revelación divina.” (“Actas de Bolonia”, declaración de Esteban de España.)

Lo que Domingo había hecho precedentemente en París lo hizo luego en Bolonia; es decir, envió religiosos a las ciudades principales del norte de Italia para que predicasen y fundasen conventos. Nunca se apartaba de su máxima favorita: “Hay que sembrar el grano en lugar de almacenarlo.” Milán y Florencia recibieron entonces colonias de Frailes Predicadores. También juzgó conveniente que Reginaldo saliese de Bolonia para París. Esperaba mucho de su elocuencia y de su fama para acabar de implantar la Orden en Francia. Los religiosos de Bolonia le vieron alejarse con amargo sentimiento, llorando al verse separados tan pronto de los “pechos de su madre”. Esta expresión es del bienaventurado Jordán de Sajonia, quién dice luego: “pero todas estas cosas sucedieron por voluntad de Dios. Había mucho de maravilloso en la manera como el bienaventurado siervo de Dios, Domingo, dispersaba a los suyos por todas las regiones de la Iglesia y de Dios, a pesar de las reprensiones que se le dirigían algunas veces, y sin que su confianza quedase nunca oscurecida por la sombra de la duda. Parecía que conocía de antemano el éxito y que el Espíritu Santo se lo hubiere revelado. En efecto: ¿Quién osaría dudar de ello? en sus comienzos disponía solamente de un reducido número de religiosos, sencillos e iletrados en su mayor parte, a quienes envió en pequeños grupos por toda la iglesia; de manera que los hijos de aquel siglo, que juzgaban por las trazas de su prudencia, le acusaban de destruir un gran edificio, más bien que de construirlo. Pero acompañaba con sus oraciones a los que enviaba de aquella manera, y la virtud del Señor se complacía en multiplicarles.” (“Vida de Santo Domingo”, capítulo, II, n. 45.)

Hacia fines del mes de octubre, Domingo salió también de Bolonia; cruzó el Apenino en dirección a Florencia, y se detuvo algún tiempo en la rivera del Arno, en donde su Orden debía más tarde levantar los célebres conventos de Santa María Novella y San Marcos. Los dominicos gozaban entonces de la posición de una iglesia, al lado de la cual vivía una mujer llamada Bené, conocida por lo desordenado de su vida, y a quien Dios había castigado abandonando la a los ataques sensibles del espíritu maligno. Al oír predicar a Domingo, aquella mujer se convirtió, y las plegarias del santo la libraron de las obsesiones que la atormentaban. Pero la misma paz fue para ella ocasión de recaída, y cuando Domingo volvió de nuevo a Florencia un año más tarde, le confesó el mal efecto que le había producido la liberación. Domingo le preguntó bondadosamente si quería volver a su antiguo estado, y al contestarle que se abandonaba a Dios y a él, el santo robo al Señor hiciese lo que más conviniera para su salvación. Al cabo de algunos días, el espíritu maligno la atormentó de

nuevo, y el castigo de sus nuevas culpas fue para ella una fuente de méritos y perfección. Bené tomó más adelante el velo religioso y se la llamó Benedicta. Sobre esta mujer se lee también que se quejó a Domingo, a su vuelta a Florencia, de que un eclesiástico la perseguía a causa de su afecto a la Orden. Este eclesiástico estaba irritado contra ellos porque se les había entregado la iglesia de la cual era él capellán antes. Domingo contestó a Benedicta: “hija, ten paciencia; el que te persigue, pronto será de los nuestros y soportar a en la Orden grandes y largos trabajos.” (Constantino d’Orvieto: “Vida de Santo Domingo”, n. 37.) Esta predicción se realizó tal como había sido anunciada.

Domingo encontró al sumo Pontífice en Viterbo. Honorio III le concedió cartas fechadas el 15 de noviembre de 1219, por las cuales recomendaba sus frailes a los obispos y prelados de España. El 8 de diciembre siguiente extendió esta recomendación a los arzobispos, obispos, abades y prelados de toda la cristiandad. En 17 del mismo mes, estando en Civita-Castellana, hizo donación a Domingo y a los suyos del convento de San Sixto del monte Coelio, pues hasta entonces san Sixto había estado en posesión de la Orden solamente en virtud de concesión verbal. Las hermanas de San Sixto no figuran en el acta, sin duda porque formaban, con los religiosos, una única y misma Orden, cuya administración temporal y espiritual pertenecía al General de la misma.

No era está la primera vez que el santo patriarca estuvo en Viterbo, pues tres años antes, a su vuelta de Francia después de la confirmación de la Orden, vino a dicha ciudad con el cardenal Capocci, que le dio una capilla y un monasterio llamado de la Santa Cruz, situado en una colina próxima a la ciudad, y una iglesia que se edificaba al lado por su mandato. El cardenal había sido advertido en sueños dedicase dicha iglesia a la Santísima Virgen, y la amistad que le unía con Domingo le llevó a ofrecérsela antes de que estuviese terminada, por temor a que el tiempo dejase incumplida su buena voluntad. En efecto: no experimentó la satisfacción de verla terminada; pero aseguro su posesión a la Orden antes de su fallecimiento. Con el nombre de Nuestra Señora de Gradi, este edificio ha llegado a ser uno de los más ilustres conventos de la provincia romana. A1 y pueden observarse restos de la antigua capilla de Santa Cruz, en la que Domingo pasó muchas noches, y la cual ostentaba huellas de su sangre hasta el siglo pasado.

Domingo celebró en Roma el principio del año 1220. Por cierto que uno de sus historiadores nos indica que distribuyó entre las religiosas de San Sixto cucharas de Ébano que les había traído de España. ¡qué sencillez de hombre! El pensamiento de complacer a las pobres religiosas le preocupó en el seno de sus fatigas y los asuntos de un largo viaje, y

recorriendo un camino de seiscientas o setecientas leguas, les trajo consigo un recuerdo de su país. Digo consigo, porque nunca permitió que nadie cargase con su equipaje.

Reginaldo llegó a París y anunció el Evangelio con toda la autoridad de su elocuencia y de su fe. Después de Domingo, era en aquel tiempo el astro más esplendente de la nueva religión. Todos los religiosos tenían puesto sus ojos en él, y sin prever la muerte, demasiado próxima de su fundador, se daban cuenta de que era el único capaz de sobrellevar la carga de su obra. Pero Dios frustró pronto esos sentimientos de amor y de admiración, pues Reginaldo se vio atacado por una enfermedad mortal en el momento en que inspiraba más esperanzas que nunca. El prior de Santiago, Mateo de Francia, vino a advertirle que la hora de su último combate se aproximaba, y le preguntó si quería le administrase el sacramento de la Extremaunción. “no temo el combate - contestó Reginaldo -; lo espero con alegría. Espero también a la Madre de Misericordia, que me ungió en Roma con sus propias manos y en quien yo confío; pero por temor a que parezca que desprecio la unción eclesiástica, me place recibirla y la deseo.” (Gérard de Frachet, “Vidas de los Hermanos”, lib. V, cap. II.) Los religiosos no sabían entonces, al menos en general, la misteriosa manera como Reginaldo había sido llamado a la Orden pues rogó a Domingo no dijiste nada durante su vida. Pero el recuerdo de aquel insigne favor se presentó en su mente en el momento de su muerte, y no pudo evitar aludir a él; el agradecimiento le arrancó un secreto que su humildad ocultó hasta aquel instante. Precedentemente ya había dicho sobre esto a Mateo de Francia algunas palabras, que la Historia nos ha conservado. Mateo, que le había conocido cuando vivía en el mundo con todas las comodidades propias de la celebridad y la delicadeza le testimonió extrañeza de que hubiese abrazado una Orden tan severa. “no hay mérito en ello de mi parte - le contestó -, puesto que me ha complacido mucho siempre.” (el beato Jordán de Sajonia: “Vida de Santo Domingo”, cap. III, página 46.)

No se sabe el día preciso en que murió; sólo sabemos que tuvo lugar a fines de enero o a principios de febrero del año 1220. Los frailes que no gozaban aún del derecho de sepultura en su casa, le enterraron en la iglesia de Nuestra Señora de los Campos, cercana a Santiago. Sus restos, colocados bajo un mausoleo, obraron milagros, y durante cuatrocientos años fueron objeto de un culto cuya tradición parecía ser imborrable. Pero en el año 1613 la Iglesia de Nuestra Señora de los Campos fue donada a las Carmelitas de la reforma de santa Teresa y las religiosas transportaron al interior de su claustro el cuerpo de Reginaldo, y, a pesar de la veneración hereditaria, su memoria cesó de ser popular poco a poco, viniendo a ser como su sepulcro, un secreto reservado a los que conocían y habitaban en espíritu la antigüedad. Hoy ya no existe ni su tumba, qué desapareció juntamente con la iglesia y el

claustro de Nuestra Señora de los Campos y el fundador del convento de Bolonia, aquel a quien los religiosos llamaban “su báculo”, el que la santa Virgen había llamado a la religión por sus propios labios, el que recibió de sus manos la unción milagrosa de sus miembros, el que había dado su última y sagrada forma a nuestro hábito, el bienaventurado Reginaldo, no goza en parte alguna de culto, ni aún siquiera en la Orden de Predicadores, de la que fue uno de los más bellos ornamentos por la santidad de su vida, el poder de su palabra y el gran número de hijos ilustres que le engendró. Esta fecundidad no se agotó hasta su muerte, pues la misma víspera de su última y corta enfermedad produjo aún su tronco sublimes retoños. Al decir que no se le rinde culto se entiende el culto “ratificado por la Iglesia”, Pues el venerable Reginaldo no ha cesado de gozar en su Orden de un culto verdaderamente eclesiástico que se espera ver confirmado por la Santa Sede.³

Recordaremos el estudiante sajón a quien Domingo conoció en París, y cuya vocación no quiso precipitar, aunque era muy visible. Reginaldo había sido destinado a tomar aquella flor preciosa que la mano de Domingo respetó por una especie de presentimiento delicado, para honrar y consolar el prematuro fin de uno de sus más dignos hijos. Veamos la manera como el beato Jordán de Sajonia relata su entrada en la Orden, así como la de Enrique de Colonia, su amigo:

“La misma noche en que el alma del santo hombre Reginaldo voló hacia el Señor, yo que no era aún hermano por mi hábito, pero que hice voto de tomarlo de sus manos, vi en sueños a los religiosos en un navío. De pronto el navío se sumergió, pero los religiosos no perecieron en el naufragio: creo que aquel hombre era Reginaldo, considerado entonces por los demás como su báculo, como su apoyo. Otro día en sueños una fuente clara que cesó de manar agua súbitamente, y que fue reemplazada por dos surtidores. Suponiendo que aquella visión representase algo real, conozco demasiado mi propia ineptitud para atreverme a dar una interpretación. Lo que sé es que Reginaldo recibió en París la profesión de dos religiosos solamente: la mía y la de fray Enrique, que fue más tarde prior de Colonia, hombre a quien amaba yo en Cristo con un afecto que no he concedido nunca tan enteramente a ningún otro hombre, vaso de honor y de perfección tal, que no recuerdo haber visto en esta vida una tan graciosa criatura. El Señor se apresuró a llamarle a su seno, y por ello no creo inútil decir algo sobre sus virtudes.

Enrique había nacido en el mundo de distinguida familia, y muy joven aún le nombraron canónigo de Utrecht. Otro de los canónigos de la misma iglesia, hombre de bien y

³ Pío IX aprobó su culto y la orden celebra su fiesta el 17 de febrero.

muy religioso, le educó durante sus más tiernos años en el santo temor de Dios. Con su ejemplo, le enseñó a vencer al mundo crucificando su carne y practicando buenas obras; le hacía lavar los pies a los pobres, frecuentar la iglesia, huir del mal, despreciar el lujo, amar la castidad, y aquel joven de excelente naturaleza se mostró dócil al yugo de la virtud; las buenas obras se acrecentaron en él al mismo tiempo que sus años y viéndole, se le hubiera podido tomar por un ángel, en quién el nacimiento y la honradez eran una misma cosa. Se dirigió a París, en cuya ciudad el estudio de la Teología no tardó en absorberle más que ninguna otra ciencia, dotado como estaba de talento natural muy vivo y una razón perfectamente ordenada. Nos encontramos en el hospedaje donde yo vivía, y pronto nuestra amistad se convirtió en dulce e íntima unión de almas. Fray Reginaldo, de feliz memoria, vino por la primera época a París, y al oír su excelsa predicación me sentí iluminado por la gracia, y en mi fuero interno hice voto de entrar en su Orden, por creer había encontrado un camino seguro de salvación. Al tomar esta resolución comencé a experimentar el deseo de endilgar con el mismo voto al compañero y amigo de mi alma, en el que veía todas las disposiciones de la naturaleza y de la gracia requeridas en un predicador. El rehusaba; pero yo no cejaba de importunarle. Obtuve de él que fuese a confesarse con fray Reginaldo, y cuando volvió, abriendo el profeta Isaías a modo de consulta, lee el siguiente pasaje: “el Señor me ha concedido una lengua sabía para que ayude con la palabra al caído; él me despierta por la mañana para que escuche su voz. El Señor Dios me ha dejado oír su voz, y no puedo resistirla, ni retrocederé.” (Capítulo L, v. 4, 5) mientras le interpretaba este trozo, que tan bien respondía al estado de su corazón y que, presentándosele como un aviso del Cielo, le exhortaba a someter su juventud al yugo de la obediencia, observamos algunas líneas y más abajo estas dos palabras: “continuemos juntos”, que no se advertían no nos separaremos uno del otro y consagrásemos nuestra vida a la misma abnegación. Aludiendo a esta circunstancia, estando él en Alemania y yo en Italia, me escribió un día diciéndome: “¿Dónde está ahora el continuemos juntos?” tú estás en Bolonia, y yo en Colonia.” a esto le contesté diciéndole: “¿Qué mayor mérito, qué más gloriosa corona que hacernos partícipes de la pobreza de Cristo y de sus Apóstoles y abandonar el mundo por su amor?” pero aunque su razón estaba de acuerdo conmigo, su voluntad le persuadió a resistirse.

La misma noche en que discutíamos de esta manera, fue a maitines a la iglesia de la bienaventurada Virgen, permaneciendo allí hasta la aurora, rogando a la Madre del Señor venciese la rebeldía de su voluntad. Y no dándose cuenta de que la dureza de su corazón se había ablandado con su plegaria, comenzó a decirse en su interior: “ahora, ¡Oh, Virgen bienaventurada! siento que no tenéis compasión de mí y que mi lugar no está señalado en el

colegio de los pobres de Cristo.” decía esto con dolor porque en él existía un deseo de pobreza voluntaria, y el Señor le mostró una vez el peso que ella representa en el día del juicio. La cosa tuvo lugar así. Veía a Cristo en sueños en su tribunal, y dos multitudes innumerables, una ya juzgada, la otra que juzgaba con Cristo. mientras, seguro de su conciencia, miraba tranquilamente este espectáculo, uno de los que estaban al lado del Juez extendió súbitamente el brazo hacia él y dijo: “Tú, ¿Qué has abandonado por amor de Dios?” esta pregunta le consterno por no tener nada que contestar; por eso deseaba la pobreza, aunque no tuviese aún valor para abrazarla. Muy triste se retiró de la Iglesia de Nuestra Señora por no haber obtenido la fuerza que había suplicado; pero en aquel instante, el que mira a los humildes desde el Cielo ahuyentó los obstáculos de su corazón: las lágrimas anegaron sus ojos, su alma se abrió y se explayó ante el Señor; la dureza que la oprimía se ablandó, y el yugo de Cristo, tan duro anteriormente en su imaginación, le pareció lo que realmente es: suave y ligero. En los primeros momentos de su transporte se levantó corriendo a buscar a fray Reginaldo ante el cual hizo su voto. Inmediatamente vino a buscarme, y mientras yo consideraba sobre su angélico rostro las huellas de su llanto y le preguntaba dónde había ido, me contestó: “he hecho un voto al Señor, y lo cumpliré.” no obstante, diferimos la toma de hábito hasta que llegase la Cuaresma, Y conquistamos en este intervalo uno de nuestros compañeros, a fray León, que sucedió a fray Enrique en el cargo de prior.

Cuando llegó el día en que la Iglesia advierte a sus fieles con la ceniza su origen y su retorno al polvo de donde han salido, nos dispusimos a cumplir nuestros votos. Nuestros compañeros no tenía noticias de nuestro deseo, y uno de ellos, al ver salir a fray Enrique de la posada, le dijo: “Enrique, ¿A dónde vas?” “voy - contestó - a Betania”, aludiendo al sentido hebraico de esta palabra, que significa “casa de obediencia”. En efecto los tres nos dirigimos a Santiago, entrando en el momento en que los religiosos cantaban el “Immutemur habitu”. No esperaban nuestra visita; pero, aunque imprevista, no dejó de ser oportuna, y nos despojamos de nuestros trajes para revestirnos con los que tanto anhelamos, mientras los frailes cantaban precisamente lo que estábamos haciendo.” (“Vida de Santo Domingo” cap. III, n. 47 y siguientes.)

Reginaldo no vio la toma de hábito de Jordán de Sajonia; había vuelto al seno del Señor antes de haber consumado esta última obra, semejante al áloe, que muere al florecer y no ve nunca sus frutos.

CAPÍTULO XVI

Primer Capítulo General - Estancia de santo Domingo en Lombardía - Institución de la Orden

Tercera

Aún no habían pasado 3 años a partir de la dispersión de los religiosos de Nuestra Señora de Prouille, cuando ya poseían conventos en Francia, Italia, España, Alemania y hasta en Polonia. La bendición de Dios les había concedido la suficiente gracia para que se multiplicasen y estableciesen en todos sitios. Domingo, que había visto el progreso de su Orden con sus propios ojos, y cuyo curso había animado con su presencia, creyó llegada la hora de hacerlos gozar del espectáculo de su fuerza, no por excitar en ellos una vana satisfacción, sino para animarles en la empresa de más grandes trabajos, para asegurar su unidad y dar una última mano a la legislación que los gobernaba. Para esto convocó el Capítulo General de la Orden en Bolonia; el día señalado para la convocatoria era el de Pentecostés del año 1220. Domingo salió de Roma a fines de febrero o principios de marzo; pasó algunos días en Viterbo, junto al soberano Pontífice, que le dio nuevas pruebas de su constante afecto en tres cartas que escribió, una tras otra, a los pueblos de Madrid, Segovia y Bolonia para agradecerles la caridad de que habían dado pruebas a los religiosos y exhortarlos a perseverar en los mismos sentimientos. Dichas cartas están fechadas el 20, 23 y 24 de marzo. El día 26 de febrero ya había escrito a los religiosos de Nuestra Señora de los Campos, de París, para felicitarlos por haber concedido a los frailes el derecho de sepultura en su iglesia. El 6 de mayo siguiente les recomendó en muy vivos términos al arzobispo de Tarragona, y el 12 permitió a Domingo para ejercer el ministerio de la predicación.

El día de Pentecostés estaba Domingo en Bolonia, rodeado por los frailes de San Nicolás y los representantes de toda la Orden. Se ignoran los nombres de los que asistieron; lo único que se sabe es que Jordán de Sajonia había sido enviado desde París, con otros tres religiosos, pocas semanas después de haber tomado el hábito. Domingo se levantó en medio de aquella asamblea, no como simple prior de algunos religiosos, sino como superior general de una Orden extendida por toda Europa; no en una sencilla iglesia de aldea como Prouille, sino en el seno de una ciudad grande y célebre, que era el punto de reunión de la juventud inteligente de las naciones; no para contestar a las dudas de sus propios amigos, sino después de haber asentados su obra y viviendo a su lado, para defenderla, hombre escuchas voces sentían no poseer la cátedra de las universidades. Contaba a la sazón cincuenta años.

Lo primero que propuso el Capítulo General fue renunciar a todos los bienes que la Orden poseyese, con objeto de vivir únicamente de limosnas y al día. Esta resolución era ya antigua en su pensamiento, y durante las deliberaciones que tuvieron lugar en Prouille en el año 1216, los religiosos la adoptaron en principio, aunque la demoraran para llevarla a cabo más adelante. En cuanto a Domingo, siempre había vivido de la caridad pública desde aquella famosa entrevista de Montpellier, que señaló el comienzo de su apostolado y en la que se decidió que la pobreza voluntaria era la única arma capaz de vencer. Pero una cosa era que algunos misioneros viviesen mendigando su pan, y otra fundar una Orden estable sobre las incertidumbres cotidianas de la mendicidad. Todas las tradiciones parecían contrarias a una constitución tan atrevida. Desde el momento en que la iglesia pudo gozar del derecho de propiedad, se aprovechó de él para gozar de libertad ante sus enemigos y poder ser liberal para con los pobres, magnífica ante Dios. Los mismos solitarios de oriente vendían y compraban, y consideraban una gloria vivir con el trabajo de sus manos. ¿Había que abusar de la pobreza porque se hubiere abusado antes de la riqueza? si el mundo tenía necesidad de tan extremado ejemplo, ¿Era prudente dejar para el porvenir una respuesta apropiada a los tiempos excepcionales? fueron estas u otras razones las que aconsejaron a Domingo, lo cierto es que aceptó para su Orden posesiones territoriales, con la idea preconcebida de abandonarlas más tarde. Se dice que sus relaciones con san Francisco de Asís le inspiraron el pensamiento de este abandono, y, verdaderamente, san Francisco recibió más especialmente de Dios la misión de aportar a la iglesia el espíritu de pobreza; pero antes de que hubiese renunciado a todo para seguir a Jesucristo, ya recorría Domingo el Languedoc descalzo, cubierto con un cilicio y una túnica remendada, dejando a la Providencia el cuidado de proporcionarle el pan cotidiano. Los dos santos se vieron en Roma por vez primera en tiempos del cuarto Concilio de Letrán, cuando solicitaron de Inocencio III la aprobación de su Orden, habiendo dado ambos el ejemplo de las mismas virtudes sin conocerse. San Francisco de Asís tuvo la gloria de no dudar nunca en hacer de la mendicidad el patrimonio de su religión; Domingo, no menos austero para consigo mismo, no fue tan atrevido cuando se trataba de los demás y esperó que la experiencia confirmase sus planes de pobreza, y tuvo la gloria de abdicar los bienes una vez adquiridos. Dichos bienes los cedió, con el consentimiento del Capítulo General, a religiosas de diversas órdenes, y se estableció, por medio de un decreto perpetuo, que de allí en adelante los religiosos no poseerían nada en este mundo, excepto sus virtudes. Domingo quería ir más lejos, pues deseaba que toda la administración se dejase en manos de los hermanos conversos, a fin de que los demás pudieran dedicarse, sin preocupación alguna, a la oración, al estudio y a la predicación. Pero

los padres del capítulo se opusieron, citando el ejemplo reciente de los religiosos de Grandmont, a quienes un reglamento parecido había dejado a merced de los legos y reducidos a un estado de servidumbre degradante. Domingo fue de la misma opinión.

El Capítulo General decretó otras constituciones que entraron luego en vigor; la Historia no explica cuáles, ni las actas del capítulo han llegado tampoco hasta nosotros. Domingo suplicó a los capitulares le descargasen del peso del gobierno: “merezco - les dijo - ser depuesto, pues soy inútil y me he entibiado.” (“Actas de Bolonia”, declaración de Rodolfo de Faenza, n. 4.) Además del sentimiento de humildad que le hacía hablar de esta manera, no había perdido el deseo de acabar su vida entre los infieles y obtener, aportándoles la verdad, aquella palma del martirio de que su corazón había demostrado estar siempre tan sediento. Dijo más de una vez que deseaba le azotasen con vergajos y le cortasen a trozos por Jesucristo. Desahogándose con fray Pablo de Venecia, le decía: “cuando hayamos reglamentado y formado nuestra Orden, iremos al país de Cumas; les predicaremos la fe de Cristo y se los rendiremos al Señor.” (“Actas de Bolonia”, declaración de Pablo de Venecia, n. 3.)

Domingo creía llegado ya el momento. ¿No había reglamentado y formado su Orden? ¿No la veía ya ante sus ojos como una cepa con sus racimos maduros? ¿Qué mejor cosa podía hacer que ofrecer los restos de su cuerpo y de su alma al sacrificio? pero los frailes no quisieron oírle hablar de dimisión, y, lejos de consentir, le confirmaron en su cargo de General, y añadieron a la autoridad de la sede apostólica, de quién la había recibido, la brillantez de una elección libre y unánime. Domingo obtuvo que su poder estuviera al menos limitado por oficiales llamados “definidores”, los cuales, cuando se reuniese el capítulo, tendrían el derecho de examinar y reglamentar los asuntos de la Orden, y hasta de poner al Maestro General sí prevaricaba. Este notable estatuto fue aprobado más adelante por Inocencio IV. El capítulo se disolvió después de haber decretado que se reuniría todos los años, un año en Bolonia y el otro en París, alternativamente. Sin embargo, por excepción inmediata, se designó Bolonia para la próxima asamblea.

El norte de Italia era uno de los puntos europeos en donde la herejía había trabajado con mayor ahínco, pues expuesta como estaba al contacto de Oriente y a las influencias cismáticas de los emperadores de Alemania, había sufrido una alteración notable en su fidelidad a la iglesia. Domingo creyó, por tanto, útil evangelizar la y la recorrió casi por completo durante el verano del año 1220. Pero los historiadores contemporáneos que nos relatan este hecho no lo confirman con ningún detalle. La mayor parte de las ciudades de Lombardía reclaman el honor de haber poseído y escuchado al santo patriarca, y sus anales,

escritos después de largo tiempo contienen algunas anécdotas sobre su estancia en aquellos lugares, anécdotas cuya autenticidad no está lo suficientemente probada. Es cierto que visitó Milán y pasó una enfermedad en dicha ciudad. Fray Bonvisio, que le acompañaba en este viaje, nos habla de esta manera de su constancia en el sufrimiento: “cuando estuve en Milán con el hermano Domingo sufrió accesos de fiebre: yo le cuidé durante su enfermedad y nunca le oí quejarse. Pasaba el tiempo orando y dedicado a la contemplación, cosa que puede juzgar guiándome por ciertos gestos que aparecían en su cara y que yo conocía muy bien, porque cuantas veces oraba o contemplaba tuve ocasión de observarlos. Tan pronto había pasado el acceso de fiebre, comenzaba a hablar de Dios y de la Orden; leía o rogaba que leyesen; alababa al Señor y se regocijaba de su enfermedad, cosa que era corriente en sus tribulaciones mucho más que en la prosperidad.” (“Actas de Bolonia”, declaración de Bonvisio, número 3.)

Domingo se encontró en Cremona con san Francisco de Asís, y mientras hablaban se les acercaron algunos frailes de san Francisco y dijeron: “nos falta el agua pura en el convento; por eso os rogamos a vosotros, que sois nuestros padres y siervos de Dios, intercedáis cerca del Señor para que bendiga nuestros pozos, cuya agua está corrompida.” los dos patriarcas se miraron como invitándose a contestar el uno al otro; entonces Domingo dijo a los presentes: “sacad un poco de agua y traédnosla.” los religiosos fueron y la trajeron en un cubo, y entonces Domingo dijo a Francisco: “padre, bendecid esta agua en nombre del Señor.” Francisco contestó: “padre, bendecidla vos mismo, ya que sois el mayor.” (Pedro Cali: “Vida de Santo Domingo”, n. 21.) esta piadosa lucha continuó entre ambos, hasta que por fin Domingo, vencido por Francisco, hizo la señal de la cruz sobre el cubo y ordenó que se vertiese el agua en el pozo, cuyo manantial quedó purificado para siempre.

Un canónigo francés que iba a Roma, al pasar por Módena, fue a buscar a Domingo a la salida de un sermón y le confesó que desesperaba de su propia salvación a causa de una tentación contra la castidad, que no había podido vencer nunca. “no perdáis el ánimo - le respondió el santo -; tener confianza en la misericordia de Dios; yo os obtendré el don de la continencia.” el canónigo se retiró curado. (Los B. Humberto: “Vida de Santo Domingo”, n. 51.)

Domingo tenía la costumbre de visitar los monasterios que encontraba en su camino, y, entre otros, se detuvo en el de Colombe, situado en la provincia de Parma, en donde se cree tuvo lugar un rasgo de bondad, que un historiador cuenta en estos términos: “Domingo llegó una tarde a la entrada del convento cuando todos sus religiosos estaban acostados. Temeroso de molestarles, se acostó ante la puerta con su compañero y oró para que el Señor proveyese a sus necesidades sin que fuere preciso despertar a los monjes. En aquel momento se

encontraron ambos en el interior del convento. (Rodrigo de Cerrato, “Vida de Santo Domingo”, n. 31.) Era Colombe un célebre monasterio de la Orden del Císter, fundado por san Bernardo; más tarde dicho monasterio fue arruinado por el emperador Federico II en 1248.

Domingo volvió a Bolonia el día de la Asunción, fecha memorable por ser el día en que tomó el hábito Conrado el Teutón. Era éste doctor de la Universidad de Bolonia, tan famoso en aquellos tiempos por su ciencia y su virtud, que los padres deseaban ardientemente contarle entre los hombres notables que abrazaron su religión. La víspera de la Asunción de la bienaventurada Virgen hablaba Domingo confidencialmente con un religioso de la Orden del Císter, qué más tarde fue obispo de Alatri y que entonces era el prior del monasterio de Casamare, al cual había conocido en Roma y por el que sentía gran afecto, y abriéndole su corazón, le dijo, entre otras cosas: “ os confieso, prior, una cosa que no he dicho aún a nadie, por la cual os ruego me guardéis el secreto hasta mi muerte, y es que nunca en esta vida me ha rehusado Dios cuánto le he pedido.” el prior se admiró grandemente ante esto, y sabiendo el deseo que sentían los religiosos con respecto a Conrado el Teutón, le dijo: “ sí así es, padre, ¿ por qué no pedís a Dios os conceda al maestro Conrado, a quién me consta tienen los frailes verdaderos deseos de tenerle por compañero?” Domingo le respondió: “ mi buen hermano, habláis de una cosa muy difícil de obtener; pero si queréis orar esta noche conmigo, abrigo la confianza de que el Señor nos concederá esta gracia.” (Los B. Humberto: “Vida de Santo Domingo”, n. 50.) después de las completas el siervo de Dios permaneció en la iglesia, según su costumbre, y el prior de Casamare continuó a su lado. Luego asistieron a los maitines de la Asunción, y al llegar el día, a la hora de prima, mientras el cantor entonaba el “*Iam lucis orto sidere*”, se vio entrar en el coro el maestro Conrado, que se echó sobre las rodillas de Domingo y le rogó le concediese el hábito. El prior de Casamare, fiel al secreto que había prometido, no relató esto hasta después de morir Domingo, al cual sobrevivió más de veinte años. Temía morir primero que aquél, y por eso consultó la cosa con el santo; pero este último le dijo que no sucedería como temía.

Entre los que Domingo recibió en la Orden durante aquella época podemos citar a Tomás de Prouille. Era este un joven de gran inocencia y sencillez en sus costumbres, a quien el santo amaba tiernamente y a quien llamaba su hijo. Algunos de los antiguos compañeros del nuevo religioso, indignados por haberle perdido, le atrajeron lejos del convento y comenzaron a arrancarle los hábitos de la Orden. Alguien fue y advirtió a Domingo, qué inmediatamente entró a orar en la iglesia, y cuando los raptos quitaron al hermano Tomás hasta su camisa de lana y se esforzaban por endosarle una de lienzo, su víctima lanzó tan

lamentables gritos, diciendo que se sentía arder, que no tuvo punto de reposo hasta que le volvieron al redil vestido con los rudos y dulces hábitos de que le habían despojado. Un hecho muy parecido ocurrió también a un jurisconsulto de Bolonia. Sus amigos entraron a mano armada en el claustro de San Nicolás para raptarle. Los frailes quisieron ir a buscar algunos caballeros amigos de la Orden para oponer la fuerza a la fuerza; pero Domingo les dijo: “más de doscientos ángeles alrededor de la iglesia, ángeles que el Señor ha destinado a defendernos.” (Teodorico de Apolda: “Vida de Santo Domingo”, cap. XVII, n. 209.)

El siervo de Dios predicaba frecuentemente en Bolonia, y la veneración en que se le tenía era tan grande, que la gente, en lugar de esperarle en la iglesia en dónde estaba anunciada su predicación, iba a buscarle a San Nicolás y le acompañaba hasta el lugar del sermón. Un día que la muchedumbre vino a buscarle, dos estudiantes se aproximaron, y uno de ellos le dijo: “os ruego pidáis a Dios el perdón de mis pecados, pues me arrepiento, si no me engaño, los he confesado todos.” Domingo, que estaba aún en la iglesia, se acercó al altar y oró brevemente ante él; volviéndose hacia el joven, le dijo: “tened confianza y perseverad en el amor de Dios. El os ha perdonado vuestras faltas.” Entonces el otro estudiante se acercó también al santo y le dijo: “padre, rogad también por mí, pues he confesado todos mis pecados.” Domingo se arrodilló nuevamente ante el altar y oró. Pero al volverse hacia el joven le dijo: “hijo mío, no intentes engañar a Dios; tu confesión no ha sido completa; tienes un pecado que has ocultado debido a una equivocada vergüenza.” y tomándole aparte, le dijo cuál era aquel pecado que se había avergonzado de confesar. Entonces el estudiante respondió: “padre, es verdad; perdonadme.” Domingo habló con él unos momentos y salió luego con la gente que le aguardaba. (Pedro Cali: “Vida de Santo Domingo”, n. 18.)

Este espíritu profético era habitual en él. Una vez encontró a un religioso que iba de misión; le detuvo, y después de algunos momentos de haber hablado con él, advertido interiormente de que aquél religioso había cometido una falta, le preguntó si llevaba dinero encima. El interrogado le confesó humildemente, y Domingo le ordenó lo tiraste inmediatamente y le impuso una penitencia, pues nunca dejaba de castigar ninguna falta.

“Era el primero en observar los estatutos de la Orden - nos dice Teodorico de Apolda - y no descuidaba nada para que fuesen religiosa y enteramente observados por todos. Si alguna vez, debido a la fragilidad humana, alguno de los frailes faltaba a su deber, no le perdonaba el castigo; pero atemperaba de manera tan justa la severidad con la dulzura, que el culpable era castigado sin que el hombre se molestase. No reprendía nunca inmediatamente al que faltaba; hacía como si no se hubiese enterado de la falta; pero cuando se presentaba ocasión favorable decía al delincuente: “hermano mío, no habéis hecho bien tal cosa;

glorificad al Señor y confesad vuestro pecado.” y de la misma manera que se mostraba padre en la corrección, abría sus entrañas de madre a los que se sentían afligidos. No había palabra más dulce y tranquilizadora que la suya, y los que venían a buscar remedio en él para sus tribulaciones no se iban nunca sin consuelo. Guardaba el alma de sus hijos como si fuese la suya propia, manteniéndolos en la práctica de la honestidad y de la religión. Por eso, como está escrito que “el aspecto del hombre y la sonrisa que aparecen sus labios y el vestido de su cuerpo nos hablan de él”, si observaba que alguno de ellos faltaba en su hábito a la forma o a la pobreza religiosa, no podía soportarlo. Todos los días, a no ser que se presentase un grande obstáculo para ello, les daba una conferencia o les pronunciaba un sermón, hablándoles con tanta fe y tantas lágrimas, qué excitaba en ellos la gracia de la compunción. Nadie llegó como él a conmover los corazones. (“Vida de Santo Domingo”, cap. XVI, números, 86 y 87.)

Según el mismo historiador, había tres cosas que Domingo recomendaba sobre todas las demás a sus hijos, y estas eran: hablar siempre de Dios o con Dios, no llevar nunca dinero durante un viaje y no admitir posesiones temporales. Les exhortaba incesantemente a estudiar y anunciar la palabra de Dios. Descubría aquellos que poseían talento para el púlpito y no podía consentir fuesen empleados en otros menesteres.

Como ha sucedido a todos los santos, Domingo ejercía un gran poder sobre el espíritu de las tinieblas. Muchas veces lo lanzó fuera del cuerpo de los religiosos. Se le presentaba revistiendo diversas formas, ya para distraerle de su meditación, ya para turbarle mientras predicaba. Leamos el siguiente relato de Teodorico de Apolda: “Un día que el santo, como centinela vigilante, daba la vuelta a la ciudad de Dios, encontró el demonio que merodeaba por el convento como bestia salvaje; le detuvo y le dijo: “¿Por qué merodeas de esa manera?”; y el demonio contestó: “a causa del beneficio que en ello encuentro.” Entonces el santo le dijo: “¿Qué sacas de las celdas?”, Y aquel contestó: “quitó el sueño a los frailes; les persuado no se levanten para el oficio, y, cuando se me permite, los hago soñar y los ilusiono.” El santo le condujo al coro y le dijo: “¿Qué ganas aquí en este santo lugar?” el demonio contestó: “les hago llegar tarde, salir pronto y que se olviden de sí mismos.” interrogado respecto al refectorio, contestó: “¿Cuál es el que no come más o menos de lo necesario?” cuando llegaron al locutorio, dijo riendo: “este lugar me pertenece; es el lugar de las risas, de los vanos rumores, de las palabras inútiles.” pero cuando llegó el capítulo comenzó a intentar escapar, diciendo: “Este es un lugar que execro; en él pierdo todo cuanto gano en los demás lugares; aquí es donde los frailes quedan advertidos sobre sus faltas; aquí es donde se acusan, en donde hacen penitencia y donde se les absuelve.” (“Vida de Santo Domingo”, cap. XV, números 174 y 175.)

Al recorrer Domingo la Lombardía observó signos muy tristes del debilitamiento de la fe. En muchos lugares los incrédulos se habían apoderado del patrimonio de la Iglesia, y pretextando que era demasiado rica, todos la robaban. El clero quedó reducido a una pobreza degradante y no podía hacer frente a las magnificencias del culto y practicar el deber de la caridad para con los pobres, y la herejía, que habían engendrado la expoliación, renacía como medio para justificarla. La Iglesia no podía estar en peor situación que aquella. Los bienes que perdió convirtieron a quienes los poseían en sus implacables enemigos; el error se transmitía como condición de la propiedad. Y el tiempo, que todo lo borra, parecía impotente contra aquella alianza de intereses terrenales y la ceguera del espíritu. Domingo, fundador de una orden mendicante, tenía más derecho que nadie oponerse a tan espantosa combinación del mal. Para resistirla instituyó una asociación, que denominó “Milicia de Jesucristo.” Esta milicia estaba compuesta por seglares de ambos sexos, quienes se comprometían a defender los bienes y la libertad de la Iglesia por cuantos medios estuviesen a su alcance. Vestían como los demás seglares, distinguiéndose por los colores dominicos: el blanco, símbolo de la inocencia, y el negro, símbolo de la penitencia. Sin estar sujetos por los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, participaban en cuanto les era posible en la vida religiosa. Observaban las abstinencias, los ayunos, las vigiliias, reemplazando con cierto número de “Pater Noster” y “Ave María” la recitación del oficio divino. Tenían un prior, dependiente de la autoridad de la Orden, prior que elegían entre ellos; se reunían en días fijados en una iglesia de los Frailes Predicadores para oír misa y escuchar el sermón. Los historiadores no están de acuerdo sobre la época en que se instituyó la “milicia de Jesucristo”. Unos la atribuyen al tiempo en que santo Domingo vivía en el Languedoc; otros, a la época en que habitó en Lombardía. Nosotros creemos que estos últimos están en lo cierto, por apoyarse en el texto más antiguo que poseemos sobre este asunto, Que es el del beato Raimundo de Capua, titulado “vida de Santa Catalina de Siena”, parte I, capítulo VIII, en donde se lee lo siguiente: “ esta iniquidad reinaba en muchos lugares de Italia, cosa que vio con pena el santo padre Domingo; él, que escogió para sí y para los suyos el estado de pobreza extremada, comenzó a trabajar para que la iglesia recuperase sus bienes.” y más adelante se lee: “ después que el bienaventurado Domingo reglamento de esta manera dicha asociación, voló al seno del Señor.”

Cuando Domingo fue elevado a la jerarquía de los santos, los hermanos y las hermanas de la asociación tomaron el título de “milicia de Jesucristo y del bienaventurado Domingo”. Más adelante, cuando existía de militante en esta apelación, desapareció juntamente con las causas públicas de combate, y la asociación quedó consagrada al progreso interno del hombre con el nombre de “Hermanos y Hermanas de la Penitencia de Santo

Domingo”. Con este nombre la confirmó Muño de Zamora, séptimo General de la Orden de los Frailes Predicadores, modificando su reglamento. Los Papas Gregorio IX, Honorio IV, Juan XXII y Bonifacio IX le concedieron privilegios en diferentes épocas, y el Papa Inocencio VIII aprobó la regla, tal como la escribió Muño de Zamora. Su bula es del año 1405, y fue promulgada en 1439 por Eugenio IV ⁴

La Milicia de Jesucristo era la Tercera Orden instituida por Domingo, o, más bien dicho, la tercera rama de una sola Orden, que en su plenitud comprendía religiosos, religiosas y seglares de ambos sexos. Con la creación de la Orden de Predicadores, Domingo sacó del desierto a las falanges monásticas, armándolas con la espada del apostolado; con la creación de la Orden Tercera introdujo la vida religiosa hasta el seno del hogar doméstico y la hizo llegar hasta la cabecera del lecho nupcial. Se veía por las calles innumerables jovencitas, viudas, casadas, hombres de todas clases, que llevaban las insignias de una orden religiosa y que se sometían a sus prácticas en el secreto de sus hogares. El espíritu de asociación reinante en la Edad Media, que es el del cristianismo, favoreció este movimiento. De la misma manera que se pertenecía a una familia por razón de la sangre, a una corporación por el servicio a que se había dedicado la persona, a un pueblo por haber nacido en su suelo, a la Iglesia por el bautismo, se quería pertenecer, entregándose a una abnegación electiva, a una de las gloriosas milicias que servían a Jesucristo con los sudores de la palabra y la penitencia. Vestían los hábitos de Santo Domingo o San Francisco; se injertaban en uno de dichos troncos para vivir alimentadas por su savia sin dejar de conservar su propia naturaleza; se frecuentaba sus iglesias, se participaba en sus oraciones, se ayudaban con su amistad, se seguía todo lo cerca posible el sendero de sus virtudes. Ya no se tenía la creencia de que era preciso abandonar el mundo para elevarse a la imitación de los santos; todas las viviendas podían convertirse en celdas, y todas las casas en una especie de Tebaida. A medida que la edad y los acontecimientos de la vida desprendían al cristiano de la pesada carga de la carne, sacrificaba al claustro una parte más importante de sí mismo. Si el fallecimiento de la esposa o de un hijo lo destruía todo alrededor de una persona; si una revolución la precipitaba, obligándole a pasar desde un puesto honorable al destierro y al abandono, sabía que tenía otra familia dispuesta a recibirla entre sus brazos, otra ciudad cuyo derecho de ciudadanía tenía ya adquirido. De la Tercera Orden pasaba a la Orden completa de la misma manera que se pasa de la juventud a la virilidad. La Historia de esta institución es una de las cosas más bellas que se puede leer. Ha producido santos en todas las jerarquías de la vida humana, desde el trono

⁴ Promulgado el nuevo Código de Derecho Canónico, se refundió aquella regla en otra adaptada al presente con autoridad apostólica.

hasta el escabel, en tal abundancia, que el desierto y el claustro podían sentir celos. Las mujeres, sobre todo, enriquecieron la Orden Tercera aportándole el tesoro de sus virtudes. Encadenadas muy frecuentemente desde su infancia a un yugo que no habían elegido, se sustraían a la tiranía de su posición vistiendo el hábito de Santo Domingo o de San Francisco. El monasterio llegaba hasta ellas, ya que ellas no podían llegar al monasterio. En un rincón oscuro de la casa paterna o conyugal se formaba un santuario misterioso, que llenaba el Esposo invisible a quién únicamente amaban. ¿Quién no ha oído hablar de santa Catalina de Siena y de santa Rosa de Lima, esas dos estrellas dominicas que han iluminado ambos mundos? ¿Quién no ha leído la vida de santa Isabel de Hungría, la franciscana? de esta manera el espíritu de Dios se encariña con su obra con el tiempo; proporciona milagros a las miserias, y después de haber florecido en la soledad, se dilata hasta ocupar los más frecuentados caminos.

CAPÍTULO XVII

Sexto y último viaje de Domingo a Roma - Segundo Capítulo General - Enfermedad y muerte del santo

Con la creación de la Orden Tercera, Domingo terminó su carrera. No le quedaba sino despedirse de todo cuanto había amado en este mundo, y Roma ocupaba, sin duda alguna, el primer lugar entre sus afectos. Allí fue con Azevedo, su primer amigo, cuando su vida pública no había comenzado aún; allí fue a donde dirigió sus pasos para obtener la aprobación y la confirmación de su Orden; allí edificó san Sixto y Santa Sabina; allí implantó el centro de su Orden, ejerció el cargo de Maestro del Sacro Palacio, obtuvo la confianza de dos grandes Papas, resucitó tres muertos y se vio elevado hasta el triunfo de la veneración que el pueblo sentía por él; así era donde residía con infalible majestad el vicario de Aquél a quien había amado y servido durante todos los días de su vida. ¿Podía morir sin haber recibido su última bendición? ¿Podía cerrar los ojos sin haberlos posado una vez más sobre las colinas de la ciudad santa? ¿Podía cruzar sus manos para siempre sin haber ofrecido un sacrificio supremo sobre los altares de los Apóstoles Pedro y Pablo? ¿Podía entregar sus pies a la inmovilidad sin haber pisado los senderos del Aventino y del Coelio por última vez? Roma abrió una vez más sus entrañas de madre grande al grande hombre a quien dio el ser en su plenitud y que había de proporcionarle hijos y fieles hasta en aquellos mundos cuyo nombre no era conocido aún. Honorio III le dio en nuevos documentos pruebas de su solicitud y su soberana paternidad. En cuanto al primero de ellos, fechado el 8 de diciembre de 1220, perdona a algunos religiosos la irregularidad en que habían incurrido al recibir órdenes sagradas de manera poco canónica. Por otros tres documentos, el del 18 de enero, el del 4 de febrero y el del 29 de marzo del año siguiente, recomendaba los Frailes Predicadores a todos los prelados de la cristiandad. Otro, el 6 de mayo, les permitía ofrecer el santo sacrificio en un altar portátil, en caso de necesidad. Esta fue la última página que firmó Honorio III en favor de la Orden en vida de su fundador; este Pontífice de la gloria singular de ver florecer durante su reinado a santo Domingo y san Francisco y de no mostrarse con sus actos indigno de esta gracia que le había concedido el Cielo.

Mientras Domingo se despedía de Roma, la Providencia le envió en la persona de Foulques, obispo de Tolosa, al amigo más antiguo que le quedaba. Foulques representaba en sí aquellos tiempos del Languedoc, ya tan lejanos, en que se erigió Nuestra Señora de

Prouille y San Román de Tolosa, todos los beneficios y todos los recuerdos que rodeaban la cuna de la Orden de Predicadores. ¡cuán dulce debió ser la conversación de aquellos dos hombres! Dios coronó con un éxito inaudito los innumerables votos secretos que en otro tiempo habían hecho juntamente: veían el oficio de la predicación ennoblecido en la Iglesia por una orden religiosa extendida ya de uno al otro extremo de Europa, aquello de que tantísimas veces habían hablado, considerándolo una necesidad; es decir, el restablecimiento del apostolado. La participación que habían tomado en aquella grande obra no les había producido orgullo alguno; por el contrario, sentían cada vez con mayor alegría la gloria de la Iglesia, porque antes había sentido sus males con mayor dolor. Foulques, Que no había sido el instrumento principal del designio de Dios, no sentía por ello tristeza alguna. Desde el principio se había mostrado superior al aguijón secreto de la envidia, y su alma episcopal despreció las pretensiones demasiado naturales del poder, con respecto a las cosas que no llevaba a cabo con sus propias manos. Dejó hacer el bien y ayudó a practicarlo, cosa más difícil aún que hacerlo por sí mismo. Su corona era pura; su corazón estaba contento. En cuanto a Domingo, ¿Qué más podía desear? ¡Oh! ¡momento dichoso en que el cristianismo, al fin de la carrera, tiene la convicción de haber cumplido la voluntad de Dios! ¡momento sublime en que extiende la paz que ha adquirido a su servicio en el corazón de otro cristiano, su compañero y su amigo! poseemos un acta de este abrazo de Foulques y Domingo, una especie de testamento, cuya lectura nos consolará de no haber podido oír de más cerca sus últimas conversaciones. Helo aquí:

“En el nombre del Señor damos a conocer a todos aquellos que leyeren la presente página, que nos, Foulques, obispo de Tolosa por la gracia de Dios, damos en nuestro nombre y en el de nuestros pecados, para defensa de la fe católica y utilidad de toda la diócesis de Tolosa, a vos, amado Domingo, General de la Predicación, así como a vuestros sucesores y frailes de la Orden la Iglesia de Nuestra Señora de Fanjeaux, con todos los diezmos y todos los derechos que de ella dependan, tanto los pertenecientes a nuestra persona como los de su fábrica y los del capellán de la iglesia, excepto la reserva para nos y para nuestros sucesores del derecho de cátedra, del de procuración y del encargo de las almas que consideremos al sacerdote que nos sea presentado por el General de la Orden, o por el prior establecido en dicha Iglesia o por los frailes. Y nos, Domingo, General de la Predicación, por nos y nuestros sucesores y los religiosos de la Orden, entregamos a vos, Foulques, obispo, y a vuestros sucesores, la sexta parte de los diezmos de todas las iglesias parroquiales de la diócesis de Tolosa, que en otro tiempo nos concedisteis con el consentimiento de los canónigos de San Esteban, y renunciamos a perpetuidad a esta donación, y nos comprometemos a no reclamarla

en virtud de las leyes y de los cánones.” (Mamachi: “Anales de la Orden de Predicadores”, vol. I, apéndice, pág. 70)

Esta acta está fechada en Roma el 17 de abril de 1221. Lleva tres sellos: el de la catedral de San Esteban, el de Foulques y el de Domingo. El sello de Domingo le representa en pie, vistiendo el hábito de fraile predicador, con un bastón en la mano, y a su alrededor se ven grabadas las siguientes palabras: “Sello de Domingo, General de Predicaciones.” por ello se observa que el título magnífico de “General de la Predicación” que se le atribuye en el texto del acta no era de su elección, sino un homenaje de Foulques, que no pudo expresar con mayor grandeza lo que pensaba de su amigo. El soberano Pontífice, en sus bulas y cartas, nunca llamó a Domingo sino “Prior de San Román”, y más adelante, Prior de la Orden de Predicadores.

Foulques sobrevivió diez años a Domingo. Murió el 25 de diciembre de 1231, y fue inhumado en una capilla de la abadía de Grand-Selve, no lejos de Tolosa. Su tumba ha desaparecido bajo las ruinas que pueden verse aún hoy; pero las revoluciones del tiempo y de los imperios nada pueden contra su memoria, estrechamente ligada a un hombre y a una obra cuyo nacimiento protegió y cuya inmortalidad protege a él ahora.

Algunos días después del acta que acabamos de reproducir, Domingo se alejó de Roma, tomando el camino de Toscana. En Bolsena, situada al borde de este camino, había una casa cuyo dueño tenía la costumbre de darle hospitalidad, y fue recompensado antes de la muerte del santo de milagrosa manera. un día que el granizo caía sobre las viñas que rodean Bolsena, Domingo apareció en el cielo, y extendiendo su capa sobre la viña de su bienhechor la preservó de aquella plaga. Todo el pueblo fue testigo de esta aparición, y, según atestigua Teodorico de Apolda, A fines del siglo XIII se veía aún en la viña la casita en que Domingo había pasado la noche cuando iba de camino y se detenía en Bolsena. Dicha casa estaba cuidadosamente conservada por los descendientes de su antiguo dueño, los cuales, por recomendación expresa de su predecesor, acogían en ella bondadosamente a los Predicadores siempre que encontraban ocasión.

Pentecostés se celebraba en el año 1221 el 30 de mayo. Era este día señalado para la celebración del segundo Capítulo General de la Orden en Bolonia. Domingo, al entrar en San Nicolás, observó que trabajaban para levantar el techo de uno de los brazos del convento para agrandar las celdas; Domingo, al ver estas obras, lloró mucho y dijo a fray Rodolfo, procurador del convento, y a los demás: “¡cómo! ¿Es que queréis abandonar la pobreza y edificaros palacios?” (“Actas de Bolonia”, declaración de Esteban de España, número 4.) inmediatamente ordenó cesasen las obras, que no continuaron hasta después de su muerte.

Las actas del segundo Capítulo General no han llegado hasta nosotros. Lo único que sabemos es la división que se hizo de la Orden en ocho provincias; a saber: España, Provenza, Francia, Lombardía, Roma, Alemania, Hungría e Inglaterra, no por derecho de antigüedad, sino por veneración por la persona del santo patriarca, que en ella había nacido. Por prior provincial tuvo a Suero Gómez; Provenza tuvo a Beltrán de Garriga; Francia, a Mateo de Francia; Lombardía, a Jordán de Sajonia; Roma, a Juan de Piacenza; Alemania, a Conrado el Teutón; Hungría, a Pablo de Hungría; Inglaterra a Gilberto de Frassinét. Las seis primeras provincias comprendían cerca de sesenta conventos, fundados en menos de cuatro años; las dos últimas, o sea Hungría e Inglaterra, no contaban aún con religiosos. Domingo envió a ellas algunos del seno del Capítulo General.

Pablo, que fue destinado a Hungría, era un profesor de Derecho Canónico de la Universidad de Bolonia, que recientemente había entrado en la Orden. Salió con cuatro compañeros, entre los frailes figuraban fray Sadoc, afamado por la eminencia de su virtud. Vesprim y Albe-Royal fueron las primeras ciudades en donde fundaron conventos. Más tarde avanzaron hasta cerca de aquella nación de los cumanos, que tanto había excitado de la solicitud de Domingo, y donde hubiera querido terminar sus días. Relataremos una sola historia sobre el establecimiento de los frailes en Hungría, porque sirve para familiarizarnos cada vez más con la manera cómo tenían lugar estas tantas expediciones. “en aquella época, de la provincia de Hungría llegaron a un pueblo a la hora en que los cristianos tenían costumbre de reunirse para oír misa. cuando aquella terminó, y los habitantes de dicho pueblo volvían cada uno a su casa, el sacristán cerró la puerta de la iglesia y los religiosos quedaron fuera, sin que nadie les abriera las entrañas de la caridad. Un pescador pobre les vio, y sintió gran compasión por ellos; pero no se atrevió a invitarles a ir a su casa por no disponer de nada para ofrecerles en ella. Corrió a su casa y dijo a su mujer: “¡oh! ¡Qué felicidad si tuviésemos algo que dar a comer a esos dos religiosos! Estoy preocupado porque los ríos son los a la puerta de la iglesia y nadie les ofreció hospitalidad.” la mujer contestó: “nosotros disponemos solamente de un poco de mijo por todo alimento.” sin embargo, su marido le dijo que sacó 10 en su bolsa para ver si contenía algo, y quedaron sorprendidos al ver caer dos monedas. el pescador, asombrado y lleno de alegría, le dijo: “Ve pronto a comprar pan y vino; prepara el mijo y algo de pescado.” seguidamente corrió hacia la iglesia, a cuya puerta se encontraban aún los religiosos, y les invitó humildemente a ir a su casa con él. Los religiosos se sentaron ante aquella pobre mesa, servida por una inmensa caridad; satisficieron su hambre, y después de haber dado gracias al hospitalario, se retiraron rogando a Dios le recompensase. El Señor escuchó su súplica, pues desde aquel día la bolsa del pescador no

quedó nunca vacía: siempre contenía dos monedas. Compró una casa, campos, corderos, bueyes, y el Señor le concedió, sobre todo esto, un hijo. Cuando ya no le hacía falta nada, cesó la gracia de las dos monedas.” (Teodorico de Apolda: “Vida de Santo Domingo”, cap. XXVII, n. 319 y 320)

La misión de Inglaterra gozó de un éxito tan feliz como la de Hungría. Gilberto de Frassinét, que era su jefe, se presentó con doce compañeros al arzobispo de Canterbury. El arzobispo, al enterarse de que eran Frailes Predicadores, ordenó inmediatamente a Gilberto predicase ante él en una iglesia en la que se había propuesto predicar aquel día el sermón. Tan contento quedó, que concedió su amistad a los frailes y les protegió durante toda su vida. Su primer establecimiento estuvo en Oxford; allí construyeron una capilla a la Virgen y abrieron escuelas que llevaron el nombre de las Escuelas de San Eduardo, nombre de la parroquia en que estaban enclavadas.

Con estas dos misiones de Inglaterra y Hungría acabó Domingo de tomar posesión de Europa. No tardó mucho en recibir del Cielo una advertencia sobre su próximo fin. Un día estaba orando y suspirando ardientemente por la disolución de su cuerpo, un joven de gran belleza se le apareció diciéndole: “¡Ven amado mío, ven a gozar!” (Bartolomé de Trento: “Vida de Santo Domingo”, n. 13.) Al mismo tiempo supo de la época precisa de su muerte, y al ir a ver a algunos estudiantes de la Universidad de Bolonia por quienes sentía afecto, después de muchos discursos, se levantó para retirarse, exhortándoles a que despreciasen el mundo y tuviesen siempre presente la hora de la muerte. “Amigos míos - les dijo -, ya veis que gozo de buena salud; pues bien: antes de que llegue la Asunción de Nuestra Señora habré abandonado esta vida mortal.” (Gérard de Frachet: “Vidas de los Hermanos”, lib. II, capítulo XXVIII.) Luego salió con dirección a Venecia, en donde se encontraba el cardenal Ugolino, en calidad de legado apostólico, pues quería recomendarle por última vez los asuntos de la Orden y deseaba no llegase la hora de su muerte sin haberse despedido de tan buen amigo. Era durante los días más calurosos del verano, Y una tarde de fines del mes de julio volvió Domingo al convento de San Nicolás. Aunque fatigado por el viaje, estuvo hablando durante largo tiempo sobre las cosas de la Orden con fray Ventura y fray Rodulfo; el primero era procurador del convento, y el otro, prior. Hacia medianoche, fray Rodulfo, que tenía necesidad de descansar, rogó a Domingo fuese acostarse y no se levantase para maitines; pero el santo no quiso consentirlo. Entró en la iglesia y oró hasta la hora del oficio que celebró con los frailes. Después del oficio dijo a fray Ventura que sentía dolor en la cabeza; rápidamente una disentería violenta, acompañada de fiebre, se apoderó de su cuerpo. A pesar del sufrimiento, el enfermo rehusó acostarse en una cama y se echó vestido en una saca de lana.

El avance de la enfermedad no le arrancó ninguna muestra de impaciencia, ninguna queja, ningún gemido; parecía tan gozoso como de ordinario. Sin embargo, la enfermedad se agravó cada vez más, y pidió que viniesen a su lado los religiosos novicios, y con las más dulces palabras, que animaban la alegría de su rostro, les consoló y les exhortó a que hiciesen el bien. Luego llamó a los doce de los más viejos y graves entre los demás, y en alta voz, en su presencia, hizo la confesión general de su vida a fray Ventura. Cuando hubo terminado les dijo: “La misericordia de Dios me ha conservado hasta hoy una carne pura y una virginidad sin mancha; si queréis gozar de la misma gracia, evitad todo comercio sospechoso. Esta virtud es la que hace al siervo de Cristo agradable al Señor y la que le proporciona gloria y crédito ante la gente. Persistid en servir a Dios con el fervor del espíritu; procurad sostener y extender esta Orden, que está solo en sus comienzos; sed estables en la santidad, en la observancia regular, y creced en virtud.” (Teodorico de Apolda: “Vida de Santo Domingo”, cap. XX, n. 234.) Para excitarles aún más a guardarse, les dijo “Aunque la bondad divina me ha preservado hasta hoy limpio de toda mancha, os confieso que no he podido sustraerme a la imperfección de encontrar más placer en la conversación de las mujeres jóvenes que en la de las viejas.” (El B. Jordán de Sajonia: “Vida de Santo Domingo”, cap. IV, n. 68.) Luego, turbado en sí por su amable y santa ingenuidad dijo muy bajito a fray Ventura: “padre, creo haber faltado al hablar públicamente a los religiosos sobre mi virginidad; debía haberlo callado.” (“Actas de Bolonia”, declaración de Ventura, n. 4.) Después de esto se volvió otra vez hacia ellos, y empleando la forma sagrada del testamento, dijo: “He aquí, hermanos míos, muy amados, la herencia que os dejo como a hijos míos que sois: sed caritativos, sed humildes, poseed solamente la pobreza voluntaria.” (El B. Humberto: “Vida de Santo Domingo”, n. 53.) Y con objeto de dar mayor sanción a la cláusula de este testamento que se refería a la pobreza, amenazó con la maldición de Dios y con la suya a quien se atreviese corromper su Orden introduciendo en ella la posesión de bienes terrenales.

Los frailes no desesperaban aún de conservar la vida del santo fundador; no podían creer que Dios se lo quitase tan pronto, tanto ellos como a la Iglesia. De acuerdo con los consejos que dieron los médicos, y creyendo que el cambio de aire le fuera útil, Le llevaron a Santa María del Monte, iglesia dedicada a la santa Virgen, situada en un montículo próximo a Bolonia. Pero la enfermedad, rebelde a todos los remedios y a todos los votos, empeoró. Domingo, creyéndose próximo a morir, llamó nuevamente a los frailes a su lado. Vinieron en número de veinticinco, con su prior Ventura, y le rodearon. Domingo les pronunció un discurso, que no conservamos, pero del que se dice que nunca brotaron de su corazón palabras tan enternecedoras como aquellas. Inmediatamente recibió el Sacramento de la

Extremaunción. Luego, al saber que el religioso encargado de la iglesia de Santa María del Monte se prometía guardar su cuerpo para inhumarlo en ella, dijo: “No quiera Dios que se me entierre en sitio que no sea bajo los pies de mis hermanos. Llevadme fuera, y llevadme a esa viña, para que muera en ella y podáis darme tierra en nuestra iglesia.” (“Actas de Bolonia”, declaración de fray Rodulfo, n. 7.) Había pasado una hora desde su llegada a Bolonia, y al ver que los religiosos no habían pensado, conturbados por su dolor, en la recomendación del alma, hizo llamar a fray Ventura y le dijo: “Preparaos.” Ellos se prepararon, viniendo a colocarse con solemnidad en derredor del moribundo; entonces Domingo les dijo: “esperad un momento.” aprovechando Ventura estos instantes extremos, dijo al santo: “Padre, ya sabéis en qué tristeza y desolación nos dejáis; acordaos de nosotros ante el trono del Señor.” Entonces, Domingo, levantando los ojos y las manos al cielo, oró de la siguiente manera: “Padre santo, he cumplido vuestra voluntad, y he conservado y guardado aquellos a quienes me concedisteis; ahora os encomiendo que los guardéis y los conservéis.” Un momento después dijo: “comenzad.” y ellos principiaron la recomendación solemne del alma, haciéndolo Domingo con ellos; al menos, así parecía por la manera como movía los labios. Pero cuando llegaron a estas palabras: “venid en su ayuda, santos de Dios; venid a buscarle, ángeles del Señor; tomad su alma y llevadla a la presencia del Altísimo”, sus labios se movieron por última vez y sus manos se elevaron al cielo, y Dios recibió su espíritu. Era el 6 de agosto del año 1221, a mediodía y viernes. Todas estas palabras que pronunció el santo se citan en las “Actas de Bolonia”, en la parte correspondiente a la declaración de fray Ventura, en la página 7.

El mismo día y a la misma hora, fray Guala, prior del convento de Brescia, que después fue obispo de dicha ciudad, al apoyarse un momento contra el campanario del convento se vio invadido por un ligero sueño. En este estado vio con los ojos del alma que el Cielo se había abierto y que de esta abertura descendían dos escaleras que llegaban hasta la tierra. En la parte superior de una de las escaleras estaba Jesucristo, y en la otra la bienaventurada Virgen, su Madre. Abajo, entre ambas escaleras, había colocada una silla, y sobre ella una persona sentada, que, al parecer, era un religioso; pero no se podía saber cuál, por tener la cabeza cubierta por su capucha a la manera como se cubre la de los muertos. A lo largo de las dos escaleras ascendían y descendían los ángeles entonando cánticos; las escaleras se elevaban hasta el cielo, atraídas por Jesucristo y su santa Madre, y con ellas la silla y la persona que en ella estaba sentada. Cuando ambas escaleras estuvieron ya en lo alto de la abertura, el cielo se cerró y desapareció la visión. Fray Guala, Aunque enfermo aún de

una reciente enfermedad, salió inmediatamente para Bolonia y se enteró de que Domingo había muerto el mismo día, a la misma hora en que había tenido tal visión.

Aquel mismo día, los frailes de Roma, Tancredo y Raúl, viajaban con rumbo a Tívoli. Llegaron allí un poco antes del mediodía, y Tancredo ordenó a Raúl fuese a celebrar la santa misa. Este se confesó antes de subir al altar, Y Tancredo le dio como penitencia recordase durante el santo sacrificio a su padre Domingo, que estaba enfermo en Bolonia. Cuando Raúl llegó al momento de la misa en el que se rememora a los vivos y pensaba en quien le había sido impuesto por penitencia pensase, entró en éxtasis y vio que Domingo salía de Bolonia con la frente ceñida por una corona de oro, envuelto por una admirable luz y teniendo a su derecha y a su izquierda dos hombres venerables que le acompañaban. Al mismo tiempo una advertencia interior le dio la seguridad de que el siervo de Dios acababa de morir y entraba gloriosamente en la patria celestial.

No es difícil comprender lo que significaban las dos escaleras del sueño de Guala y los dos viejos del éxtasis de Raúl. Sin duda representaban la acción y la contemplación, que Domingo poseía tan maravillosamente unidas en su persona y en su Orden.

Por una disposición de la Providencia, el cardenal Ugolino llegó a Bolonia poco después de que Domingo hubiera rendido su último suspiro. Quiso celebrar por sí mismo el oficio de los funerales, y llegó a San Nicolás, en donde se encontraban también el patriarca de Aquileya, obispos, abades, señores y una gran muchedumbre. El cuerpo del santo fue puesto ante los ojos de todos los concurrentes, despojado del único tesoro que le quedaba: era una cadena de hierro que llevaba sobre su carne desnuda, y qué le quitó fray Rudolfo al vestirle los hábitos para colocarle en el féretro. Después la entregó al bienaventurado Jordán de Sajonia. Todas las miradas y todos los corazones estaban dirigidos hacia aquel cuerpo sin vida. Comenzó el oficio con los cantos, que, impregnados de tristeza universal, salían de los labios como si fuesen lágrimas. Pero poco a poco el pensamiento de los religiosos se elevó por encima de este mundo, y no vieron solamente a su padre vencido por la muerte que les legaba únicamente unos restos inanimados. Se les apareció su gloria por la certidumbre que tenían de ella. Un canto de triunfo sucedió a los fúnebres lamentos, y un gozo inenarrable descendió desde el Cielo hasta sus espíritus. En aquel momento, El prior de Santa Catalina de Bolonia, llamado Alberto, a quien Domingo había demostrado su afecto, entró en la iglesia, y la alegría de los frailes, cayendo de improviso en el seno de su dolor personal, desapareció. Alberto se echó sobre el cuerpo del santo, cubriéndole de besos: le solicitó con apretados abrazos como si hubiese querido forzarle a revivir y contestarle. Los restos de su amigo se mostraron sensibles al exceso de su piedad. Alberto se levantó y dijo a Ventura: “buenas

noticias, padre prior, buenas noticias. El general Domingo me ha abrazado y me ha dicho que este mismo año iré a reunirme con él en Cristo.” (Gérard de Frachet: “Vidas de los Hermanos”, lib. II, cap. XXIII.) En efecto: murió en aquel mismo año.

Cuando hubo terminado aquel oficio, cuya descripción no encuentra palabra en el lenguaje del dolor ni en el de la alegría, los frailes depositaron el cuerpo de su padre en un cofre de madera sencilla, cerrando con grandes clavos de hierro. En él fue colocado el santo, tal como se encontraba en la hora de su muerte, sin otro aroma que el de sus virtudes. En el interior de la iglesia, bajo sus losas, se abrió una fosa, en la cual se formó una especie de nicho con grandes piedras. Bajaron el féretro, recubriéndolo con una losa pesada, que se cimentó cuidadosamente para que ninguna mano temeraria pudiese tocarlo. Sobre aquella piedra no se grabó inscripción alguna; tampoco se elevó sobre ella ningún monumento. Domingo estaba verdaderamente bajo los pies de sus hermanos, como quería. La noche del día que fue colocado en la sepultura, un estudiante de Bolonia, que no pudo asistir a sus funerales, le vio en sueños en la iglesia de San Nicolás sentado en un trono y coronado de gloria. Sorprendido por este espectáculo, le dijo: “¿No eres el maestro Domingo, quien ha muerto?” y el santo contestó: “no he muerto, hijo mío, puesto que tengo un buen Maestro, con quien vivo.” (Gérard de Frachet: “Vidas de los Hermanos”, lib. II, cap. XXIX.) Tan pronto se hizo de día, el estudiante se dirigió a la iglesia de San Nicolás, y encontró el sepulcro de Domingo precisamente en el mismo sitio en donde le había visto sentado en su trono.

Tal fue, en vida y muerte, Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de Frailes Predicadores: uno de los hombres, si lo consideramos humanamente, el más atrevido por su talento, el más tierno por su corazón que puede haber existido. Poseía en perfecta fusión esas dos cualidades, que casi nunca se llega a poseer en el mismo grado. Una de ellas la expresó por medio de una vida externa de actividad prodigiosa; la otra, por medio de una vida interna de la que podemos decir que cada una de sus palpitaciones era un acto de amor a Dios y a los hombres. Su siglo nos ha dejado sobre él breves documentos, pero numerosos. Yo los he leído con admiración, a causa del sencillo y sublime talento que rebosan, y con extrañeza, a causa del carácter que atribuyen a su héroe; pues, aunque estaba seguro de que santo Domingo había sido calumniado por los escritores modernos, me era imposible pensar que su historia se prestase tan poco a ser calumniado; ahora ya estoy tranquilo, y adquirido una prueba de la que en Providencia cuesta a Dios y en virtudes y en trabajos a los hombres para conservar en este mundo algunos vestigios de la verdad. No he hecho más que relatar fielmente lo que he encontrado; pero no he logrado reproducir el amor que abunda en esos viejos escritos hacia la persona de santo Domingo, ni los inagotables pleonasmos por medio

de los cuales la gente del siglo XIII habla de su dulzura, de su bondad, de su misericordia, de su compasión y de todos los matices que la caridad adquiría en su corazón. Su testimonio no puede tacharse de sospechoso, y seguramente ninguno de dichos escritores pensaba escribir partiendo del punto de vista de nuestra época. Si no me ha sido posible igualar la ternura de su pluma pintando a santo Domingo sirviéndome ellos de modelo, Al menos me ha hecho ruborizar la idea de que pudiera transformar a su historia en apología. La apología sería una injuria que no merece aquel grande hombre; cierto, pues su vida sin defenderla. Con ello imito a sus hijos, que no pusieron sobre su tumba ningún epitafio, persuadidos de que hablaría por sí misma y muy alto. Pero puesto que sus primeros historiadores, antes de separarse de él, han reunido piadosamente los principales rasgos de su fisonomía, reconociendo mi incapacidad de igualar la fuerza y la ingenuidad de su pincel, tomaré de prestado al más antiguo y más ilustre de ellos el retrato venerando de mi padre:

“Había en él - nos dice el bienaventurado Jordán de Sajonia - una honradez de costumbres tan grande, un movimiento de divino fervor tan enorme, que se veía inmediatamente era un vaso de honor y de gracias al que no faltaba ningún adorno preciado. Nada perturbaba la ecuanimidad de su alma, a no ser la compasión y la misericordia. Como el corazón contento alegre al rostro del hombre, se adivinaba sin trabajo por la bondad y la alegría de sus rasgos la serenidad que reinaba interiormente, que no llegó a oscurecer nunca el más insignificante movimiento de cólera. Era firme en sus propósitos, y rara vez retiraba una palabra pronunciada después de haberla reflexionado maduramente ante Dios. Por eso, aunque su figura brillaba con luz amable y suave, esta luz no se dejaba despreciar, sino que fácilmente ganaba el corazón de todos, y apenas se le habían mirado, Se sentían atraídos hacia él. Allí en donde se encontrase, de camino con sus compañeros, en una casa extraña con el dueño y su familia, entre los magnates, príncipes y prelados, abundaba en discursos y ejemplos que provocaban el desprecio del mundo y despertaban el amor de Dios. Siempre y en todos lugares se mostraba el hombre evangélico, tanto por su palabra como por sus obras. Durante el día entre sus frailes y compañeros descollaba por su conversación fácil y agradable; durante la noche ninguno le igualaba en vigiliias y oraciones. Guardaba las lágrimas para las noches y las alegrías para la mañana. Dedicaba el día al prójimo, y la noche a Dios, sabiendo que Dios ha consagrado el día a la misericordia y la noche a la acción de gracias. Lloraba abundantemente y con frecuencia; sus lágrimas eran su pan de cada día y de cada noche: de día cuando ofrecía el santo sacrificio; de noche, cuando estaba de vigilia. Tenía la costumbre de pasar en la iglesia el tiempo dedicado al reposo, sin que se supiese poseyese cama para acostarse, excepto en raras ocasiones. Oraba y hacía vigilia en las

tinieblas mientras la fragilidad de su cuerpo se lo permitía, y cuando el cansancio le rendía en el sueño, dormí un poco ante el altar o en cualquier otro sitio, apoyando la cabeza sobre una piedra, como el patriarca Jacob; al despertar volvía a la vida y al fervor del espíritu. Abrazaba a todos los hombres en el seno de una inmensa caridad, y como a todos quería, todos le amaban. Nada le era tan natural como el regocijo entre los que se regocijaban, como el llanto entre los que lloraban, como entregarse al prójimo y a los desgraciados. Había una cosa que le hacía amable a todos, y era la sencillez de su conducta, en la que nunca apareció la sombra de una lisonja ni el fingimiento. Como amante de la pobreza, llevaba siempre hábitos viejos; dueño de su cuerpo en todas ocasiones, observaba una extremada severidad y reserva en la comida y la bebida, contentándose con cualquier plato sencillo y bebiendo vino moderadamente; tan moderadamente, que satisfacía las necesidades de su naturaleza sin empañar el sutil y delicado filo de su inteligencia. ¿quién alcanzará en virtud a aquel hombre? bien podemos admirarle y comprender por su ejemplo la inercia de nuestra época; pero llegar a poder hacer lo que él ha hecho es cosa que pertenece exclusivamente a una gracia singular, si es que Dios la concede alguna vez a otro hombre a quien quiera llevar hasta la cúspide de la santidad. Imitemos, hermanos míos, en la medida de nuestras débiles fuerzas, los ejemplos de nuestro padre, y demos gracias al Redentor, que en este camino que recorremos ha dado tal guía y maestro a sus siervos. Roguemos al Padre de las misericordias para que, socorridos por ese Espíritu que gobierna a los hijos de Dios y siguiendo las huellas de nuestros antepasados, lleguemos por un camino recto a la patria eterna, en donde esté bienaventurado Domingo nos espera.” (“Vida de Santo Domingo”, cap. IV, n. 74 y siguientes.)

CAPÍTULO XVIII

Traslado del cuerpo de Domingo y su canonización

Pasaron doce años desde la muerte de Santo Domingo. Dios manifestó la santidad de su siervo por medio de un sinnúmero de milagros, obrados sobre su tumba o debidos a la invocación de su nombre. Se observaba sin cesar que los enfermos acudían en derredor de la losa que cubría sus restos; otros pasaba en el día y la noche sobre ella, y volvían a su casa atribuyéndole la gloria de su curación. De las paredes circundantes se colgaban imágenes como recuerdo de los beneficios que habían recibido de él, y los signos de veneración popular no quedaban desmentidos por el tiempo. No obstante, una nube cubría los ojos de los religiosos, y mientras el pueblo exaltaba a su fundador, sus hijos, lejos de preocuparse por su memoria, parecían trabajar por oscurecer su brillantez. No sólo dejaban de adornar su sepulcro, sino que, por temor a que se les acusase de buscar una ocasión de lucro en el culto que se le rendía ya entonces, arrancaban de los muros los simulacros que en ellos se colgaban. Algunos de ellos sufrían mucho al observar esta conducta, sin atreverse a llegar a contradecirla. Sucedió que, como el número de los religiosos crecía sin cesar, se vieron obligados a demoler la vieja iglesia de San Nicolás para edificar una nueva, quedando la tumba del santo patriarca al aire libre, expuesta a la lluvia y a todas las inclemencias del tiempo. Este espectáculo conmovió a varios de los religiosos; deliberaron entre sí sobre la manera de transportar estas preciosas reliquias a una tumba más apropiada, y no creyeron poder hacerlo sin consultar antes la autoridad del Pontífice romano. El bienaventurado Jordán de Sajonia dice: “sin duda los hijos tienen el derecho de enterrar a su padre; pero Dios permitió que para cumplir este oficio de piedad buscasen la ayuda de una superior a ellos, con objeto de que el traslado del glorioso Domingo tuviese carácter canónico.” (“Carta Encíclica a los Padres”, que figura entre las “Actas de los Santos”, de Bolland, t. I, de agosto, página 524.) Prepararon los religiosos un nuevo sepulcro más digno de su padre, y enviaron varios de entre ellos a visitar al soberano Pontífice para consultarle. era el viejo Ugolino Conti quien ocupaba el solio pontificio, con el nombre de Gregorio IX. Recibió muy duramente a los enviados y les reprochó haber descuidado durante tanto tiempo el honor debido a su patriarca. “yo he conocido a aquel hombre apostólico, y no dudo esté asociado en el Cielo a la gloria de los santos Apóstoles.” (“Carta encíclica a los padres”, Qué figura entre las “Actas de los Santos”, de Bollandim tomo I, de agosto, pág. 524.) deseaba asistir en persona al traslado;

pero, impedido por los deberes que tenía a su cargo, escribió al arzobispo de Rávena para que se dirigiese hacia Bolonia con sus sufragáneos y asistiese a la ceremonia.

Llegó Pentecostés del año 1233. El Capítulo General de la Orden estaba reunido en Bolonia bajo la presidencia de Jordán de Sajonia, sucesor inmediato de santo Domingo en el generalato. El arzobispo de Rávena, obedeciendo las órdenes del Papa, y los obispos de Bolonia, Brescia, Módena y Tournay, estaban en la ciudad. Más de trescientos frailes acudieron de todos los países. Gran número de señores y ciudadanos notables de las ciudades vecinas llegaron, llenando las hosterías. Todo el pueblo esperaba. “ no obstante - dice bienaventurado Jordán de Sajonia - los religiosos estaban presa de la angustia; oraban, palidecían, temblaban, pues temían que el cuerpo de Domingo, expuesto durante tan largo tiempo a las lluvias y a la acción del calor en una mala sepultura , apareciere comido por los gusanos y exhalando un olor que disminuyese la opinión de su santidad.” (“Carta encíclica a los padres”, que figura entre las “Actas de los Santos”, de Bolland, tomo I, de agosto, página 524.) Atormentados por este pensamiento, pensaron abrir secretamente la tumba del santo; pero Dios no permitió que así fuese. Ya fuera por abrigar alguna sospecha, ya para comprobar más aún la autenticidad de las reliquias, el podestá de Bolonia hizo guardar durante día y noche el sepulcro por algunos caballeros armados. Sin embargo, para gozar de mayor libertad en el reconocimiento del cuerpo y evitar en el primer momento la confusión de la gran muchedumbre que se había reunido en Bolonia, se convino abrir el sepulcro de noche. El 24 de mayo, dos días después de Pentecostés, antes de la aurora, el arzobispo de Rávena y los demás obispos, el General de la Orden, con los definidores del capítulo, el podestá de Bolonia, los principales señores y ciudadanos, tanto de Bolonia como de las ciudades vecinas, se reunieron al resplandor de las antorchas alrededor de la humilde piedra que cubrió durante doce años los restos de santo Domingo. En presencia de todos, fray Esteban, prior provincial de Lombardía y fray Rodulfo, ayudados por otros varios religiosos, ayudaron a quitar el cemento que retenía la losa. Era muy duro y con grandes trabajos lograron deshacerlo. Cuando lo vieron conseguido y podían verse los muros exteriores del nicho, fray Rodulfo golpeó la mampostería con un martillo de hierro, y luego, con ayuda de picos, levantaron penosamente la piedra que cubría el nicho. Al levantarla salió de la tumba un exquisito perfume: era un olor que no recordaba a nadie ningún aroma y que superaba a toda imaginación. El arzobispo, los obispos y cuantos estaban presentes, llenos de estupor y de alegría, cayeron de rodillas, llorando y alabando a Dios. Acabaron de quitar la piedra, que dejó ver en el fondo de la fosa la caja de madera que encerraba las reliquias del santo. Sobre la tabla superior se observaba un pequeño agujero, por el que salía abundantemente el

perfume que había sorprendido a los asistentes, perfume que era cada vez más penetrante a medida que se sacaba el féretro de su fosa. Todo el mundo se inclinó para venerar aquella preciosa madera; oleadas de llanto cayeron sobre él, juntamente con millares de besos. se abrió la caja finalmente, arrancando los clavos de la tabla superior, y lo que quedaba de Domingo apareció a sus religiosos y sus amigos. No había nada más que huesos; pero huesos llenos de gloria y de vida por el aroma celeste que exhalaban. Dios únicamente pudo conocer la alegría que inundaba todos los corazones y no hay pincel capaz de representar aquella noche embalsamada, aquel silencio conmovedor, aquellos obispos, aquellos caballeros, aquellos religiosos, todas aquellas frentes brillantes y rostros bañados por las lágrimas, inclinados sobre el féretro, buscando a la luz de los sirios al grande y santo hombre que les miraba desde el Cielo y respondía a su piedad con aquellos abrazos invisibles que embriagaban el alma con una felicidad demasiado fuerte. Los obispos no creyeron en sus manos bastante filiales para tocar los huesos del santo y dejaron este honor y este consuelo a sus hijos. Jordán de Sajonia se inclinó sobre aquellos sagrados restos, invadido por una respetuosa devoción, y los transportó a un nuevo féretro, formado con maderas de cedro. Dice Plinio que esta madera resiste a la acción del tiempo. Cerraron el féretro con tres llaves, entregando una al podestá de Bolonia, otra a Jordán de Sajonia, y la tercera al prior provincial de Lombardía. Luego lo llevaron a la capilla, en la cual se elevaba el monumento destinado a guardar en depósito aquel cuerpo; este monumento era de mármol, sin ningún adorno esculpido. Cuando llegó el día, los obispos, el clero, los religiosos, los magistrados, los señores, se dirigieron de nuevo a la iglesia de San Nicolás, llena ya por una muchedumbre incontable de personas de todas las naciones. El arzobispo de Rávena cantó la misa del día, que era la del martes de Pentecostés, y, por una casualidad conmovedora, las primeras palabras del coro fueron estas: “Accipite jucunditatem gloriae vestrae”, que significan “recibid el gozo de vuestra gloria”. El féretro estaba abierto, y desprendía y llenaba la iglesia de sublimes bálsamos, que las suaves nubes de la incienso no llegaban a velar; el sonido de las trompetas se mezclaba intervalos con el canto del clero y de los religiosos; una infinita multitud de luces brillaba en manos de la gente; ninguno de aquellos corazones, por ingrato que fuese, quedaba al abrigo de la casta embriaguez de aquel triunfo de santidad. Una vez terminada la ceremonia, los obispos depositaron bajo el mármol el féretro, cerrado, para que descansase allí en paz y gloria, en espera del aviso de la resurrección. Pero ocho días después, ante las solicitudes de muchas personas honorables que no habían podido asistir al traslado, se abrió el monumento. Jordán de Sajonia tomó en sus manos la cabeza venerable del santo patriarca, y la presentó ante más de trescientos religiosos, que tuvieron el consuelo

de posar sobre ella sus labios y guardar por mucho tiempo el inefable perfume de aquel beso, porque todo cuanto tocaban los huesos del santo quedaba impregnado de la virtud que poseían. “Hemos sentido - dijo el bienaventurado Jordán de Sajonia - este precioso olor, y lo que hemos visto y sentido podemos atestiguarlo. No podíamos saciar nuestros sentidos de la impresión que dicho aroma nos causaba, Aunque estuvimos durante largas horas cerca del cuerpo de santo Domingo para respirarlo. No producía cansancio; excitaba el corazón a la piedad; obraba milagros. Cuando tocaba en el cuerpo con la mano, con un cinturón o cualquier otro objeto, aquel perfume se le comunicaba.” (“carta encíclica a la Orden.”)

Teodorico de Apolda observa sobre este punto que hasta en vida del santo, Dios le había comunicado ya este signo exterior de la pureza de su alma. Un día que celebraba misa en Bolonia en una fiesta solemne, un estudiante se le aproximó en el momento del ofertorio y le besó la mano. Este hombre se había entregado a una gran incontinencia, cuya curación buscaba probablemente. Al besar la mano de Domingo sintió un perfume que le reveló instantáneamente el honor y el gozo de los corazones puros, y desde aquel momento con la gracia de Dios, venció la corrupción de sus inclinaciones.

Los milagros sorprendentes que acompañaron el traslado del cuerpo de santo Domingo determinaron a Gregorio IX a no retrasar más el asunto de su canonización. Por una carta del 11 de julio de 1233 comisionó para que procediesen a efectuar una encuesta sobre su vida a tres eclesiásticos eminentes, que fueron: Tancredo, arcediano de Bolonia; Tomás, Prior de Santa María del Rin, Y Palmeri, canónigo de la Santísima Trinidad. esta encuesta duro desde el 6 al 30 de agosto. Los comisionados apostólicos en este intervalo, y después de formal juramento, Oyeron la declaración de nueve Frailes Predicadores, entre los que habían tenido con Domingo las más íntimas relaciones. Aquellos fueron; Ventura de Verona, Guillermo de Monferrato, Amidón de Milán, Bonvisio de Plasencia, Juan de Navarra, Rodulfo de Faenza, Esteban de España, Pablo de Palencia y Frugerio de Penna. Como todos estos testigos, excepto Juan de navarra, no conocieron al santo durante los primeros años de su apostolado, los comisionados de la Santa Sede creyeron necesario establecer en el Languedoc un segundo centro de información, y delegaron para ello al abad de San Saturnino de Tolosa, al arcediano de la misma iglesia y al de San Esteban. Se oyeron veintiséis testigos, y más de trescientas personas honorables confirmaron con su juramento y su firma todo cuanto aquellos testigos dijeron sobre las virtudes de Domingo y los milagros obtenidos por su intercesión. La fecha precisa del acta no nos es conocida, pero sabemos que es de fines del año 1233 o comienzos de 1234.

Las declaraciones de Bolonia y Tolosa fueron enviadas a Roma, y Gregorio IX del libro con el sagrado colegio. Un autor contemporáneo que dijo en esta ocasión al hablar de santo Domingo: “no tengo duda alguna sobre su santidad, Así como tampoco la tengo respecto a la de los Apóstoles Pedro y Pablo.” (Esteban de Salanhac: De las cuatro cosas con que Dios ha honrado a la Orden de Predicadores.) La bula de canonización, consecuencia de todos estos procedimientos, estaba concebida en estos términos:

“Gregorio, obispo, siervo de los siervos de Dios, a nuestros venerables hermanos los arzobispos y obispos, y a nuestros queridos hijos los abades, priores, arcedianos, arciprestes, decanos, prebostes y otros prelados de las iglesias a quienes este documento llegare, salud y bendición apostólica.

El Manantial de la sabiduría, Verbo del Padre, cuya naturaleza es la bondad, cuya obra es la misericordia, que rescata y regenera a quienes ha creado, y vela hasta la consumación de los siglos por la viña que sacó de Egipto, Nuestro Señor Jesucristo, hace patentes nuevos designios suyos a causa de la inestabilidad de los espíritus, y renueva los milagros a causa de la desconfianza, de la incredulidad. A la muerte de Moisés, es decir, a la expiración de la Ley, sube al carro del Evangelio, tirado por cuatro caballos, cumpliendo los juramentos que prestó ante nuestros padres, y empuñando el arco de la palabra santa, que había conservado armado durante todo el reino de los judíos, avanza en medio de las olas del mar, en aquella vasta extensión de las naciones cuya salvación fue esbozada por Rahab; Va a poner bajo sus pies la confianza de Jericó, la gloria del mundo y aquel que, ante los pueblos atónitos, fue vencido ya con el primer impulso de la predicación. El profeta Zacarías, (cap. VI) vio aquel carro tirado por cuatro caballos saliendo cuatro veces de entre dos montañas de bronce. El primer carro iba tirado por caballos rojos, y en ellos se nos representaba a los dueños de las naciones, los fuertes de la tierra, aquellos que, sometiéndose por la fe al Dios de Abraham, padre de los creyentes, siguiendo el ejemplo de su jefe, y para asegurar los cimientos de la fe, tiñeron sus vestiduras en Bosra, es decir, en las aguas de la tribulación, enrojecieron con su sangre todos los signos de su milicia; todos aquellos a quienes el gozo de la gloria futura hizo despreciar la espada temporal, y que, convertidos en mártires, es decir, testigos, suscribieron con su confesión el libro de la nueva ley, uniendo a su confesión el peso de los milagros, consagrando el libro y el tabernáculo, obra de Dios y no del hombre, y todos los vasos del ministerio evangélico, con la sangre de mártires racionales sustituyendo a la de los animales; lanzando, en fin, la red de la predicación sobre la vasta extensión de los mares, han formado la Iglesia de Dios con todas las naciones existentes bajo la capa del cielo. Pero como la muchedumbre ha engendrado la presunción, y la malicia ha nacido de la libertad, ha

aparecido el segundo carro con sus caballos negros, símbolo del luto y de la penitencia, y en ellos se nos y representa ese batallón conducido por el Espíritu al desierto bajo la dirección del santísimo Benito, nuevo Eliseo de la nueva Israel, batallón que devolvió a los hijos del profeta el bien perdido de la vida común, restableció la red desgarrada de la unidad y se extendió con las buenas obras hasta llegar a la tierra del Aquilón, de la que viene todo el mal, e hizo reposar en los brazos contritos a Aquel que no habita en los cuerpos sometidos al pecado. Después de esto, cómo recrear a las tropas fatigadas y hacer reinar la alegría, sucediendo a los lamentos, llegó el tercer carro, con sus caballos blancos, es decir, los monjes de las órdenes Cistercienses y de Flora, que, parecidos a ovejas trasquiladas, henchidas con la leche de la caridad, salieron del baño de la penitencia, llevando a su cabeza a san Bernardo, aquel cordero revestido desde lo alto por el Espíritu de Dios, que los condujo a la abundancia de los valles, para que los transeúntes librados por ellos aclamen con fuerza al Señor, canten himnos de las batallas. Esos tres ejércitos son los que han defendido a la nueva Israel contra tan gran número de filisteos. Pero a las once, cuando el día se inclinaba ya hacia la tarde, y cuando la caridad se enfrió en la iniquidad y el sol de la justicia descendía ya hacia su ocaso, el Padre de familia ha querido reunir una milicia más adecuada aún para proteger la viña que plantó con su mano, y que han cultivado obreros reclutados en diferentes tiempos cuya viña no es solamente estaba invadida por los zarzales y los abrojos, sino casi desarraigada por una multitud enemiga de raposas. Por eso, como vemos actualmente, a continuación de los tres primeros carros, diferentes por sus símbolos, Dios ha suscitado bajo la figura del cuarto carro, tirado por caballos fuertes y de color vario, las legiones de Frailes Predicadores y menores, con sus jefes elegidos para el combate. Uno de esos jefes fue santo Domingo, hombre a quien Dios concedió la fuerza y el ardor de la fe, y a cuyo cuello adoptó, como al caballo de su gloria, el relincho de la divina predicación. desde su infancia poseyó corazón de anciano, practicó la mortificación de la carne y buscó al Autor de la vida. Consagrado a Dios siguiendo la regla del bienaventurado Agustín, imitó a Samuel en el servicio asiduo del templo, y sustituyó a Daniel en el fervor de sus religiosos deseos. Atleta valeroso, siguió los senderos de la justicia y el camino de los santos; apenas se dio punto de reposo en la guarda del Tabernáculo y de los oficios de la iglesia militante; sometió la carne a la voluntad, los sentidos a la razón, y, transformado en solo espíritu de Dios, se esforzó por diluirse en Él por el exceso de contemplación, sin disminuir en su corazón y en sus obras el amor al prójimo. Al mismo tiempo que hería de muerte las delicias de la carne y llenaba con el resplandor luminoso la inteligencia cegada de los impíos, toda la secta de los herejes tembló, toda la iglesia de los fieles se conmovió. La gracia, mientras tanto, aumentaba en él al mismo tiempo

que su edad, y el celo por la salvación de las almas le embriagaba con inefable alegría; no contento con haberse dedicado por entero a la palabra de Dios, convirtió al ministerio evangélico a tan gran número de hombres, qué mereció gozar de un nombre y una obra en la tierra de los patriarcas. Llegado a pastor y príncipe en el pueblo de Dios, instituyó por sus méritos una nueva Orden de Predicadores, la reglamentó con sus ejemplos y no cesó de confirmarla con milagros evidentes y auténticos. Entre los signos que manifiestan su poder y su santidad durante el curso de su vida mortal, devolvió la palabra a los mundos, la vista a los ciegos, el oído a los sordos, la acción a los paralíticos, la salud a un sinnúmero de enfermos, y aparece claramente por tales prodigios cuál era el espíritu que animaba el barro a su santísimo cuerpo. Nos, que le conocimos familiarmente durante el tiempo en que ocupamos un cargo menos importante en la Iglesia, y que en el espectáculo mismo de su vida hemos tenido una prueba de su santidad, ahora que testigos dignos de fe nos han comprobado la veracidad de sus milagros, creemos con el rebaño del Señor, confiado a nuestro cuidado, que, gracias a la misericordia de Dios, podrá sernos útil con sus sufragios, y que después de habernos consulado sobre la tierra con su amable amistad, nos ayudará desde el Cielo con su poderoso patrocinio. Por todo ello, por consejo y consentimiento de nuestros cardenales y de todos los preladados que ayudaron entonces a la sede apostólica, hemos resuelto inscribirle en el Libro de los Santos y estatuímos firmemente y os ordenamos a todos por el presente documento celebréis y hagáis celebrar su fiesta con solemnidad en las nonas de agosto, víspera del día en que abandonó la carga de su carne y penetró, rico de méritos, en la Ciudad de los santos, a fin de que el Dios a quien honró en vida, conmovido por sus plegarias, nos conceda la gracia en este mundo y la gloria en el futuro. Queriendo, además, que el sepulcro de este gran confesor, sepulcro que ilustra la iglesia católica con sus patentes milagros, sea continuamente frecuentado y venerado por los cristianos, concedemos a todos los fieles penitentes y confesos que le visiten cada año con devoción y respeto, en el día de la fiesta del santo, el perdón de un año de penitencia, confiando para esto en la misericordia de Dios Todopoderoso en la autoridad de los Bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo. Dado en Rieti el 5 de las nonas de julio, en el octavo año de nuestro pontificado.” (“Bulario de la Orden de Predicadores” t. I, pág. 67. Véase en los “bolandistas”, t. I, de agosto, comentario preparatorio a las actas de santo Domingo, una disertación sobre la fecha de esta bula, fecha que ha sufrido algunas controversias.)

El día de la fiesta de santo Domingo estaba ocupado por la fiesta de san Sixto, Papa y mártir. El día precedente, 5 de agosto, fue consagrado a la fiesta de Nuestra Señora de las

Nieves por el Papa Clemente XIII, y santo Domingo quedó señalado para el 4 de agosto, que es el lugar que ocupa actualmente en el calendario.

Exceptuando san Jacinto, Gregorio IX fue el último superviviente de los grandes hombres que amaron a santo Domingo y concurrieron al cumplimiento de sus deseos. Murió el 21 de agosto de 1241, a la edad de noventa y siete años, después de treinta de cardenal y catorce de pontificado, sin que la majestad de la edad ni la brillantez de las dignidades pudiesen superar en él esplendor de su mérito personal. Jurisconsulto, literato, negociador, unía a todos los dones del cuerpo y de la inteligencia la posesión de un espíritu magnánimo, en el cual cabían cómodamente santo Domingo y san Francisco, ambos canonizados por él. Probablemente nunca se volverá a ver alrededor de un solo hombre figuras como Azevedo, Montfort, Foulques, Reginaldo, Jordán de Sajonia, san Jacinto, Inocencio III, Honorio III, Gregorio IX, ni tantas virtudes, ni tantas naciones ni acontecimientos concurrirán a tan gran fin en tiempo tan breve.

El culto de santo Domingo no tardó en extenderse por Europa con la bula que le canonizaba; le levantaron altares en gran número de lugares, pero Bolonia se distinguió siempre en su celo por el gran tesoro que la muerte le había proporcionado. En 1267 transportó su cuerpo desde la tumba sin mausoleo en donde reposaba, a un sepulcro más rico y adornado. Este segundo traslado lo efectuó con sus manos el arzobispo de Rávena, en presencia de muchos otros obispos, del Capítulo General de la Orden, del podestá y de los decanos de Bolonia. Abrieron el féretro, y la cabeza del santo, después de haber recibido el beso de los obispos y religiosos, fue presentada a todo el pueblo desde lo alto de un púlpito levantado fuera de la iglesia de San Nicolás. En 1373 el féretro fue descubierto por tercera vez, colocándose la cabeza en una urna de plata para que los fieles pudiesen gozar más fácilmente de la dicha de venerar aquel precioso depósito. Por fin, el 16 de julio de 1473, se levantaron de nuevo los mármoles del monumento y se reemplazaron por esculturas más acabadas, siguiendo el estilo del siglo XV. fueron hechas por Nicolás de Bari y representan diversos rasgos de la vida del santo. No las describiré. Las he contemplado dos veces, y dos veces, al considerarlas de rodillas, he sentido, ante la suavidad de aquella tumba, que una mano divina condujo la del artista, forzando a la piedra a expresar sensiblemente la incomparable bondad del corazón cuyas cenizas cubre. Desde entonces no se ha tocado ya aquel glorioso sepulcro, y han pasado tres siglos sin que ojo alguno se haya posado sobre los sagrados huesos que contiene, ni aún sobre las tablas del féretro que los contiene. El mundo no ha sido ya digno de semejante aparición. Domingo descansaba, como se puede descansar

cuando se ha guardado durante trescientos años el campo de batalla. Es que tenía que compartir con todos los hombres y todas las obras de la Edad Media la ingratitud de una posteridad seducida y esperar pacientemente en su sepulcro, sellado y mudo, esa justicia de revisión que no pueden rehusar siempre los hombres a quienes los han servido. Muchos de sus contemporáneos vieron cómo la Historia volvía a poner en pie sus estatuas derrocadas. No tengo la pretensión de haber logrado semejante éxito. Pero el tiempo, después de mi muerte, tomará la pluma; y a él dejo, sin temores ni recelos, el cuidado de terminar mi empresa.



Fray Enrique Domingo Lacordaire OP